
Princesa pasajera
Morgan Elizabeth
Vé Ra



Cincuenta estados.
Noventa días.
Una atracción imposible de frenar.

Ava solo buscaba una excusa para promocionar los nuevos negocios de sus mejores amigas. Una noche de copas de más la llevó a apuntarse a un concurso de belleza, y contra todo pronóstico, ganar el título de Miss Americana.
Ahora está aquí: con una corona en la cabeza, una banda de seda al hombro y un contrato que la obliga a recorrer los cincuenta estados del país durante tres meses. Para una chica amante de la aventura, suena como un sueño hecho realidad, salvo por dos pequeños detalles:
El primero, la interminable lista de normas y su estricta cláusula moral.

El segundo, y el peor de todos, el irresistible pero gruñón guardaespaldas encargado de mantenerla a raya.
Jaime, jefe de seguridad de una famosa banda de rock, pensaba que este trabajo sería un descanso. Hasta que conoce a Ava: la reina del caos, la sonrisa más peligrosa y la mujer más testaruda del planeta.
Ella parece disfrutar volviéndolo loco, saltándose las reglas y provocándolo cada vez que puede.
Lo que debería ser una misión fácil se convierte en un reto de autocontrol, deseo y una química imposible de ignorar.
¿Podrá Jaime sobrevivir noventa días sin caer rendido ante la chica que no puede sacarse de la cabeza?

Morgan Elizabeth es una autora superventas, conocida por crear historias románticas cautivadoras que combinan tramas de venganza, nostalgia y momentos profundamente emotivos. Orgullosa de ser de Nueva Jersey, vive allí con su marido, sus dos hijos y su hija. Cuando no está escribiendo, es probable encontrarla sobreviviendo a base de espresso con hielo, comiendo patatas con sabor a barbacoa o escuchando el último audiolibro romántico.


Princesa pasajera
Morgan Elizabeth
VeRa

A todas esas chicas a las que les han dicho
que no encajan en ninguna parte.

Espero que os lo paséis bomba demostrando
que se equivocan.

NOTA DE MORGAN

Estimados lectores:

No se suponía que este libro fuera el siguiente que escribiría. En realidad, nació de un tonto correo de voz que envié al azar y que luego recordé en el momento justo. Se suponía que debía escribir el segundo libro de otra serie, pero cuando me senté a hacerlo... no se me ocurrió nada.

Así que, tras varios días de desesperación, bajé a hablar con mi marido y, al más puro estilo Kim Kardashian, le dije: «Sí, soy fantástica, pero ¿hablamos un momento?». En resumidas cuentas, me aconsejó simplemente que «escribiera alguna otra cosa».

Yo, alguien complaciente a más no poder, creí que eso era una misión imposible; pero, por supuesto, tenía razón. Empecé a planificar este libro con apenas el título (el título fue lo primero que se me ocurrió, por si te lo estás preguntando). Me metí en este nuevo mundo, con estos nuevos personajes, y me enamoré.

Lo que quiero decir con todo esto es gracias por elegir este libro; seguramente vuestra lista de libros por leer sea kilométrica, y no estaba segura de cómo recibiría la gente una comedia romántica boba y delirante.

Aunque *Princesa pasajera* es una comedia romántica (y, si he de ser sincera, quizá una de mis preferidas hasta el momento) trata

algunos temas, como acoso, contacto no deseado de un desconocido, situaciones sexuales explícitas, lenguaje soez y una escena de lucha con herramientas para el cabello.

Como siempre os pido, ante todo, cuidad vuestra salud mental.

Os quiero hasta la luna y hasta Saturno.

Morgan



Uno

AVA

Creo que voy a vomitar.

Es lo único que se me pasa por la cabeza, aquí de pie bajo unas luces brillantes, enfundada en un vestido hecho por mi mejor amiga que pesa tanto como un niño pequeño; con un maquillaje de un centímetro de espesor, los pies entumecidos por los altísimos tacones y el pelo engominado hasta el extremo.

Voy a vomitar, pero hacía mucho que no me divertía tanto.

—La tercera finalista es... ¡Miss Oklahoma!

Kristie McGee es muy mona, pero tartamudeó en la sección de entrevistas y, por lo que me comentaron las chicas del vestuario, eso es peor que una sentencia de muerte. Su sonrisa falsa no se altera cuando mira a cámara antes de que su luz se apague, dejando solo a tres mujeres iluminadas en el escenario.

Mis manos aplauden mecánicamente, con movimientos leves y delicados, la única manera que se acepta sobre un escenario. Es bastante pequeño, apenas puedes moverte y no hay ningún sonido

real, pero, como todo lo demás en este escenario, es solo un decorado. Algo para que la gente diga: «¡Qué buenas perdedoras!».

Y, aunque en los últimos cuatro meses me han etiquetado de muchas maneras —me han llamado «novata», «una deshonra» y «una humillación» para el aparentemente sagrado mundo de los concursos de belleza—, nadie puede decir que no sea buena perdedora.

Respiro con cuidado, tratando de no romper el vestido que Harper prácticamente cosió sobre mi cuerpo ni de que se me note en la cara lo nerviosa que estoy. Hay por lo menos tres cámaras en distintos ángulos apuntando al resto de las concursantes, y cualquier gesto minúsculo de mi rostro podría diseccionarse y convertirse en un clip o en un meme.

¿Qué es peor que perder el concurso de Miss Americana?

Convertirte en un meme, además de perder el concurso.

Así que todo mi cuerpo permanece rígido, con la sonrisa amplia y perfectamente colocada.

—La segunda finalista... —El tercer puesto no está tan mal: sigues recibiendo un premio en efectivo, aunque no tan grande como el segundo o el primero, y después no tienes las mismas oportunidades de patrocinio.

Tampoco sales de gira.

—¡Miss Nueva York!

Una pizca de decepción se filtra a través de mi máscara, algo muy mal visto que seguramente molestará a alguien. Qué novedad, teniendo en cuenta que casi todo lo que he hecho desde que entré en el concurso de Miss Americana ha sido ir a contracorriente. Pero

como todo el mundo sabe que Lily y yo somos amigas, creo que vale la pena mostrar un poco de emoción.

Debo reconocer que hacer amigas aquí fue toda una sorpresa. Una parte de mí creía que todas estas mujeres estarían molestas conmigo: la tonta aficionada que consiguió llegar hasta la cima, la mujer cuyo único objetivo era promocionar las empresas de sus amigas. Y, sí, algunas sienten eso mismo por mí, pero hay muchas más a las que ahora podría llamar verdaderas amigas.

Lily es una de ellas, y su tercer puesto me pone triste. Si alguien tenía que ganarme, me habría gustado que fuera ella. Desearía poder abrazarla, decirle que estuvo fantástica y que luego nos emborracharemos juntas y hablaremos de tonterías. En cambio, me deslizo (las reinas de los concursos de belleza no caminan simplemente, claro está) hasta el centro del escenario, donde tomo la mano de Anne entre las mías y esbozo una gran sonrisa.

Es una sonrisa falsa, por supuesto, porque Anne representa todo lo peor: el tipo de reina de belleza que es un estereotipo de sí misma. A puerta cerrada es presumida y antipática con todos los que la rodean, pero delante del público se muestra radiante y perfecta.

En sus respuestas siempre habla de la niñez, del espíritu de equipo y de que debemos animarnos unas a otras, pero en cuanto se apagan las cámaras se dedica a hacer comentarios maliciosos en voz baja sobre el sobrepeso o la ropa de la gente.

Es tóxica.

Es también parte del motivo por el cual decidí tomarme en serio este concurso.

Cuando logré pasar las audiciones para ser Miss Americana Nueva Jersey y entré en el concurso de Miss Americana a nivel nacional, mi

única intención era pasármelo bien. Una experiencia descabellada más, que algún día podría contarles a mis nietos, y una oportunidad para promocionar a los cuatro vientos las empresas de mis amigas.

Hasta que llegó la primera rueda de prensa general para presentar a las concursantes oficiales de Miss Americana de ese año, cuando Anne me miró de arriba abajo.

—Qué extraño que ahora dejen entrar a «cualquiera» en este concurso.

Si hay algo que debéis saber sobre mí es que me encanta demostrar que la gente se equivoca. Solo por ese comentario me maté a trabajar y pasé los tres meses desde mi aceptación hasta el concurso propiamente dicho aprendiendo todo lo que pude sobre la industria, lo que se necesitaba para vencerla. Me daba igual que ella quedara última y yo penúltima: lo único que quería era ganarle a ella.

Por supuesto, no era algo unilateral: desde ese momento, Anne hizo todo lo posible por desacreditarme. Hablaba pestes de mí en público, de la forma maliciosa y mezquina que ha perfeccionado, y simplemente me ignoraba en privado, comportándose como si yo fuera invisible y no valiera ni el polvo que pisan sus zapatos de suela roja.

Pero ahora sus ojos brillan de esperanza y me mira con una sonrisa amplia, como si fuéramos hermanas separadas al nacer. Una expresión que también se refleja en mi rostro.

De nuevo, es lo que se espera del concurso y el motivo por el que nos contratan. Si hay algo importante para Miss Americana es la tradición, y todas tuvimos que firmar un contrato kilométrico que

nos amenazaba con emprender acciones legales si incumplíamos las normas.

Las reglas y directrices abarcan desde cómo debemos hablar de los temas candentes con la prensa (es decir, evitarlos e ignorarlos) hasta la promesa de respetar el compromiso de que la Miss Americana en ejercicio debe permanecer soltera durante todo su mandato, ya que, aparentemente, una Miss Americana con pareja o —¡horror!— casada, es simplemente inconcebible.

—La primera finalista es... —dice Regina, la organizadora del concurso, levantando un grueso sobre blanco. La ganadora del año pasado está junto a ella con una sonrisa amplísima, sujetando una corona enorme sobre un almohadón para la primera clasificada.

Debo señalar que Regina Miller también me odia con toda su alma.

No fue como con Anne, que me despreció desde el principio. No, Regina creyó que sería divertido atraer a la prensa con una chica «normal», a la que promocionarían aludiendo a la posibilidad de que «hasta yo podía ser Miss Americana». Yo era una novedad, una novata divertida de contemplar, pero que jamás ganaría.

Hasta que el público se enamoró de mí.

La mayor parte de los puntos de las diez finalistas proviene del voto del público, que constituye un poco más de un tercio de la puntuación total. La concursante con más votos obtiene treinta y cinco puntos en total, el segundo puesto veinticinco, y así sucesivamente. Cuando las redes sociales y los medios de comunicación se hicieron eco de la concursante con «refrescante autenticidad» —según ellos—, la gente empezó a interesarse por el concurso, cuya popularidad llevaba decayendo desde principios de

los 2000. Según un artículo de prensa, los costes publicitarios de esta etapa final están a la altura de la mismísima Super Bowl.

Así que, aunque Regina cree que ridiculizo el concurso y contradigo todo lo que representan sus décadas de tradición, también he reavivado el interés por esta industria moribunda, así que ha tenido que aprender a tolerarme.

A regañadientes.

Regina rompe el sello de lacre dorado del sobre con una sonrisa amplia, extrae la lujosa tarjeta y contempla el nombre que aparece en ella.

Y por una fracción de segundo veo algo.

Una diminuta grieta en su rostro de concurso, que tan bien ha practicado, revela la verdad: decepción y enfado.

El corazón me da un vuelco.

Luego la grieta desaparece con la misma rapidez con la que apareció, y Regina se dirige hacia la cámara principal con una sonrisa amplia, diciendo:

—¡Miss Utah!

Esta vez no tengo que fingir la expresión: mi mandíbula casi cae al suelo.

La sonrisa de Anne se evapora y puedo leerle claramente en los labios: «¡Qué mierda!», pero apenas puedo concentrarme en eso. Archivo el recuerdo para más tarde, para reírme un rato cuando lo necesite.

Quiere decir que, si Utah obtuvo el segundo lugar...

—¡Nuestra ganadora del concurso de Miss Americana es Ava Bordeaux!

El temblor de mis manos, que sujetan las de Miss Utah, no forma parte de la fachada. Todo lo contrario, es muy real. La realidad me golpea de lleno. Estoy a punto de embarcarme en la aventura más demencial de mi vida. Viajaré, exploraré y conoceré a gente increíble, todo gracias a que me arriesgué y quise que mis mejores amigas tuvieran éxito.

Mi cuerpo entra en piloto automático mientras me agacho un poco para que alguien —ni siquiera puedo concentrarme en saber quién es— me coloque la deslumbrante banda, mientras la Miss Americana del año pasado ajusta la corona sobre mi cabeza y otro ayudante me entrega un ramo de flores.

Intento recordar qué debo hacer, cómo comportarme y cómo evitar que me devore el síndrome del impostor. Esto no entraba en mis planes. En mi alocada carrera por estudiar para el concurso, jamás pensé que en realidad lo ganaría.

Me invade el pánico... ¿Qué hago? ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Cómo les digo que han cometido un error monumental, que no puedo...?

Entonces veo a mis mejores amigas en primerísima fila, gritando como auténticas psicópatas: Jules solloza y Harper salta emocionada.

Y recuerdo lo que llevo diciendo desde hace tres meses para inspirar a las seguidoras que he acumulado por accidente y que uso como lema para animar a mujeres y niñas a apostar por sí mismas, a arriesgarse y hacer todos los días algo que les dé miedo:

«Endereza los hombros, saca pecho, mujer. Naciste para grandes cosas».



Dos

AVA

Después de horas de entrevistas, una saludable cantidad de lágrimas y un cambio de ropa rápido, estoy en una discoteca exclusiva de Atlantic City celebrando mi victoria con mis amigas y un montón de desconocidos, llevando sobre la cabeza una corona gigantesca. (Me quité la banda porque era un poco exagerado, pero esta corona me la he ganado y, a decir verdad, me queda fantástica).

El jueves es mi primer acto oficial como reina de Miss Americana, y cuando deberé empezar a respetar sus reglas para convertirme en mi versión perfecta de reina del concurso mientras emprendo un viaje de ensueño.

¿Esta noche? Esta noche lo celebramos.

Lo cual significa que voy un poco pasada de copas, me duelen los pies de tanto bailar y me siento de maravilla.

—¿Te has enterado de que está Atlas Oaks? —grita Jules por encima del bajo mientras bebemos agua entre baile y baile.

—¿Qué? —grita Harper, saltando de la silla. Jules asiente y señala con la barbilla hacia el sector vip.

—Atlas Oaks, el grupo que le gusta a Jeremy. Están aquí.

—¡Me estás tomando el pelo! Le dije que tenía que venir —dice Harper, sacando el teléfono para enviarle un mensaje a su novio.

—¡Deberíamos ver si consigo que nos saluden! —grito por encima de la música. Le agarro la mano a Harper, me pongo de pie y avanzo hacia la puerta de cuerdas.

—¿No es...?

Niego con la cabeza y sonrío, como diciendo «Ava tiene un plan».

—No, vamos a hacerlo. Fui al instituto con Stella Greene; era unos años mayor que yo, pero esta ciudad es pequeña y coincidimos en el equipo de animadoras. Creo que, como mínimo, nos ayudará a sacarnos una foto con el grupo. —Observo a Harper, que arrastra los pies—. Puedes enviársela a Jeremy y restregársela en la cara.

Miro a Harper y a Jules, y ponemos la misma cara de fastidio. Harper sale con un imbécil que, si no conociera detalles de su relación (y para ser sincera, no los conozco; solo lo que ella nos cuenta), creería que detesta a Harper. Pero también tiene una extraña obsesión por el grupo Atlas Oaks por ser una persona sin la más mínima personalidad.

—Ava... —empieza a decir Harper; el cansancio se le nota en las palabras.

Levanto las manos en señal de rendición.

—¡Solo es una idea! No quiso venir esta noche porque es un pretencioso... —empiezo, pero ella me interrumpe con un suspiro.

—Mañana tiene que madrugar…

—Sí, claro, tiene un trabajo muy importante del que ocuparse un maldito domingo por la mañana. Entiendo. —Pongo cara de fastidio, pero prosigo—. Ahora tenemos la posibilidad de conocer a su grupo favorito y de hacerle quedar como un idiota por creerse demasiado superior como para salir con Jules y conmigo.

—Pero él no...

—Quizá puedas conseguir una firma —insisto, porque ya me encanta la idea y sé que es la única forma de convencerla—. Que te firmen una servilleta o algo así para dársela a tu novio.

—Eso le encantaría —dice Harper, mordiéndose el labio, un poco menos indecisa ahora, dejando que la arrastre en la dirección correcta.

—Genial, vamos —declaro, agarrando mi bebida y dirigiéndome al sector vip.

—Ava, no. Ava, yo... —grita Harper, siguiéndome mientras avanzo con determinación. Jules me sigue sonriente, agitando la cabeza, sabiendo que es imposible detenerme cuando se me mete una idea en la cabeza.

Me planto ante el hombretón apostado al pie de la escalinata y le dedico mi mejor sonrisa (que ahora puedo llamar una «sonrisa ganadora de concurso de belleza») y hablo.

—Hola, perdona que te moleste. Mi amiga y yo...

—No —responde, con los gruesos brazos cruzados sobre el pecho, las gafas de sol puestas aunque estemos en una discoteca oscura y un auricular en la oreja como si protegiera al presidente en vez de a un grupo de rock.

—¿Qué?

—No —repite con la misma voz inexpresiva.

Mi sonrisa se ensancha y agito la cabeza.

—Perdona, no tuve oportunidad de explicarte. Soy... —empiezo a decir, pero me mira por encima de la cabeza como si no valiera la pena conversar conmigo y vuelve a interrumpirme.

—No me importa quién seas, no vas a entrar.

—Yo solo...

—No me importa.

Este hombre es de lo peor. Estoy segura de que mucha gente intenta colarse aquí con historias descabelladas, pero ni siquiera me deja explicarle quién soy, y mucho menos verificar que, de hecho, conozco al grupo.

Pongo los brazos en jarras, me acerco y lo fulmino con la mirada. Es entonces cuando caigo en la cuenta de la altura que tiene, un metro ochenta y nueve, quizá un metro noventa y dos; sobrepasa mi metro cincuenta y ocho con tacones de trece centímetros. Y veo lo atractivo que es. Es el tipo de hombre que seguramente sabe que es sexi pero no le importa.

Cabello castaño muy corto, un pequeño pendiente de diamantes en cada oreja que parece revelar que lo intenta, pero, al mismo tiempo, no se esfuerza en lo más mínimo. Una mandíbula marcada con una tenue sombra de barba de varias horas. Labios carnosos y rosados que estoy convencida de que me provocarían infinidad de sensaciones.

Pero tiene una actitud de mierda.

—¿Sabes? Podría ser alguien muy importante y me estás ignorando.

—No lo eres —afirma con su tono directo e imbécil de siempre. Abro los ojos como platos y mi boca se queda abierta.

—¿Cómo dices? —Harper me toca la espalda y murmura algo sobre marcharse, pero ni siquiera lo asimilo porque el hombretón vuelve a hablar.

—En este mundo, en «mi» mundo, no eres importante. Lo siento, princesa, rubias con cuerpos sexis y coronas para celebrar su cumpleaños las hay a montones. —Sus ojos se desvían de la multitud y me miran durante una fracción de segundo. Odio admitir que su mirada también es increíblemente atractiva—. No eres nada especial.

Se me abre la boca de asombro y enfado y estoy a punto de replicar, pero Harper tira de mi mano y me lo impide.

—Vamos, cariño. Vámonos —dice Harper, enlazando su brazo con el mío y alejándome—. No vale la pena.

—Es un imbécil presumido —digo mientras hago un gesto de la mano en su dirección, decidida a no echarme atrás.

—Mi trabajo es alejar a quien no está invitado. Solo hago mi trabajo —dice él, sin un ápice de arrepentimiento.

—¿Y tu trabajo incluye decir que como yo hay chicas a montones? —No tiene oportunidad de responder porque, cuando abre la boca, nos interrumpen.

—¡Ava! —exclama una voz a espaldas del grandote, y cuando miro hacia la escalinata, veo una sonrisa familiar—. ¡Ava Bordeaux! ¿Eres tú? —Stella Hart, ahora Stella «Greene» baja la escalinata y el hombre se aparta mientras ella extiende los brazos.

—¡Stella! ¡Sí, soy yo! —La abrazo y, por encima de su hombro, fulmino con la mirada al corpulento guardaespaldas, pero él, imperturbable, vuelve a observar la multitud.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta, mirándome.

—¡Estoy de celebración! —respondo, señalando mi corona.

—¡Santo cielo, es cierto! ¡Me enteré! ¡Enhorabuena! Está bien, tienes que venir. —Se dirige al grandote y le palmea el hombro—. Están conmigo. —Luego me toma de la mano y nos arrastra a mí, a Jules y a Harper por dos tramos de escaleras y entramos en una zona pequeña donde hay personas sentadas en sofás modernos que se giran para mirarnos.

—Chicos, os presento a Ava Bordeaux; fue al instituto Ashford, era algo menor que yo, pero durante un tiempo estuvimos juntas en el grupo de animadoras. —Un hombre al que reconozco como su marido, Riggins Greene, se mofa y ella lo mira con odio.

—Me sigue sorprendiendo que fueras animadora —dice Reed, el guitarrista, con su pelo rizado y sonrisa amable.

—Ha ganado Miss Americana —explica Stella. Riggins se levanta para abrazarla por la cintura con firmeza, como si no soportara tenerla lejos mucho tiempo.

—¡Vaya, no me digas! —dice él, fingiendo interés porque su mujer está entusiasmada.

—Sí, pero en realidad solo queríamos saludar a Stella porque el novio de Harper es un imbécil aburrido y no quiso venir a celebrarlo con nosotras. —Stella arruga la nariz; la miro con los ojos muy abiertos y asiento con la cabeza para transmitirle con exactitud lo mal que me cae Jeremy—. Pero sois su grupo favorito, y pensé que sería muy divertido enviarle una foto con todos vosotros.

—Ah, qué diabólico —dice Stella, riendo—. ¡Sí, por supuesto! Chicos, ¡a sacarnos una foto! —grita, mientras hace señas a los músicos. Tengo la sensación de que van a mirarla y decir «¡vete a la mierda!», ya que, antes de que nuestra llegada, estaban

enfrascados en su propia conversación. Sin embargo, obedecen de inmediato y permanecen de pie mientras le paso mi teléfono a uno de los camareros para que nos haga la foto.

Stella Greene es un portento de la naturaleza, así que realmente no debería sorprenderme que acepten. El camarero hace la foto y me devuelve el teléfono.

—¡Está perfecta! —exclamo, mirando la foto con Harper en el centro, Wes, Reed y Jules a un lado, y Riggins, Beckett y yo al otro. Jeremy se va a cagar en los pantalones—. Me habéis alegrado la noche.

—Cuando quieras. Nos encanta la venganza —dice Wes con una sonrisa y un guiño.

—Eres de los míos —respondo con una sonrisa descarada antes de dirigirme a Stella—: De verdad, solo queríamos saludar; esto ha superado todas mis expectativas, pero no queremos molestar. ¡Me alegro mucho de verte!

—¡No! De ninguna manera, ¡no molestáis en absoluto! ¡Quedaos! Estoy muy aburrida con estos chicos.

—¡Eh! —protesta Riggins a sus espaldas.

Ella mira por encima del hombro y pone cara de fastidio.

—Os tolero hasta cierto punto. A veces necesito hablar con chicas.

—¡Totalmente cierto! —digo, a pesar de que no me pasa lo mismo.

Hace años que no tengo un novio de verdad, y mucho menos uno que tenga amigos con los que salga tan a menudo que me aburra de ellos.

Por elección propia estoy sola, he salido una o dos veces con una serie interminable de hombres, pero siempre llego a la conclusión de

que no son para mí. A veces estoy con un chico durante algunas semanas, pero nunca para nada serio.

La vida es demasiado corta para estar mucho tiempo con alguien que no despierta tu interés.

Me giro hacia mis mejores amigas y con una mirada pregunto: «¿Os queréis quedar un rato más, o nos escaqueamos?». Jules mira a Harper, asiente con la cabeza y toma asiento. Luego hago las presentaciones formales. Nos ponemos un poco al día, y la noche sigue de baile, copas y risas.

Cuando la noche termina, Stella me observa, intrigada.

—¿Así que conoces a Jaime? —pregunta, dándome un suave empujón en el hombro.

—¿A quién?

—A Jaime, ¿lo conoces? No deja de mirar hacia aquí. —Señala la entrada del sector vip y, cuando miro, a la única persona que veo es al hombretón. Suelto una fuerte carcajada y agito la cabeza.

—¡Por Dios, no! Cree que soy una fan loca y me odia con toda su alma.

—Mmm, no te odia para nada —observa, mientras me mira a mí y luego a Jaime—. No deja de mirar por encima de su hombro y de observarte.

—Seguramente solo hace su trabajo para protegerte.

Stella sacude la cabeza en desacuerdo, pero no responde porque se acerca Wes y apoya las manos en sus hombros, detrás de ella.

—¿Estáis hablando de lo dura que se le ha puesto a Jaime por la princesa?

—La reina, muchas gracias —lo corrijo mientras guiño un ojo y ajusto mi corona—. Y te aseguro que él no me soporta.

—Jaime no mira dos veces a nadie. Si te mira, es que le gustas. —Wes retrocede un paso y me mira de arriba abajo con una sonrisa traviesa en los labios—. Aunque cualquiera te miraría dos veces. O tres.

Extiendo la mano y le doy una palmadita en la mejilla.

—Las estrellas de rock no son lo mío, pero gracias por la oferta.

—Muy bien —dice Jules, riendo—: no estás en condiciones de estar en público sin hacer el ridículo.

La fulmino con la mirada y luego suelto una carcajada, ya que, aun en mi estado de embriaguez, sé que tiene razón.

—¿Por qué? ¿Temes que me suba a bailar a la barra? ¿Otra vez?

Me refiero a hace dos años, cuando las arrastré a un bar *cowboy* porque había visto un anuncio y me pareció una salida divertida. A los tres minutos de llegar, antes siquiera de beber algo, alguien tocó una canción que parecía indicarles a los clientes habituales que era hora de bailar sobre una barra.

Nunca lo había hecho, pero siempre quise hacerlo; así que, antes de que Jules o Harper intentaran detenerme, ya les había pedido a dos desconocidos que me ayudaran a subir a la barra.

La vida es demasiado corta para salir con hombres que no logran mantener tu interés, pero sin duda es demasiado corta para no bailar sobre una barra si se te presenta la oportunidad.

—Sí, exactamente —responde Jules, poniéndose de pie.

—¡Está bien, está bien! —digo mientras yo también me levanto y me tambaleo un poco, lo cual me hace reír.

—Nosotras también nos iremos pronto —dice Stella con un bostezo, mientras se acurruca en el pecho de su marido—. ¡Pero

tenemos que intercambiar números! Quedemos la próxima vez que estés en la ciudad.

Asiento, intercambio mi número con ella y prometo llamarla cuando finalice mi gira. Después, bajamos por la escalinata y salimos del sector vip.

—Hasta luego, tiarrón —lo saludo, tambaleándome un poco y dándole una palmada en el pecho—. ¿Sabes? Serías mucho más sexi si fueras un poquito… —Junto el índice y el pulgar, dejando un espacio diminuto entre los dedos—. Menos gruñón.

—Lo tendré en cuenta —responde. Y, aunque intenta ocultarlo, lo veo: una sombra de sonrisa en las comisuras de sus labios—. Que llegues a casa sana y salva, princesa.



Tres

JAIME

El lunes por la mañana me despierto antes del amanecer, como de costumbre, hago mi rutina de ejercicios de siempre, bebo café y un batido de proteínas antes de dirigirme a las oficinas de Five Star en el centro de Evergreen Park.

Mi vida es increíblemente reglamentada, algo que mantengo también en los viajes de trabajo. Como crecí en una familia caótica e impredecible, crearme una rutina era lo único en lo que podía apoyarme. Con los años, la necesidad de control y orden no ha disminuido; al contrario, se ha hecho más fuerte.

Uso las mañanas y mi rutina casi meditativa para aclarar la mente y prepararme para lo que traiga el día.

Lamentablemente, para mi gran irritación, lo único en lo que puedo pensar es en la rubiecita que el sábado celebraba su cumpleaños con una tiara tan grande como toda su cara en el AfterDark.

Es algo inesperado.

E inconveniente.

Pero también es en lo único en lo que he podido concentrarme desde entonces. Han pasado dos días enteros y una completa desconocida ocupa toda mi mente. La manera en que se acercó a mí, llena de descaro y seguridad, sin la menor preocupación. Su forma de no echarse atrás, la sonrisa triunfante en sus labios cuando Stella confirmó que no era una fan rara.

El modo en que me miró por encima del hombro al subir la escalinata, el guiño de sus grandes ojos azules y brillantes, el movimiento de sus dedos y la forma en que me dio una palmada en el pecho y me llamó «tiarrón» cuando se fue.

Y lo peor de todo: cómo me quedé mirando su trasero mientras se paseaba con ese vestido rosa chicle tan corto y ajustado hasta que desapareció de mi vista, y cómo lamenté no haberle pedido el número.

Si no puedo sacármela de la cabeza durante todo el día, buscaré la forma de encontrarla en las redes sociales y ponerme en contacto con ella. Aunque parecía conocer a Stella y a los muchachos, ni de broma voy a darles motivos para hacerse los graciosos y burlarse de mí hasta el día en que me muera.

Pero espero que no sea necesario, porque hoy recibiré los detalles de mi nueva misión; es justo lo que necesito para distraerme de la princesa.

Hace cuatro meses, mi exjefe y mentor, Hank, vendió la empresa privada de guardaespaldas que fundó hace cuarenta años a una empresa de seguridad más grande. En cuanto a mi trabajo, no ha cambiado nada, excepto que ya no respondo ante Hank. Tengo la

misma misión desde hace casi ocho años: soy jefe de seguridad de Atlas Oaks, y seguía trabajando con ellos cuando la empresa cambió de manos.

El grupo está trabajando en su próximo álbum y manteniendo un perfil bajo la mayor parte del tiempo, así que me asignarán un nuevo trabajo temporal. No es la primera vez que sucede; en misiones anteriores he protegido a senadores y dignatarios, trabajos más comprometidos para mantener mis habilidades afiladas. Hank siempre se aseguraba de asignarme una misión interesante cuando tenía un descanso, algo que le agradezco, pero ahora que ha vendido la empresa no tengo ni idea de a quién me asignarán.

Hank me tomó bajo su protección cuando yo solo tenía dieciocho años y acababa de salir del instituto; me ayudó a obtener las certificaciones necesarias para el trabajo y me entrenó personalmente. Desde entonces ha sido mi mentor y mi mejor amigo; aunque ya no trabajo para él, seguimos hablando al menos una vez por semana.

De camino al edificio de Five Star saludo con un gesto de cabeza a Donna, la asistente ejecutiva, antes de echarme la bolsa al hombro y seguir andando.

—Hola, Jaime. Greg quiere verte en su despacho después de que te acomodes —dice con una sonrisa.

—Entendido —respondo. Me dirijo hacia allí, apretando la mandíbula y respirando hondo para intentar despejar la cabeza.

Lamentablemente, Greg, el nuevo dueño de Five Star, y yo no nos llevamos demasiado bien, así que mi vida se ha vuelto más complicada. Pero, con treinta y cinco años, solo me quedan tres hasta poder jubilarme e irme a vivir a la cabaña que compré en un

lugar apartado de Pensilvania una vida de paz, tranquilidad y soledad.

Cuando Hank era dueño de la empresa, se aseguraba de que todos los guardaespaldas pudieran jubilarse, después de veinte años de servicio, con un paquete completo de prestaciones y una pensión. Era una condición pensada para garantizar la lealtad a la empresa y también para asegurarse de que cualquiera que trabajara para Five Star mantuviera su mejor estado físico. No quería que nadie siguiera en el trabajo cuando el cuerpo ya no le respondiera, solo por mantenerse activo.

«Solo tres años más», me repito mientras abro la puerta del despacho de Greg, sin molestarme en llamar. Desde hace dos años, cuando se vendió la empresa, llevo una especie de cuenta atrás. «Solo tendré que aguantar esta mierda cinco años más, luego podré jubilarme. Cuatro años y podré jubilarme». Ahora ya he llegado a tres.

—Hola, Wilde, ¿cómo va? —pregunta Greg con una sonrisa grande y falsa, indicando con un gesto que me siente en el sillón frente a su escritorio.

—Nada mal, nada mal —respondo, pasándome una mano por el cuello—. ¿Y tú qué tal?

Nunca se me ha dado bien conversar por cortesía; siempre me siento torpe e incómodo. Es una tarea falsa, inútil y una pérdida de tiempo, pero a Greg le encanta y, durante los cinco minutos siguientes, me habla de su nuevo barco y de su puntuación de golf.

—He oído que todo salió bien en la discoteca con Atlas Oaks, ¿tienes algo de qué informar? —pregunta cuando por fin se pone a hablar de trabajo.

También detesto que espere informes extensos sobre cada uno de mis movimientos: lo único que hice fue plantarme frente a la entrada del sector vip durante cinco horas y asegurarme de que nadie molestara al grupo. A Hank los detalles le importaban una mierda; mientras el trabajo saliera bien, yo era libre de hacerlo como quisiera sin necesidad de informarle de nada.

—Nada fuera de lo común. La discoteca fue comprensiva y servicial, y el grupo mantuvo un perfil bajo.

—Me alegro de oírlo, me alegro mucho. Quiero asegurarme de que vuelvan a Five Star en la próxima gira, ¿sabes?

Fuerzo una sonrisa y asiento, y él agita una mano, riendo.

—Pero has venido por tu próxima misión, ¿verdad?

—Sí, señor —respondo.

Suelta otra carcajada exagerada que me hace apretar los dientes; luego asiente y saca una carpeta de manila que deja frente a él sin abrir.

—Tu próxima misión es de corto plazo, hasta que Atlas Oaks vuelva a salir de gira —dice.

—Perfecto —respondo, recostándome y cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿De qué se trata? ¿Proteger a un senador? ¿Alguna misión encubierta? ¿Un dignatario? —Algunas misiones cortas eran mis favoritas. Hank tenía muchos contactos y siempre había alguien que buscaba guardaespaldas para periodos de entre un día y varios meses.

Lamentablemente, desde que Greg asumió el control de la empresa, las únicas misiones que me llegan son las de personas con demasiado dinero y altanería que contratan a un guardaespaldas solo para sentirse especiales. No hay nada más complicado en este

mundo que tener que seguir a un imbécil egocéntrico, que espera que estés todo el tiempo adulándolo. Estoy harto de vigilar a la esposa rica de algún directivo que se pasa horas de compras o yendo al salón de belleza.

Cuando Greg se ríe por lo bajo y su cara adquiere una expresión casi de disculpa, me convenzo de que esta misión no me va a gustar.

—No exactamente —responde—. Mira, sé que esperabas una misión peligrosa y emocionante, pero es lo que hay —dice, y de pronto pierdo el optimismo con el que me había despertado esta mañana, aunque tampoco estaba muy esperanzado—. Como empresa, tenemos que ir donde está el dinero, no donde está la emoción. Además, ese tipo de misiones no rinden tanto como las que has estado aceptando.

Otra cosa que no soporto de Greg es su obsesión por el dinero en lugar de centrarse en la seguridad de las personas.

—Este contrato es sumamente importante para la empresa y eres el único que tiene las certificaciones necesarias para cada estado. —Frunzo el ceño, intentando entender qué significa eso—. Han aceptado trabajar con nosotros durante un periodo de prueba. Después de esta misión, si todo va bien, tendremos un acuerdo a más largo plazo y nos encargaremos de cubrir todas sus necesidades de seguridad durante los próximos cinco años. —De pronto, la expresión alegre y despreocupada desaparece de la cara de Greg; se inclina hacia delante, apoya los antebrazos en el escritorio y me mira fijamente.

—Lo que quiero decir es que necesito de verdad que este contrato salga bien. Sé que te queda poco para jubilarte, y sería una pena que perdiéramos trabajo y tuviéramos que despedir a alguien.

La amenaza resuena con claridad, ensordecedora como un disparo.

«Haz que esta misión salga bien o, de lo contrario, el tiempo que has invertido en esta empresa no habrá servido para nada; perderás todo aquello por lo que has trabajado».

—Por supuesto, señor. Haré lo que haga falta —digo, asintiendo—. Has elegido al hombre adecuado para este trabajo. —De pronto, la intensidad en su expresión se disuelve y vuelve a sonreír.

—Fantástico. Es un contrato de tres meses, y es imprescindible que salga bien. Esta persona tiene contactos con presidentes, Jaime. Presidentes, directores de empresas y famosos, a eso se dedican. Si tenemos éxito, Five Star se salva para siempre. Este contrato tiene que salir bien.

Enderezo los hombros y me obligo a concentrarme, a sacudirme el miedo que me atenaza y volver al momento presente, centrándome en el aquí y ahora.

—Volvamos atrás un segundo. ¿De qué estamos hablando? ¿Qué clase de empresa tiene ese alcance y no cuenta con seguridad interna?

Esboza una gran sonrisa y, de algún modo, sé que la respuesta no me va a gustar nada.

—El concurso de Miss Americana.



Cuatro

JAIME

Debí haber llamado a Hank.

Eso es lo que pienso ahora, horas más tarde, sentado en una sala de reuniones con Greg y, frente a nosotros, una mujer mayor con la postura más rígida que he visto en mi vida y una sonrisa dulce y perfectamente ensayada en el rostro.

Debí haber llamado a Hank para preguntarle cómo manejar esta mierda. Pero si lo hubiera hecho, se habría estresado por un negocio del que se deshizo precisamente para reducir ese estrés, así que decidí no llamarlo.

Regina Miller es una mujer rubia y madura que, en cuanto entré en la sala, me miró de arriba abajo y luego puso cara de desprecio: evidentemente no quedó impresionada con lo que vio.

—Estamos muy entusiasmados de trabajar con usted —dice Greg después de los pormenores básicos de presentaciones, preguntar cómo estaba el tráfico y esas mierdas necesarias.

—Bueno, nos alegra que hayan podido aceptarnos con tan poca antelación —responde ella con tono amable y una tenue sonrisa en los labios.

—Estamos a su disposición. Sé que ya hemos hablado algo antes de la reunión, pero ¿podría darle la información de este trabajo a Jaime?

—Sí, por supuesto. Verá, todas las ganadoras del concurso de Miss Americana salen de gira durante tres meses en apoyo de la causa que decidan defender durante su reinado. En general, cosas como alimentación saludable, arte o animales. Este año, la ganadora... —Pronuncia la palabra «ganadora» con amargura, como si fuera algo que ha tenido que aceptar a la fuerza y no le hiciera ninguna gracia— eligió las empresas fundadas por mujeres.

—Una causa noble —opino.

Ella suelta un pequeño resoplido que supongo que podría interpretarse como una risa, pero no sonríe.

—Sí, es... maravillosa. Como decía, la enviaremos a todos los estados de Estados Unidos continental, donde se reunirá con la concursante de Miss Americana de ese estado y visitará una empresa fundada por una mujer.

—Qué método más interesante; es una forma fantástica de destacar a las pequeñas empresas y un gran acierto para una organización como la suya —añado.

Ella me dedica una sonrisa tensa que parece gritar: «Preferiría que solo hablaras cuando yo te lo diga», antes de asentir y continuar.

—Sí, bueno... La ganadora de este año ha sido un poco imprevista.

—¿En qué sentido? —pregunto, cruzando los brazos sobre mi pecho y reclinándome, tratando de entender el panorama.

—Bueno, para empezar, este es el primer concurso que gana —explica Regina—. Estoy segura de que no conoce demasiado el mundo de los concursos, pero esto jamás había pasado. Las mujeres dedican toda su vida a ser concursantes en el escenario de Miss Americana, y van ganando certamen tras certamen como preparación para el momento más importante de su vida.

La condescendencia se filtra en sus palabras; queda claro que la ganadora de este año no es de su gusto. Cosa extraña, ya que ella es la jefa.

—Tenemos una imagen y una marca muy específicas, y esperamos que todas nuestras concursantes respeten esas directrices, pero muy especialmente nuestras reinas en ejercicio. Lamentablemente, la señorita Bordeaux no las ha respetado, y espero que usted y su empresa puedan ayudar con eso mientras la protegen.

—Creo que no lo entiendo —digo, aunque en realidad creo que sí lo entiendo, y no me gusta nada lo que está diciendo.

De pronto, todo vestigio de amabilidad desaparece de su rostro mientras se inclina hacia delante.

—Lo que quiero decir es que su trabajo no es tanto protegerla como mantenerla a raya.

—¿Cómo?

—Mi prioridad, y el motivo por el que he contratado a Five Star, es preservar la imagen del concurso de Miss Americana.

Frunzo el ceño.

—¿Y no su seguridad?

Regina agita una mano como si eso fuera una nimiedad y luego se reclina en su asiento. Algo del odio desaparece de su mirada.

—Bueno, por supuesto que no queremos que le ocurra nada a nuestra Miss Americana —se explaya. No se me escapa que se niega a llamar a la chica por su nombre y solo se refiere a ella con un título en lugar de su nombre, cualquiera que sea. Aparece una sonrisa en sus labios—. Aunque un poco de sufrimiento podría darnos buena prensa, ¿sabe? —Sonríe y me mira como si esperara que yo también sonriera y asintiera, pero estoy desconcertado y consternado por el giro tan extraño que ha tomado esta conversación.

—Estoy bromeando, por supuesto —aclara cuando se da cuenta de que no pienso reírme.

—Por supuesto —respondo, encajando mejor quién es Regina tras este pequeño comentario. Es atractiva a primera vista, una mujer mayor que claramente se cuida, pero cuando la miras más de cerca se nota que la fealdad se arrastra bajo su piel. No tiene nada que ver con su aspecto, sino con la avaricia y la envidia, y probablemente con un poco de los otros cinco pecados capitales.

Su sonrisa desaparece cuando vuelve a inclinarse hacia delante y apoya las manos sobre la mesa.

—Buscamos a alguien que viaje con ella, alguien que se asegure de que vaya de un lugar a otro de forma segura, pero tenga en cuenta que también hemos contratado a la empresa para mantenerla a raya.

Me incorporo en mi asiento y sacudo la cabeza.

—No.

—¿No?

—No. No soy niñera, soy guardaespaldas. Mi trabajo es proteger, no evitar que una mocosa malcriada se meta en problemas. —Miro a Greg, cuyo rostro es una máscara de irritación y frustración.

—Discúlpelo, señora Miller. No está acostumbrado a tratar con los clientes. —Se gira hacia mí; la cortesía que hace un momento había en su expresión desaparece de inmediato—. Harás lo que la misión exija que hagas, Wilde, como ya hemos hablado.

Aprieto la mandíbula, pero asiento de mala gana cuando recuerdo lo que está en juego.

Así que voy a tener que seguir los pasos de una niñata durante tres meses, mantenerla controlada mientras ella sonríe y saluda, o de lo contrario perderé mi trabajo. Es un desperdicio de mi capacidad y de mi tiempo.

—Además, Jaime, hay algo más; tranquilo —empieza a decir Greg —. Un regalo para que te entretengas. No se trata solo de hacer de niñero, ¿sabes?, ella tiene fans. —Alzo una ceja y espero a que siga explicando. Greg mira los documentos que tiene enfrente y los hojea hasta que encuentra lo que busca—. Parece que ganó el concurso porque se volvió viral en redes sociales, y luego lo hizo una y otra vez. Ha creado un grupo de fans incondicionales, y algunos de ellos son... intensos. No solo vas a seguir a una reina de belleza y a aburrirte como una ostra. Durante el último mes ha presentado tres denuncias ante la policía por los mensajes que ha recibido.

—¿Qué tipo de mensajes? —pregunto, incorporándome en mi asiento.

—Una amenaza de muerte, dos admiradores que difundieron fotos indiscretas de ella —lee Greg en los documentos—. Y la semana

pasada, durante una práctica, alguien intentó colarse en el recinto del evento para conocerla.

Joder. Ese es el tipo de mierda con la que Atlas Oaks tiene que lidiar, el tipo de porquería que Willa Stone denuncia constantemente. ¿Tan popular es esta reina de belleza?

—¿Te interesa ahora?

Suspiro y luego asiento, sin ganas.

Greg mira a Regina y sonríe, y ella asiente.

—Perfecto. Nos veremos en las oficinas de Miss Americana dentro de dos horas para que conozcas a tu próxima misión.



Cinco

AVA

Sentada en las oficinas de Miss Americana, en South Jersey, por primera vez desde que completé la solicitud, me siento totalmente fuera de lugar, y ningún grado de valentía fingida consigue sacar esa sensación de mi cabeza.

Las paredes que conducen a la sala de reuniones en la que nos encontramos están llenas de fotos de ganadoras pasadas, con su dentadura, su pelo, su sonrisa y su atuendo perfectos. Sé que algún día mi fotografía también estará colgada en este museo, con mi sonrisa demasiado amplia, la leve separación de mis dientes delanteros y, probablemente, demasiado rímel porque, cuando tenía dieciséis años, decidí que la naturalidad no era lo mío y que cuanto más colorete, mejor.

Tampoco ayudó mucho que, cuando la recepcionista me condujo a la sala de reuniones, los comentarios de las mujeres por las que pasábamos —«es ella», «de verdad que no lo entiendo» y, mi

favorito, «tenía que haber ganado Anne»— llegaran hasta mis oídos arrastrados por fuertes corrientes de aire.

No me molesta, la verdad. Siempre he sido una especie de paria pese a mi eterno deseo de encajar. Me crie con dos hermanos y un padre soltero; durante mucho tiempo parecía un chico, pero luego, cuando aparecieron las curvas, me volví demasiado femenina y di rienda suelta a mi amor por los colores rosa y crema, el encaje y los lazos.

Todo en exceso, demasiado llamativo, demasiado esfuerzo.

Cuando gané el concurso de Miss Americana Nueva Jersey, una revelación que nadie esperaba que llegara lejos, los murmullos volvieron a empezar. Y siguieron cuando usé mis conocimientos de redes sociales para hacerme viral infinidad de veces mientras me preparaba para el concurso final, generando fascinación en todas partes.

Algunos me recibieron con los brazos abiertos; los fans y los espectadores decían que yo era un soplo de aire fresco, y los medios de comunicación se dieron cuenta de que mi participación había reavivado el interés en esta industria aparentemente moribunda.

Sin embargo, siempre hay un buen puñado de envidiosos en cada rueda de prensa obligatoria, en cada ensayo o reunión del concurso. Esa gente que me mira como si fuese una especie de intrusa, un lobo disfrazado de oveja que ni siquiera debería haber entrado en el concurso, y mucho menos participar en él. La desaprobación se notaba sobre todo en la organización propiamente dicha, que al principio consideraba que yo era una forma de incentivar el interés del público —quizá usándome como algún tipo de personaje gracioso

—, pero luego se arrepintió de haberme dejado entrar cuando conseguí la popularidad que tanto anhelaban.

Al parecer, el rechazo sigue ahí, a juzgar por las miradas que recibo hoy, sentada frente a esta mesa redonda, con una docena de ojos taladrándome como si fuera un experimento social fallido.

Frente a mí está Regina, con su cabello rubio impecable, las puntas recogidas a la perfección bajo la barbilla en un estilo que, por lo que pude averiguar en mi investigación, no ha cambiado en, por lo menos, veinticinco años. Su postura —como la de la mayoría de las mujeres del concurso que conozco, tanto actuales como del pasado— es absolutamente impecable, y su traje entallado con falda negra grita «profesionalidad».

Y la expresión de su rostro grita «odio».

Esa parte, por lo menos, me la esperaba: me odia desde siempre.

A su izquierda está sentada una abogada de pelo oscuro, largo y liso, vestida con un traje oscuro de lo más aburrido, y a su derecha, por algún motivo que creo que no quiero saber, está sentada Miss Utah.

Si sentía que Regina me lanzaba puñales, lo de Anne son misiles nucleares a gran escala. Estaba convencida de que la corona era suya hasta que yo y mis tontas ocurrencias llegamos para fastidiarlo todo.

¡Ay!

Cuando nadie habla durante varios segundos, doy un sorbo de agua y me recuesto en la silla con mi sonrisa bien ensayada y relajada.

—¿Puedo preguntar por qué ha venido Anne? —Señalo con la barbilla a la pelirroja de pelo rizado y postura perfecta, cuya mirada

podría matarme.

—Porque sí. —Hace una pausa mientras traga saliva, como si las siguientes palabras tuvieran un sabor horrible o le doliera pronunciarlas—. Soy la primera finalista. No estaré en todos los eventos, pero sí en algunos a lo largo de tu gira.

—Como bien sabes —empieza a decir Regina—, tu gira para representar al concurso de Miss Americana empieza el jueves.

Esta es la razón por la que quería ganar: la gira. Como soy una persona a la que le encanta la aventura, viajar por todo el país con todos los gastos pagados me parece un sueño hecho realidad. Si además le sumo la oportunidad de promocionar pequeñas empresas fundadas por mujeres, estoy más que dispuesta a representar el papel que quieran durante un año.

Es un intercambio justo, si me preguntan.

—Estoy emocionada por salir a la carretera. Mis seguidores están deseando saber de mis viajes y conocer más sobre las empresas que vamos a destacar.

Una sonrisa tensa asoma a los labios de Regina antes de asentir; su mirada se vuelve fría.

—Te recuerdo nuestra petición de que mantengas una compostura profesional en todo momento, ya que te vincularán directamente al concurso y a la marca Miss Americana. Cualquier violación de los principios fundamentales de esta organización puede hacer que pierdas tu corona y tengas que entregársela a la primera finalista —dice a modo de advertencia: la amenaza es evidente.

«Mantente a raya o te arrancaremos la bonita corona de la cabeza».

—¿No te vendría de perlas, Anne? —pregunto a la mujer a la que nada le gustaría más que verme fracasar.

—Por lo menos el título lo tendría alguien que lo merece —murmura.

Ese comentario sí que me sienta fatal.

—Me he matado a trabajar igual que tú. Respondí a las preguntas, mostré mi talento y lucí el bañador igual que tú. Lamento mucho que tengas la personalidad de un mueble y que te creas demasiado superior como para mostrarte y dejar que los plebeyos te conozcan y, en consecuencia, nadie te ha votado…

Algo explota en Anne; se inclina hacia mí y su belleza parece transformarse en una repugnante malicia delante de mis ojos.

—¡Es un maldito vacío legal! Lo único que debería importar es que seas guapa y que tengas madera para ser reina de belleza. Solo porque la gente sintió lástima por ti...

—Basta —dice Regina con firmeza y un tono que suena a amenaza. Enseguida Anne vuelve a sentarse como el perro obediente que es. Tengo que morderme los labios para no reír cuando Regina cierra los ojos y suspira hondo, como si intentara aferrarse a la última gota de paciencia que le queda.

—Lo que intentamos decir, señorita Bordeaux... —empieza la abogada reservada. ¿Será también una exreina de belleza, con su discreto decoro y su postura impecable?— es que usted firmó un contrato en el que se comprometía a respetar las normas de la marca o, de lo contrario, perdería su título y podrían demandarla por daños a la marca Miss Americana. Por supuesto, no habrá ningún problema si se comporta de una manera acorde con su nueva posición.

Sonrío con dulzura a la pobre mujer antes de dirigirme a Regina, la persona que realmente tiene que escuchar lo que voy a decir.

—Y, como ya os he dicho a todos vosotros muchas veces desde que firmé el contrato, voy a seguir siendo yo misma, pase lo que pase. Es decir, sobre el escenario, en redes sociales y en esta gira. No haré nada que viole mi contrato ni que deje al concurso en mal lugar, pero tampoco voy a dejar de ser quien soy: eso es lo que todos esperan de mí.

Su sonrisa se vuelve rígida, como si lamentara oír mi respuesta, pero gané este concurso siendo yo misma y no tengo intención de cambiar solo porque quieran mantener un relato falso de lo que es la «Miss Americana perfecta».

Por último, Regina se recuesta en la silla y esboza su sonrisa más falsa, una que todavía no había visto.

—¿Sabes, Ava? Si te resulta excesivo cumplir con nuestras directrices, podemos ahorrarnos todos estos dolores de cabeza ahora mismo. Estaremos encantados de darle tu corona a Anne y dejar que te quedes con el dinero del premio. —Exhala un suspiro exagerado y sonríe antes de extender la mano y posar la suya sobre la mía; tengo que esforzarme para no retirarla—. Entendemos que no es algo para cualquiera: la presión, las expectativas... —Sus palabras se apagan, como si esperara que estuviera de acuerdo, que asintiera y aceptara su oferta con gratitud.

Algo me dice que jamás han conocido a una mujer como yo.

Qué decepción para ellas.

—¿Sabes, Regina? Creo que voy a estar bien. Estoy muy ilusionada por mostrarle al mundo que una concursante de Miss Americana no tiene por qué ser perfecta, que puede ser una chica

normal, común y corriente, natural. Me entusiasma representar una versión de mujer que el concurso Miss Americana no ha ejemplificado muy a menudo en el pasado.

—Qué única... Qué diferente de las otras chicas —dice Anne con malicia, y yo me vuelvo hacia ella con una sonrisa extremadamente dulce.

—Lo gracioso es que, a diferencia de ti, soy exactamente como otras chicas, y doy gracias por ello. Me encanta que puedan acercarse a mí e identificarse conmigo. Adoro las cosas rosas, los lazos y el maquillaje. Me encanta tomar mi café de especialidad, leer mis tontas novelas románticas y escuchar la misma música que escuchan otras chicas, porque es divertido. La única diferencia con otras chicas, como, por ejemplo, tú, es que no juzgo a la gente por lo que le gusta o deja de gustarle. Dejo que viva su vida como mejor le parezca y la animo a que lo haga.

Después vuelvo a mirar a Regina.

—Eso es lo que espero demostrarle a todo el mundo en mi gira: que cualquiera puede ser Miss Americana siempre que sea fiel a sí misma. Me aseguraré de no comportarme de forma que dañe la imagen del concurso de Miss Americana, pero no voy a cambiar quien soy. Gané este título gracias a mi forma de ser, no por fingir ser otra persona, y eso no va a cambiar.

De pronto, la amabilidad desaparece de su mirada, y Regina se inclina hacia delante como una víbora a punto de atacar. Por primera vez la veo como es en realidad: un alma podrida bajo la brillante fachada que muestra al resto.

—Escucha bien, mocosa. Voy a...

Antes de que pueda soltar la amenaza que estaba a punto de lanzarme, alguien llama y entreabre la puerta.

—Regina, Five Star Security está abajo, subirán en uno o dos minutos —anuncia la recepcionista, asomando la cabeza.

—Perfecto, hazlos pasar en cuanto lleguen. —Se vuelve hacia mí; las amenazas anteriores se desvanecen y su rostro adopta una neutralidad calculada—. Es tu guardaespaldas para el viaje.

Muevo la cabeza, confundida.

—¿Mi guardaespaldas? ¿Y para qué necesito yo un guardaespaldas?

—Queremos asegurarnos de que alguien del personal nos informe de cómo te va —dice, y hace una pausa; la amenaza tácita flota en el aire. Alguien que me siga a todas partes e informe de cada uno de mis movimientos, buscando un motivo para decir que he incumplido el contrato, quitarme la corona y dársela a Anne.

En ese mismo instante decido que haré todo lo posible por ceñirme a las normas, siempre dentro de los límites que han trazado para mí. Voy a demostrar que se equivocan, y al mismo tiempo no les daré nunca un motivo para deshacerse de mí. Porque, si lo hicieran, ganarían ellas, y cuando se me mete algo en la cabeza, no pierdo.

¿Voy a cambiar mi forma de ser?

De ninguna manera.

Pero voy a jugar a la perfección la partida que han empezado, y me veré estupenda haciéndolo. Claro que sí.

Nunca han conocido a una mujer capaz de jugar tan bien como yo, de eso puedo estar segura.

—Y, claro está —sigue la voz condescendiente de Regina, interrumpiendo mis pensamientos—, queremos mantenerte a salvo de todos esos admiradores que te has ganado. Algunos parecen... haberse encariñado demasiado contigo y, por supuesto, no querríamos que te ocurriera nada malo.

Hay algo en su forma de decirlo que suena más a amenaza que a consuelo.

—¿Quién es? —pregunto, reclinándome en mi asiento.

—Un tal... —La abogada toca la pantalla de una tableta y luego me mira—. ¿Jaime Wilde? Es alguien nuevo que trabaja con nosotros, pero no es nuevo en la empresa para la que trabaja. Sus referencias son impecables.

—Mmm... —murmuro, intentando recordar el nombre. Me suena, pero en estos seis meses me he cruzado con tanta gente que los nombres empiezan a mezclarse.

Se oye otro golpe en la puerta que interrumpe mi búsqueda mental; la misma morena guapa asoma la cabeza.

—Regina, Five Star Security ha llegado.

—Bien, que pasen, por favor.



Seis

AVA

Un momento después se abre la puerta de la sala de reuniones, entra un hombre mayor de aspecto brusco y, por un instante, creo que es quien será mi guardia en la gira. Es algo que puedo manejar. ¿Un anciano simpático que no me traiga demasiados problemas? Perfecto.

Pero detrás de él entra un hombre alto y corpulento, que examina la habitación como si buscara una amenaza, y todo mi cuerpo se estremece. Conozco a ese hombre, a esa figura. Y cuando sus ojos terminan de explorar la sala y se posan sobre mí, me doy cuenta de que también conozco su rostro.

El imbécil del gorila de AfterDark.

—Tú... —digo, intentando sonreír; ahora todo encaja. Qué destino tan gracioso.

El hombre me observa; puedo ver que está pensando detrás de su mirada hermética.

—Princesa —dice; casi puedo ver cómo las palabras rebotan en su cabeza.

—Técnicamente, la reina del concurso —respondo, alzando la barbilla con orgullo, porque quizá no sea el objetivo de mi vida, pero trabajé mucho para conseguir mi título. Además, algo me dice que a este hombre eso no le impresiona. Más bien le fastidia, y si hay algo en lo que destaco es en sacar a la gente de sus casillas.

Lo miro fijamente mientras su jefe se sienta, y el hombre, Jaime Wilde —excelente nombre, todo hay que decirlo—, toma asiento lo más lejos posible, con los ojos todavía clavados en mí, tratando de entender quién soy y en qué embrollo nos hemos metido.

—¿Os conocéis? —pregunta el hombre mayor sentado a la mesa, frunciendo las cejas entrecanas.

Los dos negamos a la vez.

—No, para nada —ladra Jaime, sacudiendo la cabeza con energía. Mis labios esbozan una sonrisa divertida. Habla como si yo fuera una asesina en serie y quisiera negar cualquier vínculo conmigo para evitar que lo consideren sospechoso.

—No, en realidad no —digo, con mi sonrisa perfecta de concurso dirigida al hombre mayor—. Él estaba trabajando en AfterDark cuando yo celebraba mi victoria. Intenté saludar a Atlas Oaks, ya que fui al colegio con Stella Greene, pero él estaba de mal humor y ni siquiera quiso escuchar lo que tenía que decir. La verdad es que es muy bueno en lo que hace.

El hombre mayor lo mira con cierta satisfacción.

—Qué pequeño es el mundo.

—Sí, bueno, como venía diciendo —interviene Regina, a quien evidentemente este intercambio le importa entre poco y nada—,

Jaime va a acompañarte durante la gira, te vigilará y te llevará de un sitio a otro.

—¿Es como un monitor escolar? —pregunto con una risa contenida, porque esto es absurdo. ¿De verdad está pasando?

Retrocedamos.

Uno: de alguna manera, logré convertirme en reina de un concurso nacional de belleza.

Dos: la organizadora del concurso que gané me odia a muerte y quiere que renuncie para que mi flamante archienemiga herede la corona.

Tres: tendré un acompañante durante los próximos tres meses porque quieren controlar todos mis movimientos y obligarme a renunciar.

Y cuatro: mi nuevo amiguito es el guardaespaldas malhumorado con el que coqueteé medio borracha cuando me impidió entrar en la zona vip hace unos días.

Sé que Dios debe de ser mujer, porque ningún hombre tiene tan buen sentido del humor.

—En realidad, «monitor» es una buena forma de ayudarte a entender cuál es su trabajo —dice Regina con una sonrisa más amenazadora que cordial—. Preservará tu seguridad, pero también, como dije antes, se asegurará de que respetes el código de conducta de la organización.

—De lo contrario tendré tu corona —suelta Anne como una niña pequeña incapaz de contenerse. Su sonrisa desaparece cuando Regina le da una patada por debajo de la mesa y todo su cuerpo se sacude.

¿Sabéis qué no estaría dentro del código de conducta?

Darle un puñetazo en la cara a Anne.

Pero valdría la pena...

—Dicho esto —dice la abogada mirando fijamente a Regina y a Anne—, vamos a dejar que os conozcáis y habléis sobre cualquier necesidad o preferencia que tengáis, ya que estaréis juntos mucho tiempo. Por favor, informad si necesitáis algo. Ava, cuando estés lista, tenemos unos formularios para que firmes en recepción.

Sonrío con sinceridad y asiento.

—Muchas gracias, lo haré. —Espero a que todos, excepto Jaime, salgan de la sala y cierren la puerta antes de dirigirme a mi nuevo guardaespaldas con una sonrisa.

Está de pie, mirando hacia abajo mientras guarda un portátil en una mochila sin dignarse siquiera a mirarme.

—Eh... —digo, intentando iniciar la conversación.

Es evidente que este hombre no me admira, y nuestro primer encuentro no fue precisamente ideal. Sin embargo, estaremos juntos por obligación durante los próximos tres meses, así que podría empezar con buen pie.

—Con respecto a los próximos... —empiezo a decir, pero él se endereza y se cuelga la bolsa al hombro. Sus ojos, sin gafas y sin la tenue iluminación de la discoteca, son espléndidos: un verde avellana enmarcado por pestañas gruesas y oscuras que mataría por tener.

—Serán mis reglas —replica, interrumpiéndome. ¿Sin saludo, sin preguntar cómo estoy?—. Escucharás lo que diga. Harás lo que diga. Sin desviaciones. Si priorizamos la seguridad, los tres próximos meses pasarán sin demasiados dolores de cabeza.

Pasa un segundo. Parpadeo varias veces. Él cruza los brazos sobre el pecho y sigue mirándome fijamente.

—¿Cómo dices? —pregunto, boquiabierta.

—No tengo tiempo ni paciencia para ocuparme de una mocosa malcriada durante los próximos tres meses. Mi trabajo es preservar tu seguridad. No soy un niñero. Si no te comportas como una idiota, no pienso informarle a ella de cada uno de tus movimientos.

Bueno, es un alivio, pero...

—Te lo agradezco —digo—. Pero también me gustaría que fuésemos amigos. Vamos a pasar mucho tiempo juntos, y...

—No —responde, otra vez con brusquedad, y empieza a fastidiarme.

—¿Cómo?

—No, no quiero que seamos amigos. No voy a entrar en ese juego. Conozco tu tipo, y no me interesa.

—¿Mi tipo?

—Engreída, solo te importan las apariencias. El tipo de persona que sonríe, se echa el pelo atrás y cree que con eso consigue cualquier cosa, mientras el resto de los mortales debemos seguir las reglas.

—Crees que me conoces muy bien, crees que me has «calado», pero no sabes nada sobre mí, Jaime.

Suspira como si estuviera cansado de este intercambio.

—Mira, he venido a hacer un trabajo, y aunque no estoy muy entusiasmado con tener que seguirte durante tres meses, para mí no es más que eso: un trabajo.

—De acuerdo... También lo es para mí.

—No. Para ti es una salida divertida. Jugar a ser princesa y saludar a tus súbditos.

Pestañeo varias veces, absolutamente estupefacta, antes de hablar.

—¿Cómo dices?

—Si escuchas lo que te digo que hagas, estaremos bien.

—¿Cuál es tu problema? —pregunto, ya enfadada. No esperaba que fuésemos grandes amigos, pero vamos a pasar mucho tiempo juntos, especialmente si va a transportarme de un sitio a otro.

—Para mí esta misión es mortificante y un desperdicio de mis habilidades. Tener que perseguir a una princesa egocéntrica me parece una desgracia, pero todos tenemos que trabajar, y yo voy a hacer mi trabajo.

—No entiendo —digo mientras él avanza hacia la puerta, intentando entenderlo.

—¿Qué es lo que no entiendes? —pregunta, dándose la vuelta hacia mí con la misma expresión irritada.

—Por qué me odias. No he hecho absolutamente nada para merecer este trato.

Suelta un leve suspiro, una grieta diminuta en su coraza.

—No te odio a ti en concreto. Simplemente no tengo ningún interés en seguir a todas partes a una reina de belleza. Esta misión consiste básicamente en ser un niñero de lujo para una mujer adulta, y es una pérdida de tiempo. Me molesta haber caído en esta trampa porque, ya que hablamos con sinceridad, creo que eres muy exasperante y, por lo poco que vi la otra noche y lo que he ido oyendo, pareces una bomba a punto de explotar. No me entusiasma tener que sacarte de problemas cada cinco minutos porque no sabes

acatar instrucciones, así que intento ser adulto y establecer reglas desde el principio. Lamento que no te gusten, pero así es la vida, princesa.

Por fin calla y lo observo fijamente antes de mirarme las uñas.

—¿Has terminado? —pregunto con una leve sonrisa.

—¿Qué?

—Tu pequeño discurso sobre lo molesto que te resultará tu trabajo de guardaespaldas conmigo. Parecía que tenías sentimientos muy intensos al respecto y quería asegurarme de que los soltabas antes de interrumpirte. Entonces, ¿has terminado?

Aprieta la mandíbula, y en ese instante me doy cuenta de que esto será muy divertido.

—Sí, he terminado —responde entre dientes.

—Perfecto, fantástico. Entonces te propongo lo siguiente: no me gustan las reglas. De hecho, cuanto más me las imponen, más quiero romperlas. Voy a hacer todo lo posible por facilitar tu trabajo, pero aun así no voy a dejar de ser quien soy. No haré ninguna locura estúpida que me ponga en peligro, pero tampoco seré una chica sumisa que acate lo que digas en cada momento.

Él me mira y luego suelta un profundo suspiro.

—Esto va a ser un desastre —murmura.

Camino alrededor de la mesa hacia la salida, me detengo frente a él y le sonrío. Se pasa de guapo, de eso no cabe duda.

Y muy, muy serio. Será divertido obligarlo a relajarse un poco.

—Una cosa más —digo.

—¿Qué?

—No te enamores de mí, grandullón, ¿vale? —comento, extendiendo la mano y dándole una palmadita en la mejilla. Él

aprieta la mandíbula.

—Prometo que eso no será un problema.

—¿Es un desafío?

Por primera vez sonríe. Desde mi ángulo veo una marca en su mejilla. Un hoyuelo.

—Haz lo que puedas, princesa.

—Dios, no sabes lo que acabas de hacer, ¿verdad? —pregunto; mi sonrisa se ensancha mientras sacudo la cabeza, incrédula, y me cuelgo el bolso al hombro—. Si hay algo que adoro es un desafío. Practiqué hasta ganar un concurso entero solo para ver si era capaz. ¿Pero tú? Podrías convertirte en mi desafío favorito.

Casi no lo oigo cuando murmura por lo bajo mientras salgo:

—Y tú podrías ser el mío.



Siete

AVA

Harper está sentada en el canapé de mi habitación, limándose las uñas, mientras Jules está en mi cama con la cabeza apoyada en las manos, observando cómo me desespero intentando meter tres meses de ropa en dos maletas gigantes. Lamentablemente, semejante montaña va a necesitar, como mínimo, tres. Todavía no he guardado los productos para el pelo y el cuerpo, los pijamas, la ropa de entrenamiento, la ropa interior, el maquillaje... y los zapatos.

—Dios mío, estoy perdida —digo, mirando el desastre que nos rodea—. ¿Cómo voy a llevarme toda mi ropa?

Harper suspira, deja la lima en la mesa auxiliar y se pone en pie.

—No lo harás. Para esta nueva colección solo necesitas lo justo e indispensable, y podemos añadir accesorios. Cada prenda es reversible, así que en realidad cada una son dos. Y estos tops —levanta dos tops con infinitos tirantes y lazos— pueden usarse de mil maneras distintas y nunca parecer el mismo. Te envié un documento

con lo que puedes ponerte en cada parada. Según lo que preparé, solo necesitas cuatro pares de zapatos y unas zapatillas deportivas.

Mi ansiedad se esfuma.

—Podría darte un beso —digo con un suspiro de alivio—. ¿Me ayudas para llevar lo correcto? —Pone cara de fastidio (y sonrío cuando empieza a levantar y doblar ropa) como si le resultase molesto, cuando en realidad, con su personalidad tipo A, secretamente disfruta de todo esto.

—¿Así que tu guardaespaldas es el tipo sexi de la discoteca? —pregunta Jules, tomando la lima para arreglarse las uñas.

—Si por tipo sexi te refieres al imbécil malhumorado, entonces sí. Y no me soporta porque cree que soy una especie de princesa egocéntrica.

—Bueno... —empieza a decir Harper, pero le lanzo un sujetador. Ella se ríe y luego se apresura a doblarlo y guardarlo.

—No digas nada —le digo.

Mañana es el primer evento en el paseo marítimo de Atlantic City. Aunque dormiré una última noche en mi cama, llegaré tardísimo y tendré que levantarme muy temprano, así que debo hacer las maletas hoy. De ahí el caos.

—No sé, creo que podría superar que me considere malcriada con lo bueno que está —dice Jules.

—¿Qué?

Gira el móvil y me muestra una foto de Jaime, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando fijamente a la cámara. Agarro el teléfono y veo que la imagen es de la web de Five Star Security.

Es muy injusto ser tan atractivo y estar de tan mal humor todo el tiempo.

—Malhumorado o no, te apuesto a que es absolutamente increíble en la cama —opina Jules, como si me estuviera leyendo la mente. Me encojo de hombros y le devuelvo el teléfono, aunque me gustaría seguir mirando esa pantalla indefinidamente.

—Apuesto a que sí —digo con una sonrisa.

—Sabes, si esto fuera una película... —empieza Jules con su cantinela habitual, antes de que Harper la interrumpa.

—Jules, no. Esto no es una película; es la vida real. —Harper me mira y detiene lo que está haciendo—. Ava, no puedes salir con nadie.

Arrugo la cara como si estuviera confundida.

—Qué gracioso, porque no recuerdo haber dicho nada sobre salir con ese hombre.

Jules suelta una carcajada y da un pequeño puñetazo al aire.

—¡Sí! Yo digo que te lo tires hasta ponerlo de buen humor.

—¡Jules! Se supone que somos la voz de la razón —la regaña Harper mientras dobla una falda. Pero está acostumbrada a oír nuestras payasadas.

—¡Yo soy sensata! Es normal que haya tensión sexual con las chispas que saltaban entre esos dos.

Pienso en su manera de mirarme en la oficina, con apenas una sonrisa en los labios, a pocos centímetros de distancia. En cómo sus ojos bajaron a mis labios antes de subir a los míos. En el murmullo con el que dijo «que llegues a casa sana y salva, princesa» la noche de la discoteca.

Es evidente que estoy analizando demasiado, diseccionando pequeños momentos que en realidad no son importantes en el panorama general.

—Si por tensión sexual quieres decir que le gustaría abandonarme en una isla desierta y no volver a verme, sí.

—Tonterías. Todo el mundo te quiere, Ava. Literalmente, te ganas a cualquiera. ¿Por qué con él iba a ser diferente?

—Bueno, para empezar, creo que me odia.

—Tonterías —dice Jules riéndose, sin creerme en absoluto. Tiene razón, porque sin duda exagero, pero...

—Está bien, como mínimo detesta no odiarme. —Me encojo de hombros, con una sonrisa tenue, recordando mis últimas palabras hacia él—. Quizá odia querer acostarse conmigo.

Se hace un silencio mientras Jules y Harper procesan mis palabras; luego Jules se encoge de hombros y dice:

—Tal vez, pero podríamos hacer algo al respecto.

—¡Jules! —digo riendo y lanzándole una brocha de maquillaje.

—¡Es solo una idea!

Nos reímos hasta que nos duele la barriga, y Harper, la más centrada, toma la palabra.

—¿Puedo preguntar por qué tendría que odiarte? —dice, tan confundida como yo—. Si ni siquiera te conoce.

—No creo que me odie exactamente —digo, y me sorprende estar defendiéndolo—. Creo que solo quiere hacer bien su trabajo. Para él es importante... mantener la distancia. Es muy profesional, y entre él y su jefe había tensión. No sé, creo que solo quiere cumplir y seguir adelante.

Jules resopla.

—Pues le deseo buena suerte si tiene que lidiar contigo durante tres meses.

—¿Qué significa eso? —pregunto, lanzándole un par de medias a la cabeza.

Las mete en mi maleta sin pestañear y responde:

—Significa que tus esfuerzos por convertir a alguien en tu mejor amigo son extremos.

—¿Quién, yo? —replico, ocultando una sonrisa.

No se equivocan. Pero ¿acaso es un delito querer caer bien a la gente?

—Bueno, no es que quiera que todo el mundo me adore. Simplemente me encanta demostrar que se equivocan. ¡Solo porque parezca una cabeza hueca no significa que lo sea!

—En realidad... —dice Harper.

—Callaos, sois lo peor —digo entre risas; Harper también se ríe. Doy un sorbo a mi bebida, la dejo sobre la mesita de noche y vuelvo a caer en la cama con un gruñido—. Decidme, ¿para qué necesito un guardaespaldas? ¿No es exagerado? No soy una figura política ni nadie importante. Entiendo que quieran vigilarme, pero ¿eso no puede hacerlo cualquiera? Tampoco soy como Willa Stone o alguien que necesite un equipo de seguridad.

Harper y Jules aprovechan el momento para intercambiar una mirada que conozco de sobra. Esa mirada que significa: «¿Se lo dices tú a nuestra dulce amiga delirante o se lo digo yo?».

Esta vez Jules toma la iniciativa.

—Cariño, ¿has visto los mensajes en redes sociales?

Pongo cara de fastidio.

—¡Pero por favor! Son solo idiotas con más tiempo que neuronas en el cerebro.

—Ava, has tenido que hacer al menos seis denuncias policiales en los últimos cuatro meses.

Gimo y me cubro la cara con las manos.

—¡No es para tanto!

—Ava —dicen al unísono, mirándome horrorizadas.

Suspiro. Está bien, hubo un tipo que intentó colarse en la prueba de vestuario de Miss Americana gritando que me amaba y que estábamos destinados a estar juntos. Fue un poco raro, sí, pero ni siquiera llegó a entrar en el edificio. Ni siquiera le vi la cara.

Y sí, he recibido mensajes raros en distintas plataformas, pero ¿acaso no le pasa eso a todo el mundo? Jules y Harper también los reciben, igual que todas las concursantes de Miss Americana. Son inofensivos. Cualquier mensaje que contenga algo especialmente alarmante se denuncia a las autoridades correspondientes, pero es solo para que quede constancia.

Por si acaso.

—Detesto estar bajo un microscopio más de lo que ya estoy. Ojalá pudiera llevarme a alguna de vosotras como guardaespaldas. Así al menos tendría a alguien de mi lado.

Por primera vez desde la reunión dejo que la realidad me impacte: el objetivo aparente de Regina y Anne de echarme, el enfado de Jaime por tener que seguirme a todas partes, la idea de que este sueño se está volviendo cada vez menos atractivo.

—¿Y si todo esto es solo una pérdida de tiempo? ¿Y si voy a ser infeliz la mayor parte del tiempo?

Pasa un largo rato en el que ninguna habla, y el silencio me pone nerviosa.

—Podrías renunciar simplemente, ¿sabes? —dice Harper, rompiendo por fin el silencio.

—¿Qué?

Mi cabeza se mueve con sus palabras, pero cuando miro a mi amiga su sonrisa es dulce y su mano se extiende para darme una palmada en la pierna. Miro a Jules y en su rostro hay la misma expresión.

—Podrías renunciar. No nos perjudicarías ni a Jules ni a mí... lo que hiciste por nosotras, Ava, fue... maravilloso. Nos cambió la vida. Nunca podremos agradecértelo lo suficiente…

—No quiero que me agradezcáis nada, ya lo sabéis. Fue divertido. Fue... una aventura. Y este viaje también va a ser una aventura. —Harper sonríe a Jules, como si supieran que esta sería la decisión que tomaría—. No voy a dejar que esas brujas me asusten para que abandone mi viaje soñado.

Vuelvo a sentarme y dejo de compadecerme con una sonrisa.

—Gané con todas las de la ley; respeté las mismas reglas que todas; solo porque no ganara quienquiera que creyeran que ganaría no significa que no merezca el título.

—Esa es nuestra amiga —dice Jules aplaudiendo—. No dejes que ganen esos imbéciles. Te lo vas a pasar de maravilla, pase lo que pase. —Se sienta y me sonríe—. Muy bien, ahora hablemos de los divertidísimos suvenires que vas a traernos.



Ocho

AVA

Mi primer evento oficial para Miss Americana transcurre en el paseo marítimo de Atlantic City con el alcalde y el gobernador de Nueva Jersey.

Sí, el gobernador.

Así es mi vida ahora, supongo.

Pero es también el inicio de uno de mis sueños más antiguos. Cuando era niña leí un artículo sobre una familia que viajó durante el verano por todo el territorio continental de Estados Unidos en una autocaravana. Visitaron todos los estados, fueron a todas las atracciones y documentaron todo el viaje. Yo nunca había salido de Nueva Jersey, ya que todas mis vacaciones de la infancia las pasé en la costa de Jersey con mi familia. Soñaba con vivir aventuras y viajar, así que ese me pareció el viaje más fantástico que podía hacerse.

Y ahora, en cierto modo, este concurso al que me presenté casi en broma me permite convertir ese sueño en realidad.

¿No es genial?

—A continuación, caminaremos hasta el restaurante más antiguo del paseo marítimo, Ocean View —dice la gerente de relaciones públicas del concurso de Miss Americana, mirando al asistente del gobernador, que asiente con la cabeza.

—¡Por aquí! —dice, haciendo un gesto con la mano.

Nuestro grupo se pone en marcha: Regina va en cabeza con el gobernador, Anne camina lo más cerca posible de cualquier periodista para mendigar tres segundos y poder hablar de sí misma, y Jaime y yo cerramos el grupo. Él lleva unas gafas de sol negras, mira hacia delante con la mandíbula apretada, en actitud vigilante, como si alguien fuera a saltar desde detrás de una de las dunas para atacarme.

—Bonito día —digo, alzando la cara hacia el sol antes de subirme hasta la nariz unas gafas de pasta marrón con forma de corazón.

—Ajá —responde él; su cabeza ni siquiera se gira hacia mí, sigue escaneando el entorno, como si en cualquier momento alguien fuera a aparecer para secuestrarme.

Suelto una risita y le doy un empujoncito amistoso, pero ni se inmuta, ni el más mínimo tambaleo.

—Sabes que puedes relajarte un poco, ¿verdad? Aquí hay seguridad para el gobernador de Nueva Jersey. Si alguien tiene riesgo de seguridad es él, no yo.

El rostro de Jaime no se vuelve hacia mí cuando habla. Sigue mirando al frente, alerta.

—Es mi trabajo —dice.

—Cuando te enteraste de que yo era tu misión, ¿perdiste mágicamente la capacidad de usar frases completas o simplemente me detestas?

—No te detesto, solo hago mi trabajo.

Vuelvo a poner cara de fastidio y miro el cielo azul, agotada. Abro la boca para decir algo, pero alguien grita mi nombre.

—¡Ava!

Es una voz infantil y, cuando me doy la vuelta, una niña de quizá doce años se acerca casi corriendo hacia mí con su padre. Disminuyo la marcha.

—¡Ava! ¡Soy muy fan tuya!

Me alejo de Jaime y del grupo y me acerco a la niña con una sonrisa enorme.

—Lo siento, le dije que estabas ocupada —dice su padre con expresión de disculpa.

—¡No, para nada! —respondo—. ¡Me alegro de que te hayas parado a saludar!

—¡Soy una gran admiradora, eres tan genial! ¡Te sigo desde que ganaste el concurso de Nueva Jersey! ¡No puedo creer que fuera tu primer concurso! —Es preciosa, con unos ojos verdes enormes y el pelo castaño rizado recogido en una coleta, una camiseta rosa, falda morada y zapatillas blancas.

—Ay, Dios, no me lo recuerdes. ¿Viste cómo me tropecé en la escalera? —pregunto con una carcajada, burlándome de mí misma, porque de hecho me tropecé en la escalera durante la sección de entrevistas del concurso de Nueva Jersey. Le resté importancia con una carcajada e hice una broma al presentador. Algunos artículos atribuyeron ese momento «real» al comienzo de mi carrera como favorita del público en Miss Americana.

Algunos incluso especularon con que lo hice a propósito, y es bastante vergonzoso tener que explicarle a la gente que no eres tan

inteligente como creen, sino una torpe de cuidado.

La niña ríe y asiente.

—Sí, pero me caíste todavía mejor. Yo también soy bastante torpe. —Levanta el brazo con un yeso rosa que no había visto, cubierto de firmas.

—Las chicas torpes somos las mejores. Estamos muy ocupadas divirtiéndonos como para preocuparnos por detalles tontos como la gravedad.

Ella sonríe de oreja a oreja antes de asentir.

—¡La semana que viene empiezo clases de danza en Primera Posición gracias a ti! —exclama.

—¡Qué bien! ¡Te lo vas a pasar genial! ¡No te olvides de darle recuerdos a Jules!

—¡Lo haré! —Me mira y luego mira a su padre; de repente parece nerviosa—. ¿Podemos hacernos una foto?

—Solo si me dejas firmarte el yeso —respondo, sacando un rotulador del bolsillo. Firmar autógrafos es una de las partes más extrañas de este nuevo giro en mi carrera, pero me hace muy feliz cuando me lo piden niñas adorables como ella.

Abre los ojos como platos y se pone a saltar y a aplaudir.

—¡Dios mío, mis amigas se van a morir de envidia!

Me echo a reír y firmo mi nombre en el yeso antes de hacernos la foto.

—¿Puedes enviarme la foto? —pregunto, y ella vuelve a abrir mucho los ojos mientras asiente. Le doy a su padre mi dirección de correo electrónico para que me la mande.

—¡Adiós! —digo, agitando la mano—. ¡Estoy deseando que Jules me cuente cómo te van las clases!

—Muchas gracias, de verdad —dice el padre de la niña, con agradecimiento genuino en su mirada. Baja la voz—. Siempre es objeto de burlas debido a su torpeza... Tiene dispraxia, y todo le cuesta más. Le acabas de alegrar el día.

Su confesión me enternece.

—Me alegra muchísimo —respondo—. Si alguna vez necesitáis algo, ya tenéis mi correo electrónico —añado, señalando con la barbilla su teléfono. El padre sonríe y los dos vuelven al sitio en el que estaban antes de que la niña viniera corriendo hacia mí.

Jaime y yo regresamos al grupo. Ya casi los hemos alcanzado cuando, por primera vez, Jaime inicia una conversación.

—Eso no ha sido seguro, Ava —dice, en voz baja y enfadada, cuando por fin llegamos al grupo.

—¿Qué?

—Que no ha sido seguro. No sabes si esas personas tenían buenas intenciones.

Me detengo en seco y lo miro; él sigue caminando hasta que se da cuenta de que no lo sigo. Se gira hacia mí: hay un metro y medio de distancia entre los dos y estoy plantada con las manos en las caderas. Él mantiene los brazos cruzados sobre el pecho y, por un instante, me pregunto qué imagen daremos. Debe de ser un espectáculo divertido: una mujer vestida de rosa con una tiara gigante sobre la cabeza mirando con odio a un guardaespaldas corpulento vestido de negro.

—Jaime, era una niña de doce años con el brazo enyesado y su padre. A plena luz del día. Con el gobernador a pocos metros de distancia. Creo que estaba bastante segura.

—Así es como asesinan a la gente, Ava, por creer que está a salvo.

—Por Dios, qué exagerado —digo con fastidio, y vuelvo a caminar —. Tú mismo lo dijiste: es un trabajo de niñero de lujo, ¿no? Entonces no hay un peligro real.

Oigo cómo suspira.

—Necesito que me facilites el trabajo, Ava. Solo personas autorizadas; si quieres detenerte, tienes que decírmelo y yo decidiré si está permitido. Así es como vamos a salir de esto sin grandes problemas.

—Sí, pero eso no voy a hacerlo —respondo, echando el pelo hacia atrás para ignorar lo cabreada que estoy.

—Podrían haberte hecho daño.

Lo miro con incredulidad e irritación.

—Es una broma, ¿verdad?

—No hago bromas con la seguridad.

Lo observo con la boca abierta antes de soltar una carcajada.

—No le veo la gracia —dice.

—Mmm, ¿que hayas pensado que una niña de doce años y su padre eran una terrible amenaza para mi seguridad?

—No sabes las cosas que he visto, la forma en que la gente finge para acercarse a alguien. No todo en este mundo es color de rosa, Ava. Hay gente peligrosa por todas partes.

—No soy idiota. Sé que voy vestida de rosa y parezco tonta, pero tengo dos neuronas en el cerebro. Sé que existe el peligro y, lo creas o no, he sobrevivido veintiséis años sin grandes problemas. Sé que estás acostumbrado a proteger a megasuperestrellas del rock, pero yo solo soy una chica que ha ganado un concurso. Relájate un poco,

usa el sentido común y lo pasaremos genial en este viaje, ¿de acuerdo?

—Ava...

—No. Estoy emocionada con este viaje. Para mí es una oportunidad única. No voy a dejar que un guardaespaldas demente y demasiado exigente lo arruine. —Respiro hondo, negándome a permitir que este gruñón me agüe la fiesta.

—Sé que eres algo así como un necio estoico y que has dado la vuelta al mundo, pero yo no. Voy a saludar a la gente. Voy a abrazar a las niñas que me digan que las inspiro a empezar a bailar o a intentar entrar en un concurso. Acostúmbrate. Piensa cómo manejarlo, cómo trabajar conmigo, porque no voy a cambiar quién soy solo porque tengas una visión caótica de lo que es o no es seguro. Actuaré con sentido común para no complicarte el trabajo, pero necesito que tú hagas lo mismo. —Me quedo mirándolo, esperando una respuesta, pero su rostro sigue rígido e impasible.

Alzo una ceja y cruzo los brazos sobre el pecho. No soy el tipo de chica que se echa atrás. De hecho, soy de las que discuten por el simple placer de discutir. El tipo de persona que guarda rencor por diversión. Demonios, ¡gané todo el concurso solo porque Anne era una bruja!

Debe de notar mi determinación, porque finalmente cierra los ojos y suspira.

—Lo siento —dice en voz tan baja que casi no se oye.

Me esfuerzo por no sonreír.

—¿Cómo dices? —Aprieta aún más la mandíbula, y pierdo la batalla de la sonrisa.

—Lo siento.

Apoyo una mano en el pecho y suelto un falso jadeo, como si no pudiera creer lo que oigo.

—¿El gran macho Jaime Wilde pidiendo disculpas? ¿El primer día? ¿Tan rápido he conseguido descolocarte?

—Lo siento. Me he portado como un imbécil. No te mereces eso. Tienes razón: una niña de doce años no es una amenaza y tú estás aquí para trabajar, igual que yo. Podemos fijar reglas realistas con las que ambos estemos de acuerdo. Solo... dame un respiro, porque no estoy acostumbrado a esto.

—¿A esto?

—A todo esto —dice, señalándome—. Las réplicas. La cabezonería.

Lo contemplo en silencio un momento, intentando descifrar la sinceridad de sus palabras, entender qué dice y qué quiere decir, y luego decido que no tiene importancia. Él está haciendo un esfuerzo, y yo también debería, aunque solo sea para que esta gira sea más agradable para los dos.

—Está bien, está bien. Mira, hagamos un trato. Yo haré todo lo posible por no provocarte demasiados infartos saliéndome de tus esquemas demenciales y neuróticos, y tú me darás un descanso en lo que se refiere a ser..., bueno..., como soy. ¿Trato hecho?

Él me observa como yo antes a él, evaluándome detrás de esas gafas oscuras, y al final asiente.

—Trato hecho.

Una gran sonrisa se dibuja en mis labios, y no es la sonrisa falsa de concurso; es la mía de verdad.

—De acuerdo, tiarrón, alcancemos al resto y vayamos a comer. Me muero de hambre. —Enlazo mi brazo con el suyo y empiezo a caminar hacia el grupo. Él, a regañadientes, me sigue. Cuando

intenta apartar el brazo, lo sujeto con más fuerza—. No, te quedarás conmigo —digo, con una amplia sonrisa—. ¿Querías estar pegado a mi lado? Pues ya lo estás. Si quieres ser dichoso, sé laborioso.

—Me estás vacilando —murmura. Sin embargo, no se me escapa que no vuelve a intentar soltarse; al contrario, ajusta el brazo para que caminemos más cómodos los dos.

Dios, va a ser un verano divertido.



Nueve

JAIME

Este va a ser un verano de mierda.

Cada cosa que dice y hace esta mujer me provoca ganas de estrangularla, pero también ganas de arrastrarla a una habitación y tener sexo con ella hasta que no pueda discutir más.

No tengo ni la más puta idea de por qué, con todo lo que hace o dice, siento la necesidad de reaccionar y ponerle las cosas difíciles. Es como si me esforzara por provocar sus réplicas, su coqueteo, y para que se me ponga dura.

Cuando se detuvo a hablar con esa niña, yo sabía que no corría ningún peligro. El grupo caminaba tan despacio que no había posibilidad de que los perdiéramos.

Pero hay algo en su absoluta indiferencia por su propia seguridad que hace que me entren ganas de discutir con ella. Después le dio su correo electrónico al padre de la niña, que no llevaba alianza en

el dedo y no dejaba de mirarle las tetas, así que se me encendió la sangre en las venas.

Mi enfado no tiene sentido; debería haberlo sofocado junto al resto de mis emociones y haberme callado la boca, pero no pude evitarlo. Molestarla es una especie de instinto: mi único objetivo es hacerla enfadar. Me doy cuenta de cómo Ava se enciende, lista para demostrarme a mí, o a cualquiera, que me equivoco con ella; pronto podría convertirse en mi entretenimiento favorito.

La triste realidad es que, por mucho que me irrite, conocí a Ava Bordeaux en un bar abarrotado y desde entonces no puedo quitármela de la cabeza.

Pero, claro, no puede ser mía. No puedo tener a la guapísima rubia curvilínea a la que, por lo visto, le encanta sacarme de mis casillas, porque este es mi trabajo. Mezclar trabajo y placer nunca es una decisión inteligente, y mi trabajo consiste precisamente en sopesar las ventajas y desventajas de cada acción.

Apoyado en el fondo del restaurante, la veo cuando se sienta y mira a su alrededor, frunciendo el ceño, confundida, y luego sonriendo cuando al fin me ve.

—Ven, Jaime, aquí hay un sitio para ti —dice, señalando con la cabeza una silla a su lado, con un menú plastificado delante.

—No, estoy bien —respondo, apoyado en la pared, los brazos cruzados sobre el pecho y las gafas de sol guardadas en la camisa.

—Jaime, siéntate —insiste. Cuando niego con la cabeza se levanta, le hace un gesto de «tiempo muerto» al puto gobernador de Nueva Jersey y se acerca a mí—. Vamos, no te va a matar; puedes comer algo que no sea pizza. Una ensalada, un filete, o salchichas con pimientos, o...

—No he venido como invitado, Ava. Mi tarea es quedarme en un segundo plano, cubriéndote las espaldas. —Ella se esfuerza por no sonreír y pone cara seria; gruño por dentro al ver la determinación en su mirada.

—Eres mi invitado.

—Muchas gracias, de verdad, pero mi trabajo es permanecer en la sombra y garantizar tu seguridad. Nada más.

—Puedes sentarte conmigo como un ser humano normal. No eres una especie de secreto sucio, Jaime.

—Mi descripción de trabajo es muy clara.

—Para que no hagas ninguna estupidez. Si te escondes en un rincón, no puedes impedir que difame a la empresa. Y tengo conciencia. Si vas a seguirme a todas partes, formarás parte del grupo, no serás un bicho raro escondido en las sombras.

—Ava... —empiezo a decir con un suspiro, pero ella me corta.

—No —insiste, con las manos en las caderas. Está monísima cuando se pone así, mandona e indignada—. Vamos, siéntate a la mesa.

—No voy a... —empiezo a decir, pero no llego a terminar porque me agarra de la mano y me arrastra hasta la mesa, donde no pinto nada.

—Chicos, os presento a Jaime, mi conductor, guardaespaldas y acompañante. No os importa que coma con nosotros, ¿verdad?

Todo el mundo asiente, sonríe y sigue con sus conversaciones, como si no fuera raro que esté sentado aquí.

Ella me mira, toda engreída, antes de darme un codazo en las costillas.

—¿Ves? No ha pasado nada. No vas a explotar solo por cenar con nosotros, y nadie va a pensar que es una señal de que estoy desprotegida y van a atacarme.

Quiero seguir discutiendo, pero Ava tiene algo que me impulsa a hacer cualquier cosa con tal de verla sonreír así. Hay otra cosa que me atrae de ella: es de esas personas que disfrutan simplemente de estar vivas, y quiere que tú también lo hagas. Del tipo que no puede estar tranquila si tú no lo estás. Que se propone asegurarse de que tú también lo pases bien.

Suspiro y me resigno al hecho de que este verano será la misión más rara de mi vida. Será una temporada de primeras veces, de desafíos y, sobre todo, de soportar la irritación que ella me provoca.

—Este verano vas a darme muchos dolores de cabeza, ¿verdad?

—Lo que tú llamas dolor de cabeza, para mí es diversión.

Después de cenar, cuando todos comienzan a retirarse, salimos a caminar por el paseo marítimo. Ava me mira, luego mira el agua y se muerde el labio.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Ella suspira antes de ponerse a divagar.

—Sé que preferirías comer vidrio antes que ayudarme... —empieza, y suelto un gemido.

—Santo Dios, ¡solo dilo!

—Tengo que sacar fotos para mis redes sociales.

Resoplo, pero teniendo en cuenta que antes fui un imbécil y comencé este viaje con el pie izquierdo, suspiro y extiendo la mano.

—Dámelo. Pero tendrás que explicarme en detalle cómo las quieres —digo.

Ella pega un saltito y aplaude.

—¿De verdad? ¡Eres lo máximo!

En lugar de darme el teléfono, se acerca lo suficiente para que pueda oler su perfume dulce y me muestra la pantalla.

—De acuerdo, toca aquí —dice, y pulsa un botón para cambiar las dimensiones de la pantalla—. Y luego aquí para hacer la foto. Pero necesitamos ángulos. —Levanta el teléfono en el aire, luego al centro, luego abajo, haciendo mímica de lo que quiere que haga—. En serio, no pares de hacer fotos hasta que yo te diga, ¿de acuerdo?

Asiento, y ella se acerca a la barandilla del paseo marítimo antes de decir «ya» y empezar a posar. Se mueve de un lado a otro durante un minuto, y yo hago exactamente lo que pide. Después vuelve, agarra el teléfono y revisa las fotos.

—Vaya, tienes el don. Te has ganado el trabajo.

—¿El trabajo?

—El de ser mi fotógrafo oficial de la gira. —Luego vuelve a tocar la pantalla, se inclina hacia mí y estira los brazos hasta que nuestras caras aparecen juntas en la pantalla—. ¡Sonríe! ¡Primer día de la gira! —Ella sonríe, pero yo permanezco impávido, confundido y sumamente incómodo frente a la cámara. Se ríe después de sacar varias fotos—. Tenemos que mejorar eso —dice—. Pareces un guardia británico. Ya veré si consigo que te relajes.

—Buena suerte con eso —murmuro.

Ella retrocede unos pasos y esboza una sonrisa enorme antes de darme una palmadita en la mejilla.

—Ay, tiarrón, yo no necesito suerte. Te lo aseguro.

Y eso es exactamente lo que me preocupa.

—¿Cuál es tu usuario? —pregunta mientras toca la pantalla y empezamos a caminar por el paseo marítimo de vuelta al aparcamiento.

—¿Qué?

—¿Cuál es tu usuario? —repite sin levantar la vista. Me quedo mirándola, confundido: no tengo ni idea de qué está hablando. Finalmente se detiene y me mira—. ¿De redes sociales?

—No tengo redes sociales.

—¿¡No tienes redes sociales!? —exclama como si fuera un delito.

—No —respondo, reanudando el paso—. No las necesito. Son una pérdida de tiempo enorme y no necesito ver a gente tan ensimismada, empeñada en que el mundo conozca cada uno de sus pensamientos.

—¡Pero las redes sociales son mucho más que eso! Son increíbles, conectan a las personas, inspiran, enseñan.

—Estoy seguro de que es así. Pero no son para mí.

—¡Vaya! Eres una anomalía: la última persona en el mundo sin redes sociales. —Retrocede unos pasos y me hace otra foto—. Voy a enviarla al *Libro Guinness*. Seguro que eres un récord mundial.

Suelto una carcajada y niego con la cabeza. Ella da un grito ahogado y se lleva la mano al pecho.

—¡Dios mío! ¿¡También te he hecho reír el primer día!?

La miro con fastidio, pero no me molesto en esconder la sonrisa cuando enlaza su mano en el pliegue de mi codo y camina junto a mí.

—Vamos a ser grandes amigos, Jaime Wilde.



Diez

AVA

Jaime me pasa a buscar temprano por mi piso y me ayuda a meter las cosas en la camioneta todoterreno. Logré encajar todo en las dos maletas, una bolsa de lona pequeña, un bolso y una «bolsa para el coche» llena hasta reventar. Hice todo lo que pude, os lo juro.

Cuando todas mis cosas están dentro, agarro la bolsa del coche, saco mi manta rosa y mullida y empiezo a preparar el asiento del copiloto.

—¿Qué haces? —pregunta, con la mano apoyada en la puerta, observándome mientras cubro el asiento con la manta por si tengo frío.

—¿Qué?

—Métete en la camioneta. ¿Qué estás haciendo?

—Preparando mi asiento. Tenemos como cuatro horas de viaje.

Rebusco en la bolsa, saco mi botella de agua y la coloco en el bolsillo de la puerta junto con algunos tentempiés para tenerlos a mano. Por último, saco un libro, mi estuche transparente y rosa con

la letra A, lleno de bolígrafos, notas adhesivas y rotuladores; mis auriculares; mi consola Nintendo; y mi teléfono. Por fin me siento y me pongo el cinturón. Él sigue ahí plantado, con la mano en el marco de la puerta, mostrando esos brazos que, por supuesto, no debería estar pensando que son deliciosos.

—Eres toda una princesa pasajera, ¿verdad?

—Es la única forma digna de viajar —digo con una sonrisa.

Pone los ojos en blanco y se asegura de que nada sobresalga del vehículo antes de cerrar la puerta.

Y así comenzamos nuestra aventura.

Jaime guarda silencio mientras conduce hacia nuestra primera parada en Connecticut. Cada vez que intento iniciar una conversación, gruñe una respuesta mínima y vuelve a quedarse callado. El único sonido dentro del coche es el del GPS indicando la ruta.

Finalmente dejo el juego y suspiro.

—Estoy aburrida.

—Llevamos solo una hora en el coche.

—Pero ha sido una hora aburridísima.

—Te vas a aburrir mucho este verano si no sabes entretenerte durante una hora de viaje. Vamos a tener muchísimos trayectos en los próximos tres meses. ¿No estabas jugando a un videojuego? —pregunta, y yo frunzo el ceño.

—Sí, pero tengo que hacer una flor rosa y no sé cómo.

—¿Qué clase de juego es ese en el que tienes que hacer flores?

—Un juego adorable de hadas —explico con una sonrisa.

—No me sorprende que estés aburrida —murmura. Pongo los ojos en blanco y me acomodo en el asiento. Miro al tiarrón que tengo al lado y sonrío.

—Vamos a jugar a las veinte preguntas.

—¿Qué?

—Veinte preguntas. Tengo que hacerte veinte preguntas.

Hace una pausa antes de responder.

—No creo que sea así como se juega.

—Jugaremos a la versión de Ava de las veinte preguntas. —Él suspira, y mi sonrisa se ensancha. Saber que lo irrito me hace reír y me llena de felicidad.

—¿Por qué quieres hacerme preguntas? —dice.

—He decidido que quiero conocerte, Jaime Wilde.

—¿Qué?

—Vamos a estar juntos todo el verano y pasaremos mucho tiempo solos. ¿No deberíamos conocernos un poco?

—Por mí, no. Creo que sé todo lo que necesito saber sobre ti, y no creo que necesites saber nada sobre mí para que yo haga mi trabajo.

Pongo cara de fastidio y vuelvo a acomodarme, mirando hacia la carretera.

—Por Dios, ¿quién te hizo daño? —murmuro.

—¿Qué?

—Es evidente que alguna mujer te hizo daño y te estás desahogando conmigo. ¿Le gustaba hacerse las uñas y maquillarse? ¿Era muy femenina y te rompió el corazón o algo así?

—No.

Cruzo los brazos sobre el pecho y lo miro fijamente.

—Entonces, ¿por qué me odias tanto? ¿Qué hice para merecer esta generalización de que debo de ser lo peor, la persona más irritante del planeta? Sé que no es la misión más emocionante que te ha tocado, pero te juro que no intento convertir tu verano en un infierno. Realmente no soy la peor persona que existe sobre la tierra.

Él sacude la cabeza, con la vista fija en el parabrisas, pero igualmente puedo ver cómo frunce esas cejas gruesas y oscuras.

—No..., no te odio, Ava. Simplemente no sé cómo comportarme contigo, ¿vale? Intento ser... profesional.

—Bueno, no creo que ser profesional implique comportarse como un idiota desde el primer día, pero ¿qué sabré yo del trabajo de guardaespaldas? Soy solo una... ¿Cómo dijiste? ¿Una reina de belleza egocéntrica? —digo, citando lo que había dicho sobre mí, y él sacude la cabeza suavemente.

—No debería haber dicho eso. No estuvo bien, y ahora sé que no es cierto. Solo... me descolocas. Mis clientes normales fingen que no existo. Estoy acostumbrado a mimetizarme y a estar metido en mis propios pensamientos. Y luego estás tú.

—Entonces estoy yo... —repito, y sonrío—. ¿Con eso quieres decir, una mujer tremendamente hermosa, inteligente e interesante a más no poder de la que estás deseando hacerte amigo?

—Bueno, no nos precipitemos, princesa —dice con una pequeña sonrisa.

—¡Una sonrisa! ¡Has sonreído! ¡Mirad! —digo, asombrada.

—Ya me has visto sonreír, Ava.

—Sí, pero normalmente es porque me estoy burlando de ti.

—¿Y no te estás burlando de mí ahora?

—No, esto es coquetear contigo. Es mi especialidad.
—No deberías coquetear con tu guardaespaldas —advierte.
Me inclino y le doy una palmadita en la mano.
—Ay, cariño. No tienes ni idea del verano que te espera, ¿verdad?



Once

JAIME

Nuestra próxima parada es en Stafford, en una heladería. Aparentemente, fue el primer trabajo de Miss Vermont, en la heladería de su madre. Mientras estamos allí, Ava trabaja en el mostrador, sirviendo helado y atendiendo a sus fans. Una parte de las ganancias se destina a una causa local para la que Miss Vermont recauda fondos.

Ava sonríe y bromea sin parar mientras sirve helado de forma desastrosa. Sé sin ninguna duda que trabajar de empleada de heladería no estuvo jamás entre su larga lista de trabajos anteriores. Pero es fantástica equilibrándolo todo: hace bromas a los clientes, los atiende, y al mismo tiempo cumple con su papel de Miss Americana.

Sé que dijo que nunca había participado en un concurso, y que mucho menos había sido un personaje público, algo que confirmé

cuando investigué sobre ella después de aceptar la misión. Pero tiene un don. Es como si hubiera nacido para ser observada.

He visto a mucha gente caer bajo el escrutinio público en mis años como seguridad privada de celebridades, y no todas lo afrontan con elegancia. Incluso menos con problemas como gestionar a la prensa o responder a preguntas destinadas a avergonzarlas o ponerlas incómodas.

Pero Ava no.

Finalmente llega la hora de la prueba de sabores. Veo que todo el mundo pide, y Ava me obliga a pedir dos bolas de chocolate. No se me pasa por alto cómo observa atentamente el menú, pero después sacude la cabeza con una pequeña sonrisa y dice que no. Murmura algo que no llego a oír; estoy bastante lejos, fuera del alcance de las cámaras, algo a lo que Ava accedió a regañadientes.

Me he dado cuenta de que lo hace cada vez que salimos a comer: mira el menú de postres con anhelo, probablemente calcula las calorías o algo así, pero luego niega con la cabeza y no pide nada.

Es un recordatorio de por qué no me cae bien y por qué no podría caerme bien. Está demasiado obsesionada con su aspecto, con lo que la gente pensará de ella, con si un simple helado hará que su cuerpo delgado se transforme en algo que las cámaras detesten.

Mientras todos comen, ella se aparta del grupo y se sienta junto a mí y mi doble porción de helado. Inclino la tarrina hacia ella.

—¿Quieres un poco? —le pregunto.

Ella mira el helado de chocolate que cae de mi cuchara con anhelo, y luego sacude la cabeza.

—No, gracias.

—Vamos, no te vas a morir, ¿sabes? Son solo unas cuantas calorías.

Echa la cabeza hacia atrás, confundida.

—¿Qué?

—El helado. O cualquier postre, en realidad. No te va a hacer engordar un millón de kilos, o eso que piensas que te hará. Sé que probablemente estés acostumbrada a las dietas de los concursos, pero... —No termino la frase porque sus carcajadas llenan el espacio; la gente se gira para mirarla, como suele ocurrir con ella. El humor y la alegría de Ava son como una llama, y el mundo está lleno de polillas.

Últimamente parece que yo soy el más dispuesto a quemarme.

Tiene la cabeza echada hacia atrás, el cabello le cae por la espalda en ondas suaves mientras se ríe, el sol acaricia su piel como si se dedicara únicamente a eso, y yo estoy cautivado.

Finalmente deja de reír y me mira.

—Soy alérgica a los lácteos, Jaime.

Me quedo sentado, pestañeando, y ella sacude la cabeza sin perder la sonrisa.

—Me lo diagnosticaron hace poco, el año pasado. Me produce urticaria. Para mi desgracia, me encanta el helado y los postres, pero la mayoría llevan leche, por supuesto. —Levanta la mano y me da una palmada en la mejilla, divertida, como si fuera un niño pequeño que no sabe nada.

Si debo ser sincero, es justo como me siento cuando estoy con ella.

—Sé que bromeamos con eso, pero de verdad no soy una reina de belleza egocéntrica.

De pronto me siento como un idiota.

Tiene razón: llevo juzgándola desde el principio, suponiendo que es una especie de diva que solo se preocupa por sí misma y por su aspecto, pero en realidad nunca ha hecho nada que confirme esa idea, más allá del tiempo que tarda en arreglarse. Pero aun así, me explica, es algo que hace porque le gusta. No lo hace por los demás.

Creo que me aferro a esa idea porque, si descubro que no es así, no tengo ninguna posibilidad de que la relación se mantenga en el terreno profesional.

—He estado intentando decirte que no soy lo que parezco, Jaime. Pero no quieres abrir los ojos.

Deja un instante su mano suave sobre mi mejilla y me mira a los ojos, con una sonrisa tenue en los labios. Abro la boca para decir... no sé qué, pero no llego a preocuparme por ello porque, en ese momento, alguien la llama. Se levanta, me guiña un ojo y prácticamente va dando saltos hacia el periodista que la ha llamado.

Esta mujer es un enigma.

Y yo, un completo imbécil.



Doce

AVA

Oigo que alguien llama a la puerta de mi habitación del hotel. Como sé que probablemente sea Jaime para entregarme el plan del día siguiente, grito:

—¡Adelante! —La puerta emite un clic al abrirse el cerrojo digital y dejo mi libro a un lado mientras me incorporo en el sofá y observo cómo entra con tres bolsas gigantescas de distintas tiendas de alimentación.

Entra en silencio, me mira y levanta la barbilla con ese gesto atractivo tan típico de los hombres, antes de dirigirse a la cocinita y apoyar las bolsas sobre la encimera.

—¿Qué haces? —pregunto mientras él empieza a rebuscar en las bolsas, que no puedo ver desde el sofá. Por fin alza la cabeza y me dedica una sonrisa tímida mientras va sacando cosas.

—El chocolate y la vainilla de esta marca se supone que están buenos —explica mientras saca dos tarros de helado de medio kilo, y frunzo el ceño—. Además, he conseguido algunos de esta otra

marca porque también hacen helado normal, pero creo que habrá que probarlos. —Saca tres tarros más de una marca conocida, que yo comía antes de descubrir mi alergia. Sabor de masa de galletas, chocolate con manteca de cacahuete y vainilla con cerezas.

—Esta marca es muy buena —dice, sacando un tarro de la bolsa de una tienda especializada—. Y los sabores son un poco raros, pero las críticas son fantásticas. —Aparecen algunos envases en tonos pastel. Me levanto y voy hacia él mientras sigo escuchándole.

—Y estos son sorbetes, de fruta o algo así, así que no es helado de verdad, pero pensé que valdría la pena probarlos. —Los deja junto a los demás y revisa las bolsas por última vez.

—Estas son barritas de helado. Me gusta esta marca, aunque no estoy seguro de si las barritas están buenas, pero parecían decentes. Prueba cuál te gusta más, y podemos comprar más en la próxima parada. O podemos seguir probando. Piensa cuál es el mejor sustituto.

Se queda allí de pie un largo rato, mirándome, antes de empezar a guardar cosas, metiendo unas bolsas dentro de otras, y se aparta un poco. Pero en cuanto lo observo, lo veo claro.

Sus mejillas se tiñen de un ligero rubor, una leve turbación pero también impaciencia, como si tuviera la esperanza de que este sencillo gesto que acababa de tener conmigo fuera de mi agrado.

—¿Me has comprado helado? —pregunto. Él asiente, pero no dice nada—. ¿Por qué... por qué lo has hecho? —Se encoge de hombros, y no rompo el incómodo silencio.

Finalmente suspira antes de responder.

—Dijiste que te gustaba el helado, y que lo echabas de menos. —Me quedo mirándolo, incrédula, y por fin continúa—. No sabía que

eras alérgica a los lácteos —añade, y entonces llega su vómito verbal—. Pensé que solo eras un estereotipo, que vigilabas tus calorías y anhelabas comerte un postre, pero que no encajaba en algún tipo de retorcida dieta. Te juzgué, y fui un imbécil. Ahora quiero enmendarlo.

—¿Cómo ibas a saberlo, Jaime? —pregunto con una tenue sonrisa, intentando aliviar la evidente culpa que siente—. Nunca te lo conté, nunca se lo dije a tu empresa ni a nadie. No se lo cuento a muchas personas, la verdad, porque no quiero hacerme la difícil. No es algo por lo que vaya a morirme ni nada parecido, es solo incómodo.

—Si soy sincero, te juzgué en muchas cosas, Ava, no solo con lo del helado.

—Eso no...

—Los dos sabemos que sí, y está muy mal. ¿Esto? Por esto puedo compensarte. Déjame compensarte —dice.

La cocinita queda en silencio mientras miro a Jaime y a la docena de tarros de helado y cajas de barritas. Luego vuelvo a mirarlo, intentando unir las piezas y entender qué significa todo esto.

¡Pero es tan evidente!

—Dios mío —digo cuando me doy cuenta, inclinándome sobre la encimera con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Qué? —Su expresión se crispa en un gesto de pánico; después mira el resto de la habitación y, de pronto, se pone en guardia.

—Es solo que... de verdad te caigo bien, ¿verdad?

Espero que ponga los ojos en blanco y resople, pero me sorprende cuando no lo hace. Al contrario, otra sonrisa tímida asoma en sus labios y un pequeño hoyuelo se le marca en la mejilla.

—Eres un dolor de cabeza, ¿lo sabías? —murmura, pero no lo niega.

Es un avance.

Lo acepto como tal.

Apoyo la mano en su hombro y me pongo de puntillas para presionar mis labios contra su mejilla, justo donde se forma el hoyuelo.

—Gracias, tiarrón —susurro, y lo digo de verdad. La gente no hace este tipo de cosas por mí, y el hecho de que sea él quien lo haga es... especial. Jaime ha dejado que atraviese su fachada de tipo duro haciendo algo tan simple como comprarme helado.

—Cuando quieras, princesa —responde mientras agarra unas cucharas, todavía con un leve rubor en las mejillas.

—¿Te quedas? —pregunto, de pronto nerviosa—. ¿Para probarlos conmigo? —Me siento tonta por preguntarlo, pero tengo muchas ganas de que diga que sí.

Y cuando asiente y empieza a abrir los envases y a ponerlos en fila meticulosamente, dejo volar la imaginación y pienso que lo hace porque también quiere pasar un rato conmigo.



Trece

JAIME

—Ava, tenemos que irnos —grito mientras golpeo su puerta.

Mientras espero en el vestíbulo, me recuerdo a mí mismo que, diga lo que diga o haga lo que haga ella, debo actuar con profesionalidad. Me he dado cuenta de que Ava hará todo lo posible por sacarme de mis casillas, y debo dejar de demostrarle que lo está consiguiendo.

Esta noche tenemos una cena en un restaurante de lujo junto a Miss Massachusetts, algunos miembros de la prensa y Anne.

—¡Entra! —grita Ava.

Hace dos horas, cuando llegamos al hotel, me dieron una llave de su habitación además de la mía por si surgía algún tipo de emergencia. Después, cada uno se fue a su cuarto para relajarse y arreglarse para la cena. Ahora utilizo esa llave para entrar. La puerta se cierra justo cuando ella sale del baño.

—Entonces... —dice, dando un giro—. ¿Cómo estoy? —Lleva un vestido ajustado color crema, con lazos de seda rosa claro sobre los hombros a modo de tirantes, y tacones altos con cintas rosadas a juego en la parte trasera.

Enseguida mi mente vuela y me pregunto… si tiro de uno de esos lazos, ¿el vestido caerá y dejará al descubierto sus pechos?

—Estás… —suelto un suspiro, intentando borrar esos pensamientos incontrolables y decir algo adecuado. ¿Qué diablos me pasa?—. Estás muy guapa.

Ella hace un puchero.

—¿Guapa?

—Sí, Ava. Estás muy guapa.

Se dirige hacia el espejo de cuerpo entero haciendo resonar sus tacones y se observa.

—Mmm —dice, girando a un lado y a otro frente al espejo—. Vamos mal.

—¿Vamos mal?

—No es el rollo que quiero transmitir.

—Es exactamente tu rollo, Ava.

—Si voy de tu brazo quiero parecer sexi, tiarrón, no guapa.

Cierro los ojos y respiro hondo antes de contestar.

—No vas a ir de mi brazo a este evento, Ava.

Pone los ojos en blanco, y pienso en todas esas madres que les dicen a sus hijos que si lo hacen a menudo los ojos se quedarán así. No conocen a Ava Bordeaux, prueba irrefutable de que eso es una maldita mentira, teniendo en cuenta que lo hace cada cinco segundos en mi presencia.

—Bien, escúchame, tenemos que hablar de esta tontería —dice, plantándose frente a mí. La expresión de su rostro es intensa; coloca las manos en jarras y me fulmina con la mirada.

Debo esforzarme para no sonreír porque, diablos, está adorable: parece un duendecillo enfadado. Apostaría a que, si se pusiera el disfraz, sería la viva imagen de Campanilla.

Aun así, enarco una ceja para indicarle que continúe y espero.

—No me importa cómo haces este trabajo normalmente; no me importa si estás acostumbrado a sentarte en las sombras a vigilar. Conmigo no va a ser así. Ya te dije que no me vas a seguir por todas partes durante tres meses como un acosador. No te vas a sentar en un rincón mientras comemos. Vas a pasar un verano divertido tú también, harás cosas divertidas conmigo. —Se detiene a pensar, y luego añade—: Piensa que eres mi compañero antes que nada. Estás aquí para preservar mi seguridad, sí, pero también para acompañarme. Para ser mi amigo.

—No es así como funciona este trabajo, princesa —digo en cuanto termina su discurso—. Sé bien lo que firmé, y no es así.

—Bueno, será mejor que te prepares para vivir algo nuevo y diferente.

—Mi jefe me paga muy bien para que sea invisible. Los clientes quieren que así sea, y te juro que tú también lo quieres.

Algo en su rostro cambia de inmediato: su expresión, antes bromista y segura, ahora parece tímida y nerviosa.

—Mira, Jaime. Me metí en esto por casualidad. No es un objetivo vital para mí. Pero no me malinterpretes: es una aventura, y estoy encantada de estar aquí. Me encanta viajar, ver cosas nuevas y que encima me paguen por ello es una locura absoluta y muy divertida.

Pero voy a sentirme sola. Además, casi no conozco a ninguna de estas personas. En todos los eventos previos al concurso final, yo era un caso aislado, porque todas las chicas se conocían desde hacía años; llevaban juntas en concursos desde mucho antes. Y yo no conocía a nadie. Tener a alguien, a alguien que conozca y con quien pueda hablar cuando las cosas se vuelven raras, me haría sentir mucho mejor.

La sinceridad de su expresión rompe algo dentro de mí, igual que el ruego en su voz. Entonces, a mi pesar, le hago una oferta.

—Cuando estés nerviosa o incómoda, ven conmigo hasta que estés preparada para volver, ¿de acuerdo?

—Fantástico, te lo agradezco, de verdad, pero vuelvo a decirte que no quiero que estés sentado en un rincón como un empleado mientras yo ceno o me divierto. Me hace sentir rara, me hace sentir mal.

—Ava, mi jefe jamás aprobaría...

—Deja que hable con él —propone.

Frunzo el ceño, y veo que su rostro adquiere un gesto aún más decidido y obstinado.

—¿Qué?

Extiende la mano como si pidiera algo.

—Dame tu teléfono; hablaré con tu jefe.

—No —respondo con firmeza. No va a hablar con Greg. Ese hombre va a comérsela viva.

—¿Qué va a hacer, morderme? Solo quiero hablar con él, explicarle mi versión. Si él insiste en que no puedes acompañarme, lo aceptaré. Soy un dolor de cabeza y soy avasalladora, pero no pondría en riesgo tu trabajo —dice como si fuera algo evidente.

Durante un momento evalúo mis opciones mentalmente; luego me encojo de hombros, desbloqueo mi teléfono y se lo entrego.

—Se llama Greg; seguramente es la última llamada que hice.

—Dios, qué aburrido es tu teléfono. Ni siquiera tienes aplicaciones divertidas ni fondo de pantalla —dice, horrorizada. Luego toca el icono de contactos y encuentra fácilmente a Greg—. Y solo tienes cinco contactos.

—¿Puedes dejar de fisgonear en mi teléfono y llamar a mi jefe, para que podamos irnos a cenar?

Ella sonríe de oreja a oreja, toca el botón de llamada y se lleva el móvil a la oreja. Apenas suena un instante y vuelve a sonreír.

—Hola, Greg, ¿no? Sí, soy Ava Bordeaux, la nueva misión de Jaime; nos conocimos hace poco. No, no, él está muy bien; lo tengo delante. —Se mira los pies mientras su melena rubia cae en cascada alrededor del rostro—. Estamos a punto de salir para nuestro evento del día, pero tuvimos una pequeña discusión en Jersey que me gustaría que me aclarases. —Una carcajada profunda y gutural brota de su pecho, e inclina la cabeza hacia atrás.

¿Greg, el imbécil de Greg, hace reír así a Ava?

—No, es un auténtico caballero, no te preocupes. Es solo que, cuando nos sentamos a comer, él se niega a sentarse a la mesa con nosotros porque dice que debe quedarse en un rincón para vigilarnos.

—No dije eso exactamente —alzo la voz, esperando que Greg me escuche.

La sonrisa de Ava se ensancha.

—Sí, ese ha sido él. Pero en lo personal, creo que es un poco extraño estar pasándolo bien y que él se quede aburrido en un

rincón, ¿sabes? Así que le pedí con toda educación... —me burlo y ella pone los ojos en blanco— que se siente conmigo o que participe en los eventos. Si no, me siento rara, como si fuera una diva, y no lo soy en absoluto, ¿sabes?

La miro, enarco una ceja, y antes de que pueda reaccionar, ella vuelve a reírse. Una vez más, me pregunto qué demonios le habrá dicho Greg para hacerla reír así.

—¡No, exactamente! Es muy testarudo. Me dijo que si comía pizza con nosotros sería poco profesional, y que por eso tiene que esconderse en un rincón. Le dije que eso era ridículo. —Escucha a Greg con una sonrisa, los ojos clavados en mí, y pienso que, de alguna manera, ha logrado ganárselo en tres segundos.

¿Cómo demonios lo hace esta mujer?

—Bien, para que quede claro: Jaime tiene que hacer lo que le pida dentro de lo razonable y participar en las actividades, o, Dios no lo permita, comer conmigo, ¿y no pondré en riesgo su trabajo? —Cierro los ojos y respiro hondo—. Perfecto, ¡muchísimas gracias por aclararlo! —Pausa. Ella sacude la cabeza mientras enrosca un mechón de pelo alrededor del dedo—. Es todo un caballero, te lo juro. —Empieza a pasearse con mi teléfono, mirándose los pies y escuchando atenta—. Por supuesto. Muchas gracias, Greg, y perdona la molestia. —Alza la cabeza y me mira fijamente con una sonrisa enorme—. Sí, claro, me encantaría darte mi número por si lo necesitas.

¡Por Dios santo!

Recita su número entre risas, se despide con calidez como si Greg fuera un amigo de toda la vida, toca la pantalla para terminar la llamada y me devuelve el teléfono.

—Estás atado a mí, tiarrón. Resulta que tu trabajo es acompañarme a todas partes. —Cierro los ojos y respiro hondo—. No te preocupes, no te haré hacer ninguna locura, pero no seré una loca que obliga a su guardaespaldas a quedarse en un rincón vigilando como si todo el mundo fuese a atacarme en cualquier momento.

—Nunca se sabe...

—Y te quedarás a mi lado, así que si pasa algo, estarás cerca, ¿no? Así todos ganamos.

Quiero protestar.

Quiero llamar a Greg y preguntarle por qué demonios cedió a su petición.

Pero algo me dice que, aunque sea una princesa vestida de rosa, es como un rottweiler cuando se propone algo.

Y por alguna razón, esto es lo que ella quiere.

Así que, en lugar de discutir, suspiro y asiento, esbozando una gran sonrisa. Ella da un salto, aplaude tres veces con emoción y luego se acerca y enlaza su brazo con el mío.

—Muy bien, amigo. Vamos a cenar.



Catorce

JAIME

Ya hace una semana que estoy de gira con Ava; todo está yendo tan bien como cabría esperar. Parece que hemos llegado a una especie de pacto: ella no me irrita a cada rato y yo trato de no comportarme como un imbécil distante a todas horas.

El sistema no es perfecto, pero hace tiempo que no me dedica una de esas miradas enfadadas, con los brazos en jarras y ese brillo de odio, así que lo considero un triunfo.

Cada evento es tranquilo, sin sobresaltos; Ava se porta bien y no sale corriendo a hablar con cualquier desconocido, ni hace ninguna locura que pueda dejar en mal lugar a la organización. Y una ventaja adicional: aunque insistió en que participara en todos los eventos —incluido el taller de pintura cerámica en Rhode Island y la escalada en roca en Massachusetts—, ya no coquetea tanto conmigo.

Quizá solo necesitaba sentirse cómoda a mi lado; tal vez era un mecanismo de defensa por mi comportamiento de imbécil y por

pensar que la odiaba.

Sea como sea, me siento agradecido, y por eso esta misión será más sencilla.

—Tengo que ir al baño —digo, inclinándome para hablar en voz baja—. Quédate aquí. Allí hay un guardia de Five Star si necesitas algo —indico, señalando con la barbilla al hombre que está junto a la puerta de un evento sin ánimo de lucro para recaudar fondos para Willa Stone, otra clienta de Five Star que también está en Nuevo Hampshire.

Ava hace un saludo militar, con su eterna sonrisa en los labios.

—Sí, señor —saluda.

No respondo; me doy la vuelta y me alejo. Ya sé que no debo animarla.

Cuando regreso al salón, hay bastante menos gente, aunque solo me ausenté un momento. Lamentablemente, cuando recorro la sala con la mirada, no veo ni rastro del vestido rosa ni de las plumas.

—¿Dónde demonios se ha metido? —refunfuño mientras me acerco a Miss Nuevo Hampshire, la última persona con la que estuvo hablando.

—Hola, ¿has visto a Ava? —pregunto.

Ella mira por la sala antes de responder:

—No. Estaba hablando con ella hace unos minutos y luego miró hacia la puerta principal y dijo que enseguida volvía.

Algo se me revuelve en el estómago; siento pánico ante la posibilidad de haber perdido a Ava. ¿Dónde demonios estaba el otro guardia? Cuando lo busco, lo localizo en un rincón, coqueteando con una chica, y las manos se me cierran en puños.

—Tiene que ser una puta broma —me digo a mí mismo, luego sonrío a la reina del concurso, le agradezco su ayuda y salgo por las grandes puertas de cristal de la entrada. Ante mí solo hay una calle y una acera.

Voy a matarla.

Salgo hacia el frente del restaurante, miro a mi alrededor... y nada.

Hay algunas personas paseando, pero ninguna parece pertenecer al evento; tampoco veo a Ava. Echo a correr por la calle, buscando, con un millón de pensamientos atropellándose en mi cabeza sobre lo que podría haberle pasado.

Alguien la ha secuestrado.

Alguien la ha herido.

Alguien la tiene arrinconada y está en problemas.

Está atemorizada.

Hay algo en este último pensamiento que me revuelve el estómago: la idea de que la dulce Ava, con su amplia sonrisa y su coqueteo inocente, esté muerta de miedo.

Mientras corro, una posibilidad terrible tras otra me cruza la mente, pero no veo nada. Pocos minutos después doy la vuelta, corro en dirección contraria y vuelvo a detenerme frente al restaurante.

—¡Jake! —grito al otro guardia de seguridad, que sigue coqueteando, ¡maldita sea! Levanta la cabeza hacia mí y se me acerca lentamente, totalmente despreocupado.

—Hola, tío, ¿qué...? —empieza a decir con una sonrisa, pero se detiene cuando ve mi cara—. ¿Pasa algo malo?

—¿Que si pasa algo malo? Te pedí que vigilaras a mi clienta durante dos putos minutos, y ahora Ava ha desaparecido.

—¿Ava? —Tengo que contenerme para no golpearlo, pero no tengo tiempo, así que me lo guardo—. ¡Miss Americana, por el amor de Dios!

Se pone pálido y mira por encima del hombro para comprobar si su clienta, Willa Stone, sigue dentro del edificio. Suspira aliviado cuando lo confirma.

¿Cómo se atreve Greg a amenazarme con despedirme mientras sigue contratando a imbéciles como este?

—¿Has hecho una búsqueda? —pregunta, como si el idiota fuese yo. No debe de tener más de veinticinco años, y me pregunto, una vez más, qué clase de inútiles está contratando mi nuevo jefe, porque sé que este no es de los que Hank fichó antes de vender la empresa.

—He corrido cuatrocientos metros en esa dirección —digo, señalando con la cabeza—. Ahora voy en dirección contraria. ¿Puedes peinar el área inmediata?

—Por supuesto, claro. Ahora mismo —responde.

Sin añadir más, salgo del edificio y me dirijo hacia la zona que aún no he registrado. Intento pensar en los pasos a seguir, a quién tengo que llamar y qué decir a la policía, cuando escucho algo.

—Eres una buena chica, ¿a que sí? —dice una voz dulce y tranquila. Me quedo quieto, mirando alrededor para descubrir de dónde viene la voz, pero no hay nada. Nadie.

Por un momento creo que estoy imaginando la voz, fruto del pánico, cuando vuelve a sonar:

—¡Por Dios, eres tan dulce!

Giro a la izquierda y veo un callejón estrecho, tres edificios más allá del restaurante.

—Vamos a buscar al grandullón —dice la voz de Ava, y de pronto veo su cabello rubio y dorado, recogido con un lazo rosa. Acelero el paso, reduciendo la distancia.

—¿Dónde demonios estabas? —digo, agarrándola del codo quizá con demasiada fuerza, aunque el cuerpo me pide sacudirla para hacerla entrar en razón.

La guío hacia el restaurante y veo al estúpido de Jake en la acera, con los brazos en jarra, mirando a su alrededor como si así fuese a encontrar a Ava.

—Ya la he encontrado —digo, y él asiente.

—Lo siento, tío, yo...

—No digas ni una palabra más —corto.

—Por favor, no le digas nada a Greg, tío —suplica.

—Haz tu trabajo. Ve a buscar a tu clienta y asegúrate de que está a salvo. Y, por el amor de Dios, deja de coquetear con las mujeres mientras trabajas —digo. Él asiente, con pánico en los ojos, aunque no se mueve—. Ahora, nos vemos.

—Por supuesto, nos vemos, tío. Lo siento —dice antes de correr de vuelta al restaurante, donde distingo a Willa hablando con alguien a través de la ventana.

Suspiro y vuelvo a guiar a Ava hacia el aparcamiento.

—Eh, ¿qué demonios haces? ¡Quería despedirme de todos! —protesta, poniendo un mohín, aferrada a su bolso enorme.

—Todo el mundo cree que has desaparecido porque no has sido capaz de seguir una maldita instrucción.

—¡Ay! —dice, forzando una sonrisa—. Es culpa mía. —Es evidente que no considera que sea un gran problema, y que suele salvarse con una sonrisa encantadora y una disculpa falsa.

Lamentablemente para ella, ni esta actuación ni su pequeña escapada me parecen graciosas.

—Por eso tienes que escuchar cuando te digo que te quedes en tu sitio. ¿Entiendes lo que tienes que hacer? —pregunto. Ella mira con vacilación la bolsa gigante sobre su hombro, luego asiente, y seguimos en silencio hasta llegar a la camioneta. Quito el seguro y abro la puerta para que suba.

Entonces lo veo.

Un diminuto par de... orejas sobresalen de su bolso.

Me quedo mirando las orejas, luego a Ava, después otra vez las orejas —de un tono anaranjado apagado— y nuevamente a Ava, antes de cerrar los ojos, pasarme la mano por la cara y respirar hondo.

—¿Qué demonios es eso? —pregunto, agotado, mirando la bolsa de la que asoma la cabeza de un gato diminuto, con las orejas gachas y los ojos enormes, como diciendo: «Esto no tiene nada de raro».

Un gato.

En su bolso.

—¿El motivo por el que he desaparecido? —pregunta ella con una sonrisa nerviosa—. ¿Mi nueva mascota? —Niego de inmediato.

—Ah, no. Ni de broma.

Los ojos de Ava se abren tanto como los del gato cuando dice, con un mohín:

—¡Venga ya, es monísima! Además, estaba sola, ¡no podía dejarla allí!

—Claro que podías. Deberías haberla dejado. Ahora habrá que llevarla a un refugio... —digo, sacando el móvil. Esta mujer va a ser mi perdición, seguro.

—¡No! —exclama, tirando del bolso y, de paso, de la gatita—. No, pienso quedármela.

Muevo la cabeza y vuelvo a mirarla.

—¡Por supuesto que no!

—¡Solo mírala! —Alza la gatita mugrienta y sucia de la bolsa y la sujeta como si fuera un bebé en lugar de una gata mugrosa que acaba de recoger de la calle—. ¡Es solo un bebé! ¡Necesita una mamá!

—Su madre probablemente estaba en el maldito callejón en el que la has secuestrado.

De pronto, en un abrir y cerrar de ojos, pasa de estar impaciente a enfadada.

—No la he secuestrado, muchas gracias. Ha venido hacia mí, hasta mi mano, y ha saltado dentro del bolso. Es evidente que quería estar conmigo.

—¿Cómo la has encontrado?

—La vi cruzando la acera —dice, como disculpándose—. Lo sé, sé que me dijiste que me quedara, pero mírala. ¡Es tan adorable!

—Tenemos que llamar a un refugio —insisto.

Ella abre mucho los ojos y suplica, extendiendo una mano para agarrar la mía e impedir que me mueva.

—No, Jaime. ¡No, por favor! La quiero. La necesito. ¡El destino quiere que sea mía! Encaja perfectamente con mi estética.

Respiro hondo.

—No puedes quedarte con un gato callejero solo porque encaja con tu estética.

—¿Por qué no?

—Porque... no puedes. ¿Y si esa gata tiene dueño, Ava? —pregunto, suavizando el tono porque está decepcionada, con los ojos brillantes, y lo último que quiero es lidiar con una mujer que llora.

Y no, no es en absoluto porque sea encantadora y me duela verla triste.

—¡La llevaré al veterinario esta misma noche! De todos modos, ya hemos terminado; no tenemos prisa. Dijiste que nos iríamos a la siguiente parada mañana por la tarde. La llevaré al veterinario y él mirará si tiene chip o algo así. Pero mírala, Jaime. ¿De verdad crees que tiene dueño?

La gatita está famélica, sucia, con un corte en la oreja. Es evidente que lleva buena parte de su corta vida en la calle.

—¡Por favor, Jaime! —De algún modo, sus enormes ojos azules se agrandan todavía más, su mohín se intensifica y siento como si me echara un hechizo.

Suspiro, y todo mi cuerpo se afloja.

—¿Me estás tomando el pelo? —pregunto al cielo.

Dios no responde.

Echo la cabeza hacia atrás, miro a Ava un buen rato, valorando mis opciones. Después vuelvo a suspirar y digo:

—Busca un veterinario.

—¿¡De verdad!? —exclama, con la cara iluminada de entusiasmo.

—Salimos a la carretera mañana a las cuatro de la tarde —digo con una mirada feroz, intentando parecer severo, aunque esta mujer

es inmune—. Si no puedes colocar a ese... animal para entonces, irá a un refugio.

—Jaime, no puedo abandonarla. Mira cuánto me quiere.

—Querrá igual a cualquiera que se ocupe de ella en un refugio, si tú no puedes garantizar que no tiene ninguna maldita enfermedad.

Ava apoya una mano en la cadera, sujeta a la gata con la otra y me mira fijamente.

—Pero si no tiene ninguna enfermedad, ¿puedo quedármela?

Parece una niña que ha encontrado un animal callejero y suplica a sus padres que la dejen quedárselo. Pero, supongo que eso es exactamente lo que está pasando. Miro fijamente sus ojos enormes y suplicantes, luego a la gatita, que ya está dormida en sus manos.

—¡Por el amor de Dios! —Miro de nuevo ese rostro lleno de entusiasmo y esperanza.

No puedo con ella.

Y, en el fondo, ¿cuánto trabajo puede dar una gatita?

—Está bien, puedes quedártela si está sana —digo con un suspiro resignado.

Ava se pone a saltar y despierta a la gata que dormía en sus brazos, da un gritito, pasa un brazo por mi cuello y me abraza. El aroma a azúcar moreno y vainilla me envuelve mientras aprieta su cuerpo contra el mío; después siento sus labios en mi mejilla.

—Gracias, Jaime.



Quince

AVA

Como por arte de magia, esa noche consigo una visita con una veterinaria. Jaime nos lleva a ambas a la clínica, donde me dicen que debo dejarla allí durante la noche para hacerle análisis y limpiar y coser algunas heridas. Algunos resultados tardarán unos días, pero la veterinaria prometió tenerlos lo más rápido posible y que, para el mediodía, me informaría de si era seguro llevarnos a Princesa Melocotón de gira.

Con suerte, podrá participar en nuestra gran aventura. Resulta que es una gata de seis meses, muy dulce y muy desnutrida, que probablemente nació en la calle pero que, según su ojo experto, parece bastante sana.

Cuando salimos de la clínica sonriendo (yo) y ronroneando (Melocotón), Jaime abre la puerta mientras me clava la mirada.

—¿Entonces tenemos vía libre? ¿Ninguna enfermedad rara ni contagiosa? —pregunta mientras apoyo en el suelo de la camioneta el transportín tipo bolso que me ha dado la veterinaria.

Me muerdo el labio, me giro hacia él y sonrío con la gata en brazos. Con mi mirada dulce de cachorrito y la carita tierna de Melocotón, no puede enfadarse mucho, ¿verdad?

—No tiene rabia, ni pulgas, ni parásitos, ni nada de eso —respondo.

—Ava... —empieza a decir con voz baja y retumbante.

—Vale, ¡tiene lombrices! No es nada grave, y, como soy totalmente responsable de ella, ni siquiera lo sabrías si no te lo hubiera dicho. Me han dado un medicamento que la va a curar en un santiamén.

Me mira, nada convencido, antes de hablar.

—Creí que teníamos un pacto: si no tenía enfermedades, podía venir.

Agito la mano, como si estuviera exagerando.

—Incluso la veterinaria ha dicho que no hay problema y que tiene permiso para venir con nosotros. Hasta me ha felicitado por ser tan buena persona por rescatar a esta pobre bebé.

—Ava, el animal tiene lombrices.

—No es un animal, es una gatita. Y solo tiene problemas de barriguita —explico—. Igual que su madre. —La levanto de forma que su cabecita quede junto a la mía—. Las mejores chicas tienen problemas de barriga, Jaime. —Él sigue mirándome con cara inexpresiva y yo también le sostengo la mirada, desafiante. Melocotón suelta un leve maullido y entonces sucede.

Su expresión se ablanda un milímetro, su boca deja de estar tan firme y enfadada y, tras un suspiro, comprueba que no queda nada suelto, cierra la puerta y camina hacia el lado del conductor. A mí solo me queda sonreír.

Cuando Jaime se sube a la camioneta, arranca y luego señala con la cabeza el asiento trasero.

—He comprado algunas cosas por si las necesitas hasta mañana. —Sus mejillas están un poco sonrojadas, ¿habrá tomado demasiado el sol? Pero cuando miro hacia atrás, suelto un gritito ahogado de pura alegría al ver tres bolsas hasta arriba de una tienda de mascotas.

—¡Dios mío! —murmuro; luego lo miro con una pequeña sonrisa en los labios—. Sabías desde el principio que nos íbamos a quedar con Melocotón. No pensabas abandonarla, ¿verdad?

Se ruboriza todavía más.

—No, simplemente he pensado que, si la autorizaban a venir con nosotros, íbamos a necesitar algunas cosas, y la tienda de mascotas podría estar cerrada cuando lleguemos a nuestra próxima parada. —Me mira una décima de segundo y devuelve la vista a la carretera—. Tampoco es para tanto, forma parte de mi trabajo. El tipo de la tienda ha dicho que la caja de arena debería servir para el viaje y que podemos vaciarla cuando sea necesario. Y no estaba seguro del tipo de comida que necesitaría...

Podría estar de acuerdo con él si hubiese comprado lo mínimo indispensable. Podría creer que este hombre solo estaba cumpliendo con su trabajo si hubiese comprado lo justo para salir a la carretera y seguir nuestro horario.

Pero esto no es solo lo necesario.

No son un par de latas de comida para gatos y una caja de arena. Esto es... media tienda.

Me giro para ver mejor el botín: hay por lo menos cuatro o cinco marcas de comida, dos tipos de arena, una caja de arena y, lo mejor

de todo, una bolsa repleta de juguetes.

Juguetes rosas, morados, con forma de ratón, pelotas y punteros láser, y un pez en un palo para agitarlo delante de la gata.

—¿Te has dejado algo en la tienda?

—¿Qué? —pregunta, con la mirada clavada en la carretera mientras sale del aparcamiento de la clínica.

—En la tienda de mascotas. ¿Te has dejado algo o lo has comprado todo?

El rubor de sus mejillas le baja hasta el cuello.

—Cállate —gruñe, y yo alzo a Melocotón a mi cara hasta que sus ojos quedan a la altura de los míos.

—Ay, él nos quiere, Melocotón —digo con una sonrisa, y Jaime se limita a refunfuñar. Vuelvo a ponerla en mi regazo para que se acomode en su manta, pero en cuanto la suelto, la gatita se pone en pie y avanza tambaleándose por la consola central.

—Quédate aquí —digo, mientras la levanto y la vuelvo a colocar sobre mi regazo. De nuevo se levanta y camina por la consola, y esta vez maúlla.

—Melocotón, no —digo, y la sujeto. Lamentablemente, en cuanto la tengo en el regazo intenta ir hacia Jaime otra vez. Suspiro—. Quizá debería ponerla en el...

Pero antes de que termine de hablar, su mano grande se mueve, sin apartar los ojos de la carretera, saca a la gatita de mi regazo y la coloca en el suyo. De inmediato, la gata deja de maullar y se acurruca en las piernas de Jaime.

—Perdón —digo, mientras estiro la mano para intentar agarrar a la gatita, pero la suya me lo impide.

—Está bien —responde, mientras le rasca la cabeza a Melocotón. Su mano enorme parece hasta cómica al lado de la gata, y tengo que morderme los labios para contener la carcajada que se me forma en el pecho—. Eres muy dulce, ¿verdad, Melocotón? —murmura en voz baja.

Lo observo un buen rato mientras conduce con una mano y acaricia a mi gatita con la otra, completamente en paz, y luego me reclino en el asiento con una sonrisa.

Después de nuestra siguiente parada para descansar, en la que conseguimos que Melocotón usara la caja de arena y comiera antes de volver a dormirse en el regazo de Jaime, estoy leyendo cuando él habla.

—Si jugamos a las veinte preguntas, ¿puedo hacer yo algunas?

Dejo el libro, confundida, y luego lo miro. Tiene la vista fija en la carretera y evita mirarme.

—¿Cómo?

—El otro día querías jugar a las veinte preguntas y yo no quise. Si jugamos ahora, ¿puedo hacer algunas preguntas?

Me esfuerzo por no sonreír e intento comportarme como si él fuera un animal salvaje al que no quiero espantar.

—Eh, está bien, claro.

—Muy bien, hagámoslo.

Empezamos con algunas preguntas fáciles, y descubro que no tiene un color favorito (qué sorpresa) y que, igual que yo, no fue a la universidad después de terminar el instituto. Le cuento que, desde

niña, nunca tuve claro qué quería ser de mayor; dudaba entre astronauta, maquilladora, bióloga marina y actriz.

—¿Por qué estás haciendo esto? —pregunta al final.

—¿El qué?

—El concurso. Entiendo que nunca lo habías hecho antes, pero la gente no se tropieza con este tipo de cosas. ¿Por qué te presentaste?

—¿No me investigaste antes de salir de gira? —pregunto con una sonrisa.

—Vi la versión de la prensa sobre por qué te metiste en esto, pero ellos siempre tienen un enfoque que quieren resaltar. Quiero oír tu versión.

Me gusta.

Me gusta que quiera escuchar mi versión del tema en lugar de fiarse de los periodistas y de la historia que quieran vender a sus lectores; algunos me pintan como la villana, para otros soy una especie de mártir dispuesta a cambiar la industria, cuando en realidad no soy ninguna de las dos cosas.

—Pues... me presenté porque soy impulsiva y quería ayudar a mis amigas —empiezo—. Mis mejores amigas tienen sus propios negocios y no les iba demasiado bien. Un día estábamos juntas, desahogándonos, y decidí buscar una forma de promocionarlas. Encontré el anuncio del concurso y... no sé. Todo empezó ahí.

Mi mente vuelve a esa noche en la que, tumbada en la cama y bebiendo vino, escuchaba a Harper y a Jules quejarse de que no sabían cómo promocionar sus empresas.

—Yo solo... necesito un colaborador para que mi nombre se haga conocido. Parece que ahora esa es la clave. Necesitas cierta influencia en redes sociales y entonces vales algo. —Harper suspira y se deja caer sobre mi edredón blanco de encaje; luego se gira y se apoya sobre la tripa, con la barbilla en las manos—. Y se me da... fatal.

Es verdad. No porque no sea el ser humano más dulce y bondadoso del planeta, sino porque sufre una fuerte ansiedad social que le impide hacer bombo de su propia empresa.

—Te entiendo —dice Jules, mientras gira su vaso, lleno de un brebaje dulce cuyo único fin es mantener la borrachera que llevamos horas alimentando—. La escuela va bien, pero apenas lleno dos clases al día.

Desde que conozco a Jules, siempre quiso usar la pequeña herencia que le dejó su abuela para abrir una escuela de danza. El año pasado encontró un local precioso y no dudó en lanzarse a la aventura. Da clases a niños y también dirige clases de ejercicio para adultos, pero la escuela no crece de la manera esperada.

Suspiro. Odio ver sufrir a mis amigas.

—Necesitáis algún tipo de... presentación —digo mientras deslizo sin pensar en las redes sociales del móvil—. De una famosa o de alguna *influencer*. Alguien de la zona con la que podáis hacer publicaciones y etiquetarla todo el rato.

—Sí, ahora mismo agarro el teléfono y llamo a una —dice Jules con sarcasmo, y yo frunzo el ceño.

—Sé que es más fácil decirlo que hacerlo, pero me refería a que una sola persona podría ser la respuesta para las dos. —Sigo pensando, intentando encajar las piezas. Toco la barra de búsqueda,

escribo algunas palabras clave, «influencer danza Nueva Jersey» y le doy a «ir» antes de ver los resultados. Algunos nombres y caras me suenan de alguno de los muchos realities que han intentado hacer en el estado.

—¿Y las de la lista C que no paran de publicar? ¿Las celebridades locales? —pregunto, mientras una idea empieza a tomar forma en mi cabeza. No sería difícil hacer una lista y mandar unas cuantas propuestas de colaboración. Incluso lo haría encantada por Harper y Jules, ya que ellas no tienen tiempo ni energía para hacerlo solas.

—¿Qué pasa con ellas? —pregunta Harper, totalmente confundida.

—Si pudieras diseñar algunas prendas para que las lleven en eventos y cosas así, sería perfecto. Ellas te etiquetarían por usar tus vestidos. Su base de fans suele ser muy local, lo que significa que, si tienen un cumpleaños, una boda o una ocasión especial, se acordarán de tu nombre cuando necesiten un vestido. —Me giro hacia Jules—. Y tú podrías mencionar que tal o cual entrena en tu escuela o asiste a clases allí. Véndelo como una forma moderna de hacer ejercicio, que es justo lo que tú buscas, ¿no?

Si yo fuese interesante, emplearía toda mi energía en ser *influencer* solo para poder promocionar los negocios de mis amigas, pero a nadie le interesa una camarera con poca o ninguna vida social real.

Entonces lo veo.

Concurso de Miss Americana: ¡Se aceptan solicitudes!

No puede ser tan fácil, ¿o sí? ¿Rellenar una solicitud y ya estoy dentro?

Toco el anuncio y, cuando sigo leyendo, veo que sí que es así de sencillo, siempre que acepten la candidatura. Pero si hay algo que se me da bien es presentar solicitudes buenísimas. Empiezo a escribir mi nombre y mi dirección, y respondo a las preguntas sobre objetivos y ambiciones en la vida con renovado vigor. Esta podría ser la forma perfecta de ayudar a mis amigas.

Las reinas de belleza necesitan vestidos elegantes y talento.

En el mejor de los casos, llego al concurso de Nueva Jersey y etiqueto a Harper y a Jules cuando me hagan un vestido o me ayuden a ensayar cualquier baile que Jules considere que mostrará mejor su talento. Y, en el peor de los casos, será una anécdota divertida de aquella vez que intenté entrar en un concurso de belleza.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Harper, y me doy cuenta de que en la habitación se ha hecho el silencio mientras mis amigas me observan con atención.

—Me estoy presentando a Miss Americana.

Se hace una pausa y luego Jules pregunta:

—¿Es algo que quiero saber?

—Probablemente no —respondo mientras termino de rellenar el formulario, pulso «enviar» y me olvido del tema hasta una semana después, cuando recibo un correo electrónico.

Estás invitada: Audiciones para Miss Americana Nueva Jersey.

Y el resto es historia.

—¿Y funcionó? —pregunta Jaime, sacándome de mis recuerdos.

—¿El qué?

—Si funcionó, lo de ayudar a tus amigas.

—Ah, ¡sí, claro! Jules tiene sus clases a tope y hasta ha contratado a una segunda instructora para que la ayude. Harper tiene encargos de trajes a medida casi para todo el año. Es alucinante —digo, orgullosa.

—¿Y tú?

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Qué has recibido tú en todo esto? Da la impresión de que te ha consumido la vida entera.

No le digo que esa es otra pregunta y que ahora me tocaría a mí; en vez de eso, me encojo de hombros.

—No sé. ¿La alegría de ver triunfar a mis amigas? —Él me lanza una mirada de incredulidad, así que rectifico con una sonrisa—. Es una aventura espléndida, y me encantan las aventuras. Además, siempre he querido viajar, pero nunca he tenido dinero ni tiempo. Así que es una oportunidad que no podía rechazar.

—¿Pero?

—Pero... es difícil cuando te enfrentas a toda una organización que quiere cambiarte, que no acepta quién eres. La presión que la organización ejerce sobre estas mujeres es una locura. Y Regina quiere que sea... como una muñequita perfecta que solo hace lo que le dicen y mantiene la boca cerrada.

—Entonces está claro que no te conoce. —Responde rápido, con una seguridad teñida de irritación.

—¿Qué?

—Es evidente que no te conocen para nada. Porque sabrían lo obstinada que eres —dice, con una mueca y una sonrisa. Entonces aparta la mano de la cabeza de Melocotón y aprieta mi rodilla. A pesar de mis gruesos pantalones de chándal, siento que su mano sobre mi cuerpo me quema—. Y porque, si te conocieran, no intentarían cambiarte, Ava. Eres perfecta tal y como eres.



Dieciséis

AVA

—¿Estás lista? —Su voz suena brusca e irritada desde fuera de mi habitación; no puedo evitar sonreír. Hace casi cinco minutos que terminé de prepararme y estoy sentada mirando el móvil.

Estamos en la tercera semana de nuestra gira y he aprendido bastante sobre mi nuevo y temporal mejor amigo.

En primer lugar, odia que diga que es mi nuevo mejor amigo; por eso he empezado a incluir esa frase aún más en nuestras conversaciones.

En segundo lugar, le gusta llegar demasiado pronto a todas partes, así que, a veces, me gusta entretenerme un poco más mientras me preparo solo para enfadarlo. Por lo general llega a mi cuarto casi una hora antes para decirme que tengo que arreglarme; entonces le dejo entrar y me encierro en el baño hasta que termino. Llegamos por lo menos veinte minutos antes a todas partes, pero si no llegamos con cuarenta minutos de margen se enfada lo suficiente como para alegrarme el día.

En tercer lugar, para él mis preparativos son totalmente innecesarios y consumen demasiado tiempo, aunque a mí me da igual lo que piense. Me gusta ponerme guapa. Algunas meditan, otras hacen ejercicio, otras escriben un diario; a mí me gusta estar sola en el baño, escuchando mi música favorita y arreglándome.

—¡Ya falta poco! —digo, mientras muevo algunos frascos sobre la encimera para hacer ruido y me río.

—Sé que te estás burlando de mí, Ava, no estás haciendo nada. —Por fin abro la puerta y le sonrío.

—Me has pillado. —Camino hacia la mesa, agarro el bolso pequeño que había preparado antes con lo esencial y me doy la vuelta para mirarlo—. Vamos.

Él no se mueve, pero me mira de arriba abajo de un modo que hace que mi cuerpo arda. Me obligo a salir de donde estoy, sonriendo y avanzando hacia la puerta, pero me detengo cuando veo que no me sigue.

—¿Eso es lo que vas a llevar puesto? —pregunta.

—Ajá. ¿Te gusta? —Doy una vuelta para que se vea bien mi minifalda de tenis, que apenas deja entrever los pantalones cortos que llevo debajo, y luego ajusto el top deportivo blanco. Hay un espacio de por lo menos ocho centímetros entre la cintura de la falda y el top que deja mi piel al descubierto, y las almohadillas del sujetador hacen que mis tetas se vean fantásticas, si se me permite decirlo. Con los lazos en mis trenzas bajas y los accesorios dorados, mi conjunto es per-fec-to.

—Tampoco es que haya mucha ropa que ver —dice mientras cruza los brazos sobre el pecho.

Pongo cara de fastidio y me acerco a él.

—Precisamente por eso me gusta.

—No es seguro que salgas vestida así cuando no sabes con qué clase de depravado puedes cruzarte. —Esbozo una sonrisa levemente recriminatoria.

—¿Y no es ese tu trabajo? ¿Protegerme o algo así? Verás, a algunas nos gusta vernos guapas y no sentimos la necesidad de ir siempre de negro.

—Vamos a hacer senderismo por la montaña.

—Sí, ¿y? —pregunto, con aire confundido, aunque sé perfectamente a dónde quiere ir a parar—. Siempre hago senderismo vestida así.

—¿Tú? ¿Senderismo?

Cruzo los brazos sobre el pecho y pongo los ojos en blanco. No es nada nuevo; cuando llego a una ruta con uno de mis modelitos, casi siempre hay al menos un machista que me mira e intenta decirme que «este sendero no es para chicas, cielo», pero yo me limito a sonreír, pestañear y agradecer su preocupación. Luego, una o dos horas más tarde, sonrío cuando los adelanto tranquilamente mientras ellos avanzan con dificultad y jadeando.

—Sí, Jaime, hago senderismo. Es mi ejercicio favorito. ¿El aire fresco, las montañas, la naturaleza? No hay nada igual. —Frunce el ceño, confuso.

—Creía que bailabas.

Suelto una carcajada, sacudo la cabeza y camino hacia la puerta para irnos, no sin despedirme (con la mano) de Melocotón, que está acurrucada en la cama.

—¡Adiós, Melocotón! —Luego me vuelvo hacia Jaime—. Cielos, no. Aprendí tres bailes para el concurso, pero estoy lejos de ser

bailarina. Ya te dije que me presenté al concurso por capricho y que gané de casualidad.

—No creo que ganaras de casualidad. Vi tu rutina, algunos clips. Lo intentaste, te esforzaste, te lo ganaste. —Cierra la puerta y yo doy un pequeño grito ahogado mientras apoyo una mano en el pecho.

—Eso significa que me investigaste —digo, sonriendo y adelantándome a él por el pasillo—. No creo que eso entre en la descripción del puesto.

—Solo tengo un trabajo, Ava: preservar tu seguridad. Y parte de ese trabajo consiste en investigarte.

—Entonces te caigo bien, Wilde —digo por encima del hombro.

Él no responde, pero, una vez más, no tiene por qué hacerlo.

Un par de horas más tarde caminamos por un sendero junto a Miss Maine y Sarah, propietaria de la empresa de rutas guiadas de senderismo que estamos promocionando. También están Anne, Tina, la responsable de relaciones públicas de la organización, y un equipo de prensa. El tiempo es perfecto, y Jaime y yo vamos en la retaguardia del grupo. Estoy segura de que Tina preferiría que fuese delante, donde están los periodistas, hablando del concurso y de mi misión, pero con Anne ya tienen más que suficiente.

Opino que el objetivo de esta gira es promocionar las empresas fundadas por mujeres en los estados que visitamos, así que preferiría que Sarah tuviera más tiempo para hablar de su negocio. Además, estar atrás significa que camino junto a Jaime, que tiene

los ojos fijos en el sendero y va señalando las piedras o raíces con las que podría tropezar, por si acaso.

—¿Sabes? Creo que por ese camino hay un acantilado con un mirador —digo en tono conspirativo, señalando con la cabeza hacia la izquierda, donde hay un pequeño cartel que dice «Mirador» con una flecha.

—Mmm —gruñe Jaime, con las gafas de sol puestas, ocultando su expresión. Yo había investigado el sendero de antemano y sabía que el lugar al que nos dirigíamos era estupendo y daba a un barranco, pero también que había otra zona más pequeña con unas vistas maravillosas que no estaba incluida en el itinerario.

Ha sido una auténtica casualidad que pasáramos por aquí ahora.

—Deberíamos escaparnos —digo—. Ni siquiera se darán cuenta. Podría sacar unas fotos preciosas en el mirador y...

—No.

—¿Cómo que no?

—No, no te apartarás de este sendero. Respetaremos el programa. Además, el sendero del mirador está clausurado. —Lo dice como si yo fuera idiota y no hubiera visto la cinta amarilla de advertencia. Pero, a menos que esté en una escena del crimen, siempre pienso que ese tipo de cosas son sugerencias. Como si dijeran: «Tenga cuidado al recorrer este sendero».

—Es solo una sugerencia —digo con cara de fastidio.

—No es una sugerencia, y no vas a ir. Ha habido tormentas que han dañado el mirador y la superficie se ha reducido. —Eso también lo había leído en mi búsqueda, pero no ponía que fuese imposible pararse allí, solo que no se recomendaba que hubiese mucha gente a la vez.

—¿Siempre has sido tan aburrido?

—Sí —responde al instante, y yo pongo los ojos en blanco.

—Vamos, será solo un pequeño desvío. ¿Por favor? —Lo miro con mi mejor cara de cachorro triste, pero no sirve de nada, porque ni siquiera se digna a mirarme—. Muy bien, pues entonces voy sola. —Acelero el paso y me dirijo al desvío que está un poco más adelante.

—Claro que no —dice con voz firme. Me doy la vuelta y camino hacia atrás mientras sonrío.

—Es solo un pequeño desvío. No es nada peligroso.

—Quédate en el sendero, Ava —dice Jaime entre dientes.

—O si no, ¿qué? —pregunto con una sonrisa pícara.

—¿Cómo que «o si no, qué»?

—Quédate en el sendero, ¿o si no qué, Jaime? —Incluso a través de las gafas de sol parece que se hiciera un millón de preguntas, como si no supiese qué responder. Desearía que me respondiera lo primero que se le ocurre en lugar de pasarlo por diecisiete filtros antes de hablar. Creo que las cosas serían mucho más interesantes si lo hiciera.

—Amenazas vacías —susurro antes de mirar detrás de él; luego desvío la vista hacia donde las otras chicas distraen a los medios de comunicación.

Es la oportunidad perfecta para tener espacio. Libertad.

Miro a Jaime con una gran sonrisa y echo a correr.



Diecisiete

JAIME

Ava camina hacia atrás delante de mí, con una sonrisa amplia y burlona, como parece ser su estilo, y de pronto sale corriendo por un sendero más estrecho, con la falda rosa flotando en la brisa.

—¡Ava! —grito, tratando de no llamar la atención de los *paparazzi* que tenemos delante, pero también tratando de detenerla. Lo único que me faltaba es que Greg se entere de que dejé que mi clienta se escapara mientras estaba bajo mi vigilancia y que algún periódico lo publique.

«Mirador» significa que hay un acantilado, y con la personalidad de Ava no me sorprendería que su impulsividad la llevara a hacerse daño. Pero, con la mala suerte que tengo, ocurriría mientras yo la estoy vigilando.

Ya me imagino los titulares: «La favorita de Miss Americana se precipita a una muerte horrible tras huir de su guardaespaldas».

Con esa imagen en la cabeza, me decido en una décima de segundo y echo a correr tras ella.

Avanzo rápidamente, saliéndome del sendero directamente hacia Ava, pero es más rápida de lo que pensaba. Corre entre los árboles; los pequeños lazos de su pelo saltan con cada paso ágil sobre las piedras y esquiva las ramas bajas. No deja de mirarme por encima del hombro ni de sonreír, cosa que, al mismo tiempo, me enfurece y me excita de una forma, sin duda, indebida.

Los árboles se abren a unos tres metros por delante de Ava y, más allá, solo parece haber cielo abierto, así que el corazón me golpea fuerte en el pecho cuando ella sigue mirándome a mí en lugar de mirar hacia delante.

—¡Ava, detente! —Esta vez grito sin preocuparme de si alguien me oye—. ¡Más despacio!

—¡Atrápame, anciano! —Ella atraviesa la zona arbolada, y hay unos quince metros de roca, quizá treinta, antes de que el sendero termine en el acantilado.

Algo en mí reacciona y mis piernas se mueven más rápidamente mientras me precipito hacia ella. Ya no pienso en titulares, ni en mi trabajo, ni en la decepción de Greg si pasa algo. Solo pienso en Ava, en que la guapísima y dulce Ava pueda hacerse daño.

Si ella no se preocupa por su propia seguridad, tendré que hacerlo yo, por el bien de los dos.

Ava disminuye la velocidad cuando me acerco; salta y gira como si estuviera haciendo uno de esos bailes que su amiga le enseñó, en un escenario, en lugar de al borde de un acantilado, y cada movimiento, cada giro de sus zapatillas sobre las piedras sueltas, me aterroriza. Un paso en falso y...

Por fin la atrapo justo cuando su pie resbala sobre una piedra; mi brazo se cierra alrededor de su cintura y la sujeta, y luego doy un traspié hasta que consigo recuperar el equilibrio. Ella me mira con los ojos muy abiertos, el rostro pálido, mientras unas piedrecillas caen por el acantilado hacia una masa de agua que, sin duda, no es lo bastante profunda como para sobrevivir a una caída de nueve metros.

—¿Qué diablos haces? —grito, y los pájaros salen volando mientras piso con fuerza y la acerco aún más a mi cuerpo, todavía rodeándole la cintura con el brazo.

Ava se encoge un poco antes de responder:

—¿Divertirme?

—¿Puedes hacerlo sin provocarme un maldito infarto?

—Sí, supongo que sí, pero sería mucho menos divertido.

—Sacrifica tu diversión por el bien de mi salud cardíaca —digo con una voz ronca que casi no reconozco.

—Eres un viejo —se burla, sonriendo.

El pulso se me dispara por haber estado a punto de verla precipitarse al vacío, no porque tenga su cuerpo pegado al mío.

—Cielo santo, Ava, podrías haber muerto.

—¿Así que te has preocupado por mí? —pregunta, con una sonrisa en los labios.

—Es mi trabajo, Ava.

—Ajá, claro. O es porque te gusto —bromea con una sonrisa y esa frase que parece haberse convertido en su estribillo habitual, creada con el único objetivo de volverme loco.

—No me gustas lo más mínimo, princesa. Jamás he conocido a nadie que me irrite tanto como tú.

Se hace un silencio mientras ella me sonríe y alza una mano para apartarse el pelo de la cara, antes de decir en voz baja y entrecortada:

—Entonces, ¿por qué sigues sujetándome, Jaime? Podrías haberme soltado hace rato.

Enseguida me doy cuenta de mi error; retiro el brazo y doy tres grandes pasos hacia atrás. Ella esboza una sonrisa burlona, como si todo esto le pareciese divertido, pero yo solo puedo pensar que sigue demasiado cerca del borde, así que me inclino, le agarro la mano y tiro de ella mientras doy otro paso atrás, alejándola del acantilado.

—Ah, te gusto, Jaime —dice, con una sonrisa enmarcada en sus labios rosados.

—Yo... —empiezo a replicar, pero ella niega con la cabeza y sus lazos y trenzas se balancean cuando lo hace.

Dios, es guapísima, con su pelo rubio, sus curvas y esos lazos rosas que me muero de ganas de deshacer. Cada movimiento de su cuerpo es una tentación a la que parece imposible hacer oídos sordos, y ¿qué es lo peor de todo?

Que ella lo sabe.

—Si admito que me gustas, ¿vas a portarte bien? —Frunce los labios, y una parte de mi cerebro me advierte que estoy pisando terreno peligroso del que podría no salir entero.

—Probablemente no —susurra con una sonrisa, en voz tan baja que casi no la oigo, pero mis ojos están fijos en su boca, a solo unos centímetros de la mía. No me costaría nada inclinarme y besarla. Pasa un segundo y me pregunto qué pasaría si mando todo al diablo.

—Tenemos que volver con el grupo antes de que se pregunten adónde hemos ido —digo, apartándome.

Espero que proteste, que diga que soy un aburrido o algo así; en cambio, asiente y agita una mano delante de ella.

—Guíame, tiarrón.

Entiendo el encanto de este tipo de ejercicio cuando llegamos a la cima de la montaña y contemplamos el valle. Nunca he sido muy de hacer senderismo; ni siquiera me gustan las actividades al aire libre. Prefiero entrenar en un gimnasio, con aire acondicionado a tope y sin insectos. Pero esta vista merece la pena.

Luego veo a Ava contemplar las montañas y los árboles verdes y frondosos con una emoción casi infantil, y comprendo lo que ella ve. Entiendo por qué le gusta hacer senderismo, por qué, al parecer, elige este tipo de ejercicio. Y, una vez más, me doy cuenta de que fui demasiado rápido al juzgarla, pensando que no era el tipo de persona que hacía senderismo, cuando apenas ha sudado en las cuestas más empinadas.

Y con este paisaje de fondo, vestida con su pequeño conjunto, los lazos y las zapatillas rosas, no desentona en absoluto. Es una obra de arte rodeada de belleza. Meto la mano en el bolsillo, saco el móvil y toco la pantalla como ella me enseñó.

—Voy a hacerte una foto —digo, y empiezo a sacar fotos antes de que esté preparada, con su cara llena de sorpresa y alegría.

—¿Me vas a hacer fotos?

—Las necesitas para tus redes sociales —digo, levantando el teléfono y cambiando de ángulo, tal y como ella me indicó. Además,

he visto que todo el mundo hace lo mismo, así que no son solo cosas suyas.

—Esto... sí. Solo que nunca pensé que te ofrecerías tú —admite, aunque cambia de postura para que saque distintos ángulos y expresiones, unas ridículas, otras sexis, en cuestión de segundos.

—Así está bien —dice mientras extiende la mano para que le dé el móvil, mientras sigo haciendo fotos. Ava sonríe, como si todo esto fuera una broma compartida, y por algún motivo esa última foto, con la mano tendida y la sonrisa enorme, es mi favorita. Toma el teléfono y enseguida encuentra las fotos y las revisa una por una—. No se te da mal, tiarrón —dice con una sonrisa, mirándome—. Hasta podrías ser mi novio en las redes sociales.

—No soy...

—Lo sé, te lo aseguro. Apenas me soportas —dice mientras guiña un ojo, pulsa algunas de las fotos y abre un nuevo mensaje para enviárselas a sí misma.

—Solo quería decir que no estoy en redes sociales —aclaro, y ella vuelve a sonreír antes de devolverme el teléfono y abrir la boca para contestar. Pero no llega a hacerlo porque alguien la llama por su nombre.

—¿Queréis que os haga una foto? —pregunta Miss Maine, y yo niego con la cabeza justo cuando Ava asiente.

—¡Sí! ¡Me encantaría, muchas gracias! —Le entrega su móvil a la mujer y luego me agarra de la mano. No quiero pensar en lo bien que encaja su mano pequeña en la mía, mucho más grande.

—Solo soy el guardaespaldas —murmuro—. No necesitas fotos conmigo.

—Estás conmigo en esta aventura, te guste o no, Jaime —dice con una sonrisa, mientras me conduce unos metros hacia atrás, hasta donde ella estaba antes, y luego se gira hacia Miss Maine, que levanta el móvil de Ava.

—Sonríe, Jaime. Ya no hay vuelta atrás. Mejor disfrútalo mientras dure.

Suspiro mientras Miss Maine hace unas cuantas fotos y me obligo a sonreír en las últimas, aunque me sienta ridículo. Pero cuando Ava recupera su teléfono y mira las fotos, su entusiasmo hace que cualquier incomodidad valga la pena.

Mientras Ava hace algunas entrevistas en la cima de la montaña, saco algunas fotos del paisaje y se las envío a Riggins Greene, de Atlas Oaks, porque sé que Maine es una de sus ciudades favoritas. Y tengo que admitir que ahora entiendo por qué.

Cuando emprendemos el descenso, Ava no se aparta del sendero, así que la caminata es mucho menos angustiosa.

No mucho después de una cena informal con el grupo y de regresar al hotel, recibo un mensaje de texto de un número que no tengo guardado, pero al que he enviado las fotos.

«Buenas noches, tiarrón», dice el mensaje, acompañado de una foto de los dos.

Por alguna razón que no sé explicar, guardo la foto y la asigno a su nuevo contacto.

No son ni las siete.

Lamentablemente tengo un guardaespaldas loco, protector y aburrido que no me deja hacer nada divertido, así que me voy a la cama pronto.

Tenemos que madrugar.

Ya lo sé, solo te estoy fastidiando. De todos modos, estoy cansada de la excursión. Voy a escuchar un audiolibro y jugar a mi juego adorable.

¿El de plantas?

Flores, pero sí.

Espero un rato antes de escribir mi último mensaje, luego lo borro, vuelvo a escribirlo, y me digo que es una idea absurda.

Y, aun así, lo envío.

Para hacer una flor rosa tienes que plantar una blanca, dejar un hueco y luego plantar una roja.

¿Qué?

No respondo.

Jaime, ¿has buscado cómo se juega?

¡Dios mío, lo has hecho! Lo he probado y ha funcionado.
¡No me lo puedo creer!

Casi puedo imaginar su cara, su sonrisa, su entusiasmo, pero no respondo. Pongo el móvil en «No molestar», lo dejo sobre la mesilla y me preparo para dormir.

Por la mañana, cuando suena la alarma para entrenar antes de salir a la carretera, lo veo.

Entonces te gusto, Jaime Wilde.

Y empiezo a pensar que quizá no esté del todo equivocada.



Dieciocho

JAIME

Nuestra siguiente parada es Virginia, donde iremos a una floristería para hacer arreglos florales. Ava lleva a la gata, que acabo teniendo en brazos la mitad del tiempo. Por mucho que me fastidie admitirlo, la gata es un encanto, quiere que la tengan en brazos casi siempre y se queda dormida conmigo más veces de las que recuerdo.

Nunca tuve mascota de niño y, por mi profesión, tampoco he tenido de adulto. Siempre pensé que, cuando me jubilara, tendría un perro como el pastor alemán de Riggins, pero esta gata es fantástica. Nunca se lo diría a Ava, porque no dejaría de fastidiarme.

Ahora salgo del ascensor del hotel delante de Ava, que lleva a la gata con una maldita correa.

La mujer le ha comprado a su diminuta gata una correa con lentejuelas para llevarla, según dice, «a hacer caminatas de gatita». Yo me negué a pasear a la gata con esa maldita correa.

Mientras caminamos hacia el pasillo en el que están nuestras habitaciones, ella sigue hablando de solo Dios sabe qué. Cuando nos acercamos, sus palabras se convierten en un ruido de fondo en cuanto me doy cuenta de que algo... no está bien.

—¿Qué demonios...? —murmuro mientras ella sigue hablando, y veo que, cuando nos acercamos a la puerta de su habitación, la luz del cuarto ilumina el pasillo. Ava, sin darse cuenta de que de repente estoy en alerta, camina detrás de mí. Su cuerpo choca contra el mío y extiendo un brazo hacia atrás para protegerla hasta que se estabiliza, pero sin darme la vuelta, con los ojos fijos en esa puerta.

—Jaime, ¿qué...? —empieza a preguntar, pero aprieto el brazo contra ella y me llevo un dedo a los labios.

Dejo caer el brazo y busco en el bolsillo trasero; noto el teléfono, lo saco y avanzo un paso más. El sentido común quiere creer que será simplemente el personal de limpieza, que no ocurre nada raro, pero mi instinto... mi instinto me dice que es algo más.

Y, por desgracia, mi instinto rara vez se equivoca, algo que se confirma cuando me acerco lo suficiente como para inclinarme y mirar por la puerta.

Destrozada.

Así está su habitación de hotel.

Evalúo las posibilidades a toda velocidad, intentando equilibrar mi imperiosa necesidad de garantizar la seguridad de Ava, mantenerla a mi lado y evitar que vea lo que hay delante. Ella se hace la fuerte, le da igual todo; pero, aunque no hace tanto que la conozco, sé que es solo eso: una fachada.

La Ava que yo conozco es tierna y dulce.

Mirando por el corto pasillo interior, veo que solo hay otra habitación en este tramo, la mía, justo enfrente de la suya. Tomo una decisión, busco la tarjeta en el bolsillo y abro la puerta de mi cuarto, la arrastro hacia dentro y cierro detrás de nosotros. Parece silenciosa e intacta; aun así, recorro la habitación, reviso los armarios y miro debajo de las camas hasta que confirmo que no hay nadie.

Vuelvo con Ava y apoyo una mano en su hombro; me inclino un poco hasta quedar a la altura de su cara y miro sus grandes ojos azules.

—Quédate aquí, no te muevas —digo—. ¿Lo entiendes?

—Jaime, ¿qué...?

—Dos minutos. Quédate aquí.

—Me estás asustando, Jaime.

Levanto una mano y le sujeto la mejilla; abre aún más esos ojos preciosos.

—Lo sé. Escúchame. Tienes tu móvil, ¿verdad? —Asiente—. Muy bien. Voy a revisar la habitación. Si oyes cualquier ruido o parece que pasa algo, llama al 911.

—Jaime...

—Sé que necesitas detalles para sentirte tranquila, así que voy a dártelos. Han registrado tu habitación. Voy a dejarte aquí mientras me aseguro de que no haya nadie dentro. Voy a revisarla mientras tú te quedas aquí con Melocotón, ¿de acuerdo?

—Jaime...

—Probablemente no sea nada —miento—. Pero con la seguridad no me la juego.

—¿Seguridad? —La palabra es apenas un murmullo, y me pregunto si por fin ha entendido la gravedad de su situación, la necesidad de que yo esté con ella, de que siga las normas que le doy.

Me acerco a ella, invadiendo su espacio, ignorando la hermosa sensación de estar tan cerca, como si esa cuerda invisible que suele estar tensa entre nosotros se aflojara con su proximidad.

—Ava, por favor. Si alguna vez vas a hacerme caso, que sea ahora. Llama al 911. Quédate en esta habitación con Melocotón. Cuando alguien te responda, diles dónde estamos, que han entrado en tu habitación y que tu guardaespaldas la está revisando. Si cuelgan antes de que yo vuelva, llama al hotel. Si alguien, y quiero decir cualquiera, Ava: un niño, una anciana, un tío vestido de payaso, llama a la puerta, grita. No abras. ¿Entendido? —La realidad parece alcanzarla; la boca se le entreabre mientras me mira, y bajo la voz —. Eh, princesa, ¿me entiendes? Tengo que ir a revisar la habitación, pero no puedo dejarte aquí a menos que sepa que estás bien.

Pestañea una, dos, tres veces antes de asentir.

—Entendido. Llamo al 911 y, si viene alguien, grito y le ordeno a Melocotón que ataque —dice con una ligera sonrisa.

La miro y veo que los ojos le brillan y que reprime una carcajada, y no es la primera vez que me pregunto si está un poco loca. No es así como reacciona una persona normal cuando se entera de que alguien ha entrado en su habitación.

Pero, otra vez, estamos hablando de Ava.

Asiento y aprieto sus brazos. Sin pensar en las ventajas y desventajas ni en nada más que en tenerla delante, rozo mis labios contra su pelo. Luego me aparto, paso los dedos por la cabeza de la

gata y salgo al pasillo. Compruebo que la puerta queda bien cerrada cuando oigo el clic a mi espalda y escucho a Ava echar la cadena de seguridad.

Mientras recorro la habitación de Ava, maldigo en voz baja al ver la destrucción: por suerte sus cosas parecen intactas, aunque desparramadas por todas partes, pero el resto de la pequeña habitación está patas arriba; no como si buscaran algo, sino como si solo quisieran causar impresión.

Querían que supiéramos que han estado aquí.

Sigo recorriendo unos minutos en busca de cualquier tipo de pista, pero no encuentro ninguna, ni tampoco encuentro un culpable.

—¿Hay alguna nota o algo así? —pregunta una voz y doy un salto. Me giro y veo a Ava detrás de mí.

—¿Qué demonios haces aquí, Ava? ¡Te he dicho que te quedaras en la habitación y llamaras al 911 y al hotel!

—¡Ya lo he hecho! Luego he venido cuando estaba claro que nadie iba a venir a atacarte. Necesitabas refuerzos.

—¿Es tan imposible que sigas una instrucción alguna maldita vez?

—No, pero cuando la instrucción es quedarme sola en una habitación de hotel con una seguridad deplorable, y la otra opción es estar en este cuarto destrozado pero aparentemente vacío donde está mi guardaespaldas, prefiero la opción en la que está mi guardaespaldas.

La fulmino con la mirada, deseando discutir, pero sabiendo que no puedo porque, por desgracia, tiene cierta lógica.

—Por lo menos podrías haber dicho algo.

—¿Y perderme tu cara cuando te pillo desprevenido? ¡Claro que no!

—¿Y si hubiera pensado que eras el intruso y te hubiera atacado?

Pone cara de indignación, como si lo que digo fuera absurdo, y resopla.

—Como si fueras a cometer semejante error. —Agita una mano y me señala de arriba abajo, diciendo mucho sin decir nada, y luego mira a su alrededor soltando un silbido—. ¡Guau! Qué locura, ¿eh? —Se gira formando un círculo, mirando a su alrededor, revisando la destrucción antes de empezar a caminar, moviendo una mesa de lado con la punta de su zapato y mirando sus cosas—. Qué raro, no han tocado mis cosas, ¿eso es raro, verdad?

—Bueno... —Vacilo un segundo, pero decido que es mejor ir al grano—. Sí, es raro. Y no han dejado ninguna nota, o al menos yo no he visto ninguna. Pero no toques nada, ¿de acuerdo?

—He visto suficientes episodios de *CSI* para saber las reglas. —Alza a Melocotón hasta su cara y frota la mejilla contra la gatita soñolienta; luego presiona sus labios rosados contra el pelaje anaranjado.

—¿Por qué no estás alterada con todo esto? —pregunto de pronto, preocupado, porque no es una reacción normal ante una habitación registrada.

—Ah, estoy segura de que me dará el ataque de pánico cuando se me pase la adrenalina. De momento, me alegro de haber tenido la suerte de que no hubiera nadie aquí y de que Melocotón estuviera con nosotros —dice alzando a la gata—. Ahora mismo estoy en modo delirante y me digo que todo esto es divertido, emocionante e interesante.

La miro fijamente y niego con la cabeza.

—Eso no es normal, y lo sabes.

—Me gusta tener una vida un poco delirante, muchas gracias. —Hace una pausa, como si estuviera dándole vueltas a algo—. A lo mejor esta es mi nueva hiperobsesión: ser una de esas chicas que investigan crímenes reales, escuchan pódcast y se ponen a seguir la pista de asesinos en serie.

—Bueno, quizá sea mejor no pensar en eso ahora. Además, ¿quién ha dicho que sea un asesino en serie, Ava? ¿Cómo has pasado de una habitación revuelta a un asesino en serie?

—Quiero decir que, evidentemente, esto no lo ha hecho una persona muy estable, Jaime.

—Pero ¿un asesino en serie?

Ava se encoge de hombros y abre la boca, probablemente para seguir discutiendo, pero alguien golpea el marco de la puerta. Hay un empleado del hotel en el umbral, con un policía detrás, y vuelvo a centrar toda mi atención.



Diecinueve

AVA

Hace un buen rato que es de noche cuando llegamos al nuevo hotel que el concurso nos ha reservado. Tras casi dos horas, la policía nos dejó marchar y prometió a Jaime mantenerle informado sobre cualquier novedad. El hotel anterior me ofreció otra habitación, y yo la habría aceptado porque, sinceramente, una vez agotado mi sentido del humor, me di cuenta de que estaba exhausta y a punto de caer en una crisis de proporciones monumentales.

Lamentablemente, Jaime rechazó el ofrecimiento. En su lugar, llamó a su jefe, le informó de lo ocurrido y le asignó un nuevo hotel que él había aprobado para pasar la noche. Después, Jaime me ayudó a recoger mis cosas. Nunca he estado más agradecida de haber llevado solo una de las maletas a la habitación; aun así, estoy segura de que Jaime vio una buena cantidad de mi ropa interior y de mis sujetadores.

Trataré de borrar esa imagen de mi memoria, muchas gracias.

Nos dirigimos a la recepción de un nuevo hotel, donde nos registran rápidamente y entregan a Jaime dos tarjetas de acceso, a diferencia de las últimas paradas, en las que nos dieron cuatro, dos por cada habitación.

Eso significa…

Una habitación.

Jaime y yo en el mismo cuarto.

Mis recuerdos se remontan a cuando sus manos se apoyaron en mis hombros, su manera de mirarme, su modo de calmarme, el modo en que me llamó «princesa», el modo en que me besó en la cabeza antes de ir a revisar mi habitación.

Cuando estamos en el ascensor, por fin rompo el silencio, tratando de aflojar la tensión casi sofocante.

—¿Una sola habitación?

—Greg y yo hemos decidido que es mejor que estemos juntos por si a alguien le da por atacarte.

Pongo cara de fastidio y suspiro.

—¿No es un poco exagerado? —Jaime pulsa el botón del piso superior y el ascensor sube lentamente—. Nadie me está buscando.

—Entraron en tu habitación y la destrozaron después de que recibieras múltiples amenazas y mensajes en distintas plataformas. Si por mí fuera, esto sería apenas lo mínimo que haríamos. —Aprieta la mandíbula y yo intento analizar lo que quiere decir. Entonces decido que mejor no quiero saber qué drásticas medidas tomaría este demente.

La policía y el personal del hotel estuvieron de acuerdo en que, a pesar de que no había cámara en el pasillo donde se encontraba mi habitación (un hotel barato elegido por el concurso), era probable

que los responsables fueran un grupo de adolescentes haciendo fechorías. Según el jefe de policía, que vino personalmente a tranquilizar a Jaime, mi vida no corría un peligro inminente. Es algo que lleva sucediendo mucho en la zona. Como no tienen con qué entretenerse los fines de semana, los chicos de secundaria se vuelven unos desgraciados y causan problemas suficientes para provocar dolores de cabeza, pero no los suficientes como para considerarse un problema real.

Vuelvo al tema que nos interesa.

—Entonces compartimos una habitación de hotel —empiezo a decir, mientras esbozo una gran sonrisa y le doy un golpecito con la cadera—. ¿Vamos a divertirnos cumpliendo las expectativas del tópico de una sola cama?

—¿Qué? —pregunta, mirándome agotado, como mira un padre a su hija rebelde.

Buena analogía, si me lo preguntan. Si Jaime es el padre responsable, sin duda yo soy la niña hiperactiva.

—Ya sabes, cuando se supone que hay dos camas individuales y, en cambio, solo hay una grande, y tú intentas montar una pared de almohadas entre nosotros, pero luego me despierto y me estás besuqueando. —Sonrío, y él me mira y respira profundamente.

—¿Qué demonios dices? —pregunta, confundido y algo enfadado, creo. Yo solo sonrío y continúo.

—O quizá tengo una pesadilla horrible, te despiertas creyendo que me están haciendo daño y luego me abrazas hasta que vuelvo a dormirme. —Frunce el ceño; ahora parece preocupado.

—¿Sueles tener pesadillas?

—No más a menudo que el ser humano promedio. —Sonrío y doy una palmada en su hombro—. No te preocupes, no vas a tener que abrazarme por mis pesadillas.

Sacude la cabeza, agotado y confundido.

—¿De dónde sacas semejantes ideas?

—Leo un montón —respondo.

—¿Qué lees? ¿Novelas de terror?

Pongo los ojos en blanco y resoplo.

—No, bobo. Novelas románticas. El recurso de la cama única es un clásico en las novelas románticas. —Se hace una pausa en la que creo que va a soltar algún comentario sarcástico acerca de las novelas románticas, y entonces tendré que hacerme la santurrona, lo cual sería una pena porque ha sido un día larguísimo. Sin embargo, solo me mira con más enfado.

—¿Acabas de llamarme bobo? —Suena el timbre del ascensor, las puertas se abren, salgo antes que él y me doy la vuelta para ver su cara de enfado.

Dios mío, cómo me divierte burlarme de él. Y es tan fácil de irritar.

—Claro que sí. ¿Cuál es nuestra habitación, bobo?

—Guau, ¡qué bonito! —digo, entrando en lo que parece un apartamento de dos habitaciones con una cocina muy pequeña.

—Es el único de la zona que tenía *suite* y permitía tener gatos. Para que lo sepas, después de lo sucedido, a partir de ahora vamos a tener una *suite* con dos dormitorios en cada parada, en lugar de dos habitaciones separadas —dice.

—Adiós a mis esperanzas y sueños de acurrucarme —digo con un suspiro, mientras él sujeta mi bolso de viaje y me fulmina con la mirada.

—¿Qué habitación quieres?

—Me da lo mismo —digo, porque es verdad. Solo vamos a estar aquí una noche antes de guardar todo, hacer nuestro evento y conducir hasta Carolina del Norte para el siguiente.

Jaime se aleja, deja mi bolso en una habitación y luego regresa.

—Voy a darme una ducha. ¿Estás bien aquí?

Asiento, saco mi libro y me acurruco en el sofá con Melocotón, como si toda esta noche caótica no hubiese sucedido.

—Sí, todo bien.

Él me observa un buen rato, hasta que empiezo a sentirme incómoda bajo su escrutinio.

—¿De verdad estás bien?

Suspiro, pongo cara de fastidio, dejo el libro a un lado, me levanto y voy hacia él.

—Sí, Jaime.

—Está bien que tengas miedo —dice con voz dulce y amable. Avanzo hasta quedar frente a él, con el pijama que me puse antes de volver en el coche; levanto la mirada y pongo una mano sobre su pecho.

—Probablemente lo tendría si hubiese otra persona conmigo. Pero tengo la suerte de tener a Jaime, así que sé que nunca vas a dejar que me pase nada.

Abre la boca para hablar, luego la cierra, la vuelve a abrir. Finalmente asiente, retrocede y mi mano cae.

—Voy a ducharme —dice, y se pone colorado.

No tengo que decirlo en voz alta; solo lo pienso y sonrío.

«Dios, realmente le gusto».

Leo durante cinco minutos y Melocotón aparece, se frota en mis tobillos y maúlla.

—Espera, Princesa Melocotón, dame un minuto. Estoy en una parte interesante —murmuro, alzándola mientras leo, y la dejo en mi regazo para acariciarla. Pero no parece querer caricias, porque me muerde la muñeca, evidentemente para decir algo así como «dame comida ahora mismo, bruja, o convertiré tu vida en un infierno». Suspiro, dejo mi libro y la alzo hasta quedar cara a cara.

—¿Sabes? Si no fueras tan bonita, tendríamos problemas mucho más serios —digo con voz empalagosamente dulce, tan dulce que hasta a mí me resulta molesta. Ella debe de pensar lo mismo, porque me mordisquea la nariz.

Suspiro, la dejo en el suelo y me pongo a trabajar: preparo sus cuencos con agua y comida y luego doy un profundo suspiro para intentar tranquilizarme.

Aunque jamás lo admitiría delante de Jaime, estoy un poco agobiada después de todo lo sucedido. Es demasiado real, demasiado cercano. Los mensajes y comentarios puedo olvidarlos porque son solo eso: palabras en el teléfono de algún desconocido que está quién sabe dónde.

¿Pero alguien que entró en mi habitación? Eso es real.

Por eso, en lugar de leer en mi cama como haría normalmente, he elegido hacerlo en el sofá, porque me siento más segura, o al menos más cerca de la seguridad que Jaime me ofrece.

Cuando vuelvo al salón principal después de dejar a Melocotón en la pequeña cocina —al parecer satisfecha mientras entierra el hocico

en el alimento para gatos más espantoso del planeta—, descubro que mi lugar de lectura está ocupado. Allí está Jaime, vestido con una camiseta blanca y pantalón de chándal gris, un auténtico sueño… sentado en mi sitio del sofá y leyendo mi libro.

Una pesadilla absoluta.

—Será mejor que no me pierdas la página —digo con una sonrisa, intentando sacar provecho de lo que podría estar leyendo.

Él da un respingo, como si lo hubiese pillado desprevenido; luego me mira y sacude la cabeza.

—¿Esto es lo que estás leyendo siempre en el coche? —pregunta levantando el libro.

—Bueno, no específicamente. A veces leo sobre vampiros, o hechiceras, o jugadores de *hockey*. Los *cowboys* son algo nuevo para mí. —Me inclino sobre su hombro para ver lo que está mirando y hago un esfuerzo por ocultar la vergüenza, porque está leyendo sobre un *cowboy* que ata a una madre soltera a su cama.

Extiendo la mano para recuperar el libro, pero él se mueve en el último segundo para mantenerlo fuera de mi alcance. Rodeo el sofá e intento atraparlo otra vez, pero es demasiado grande, y sujeta el libro en un ángulo imposible para mí. Cuando estoy a punto de lograrlo, él se pone de pie, y ahora me resulta imposible llegar al libro.

—Santo cielo, princesa, ¿te gustan este tipo de cosas?

No veo mi cara, pero siento cómo me arden las mejillas mientras intento recuperar el libro. Debería haber empezado a leer en un lector electrónico, pero siempre he preferido la permanencia de los libros, y me gusta poder marcar y escribir en la versión física.

—No sé —respondo, saltando para alcanzarlo otra vez, pero él es demasiado alto cuando estoy descalza. Ni siquiera mis tacones de trece centímetros me habrían ayudado.

—¿No sabes? ¿Cómo que no sabes?

—Nunca he hecho nada de eso, Jaime, solo lo leo. —Me yergo más, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Por qué?

Bien, ¿quiere jugar a ese juego? Pues yo también jugaré.

—Porque ¿has visto cómo son los hombres hoy en día? Desconfío de ellos incluso para llevarme a cenar, como para dejar que me asfixien mientras me echan un polvo.

Se queda ahí, con la boca abierta de estupor al oír mis palabras. Sonrío, encantada de haber equilibrado el marcador.

—¿Y tú? Apuesto a que sabes bien cómo asfixiar a una mujer y asegurarte de que le guste. —Sonrío de oreja a oreja y luego le guiño un ojo antes de volver a la pequeña cocina para llenar mi botella de agua. Ya estaba medio llena, pero solo necesito espacio para respirar cuando me mira así.

—¿Puedes dejar...? —dice por fin, de pie en la entrada de la cocina.

—¿Dejar qué? —pregunto por encima del hombro.

—Dejar de... —Tartamudea varias veces, buscando la forma correcta de decir lo que sea que intenta decir; yo me esfuerzo por reprimir el torrente de satisfacción al saber que lo pongo tan nervioso—. Coquetear conmigo.

—¿Por qué? —pregunto, pero se me ocurre otra posibilidad y me horrorizo ante el pensamiento—. ¿Te incomodo? —Me giro hacia él.

Coquetear con él porque lo pongo nervioso es una cosa, pero incomodarle mientras intenta hacer su trabajo es otra muy distinta.

Él responde rápido y conciso:

—No. —Sus mejillas se tiñen de rojo, como si esa sola palabra fuese más confesión de lo que habría querido—. Es poco profesional.

—¿Poco profesional?

—Mi trabajo es protegerte, Ava, no coquetear contigo.

Es gracioso que haya dicho «coquetear contigo» en lugar de «que tú coquetees conmigo», lo cual me intriga.

¿Esa es su manera de coquetear?

Si lo es, lo hace fatal.

Hay algo en esa idea que me hace sonreír: saber que Jaime Wilde hace algo muy mal.

Dejo que una sonrisa se extienda por mis labios.

—Entonces está confirmado.

—¿Qué está confirmado? —pregunta vacilante, como si no estuviese seguro de querer saber la respuesta.

—Que te gusto. Por eso mi coqueteo te pone nervioso. —Lo pillo justo cuando bebe un sorbo de agua y se atraganta. Tengo que contener la risa mientras Jaime tose varias veces; al final, me acerco y le doy una palmada en la espalda—. ¿Estás bien, grandullón?

Él se gira hacia mí, quedando a poco más de medio metro, y me fulmina con la mirada.

—Estoy bien, solo me has pillado desprevenido.

—Soy muy buena en eso —digo con una sonrisa.

Su mirada penetrante observa mis rasgos, mis ojos, mi cara, mis labios...; luego se detiene en mis labios, y sus ojos permanecen allí demasiado tiempo para ser alguien que no querría besarme.

—No me gustas —dice con voz ronca, haciéndome sentir cosas que no debería sentir.

—Sí, te gusto. No pasa nada. Un pequeño flechazo no le hace daño a nadie —digo con una sonrisa. Luego retrocedo, agarro mi botella de agua y me marcho.



Veinte

AVA

—¿Conoces la dirección del nuevo hotel? —pregunta Jaime cuando faltan unas dos horas para nuestra próxima parada en Tennessee. Una vez allí, tenemos pensado ir al hotel, prepararnos (según sus palabras: «Rápido, Ava, no empieces a dar vueltas») y luego ir a cenar con Miss Tennessee y algunos miembros de la prensa.

—No. —Suspira, y yo sonrío—. ¿No sabes que no tengo ni idea de lo que ocurre en esta gira? Yo soy el talento, no me preocupo por trivialidades como las direcciones. Apenas sé a qué estado estamos yendo.

—A Tennessee.

—Sí, ya lo sé, tiarrón. Pero no conozco el nombre del hotel, y mucho menos la dirección. —Otro suspiro, y luego señala su teléfono y la pantalla de la camioneta.

—Está en mi teléfono. ¿Puedes buscar la dirección y escribirla en el navegador? —Asiento con la cabeza, me estiro hasta la consola central, tomo su móvil y se lo pongo en la cara para desbloquearlo;

luego miro sus aplicaciones—. Está en mi correo electrónico, debe de ser uno de Greg, de Five Star.

—Entendido —digo, pero me quedo de piedra al ver una aplicación de colores vivos.

¡Una aplicación de redes sociales!

—¡Qué mentiroso! —digo con una sonrisa, dándole un empujón en el hombro.

—¡Por Dios, Ava, estoy conduciendo!

Melocotón, desde su sitio en el regazo de Jaime, levanta la cabeza y me mira con odio.

—¡Estás conduciendo, y eres un mentiroso!

—¿En qué miento ahora?

Levanto el móvil y le enseño la pantalla, aunque apenas aparta los ojos del parabrisas.

—¡Tienes redes sociales!

—Ava, no, yo... —empieza a decir, pero lo interrumpo.

—¿Cuál es tu usuario para poder seguirte? —pregunto, mientras toco el icono, porque soy una entrometida.

—Ava, yo no... —empieza a decir.

—Ah —digo, mirando el teléfono. Él deja de intentar detenerme y suspira—. Ah.

Digo «ah» porque, cuando abro la aplicación, hay un usuario, Jaime0914, sin seguidores y... una sola cuenta a la que sigue.

La mía.

El hombre es mi seguidor.

—Ava...

—¿Cuándo abriste esta cuenta? —quiero saber, pero él no responde. Cuando levanto la mirada, veo que aprieta la mandíbula y

sus mejillas se tiñen de rubor. Creo saber por qué cuando reviso las publicaciones que le han gustado; intento ver a qué cosas le ha puesto «me gusta» recientemente.

Mi contenido.

Al hombre solo le gusta mi contenido.

—Tienes redes sociales —digo, a modo de acusación.

Él suspira y luego asiente con la cabeza.

—Sí —admite a regañadientes.

—Por mí —prosigo.

Una vez más, suelta un profundo suspiro.

—No la tengo para cuidar de mi salud.

Dejo pasar un momento antes de volver a hablar.

—¿Vas a admitirlo, entonces? —pregunto mientras abro mi teléfono y busco su usuario para asegurarme de seguirlo.

—¿Admitir qué cosa?

Percibo exasperación en su voz mientras vuelvo a agarrar su móvil, busco en sus correos electrónicos, encuentro la ubicación del próximo hotel y la escribo en el navegador antes de devolvérselo y quedarme en mi asiento con lo que estoy segura de que es una sonrisa de satisfacción.

—Que estás enamorado de mí.

Pasa un buen rato en el que supongo que va a permanecer en silencio, así que vuelvo a mi libro y empiezo a leer. Pero al cabo de un rato, en voz baja, le oigo decir:

—¿Sabes, Melocotón? Tu mamá podrá ser muy mona, pero es un verdadero dolor de cabeza.

¿Sinceramente?

Para mí, eso es una victoria.

—Esos libros que lees... ¿son todos románticos? —pregunta como una hora después, cuando cierro mi libro para descansar un poco, estirar el cuello y poner a Melocotón en mi regazo para acariciarla.

—Sí.

—¿Cuál es tu tipo favorito?

—¿Qué?

—Hay muchos tipos de novelas, ¿no? Es decir, divertidas, tristes...

Apoyo una mano sobre mi pecho y ahogo un grito.

—¿Me estás preguntando cuáles son mis temas favoritos?

—No tengo ni idea. ¿Quizá?

—Bueno, ya que preguntas... —Me giro hacia él—. Me gustan las comedias románticas. Son un poco graciosas y bobas, y algo escandalosas, pero eso es lo divertido. Me encanta la mezcla de gruñón y alegre, la proximidad forzada, los polos opuestos que se atraen. —Hago una pausa y sonrío—. Encajamos en muchos de mis tópicos favoritos —digo mientras pienso—. El hombre muy muy grande con la chica muy muy pequeña.

Cierra los ojos y respira profundamente antes de mirarme.

—¿Quiero saber siquiera lo que eso significa?

—Bueno, ella es pequeña, bajita y delicada. Él es un hombre grande, alto y musculoso. Es sexi, pero siempre me pregunto cuál sería la logística. Solo míranos. Eres un gigante, jamás podríamos hacer la del perrito, ¿sabes? —Espero que se ruborice, que tartamudee, incluso que gruña, la reacción que suele tener cuando digo cosas como esa.

—Sería posible, te lo aseguro —responde, y me quedo perpleja y paralizada en mi asiento, pestañeando y mirándolo. No se me escapa la mueca de sus labios.

El silencio invade el espacio mientras intento procesar la bomba que acaba de soltar. Luego dice:

—¿Por qué solo novelas románticas?

—Porque me gustan, y los demás géneros no tanto. No creo en hacer cosas solo porque otras personas piensen que es lo que deberías hacer.

—Mmm —dice.

—Además, ¿a quién no le gusta la idea del amor? Enamorarse y desear. Es lo más bonito del mundo. Cuando lees romance, lo ves una y otra vez de diferentes maneras; ¿cómo no me va a encantar?

Se hace otra pausa, y creo que ahí ha terminado la conversación, pero vuelve a romper el silencio.

—Pero no... ¿no tienes a alguien? —pregunta, al parecer, confundido.

—No.

—¿Por qué no?

Me encojo de hombros.

—Todavía no he encontrado a nadie con quien quiera estar más de un par de semanas. La vida es demasiado corta para eso. Tengo amigas que salen con hombres que no son buenos para ellas solo porque están cómodas o porque ellos son simplemente pasables. No quiero a alguien que sea solo pasable, sino a alguien por quien me vuelva loca. —Vuelvo a encogerme de hombros; me siento incómoda, como si estuviera bajo un microscopio—. Cuando lo encuentre lo sabré y listo. Podría ser la semana que viene, quizá

dentro de cuarenta años. No voy a dejar mi vida en suspenso por esperar a un hombre.

Jaime me mira rápidamente antes de volver a fijarse en la carretera.

—Es muy sensato, viniendo de una reina de belleza egocéntrica, ¿sabes?

Esboza una leve sonrisa, y me quedo con la boca abierta antes de echarme a reír y golpearle en el brazo.

—No puedo creer que hayas hecho una broma. ¡Y bastante divertida!

—¡Ha sido muy divertida! —dice con un gruñido, así que extiendo la mano y le froto el brazo.

—Está bien, está bien, tiarrón. Tienes razón, ha sido muy divertida.

Permanecemos en silencio un rato; la voz del navegador es el único sonido audible. Reúno valor para romper el silencio.

—¿Y tú? ¿Tienes novia? —pregunto, con vergüenza de sacar siquiera el tema, algo muy raro en mí—. Parece que tu trabajo es bastante impredecible, y siempre estás trabajando. Debe de ser difícil tener citas o una relación. —Lo miro y veo que sacude la cabeza con los ojos estoicamente fijos en el camino.

—En este trabajo no puedo tener distracciones. —Parece un argumento que se ha repetido a sí mismo muchas veces; por un momento me pregunto si está convencido.

—¿Distracciones? ¿Como, por ejemplo, princesas pasajeras guapas a las que no puedes dejar de mirarles el culo? —pregunto con una sonrisa.

—Exactamente.

—Seguro que podríamos ser una distracción divertida. —Coquetear solo para verle sonrojarse es mi *modus operandi* normal, pero esta vez no se sonroja. Sin embargo, es sincero.

—Ava, eres una distracción de lo peor.

—No parece algo tan malo.

Por fin me mira solo un momento y me sonríe, sacudiendo la cabeza, antes de volver a centrar su atención en la carretera.

—Hace mucho tiempo que estoy en esto, Ava. He visto ir y venir a diferentes guardias, hombres y mujeres que creen que este trabajo es fácil, piensan que solo se trata de vigilar a personas que se creen superiores y de jugar a policías y ladrones. Las distracciones son las que hacen que la gente salga herida.

Tiene sentido, aunque el corazón me da un pequeño vuelco de decepción. Lo ignoro.

—¿Te gusta?

—¿El qué?

—Lo que haces, ser guardaespaldas.

Vacila un momento más de lo aceptable, lo cual indica que su respuesta no es totalmente afirmativa, pero tampoco totalmente negativa. Está... en conflicto.

—Es un trabajo divertido. Viajo por el mundo y me pagan por ello. Cuando me asignan a Atlas Oaks, cuando están de gira, estoy con un montón de tíos que se han convertido en mis amigos. Eso es fantástico.

—No es un mal trabajo, por lo que parece. —Me deja atónita cuando vuelve a sonreír, como si, quizá, yo le pareciera tierna—. Pero... —digo, estirando la palabra y esperando que él complete la frase.

Él suspira.

—Pero este trabajo no es para siempre. —Por un instante parece sorprendido de haberlo dicho en voz alta, como si no hubiera querido admitirlo. Luego continúa, supongo que porque ya ha dicho casi todo—: Mi jefe (mi antiguo jefe) vendió la empresa hace casi un año. Él ofrecía unos beneficios excelentes que yo podría cobrar dentro de tres años, que es cuando podría acceder a una jubilación anticipada. El jefe nuevo me dio esta misión y sugirió que, si las cosas no salen como él quiere, es decir, si no se garantiza un contrato con la organización, podría no estar por aquí para ver esos beneficios.

Abro la boca, estupefacta.

—¡Dios mío! ¿Te ha amenazado con matarte?

—¡Cielo santo, no! Solo que podría despedirme, supongo. —Supongo que eso no es tan extremo.

—Entonces esto es... ¿como una prueba?

—Supongo que podría decirse eso.

Me acobardo y lo miro, casi como pidiendo disculpas.

—¿Y yo te lo estoy poniendo más difícil?

—Bueno... no exactamente.

—Pero no te lo pongo más fácil —digo con cara de aflicción. Él no responde, así que le hago otra pregunta—. ¿Qué quieres hacer cuando te jubiles?

—Absolutamente nada —responde con una sonrisa, que también me hace sonreír.

—No creo que puedas estar sentado mucho tiempo.

—Quizá, pero estoy dispuesto a intentarlo.

Me hace reír y luego me quedo en silencio, pensando en Jaime sentado sin hacer nada. No duraría mucho. El hombre está siempre alerta, siempre ocupado. Se moriría de aburrimiento.

—¿Y tú? ¿Qué harás cuando todo esto termine?

Me encojo de hombros.

—No estoy segura.

Frunce el ceño al oír mi respuesta.

—¿No estás segura?

—No —digo, sonriendo.

Arruga aún más el ceño.

—¿Qué significa eso?

—Siempre... me dejo llevar. La vida es corta, ¿sabes? ¿Para qué perder el tiempo haciendo cosas que no te gustan?

—Mmm —dice él, pero parece que no me cree.

—Siempre he aprovechado cualquier oportunidad que se me presentara. Antes del concurso y de todo esto de ser *influencer*, fui camarera. Ahora mismo tengo el dinero del premio del concurso, que no estoy gastando en nada, y todos los días recibo propuestas de patrocinio en redes sociales. Así que ya veré. Con el tiempo surgirá algo y me daré cuenta de que es lo que quiero hacer para siempre. Hasta entonces, solo disfruto de la vida.

Pasa un rato; Jaime piensa en mis palabras antes de decidirse a hablar.

—¿Sabes? Para ser una princesa egocéntrica, eres muy lista.

—Y nunca lo olvides, tiarrón —digo con una sonrisa mientras retomo mi lectura.



Veintiuno

JAIME

—¿Qué estás leyendo? —pregunto sin querer cuando Ava lleva mucho rato en silencio. En cuanto alza la cabeza con entusiasmo, se quita los enormes auriculares rosas con cintas blancas atadas a la diadema y esboza una amplia sonrisa, me arrepiento inmediatamente de haber preguntado.

—¿Qué?

—¿Qué estás leyendo? No dejas de reírte.

Su sonrisa se ensancha aún más y se gira en el asiento para mirarme mientras mete los pies debajo del culo. Melocotón se mueve en mi regazo y estira una pata hacia Ava, y ella le corresponde rascándole detrás de la oreja.

—Un omegaverso.

Respiro hondo, sin apartar la vista de la carretera. Por el modo en que ha dicho esa palabra simple y absurda sé que está deseando oír qué voy a responder. Sin embargo, algo me dice que probablemente

no necesite conocer la respuesta y, mucho menos, que quiera conocerla.

—¿Quiero saber siquiera qué es un omegaverso?

—Por supuesto —responde, y se lanza a hablar de alfas, omegas y betas, designaciones y parejas. Después me ofrece una explicación detallada de lo que es un puto nudo usando una pajita y su envoltorio, y yo tenía razón: no quería saberlo.

—¿Lo entiendes? —pregunta. Sigo mirando la carretera, pero cuando llegamos a un semáforo en rojo me giro hacia ella y veo su sonrisa enorme y sus ojos igual de grandes.

«Dios, qué bonita es».

—Echo de menos a la persona que era antes de saberlo —digo. Ella echa la cabeza hacia atrás con una carcajada sonora y su larga coleta rubia roza su brazo al hacerlo. El semáforo se pone en verde y arranco antes de confesar—: ¿Sabes? Pensé que el tiempo que pasaría contigo...

—Sería bajo presión, por supuesto. —Pone cara de fastidio, y sonrío porque no puedo evitarlo.

—Por supuesto. Pero pensé que, después de pasar tiempo contigo, dejarías de hacerlo.

—¿El qué?

—Comportarte como la chica del concurso. La versión de chica feliz, simpática con todo el mundo, tocanarices. Pensé que serías una bruja, o una estirada, o algo así. —Cuando no responde, giro la cabeza rápidamente mientras conduzco y la pillo mirándome, con una sonrisa enorme en los labios.

—¿Pero...? —dice, saltando casi de alegría.

—Por Dios, eres un dolor de cabeza.

—Eh, eh, no, termina de hablar. ¿Qué pensabas?

—Pensaba que era una actuación, que no eras realmente así. Pero nunca en mi vida he conocido a nadie que no se ponga por encima de los demás con alguien. Eres la misma persona en la camioneta conmigo que en el escenario, la misma que habló con la niña en el paseo marítimo y a la que entrevistaron en la cima de la montaña. Siempre la misma persona. —Hago una pausa, tratando de pensar cómo explicarlo—. Es impresionante. No hay muchas personas así.

—Sabes, Jaime, creo que eso «casi» ha sido un cumplido —dice con una sonrisa, y tengo que hacer un esfuerzo para no sonreír yo también. Después de un breve silencio, lo rompe en voz baja y casi nerviosa—: Pero lo soy. A veces.

—¿El qué?

—Falsa. No creo que nadie pueda ser totalmente real todo el tiempo. Pero es algo normal, creo. —Por el rabillo del ojo la veo encogerse de hombros; su sonrisa de felicidad se apaga un poco y algo en mí querría ir a por cada persona que alguna vez la haya hecho sentir que tiene que actuar todo el tiempo, como si su forma de ser en cualquier momento no fuera absolutamente perfecta—. Creo que todo el mundo se pone una máscara para el resto del mundo. Nadie es exactamente igual a puerta cerrada que frente al público, sobre todo cuando hay cámaras y futuros profesionales de por medio. Todo el mundo es un poco falso a veces.

—Yo no —digo.

«Mentiroso», me digo a mí mismo. «Qué maldito mentiroso».

Porque soy un poco falso cuando finjo que Ava no me afecta, que no cambia algo en mí. Soy falso cuando la veo coquetear con otro y

tengo que actuar como si no me molestara, o cuando coquetea conmigo y tengo que fingir que me da igual.

—No, es verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Para empezar, estás mucho más alerta cuando hay público —dice, y es un punto a su favor—. Y desde luego no dejas que una gatita se siente en tu regazo ni le rascas las orejas, ni compras a las reinas de belleza una docena de distintos tipos de helado porque te sientes mal.

—Supongo... supongo que eso es justo.

—Es mucho más agotador de lo que pensaba estar actuando todo el tiempo. A veces desearía poder ser normal también ahí fuera. Soltar tacos, o despatarrarme en un sillón, o simplemente estar de mal humor.

—¿Por qué no puedes?

—Bueno, para empezar, internet es para siempre —dice riendo—. Y no quiero que una foto mía sentada con una postura horrible y mala cara mientras alguien me habla me persiga el resto de mi vida.

—Supongo que sí —digo, conteniendo el impulso de decirle que está guapa haga lo que haga.

«Maldito seas, Wilde, compórtate. Es una clienta».

—Y la gente viene a verme porque gané el concurso. Vienen desde lejos y sacan tiempo de sus vidas ocupadas, reorganizan horarios, buscan canguro o piden días libres en el trabajo, todo porque, de algún modo, yo les inspiré o los hice sentirse bien por algo, o que se interesaran por los concursos. —Suspira desde lo más hondo, y el corazón me da un vuelco.

—A ellos también les encantaría tu versión real, Ava —digo, aunque debería mantener la boca cerrada—. Si la mostraras más.

¿Qué estoy diciendo? Hay un motivo por el que ella esconde su versión real: si la sacara a la luz, Regina se volvería loca y encontraría un motivo para rescindir su contrato. Mi trabajo es contenerla, no animarla a saltarse las normas más de lo que ya lo hace.

—Sí, tal vez —dice.

—Tal vez no, Ava. Seguro. —Entonces aparto una mano del volante, tomo la suya y la aprieto una vez.

—Gracias, Jaime —murmura, y sé que esas dos palabras significan algo más que un simple «gracias por la charla».

No respondo.

Tampoco suelto su mano, y entrelazo mis dedos con los suyos.



Veintidós

AVA

—¡Estamos muy ilusionados de teneros aquí, en Florida! —dice el instructor de la empresa de esnórquel que promocionamos en esta parada. Estamos todos a bordo de un enorme barco de alquiler perteneciente a una empresa local de esnórquel. Con nosotros van algunos miembros de la prensa, Miss Florida, Anne (lamentablemente), Jaime y yo.

—Hoy vamos a hacer esnórquel, una de las principales atracciones turísticas de la costa de Florida. Vamos a contemplar peces y corales preciosos. Hay algunos tiburones por ahí, pero son de una especie dócil, no deberían darnos problemas.

El cuerpo de Jaime se tensa un instante y, por una décima de segundo, dejo de mirar al instructor y me giro hacia él, preocupada.

Su rostro está impasible y atento al instructor, no se mueve en absoluto, aunque es evidente que lo estoy mirando fijamente. El instructor empieza a indicar qué hacer si avistamos un tiburón y cómo ponernos a salvo, pero yo estoy demasiado ocupada

observando a Jaime como para prestar atención. Aprieta la mandíbula y tiene la cara pálida.

Me inclino hacia él y murmuro:

—¿Estás bien? Parece que hayas visto un fantasma. O una amenaza. —Un escalofrío me recorre ante la idea de que haya una amenaza cerca y que Jaime se haya alterado por eso.

—No me gustan los tiburones —susurra, y tengo que esforzarme para no soltar una carcajada.

—¿A ti? ¿No te gustan los tiburones? —murmuro.

—Son una amenaza sobre la que no sé nada y que no puedo controlar de otra manera que no sea metiéndome en el agua. ¿Qué tienen de especial?

Algo que he aprendido sobre Jaime es su amor innegable por todo lo que sea predecible. Creo que por eso lo vuelvo tan loco, por eso lo irrito tanto la mayor parte del tiempo, teniendo en cuenta que soy todo lo contrario a predecible. Me encanta la espontaneidad y el caos, dejarme guiar por mis impulsos.

También me encanta fastidiar a Jaime.

—Son bonitos —respondo con una sonrisa, sabiendo que se va a enfadar. Una sensación de triunfo me invade cuando me mira divertido.

—Las cosas bonitas pueden ser peligrosas —dice con intención, y yo sonrío.

—¿Cómo yo? ¿Me consideras peligrosa, Jaime?

Antes de que pueda responder, el instructor aplaude con fuerza, con una sonrisa amplia y jovial en los labios.

—Muy bien, ¿quién quiere probarse primero el chaleco salvavidas?

Levanto la mano de inmediato.

—¡Yo!

Jaime aprieta todavía más la mandíbula y yo le guiño un ojo antes de dirigirme hacia el instructor y quitarme el pareo, dejando ver un traje de baño de una pieza, sin espalda y superescotado.

—¿Me sujetas esto, tiarrón? —pregunto mientras le doy la tela vaporosa y luego, en voz baja, murmuro—: Deberías dejar de apretar la mandíbula. Es muy malo para los dientes.

Cuando me acerco al instructor, veo que es un tipo bastante apuesto, pero comparado con Jaime es muy bajo. En circunstancias normales quizá sería mi tipo: seductor, buena sonrisa y el pelo largo aclarado por el sol, pero de pronto su aspecto de chico surfista no encaja conmigo.

Esboza una sonrisa amplia antes de rebuscar en un cubo el chaleco salvavidas de la talla adecuada, y yo bromeo diciendo que cómo puede ser que no tengan algo más bonito. Es evidente que usa su sonrisa y su aspecto juvenil para atraer a los turistas, pero a mí no me convence, y menos aún cuando sus dedos se deslizan por mi brazo al colocarme el chaleco o cuando lo abrocha, intentando buscar mi mirada.

Durante todo ese tiempo no puedo evitar mirar por encima de su hombro a Jaime, que sigue apretando la mandíbula y tiene los brazos cruzados sobre el pecho. Lleva unas bermudas de baño y una camiseta negra ajustada; su piel ya está bronceada, lo que me recuerda que no le he visto ponerse protector solar.

—Muy bien, ¿quién sigue? —pregunta el instructor, sonriéndole a Anne; evidentemente se ha dado cuenta de que sus encantos no funcionan conmigo.

Anne levanta la mano y yo me aparto, caminando por el barco, que se mece suavemente, hacia Jaime. Meto las chanclas en mi bolso y busco el protector solar para intentar conseguir que se ponga un poco, pero siento un tirón fuerte en una de las tiras sueltas de mi chaleco que me obliga a incorporarme.

—¿Qué...?

—Te lo han ajustado como el culo. Voy a apretarlas —murmura Jaime por lo bajo, y contengo la respiración cuando se pone de cuclillas delante de mí, justo a la altura de mi pecho. Sus ojos se clavan en las hebillas del chaleco salvavidas; las abre y luego tensa las tiras sueltas y las manipula para que queden más seguras. Mis manos se apoyan sobre sus hombros porque casi pierdo el equilibrio cuando uno de sus dedos roza el lateral de mi pecho.

—Perdón.

No respondo porque el aire se atasca inexplicablemente en mi garganta ante ese contacto tan simple y leve. Siempre bromeo con que a Jaime le gusto, principalmente porque me encanta ponerlo nervioso y por su propia definición de «profesionalidad», pero es un hombre atractivo. Mentiría si dijera que no me gusta, y que no se me han cruzado por la cabeza pensamientos poco apropiados más de una vez.

—¿Esto también significa que no te gusto? —murmuro, solo para que me escuche él.

Sacude la cabeza, pero no me mira; mantiene los ojos fijos en las tiras del chaleco, desatándolas y asegurándose de que queden bien sujetas.

—Mi trabajo es mantenerte a salvo, eso es lo que estoy haciendo —gruñe—. Ese imbécil estaba demasiado ocupado mirándote las

tetas como para asegurarse de abrochar bien el chaleco.

—Ajá... ajá —digo, no muy convencida—. Porque no te gusto, ¿correcto?

—Correcto —gruñe. Luego se endereza de golpe, se acerca al cubo de los chalecos salvavidas y agarra uno de su talla.

—¿Qué haces? —pregunto cuando vuelve con el chaleco en la mano.

Lo tira en el asiento junto a mi bolso, lleva la mano a la espalda, agarra la camiseta y se la quita por encima de la cabeza. Se me seca la boca al ver las líneas y la definición de músculos por todas partes. Dios mío, con razón tiene que levantarse tan temprano para entrenar...; debe de llevarle una eternidad mantener todo eso. Sabía que tenía la espalda ancha, pero ahora veo que es debido a los hombros musculosos y la espalda fuerte. El torso está cubierto por la cantidad perfecta de vello.

—Si vas a hacer esnórquel, entonces yo también.

—Jaime, no tienes por qué...

—Mi único trabajo aquí es cuidarte y mantenerte a salvo, Ava —dice, interrumpiéndome—. Es lo que debo hacer.

—Pero los tiburones te dan miedo.

Alza la mirada al cielo, un gesto muy habitual cuando está conmigo, como si yo lo empujara constantemente al límite y necesitara la intervención de un poder superior.

—No me dan miedo, Ava. Simplemente no me gusta lo imprevisible.

—Entonces debes de odiarme —digo con una pequeña sonrisa.

Fija la vista en mí; ni siquiera mueve los labios mientras me analiza la cara detrás de sus gafas de sol.

—Estoy muy lejos de odiarte, princesa, para bien o para mal. Creo que eso ha quedado bastante claro.

Me descoloca, me confunde y me sorprende con su seguridad y con lo contrario que resulta ser respecto a lo que pensaba de Jaime.

Sí, me divierte picarle diciendo que le gusto; y, sí, nunca llegué a creer que realmente me odiara, pero tampoco pensé que este fuera su trabajo ideal, eso de acompañar a una reina de belleza por todo el país que se mete constantemente en líos.

Sigo mirándolo mientras el instructor dice algo que no oigo, perdida en Jaime y en lo que acaba de decir, hasta que su grueso brazo se alza y su mirada se dirige al instructor, que está a mi espalda.

—Iremos nosotros primero —dice, mientras se pone el chaleco salvavidas con rapidez y eficacia, apoya una mano en mi espalda y me gira, guiándome hasta la parte trasera del barco.

Cuando me quiero dar cuenta, Jaime está de pie al borde de la popa y el instructor nos entrega a cada uno las gafas de buceo, el tubo de esnórquel y recita una lista de instrucciones. Apenas escucho lo que dice; mi mente va a toda velocidad, pero Jaime atiende con total concentración.

—Muy bien, vosotros dos —dice por fin—. Podéis entrar despacio o saltar. —Su sonrisa es genuina mientras nos mira, y de pronto recuerdo dónde estoy, el hecho de que hay cámaras y que estamos a punto de tachar uno de los puntos de mi lista de deseos.

—¡Saltar! —grito, y todo el mundo en el barco se ríe, como si fuera evidente que yo iba a querer la opción más divertida.

Jaime resopla, pero asiente.

—Cuando estéis listos —le dice al fin el instructor, inclinando la barbilla hacia él.

—Tú primero —dice él en voz baja, pero yo niego con la cabeza y la trenza me roza los hombros.

—Juntos.

Me mira un poco enfadado, pero luego pone los ojos en blanco.

—Está bien. —Después mira al frente, como si esperara que empiece a contar.

Me inclino ligeramente hacia él.

—Tienes que tomarme de la mano —susurro.

—¿Qué?

—Antes de saltar. Tienes que tomarme de la mano.

Mira al agua y luego vuelve a mirarme a mí.

—¿Por qué?

—No sé, es lo que hace todo el mundo cuando salta desde un barco.

Me fulmina con la mirada y yo estallo en una carcajada.

—Venga, no se va a echar a perder tu reputación por darme la mano, tiarrón —digo.

—Creo que ya he destrozado mi profesionalidad para siempre —refunfuña por lo bajo. Lanzo una carcajada y sus labios forman una sonrisa que no puede evitar.

—Entonces, toma mi mano y salta.

Y eso hace.



Veintitrés

AVA

—¿Qué es eso? —pregunta Jaime cuatro días después, cuando salgo de mi dormitorio para ir a la excursión del día.

—Un bolso —respondo con una sonrisa mientras levanto el pequeño bolso de encaje color crema.

—Sabes a qué me refiero —dice él, y yo, por supuesto, lo sé.

He decidido ponerme un top rosa tipo corsé con lazos en los hombros y una falda corta color crema, ajustada hasta la mitad del muslo antes de abrirse en unos volantes cortos . Aunque el top tiene varillas que me sujetan y ofrecen un apoyo muy necesario, mis pechos se desbordan; y aunque llevo unos pantalones cortos color crema para cubrir mi trasero, la falda es, sin duda, corta.

Jaime parece irritado.

—Ah, ¿este pequeño trapo? —pregunto con una sonrisa amplia, dando un giro para que los volantes de la falda se muevan un poco.

—Especialmente lo de «pequeño» —dice frunciendo el ceño. Casi puedo ver el mecanismo de su cerebro tratando de procesarlo.

—Cállate, me cubre más que la mitad de los atuendos que usé en el concurso. El traje de baño que nos hicieron poner apenas tapaba nada —digo refiriéndome al traje de baño obligatorio que usé para el concurso de Miss Americana.

—Sí, te puedo asegurar que lo sé.

—¿Viste el concurso? —pregunto, de pronto interesada.

—Parte de mi trabajo consiste en saber a quién estoy protegiendo. Tus fotos están por todo internet. Es difícil no ver las fotos en traje de baño.

—Parece que no te hace muy feliz.

—Para nada.

—Ya sé, eres de esos tipos que creen que una mujer debería llevar solo bañadores de una pieza y con falda en la playa.

—No, pero me haría la vida más fácil que te cubrieras un poco más el culo.

Me acerco a él y sonrío.

—¿Así que estabas mirándome el trasero?

Una chispa cruza sus ojos, pero desaparece enseguida.

—Creo que, a estas alturas, todo el país ha visto tu culo.

—Quizá es algo bueno que yo no te guste, entonces —digo entornando los ojos.

—Sin ninguna duda —responde.

—¿Por qué? ¿Si fuera tuya te pondrías como un cavernícola y me obligarías a llevar un hábito de monja permanentemente? —Algo en él parece ceder mientras aprieta la mandíbula. Se acerca un paso y sacude la cabeza. Mi corazón late con fuerza.

—No, princesa.

—¿No me dejarías salir nunca de casa? —susurro. Estamos a menos de un metro.

—No, cielo. Si fueras mía, te llevaría a todas partes. A cualquier lugar. Te mostraría siempre que pudiera. A una mujer como tú no se le dice qué hacer ni qué ponerse. La dejas ser, y luego te preparas para mirar su trasero cuando se mueve; estás alerta mientras ella vive su vida y te aseguras de que nadie le haga daño. Lo haces para que ella nunca tenga que darse cuenta de que ahí fuera hay un mundo que no siempre es color de rosa.

Sus palabras me roban el aire y la sangre deja de circular por mis venas durante un instante.

—Se parece mucho a lo que hacemos ahora, ¿no? —pregunto; mi voz suena ronca, seductora, casi como Marilyn Monroe—. Me visto como quiero, hago lo que quiero, tú me miras el trasero para que no me pase nada malo...

Él niega con la cabeza, con un matiz de tristeza.

—Pero no eres mía, Ava.

—Podría serlo —digo, dando un paso más y sonriéndole. Es tan alto, maldita sea, y ni siquiera me he puesto los zapatos; eso me hace más pequeña aún a su lado.

—Soy tu guardaespaldas —dice, como si no quisiera decirlo pero se viera obligado.

—Pero, si no lo fueras —aclaro—. Si no fuera una clienta, si no fuera alguien a quien te pagan por proteger, ¿me desearías? —Al dar otro paso casi toco su pecho. Me siento desprotegida, así vestida con este atuendo mínimo, y él vestido con camiseta y pantalones negros.

—Ava...

—Es una suposición, Jaime. —Pongo la mano sobre su pecho y siento el latido fuerte bajo mi palma.

Debe de ver algo en mi rostro, o quizá está tan cansado de jugar como yo, porque por fin dice algo que suena a confesión.

—Sí, princesa, si no fueras una clienta, te besaría.

Es lo único que necesitaba oír.

No voy a lanzarme sobre un hombre que no me quiere, o que nunca me querría, pero esto... con esto puedo actuar.

Lentamente —dándole tiempo para decir que no, para apartarse; algo que respetaría aunque me pase la vida sacándolo de sus casillas—, mi mano libre sube al lado de su cuello. Me pongo de puntillas para tratar de alcanzarlo, guiándolo con una ligera presión para que incline la cabeza, cosa que hace antes de poner un brazo alrededor de mi cintura, pegando mi cuerpo al suyo de una manera deliciosa.

Entonces mis labios se posan sobre los suyos, una ligera presión de labios sobre labios que acelera mi corazón y me pone muy nerviosa.

Dura mucho menos de lo que hubiese querido; bajo hasta pisar normalmente con una sonrisa dulce y fácil en mis labios. Abro los ojos lentamente y lo miro; su cabeza se inclina para mirarme con ojos atentos y escudriñadores.

—Me has besado —dice simplemente, y siento que cada sílaba se desliza por mi pecho, por mis pezones, de la mejor manera posible.

—Así es —respondo con una sonrisa.

—Me has besado —repite, como si el concepto le pareciera absolutamente desconcertante.

—Claro que sí —repito, sonriendo.

—No es así como funciona, Ava.

Alzo una ceja y sonrío.

—Creo que es exactamente así como funciona —digo, riéndome.

—No, no conmigo.

Inclino la cabeza y pongo los ojos en blanco.

—¿Entonces cómo funciona, Jaime? —pregunto con tono desafiante, a la espera de su estúpida explicación, que probablemente será que no debí haber hecho eso por su trabajo o por los límites borrosos o quién mierda sabe qué.

En cambio, como me tiene acostumbrada últimamente, me sorprende no haciendo nada de eso.

—Así.



Veinticuatro

JAIME

Doblo un poco las rodillas y, con mi mano libre, agarro el culo de Ava antes de incorporarme, levantándola del suelo y moviéndome hacia la pared que está detrás de ella. De inmediato sus piernas se enroscan en mi cintura por instinto, como si hasta su propio cuerpo supiera que así es como debe ser.

Pensé que me lo había imaginado.

Pensé que solo era guapísima y que pasábamos demasiado tiempo juntos, porque no hay manera de que esta atracción devastadora que siento por Ava sea algo más que conveniencia o producto de mi imaginación.

Entonces ella me besó, y esa teoría se fue a la mierda.

Ahora, necesito más.

Estoy muy jodido.

Pero me preocuparé por eso en otro momento. En cualquier otro momento.

Ahora mismo, la aprieto contra la pared, su rostro frente al mío ahora que estamos a la misma altura, y sus labios rozan los míos mientras murmuro:

—Así es como funciona, Ava. Te beso. Te beso una y otra vez, y lo hago de una manera que no puedas olvidar cómo es que te bese un hombre total y absolutamente obsesionado contigo.

Es una especie de confesión; la respuesta a todas sus insinuaciones sobre si me gusta y sus constantes bromas que ahora veo que son simplemente su personalidad. Cada vez que hace preguntas y me fastidia con que si me gusta, debo esforzarme por no responder: «Sí, Ava, me gustas. Más que eso: estoy obsesionado contigo, y aparentemente no puedo hacer nada más que pensar en ti».

Ava Bordeaux es mi primer pensamiento cuando me despierto y el último antes de dormirme, y no tiene nada que ver con mi necesidad de protegerla. Para nada.

Con mi mano en su mandíbula le levanto el rostro para colocarlo mejor y agacho la cabeza, dejando que mis labios rocen suavemente los suyos. Ella suspira en el beso, un sonido que repercute directamente en mi polla; aprovecho para abrir sus labios, deslizar mi lengua en su boca y probarla.

Chicle. Sabe a un puto chicle. Mi princesa rosa, la que me hace empotrarla contra una puta pared, sabe a chicle, y por un instante me pregunto a qué sabrá el resto de su cuerpo.

Cuando su lengua toca la mía y danza con ella, peleando por dominar, es como nuestras interacciones habituales, pero en un beso: dulce como el azúcar, con un destello de fuego.

Me excita, me hace querer, no, necesitar, más, así que me acerco todavía más, sujetándola entre la pared y mi pecho, apretando mi pene contra su centro desde este ángulo.

—Ay, Dios —susurra ella en medio del beso. Lo que daría por escuchar ese gemido con ella desnuda debajo de mí mientras le hago el amor.

—Eres perfecta, maldita sea —gruño contra sus labios; con mis dientes mordisqueo y luego chupo la piel ya sensible. Recorro su cuello con mis labios, chupando y saboreándola suavemente. Es una adicción: el postre más dulce, la bebida más potente, y ya estoy ebrio de ella.

»Semanas enteras provocándome con tus vestiditos. —Mordisqueo su cuello y ella vuelve a gemir, sacudiéndose contra mí, inclinando la cabeza a un lado para darme más espacio.

»Provocándome y diciéndome que te gusto, cuando lo único que quiero es hacer mi puto trabajo y tratar de olvidar lo mucho que te deseo. Pero sabes bien lo mucho que te deseo, Ava, ¿verdad? Lo supiste desde el primer día. No sirvo para ocultarlo. —Mi lengua recorre su cuello, y luego muerdo el lóbulo de su oreja. Ahora sus caderas se mueven, un suave balanceo contra mi polla erecta.

—Yo también te deseo —susurra ella, como un ruego.

—Lo sé, princesa. Claro que lo sé. No sé cuánto más podré resistirme. —Chupo su cuello, asegurándome de no quedarme mucho tiempo en el mismo sitio, porque, a pesar de estar nublado por la excitación, sé que no debo dejarle una marca a una reina de belleza.

Mi mano recorre su contorno y luego sube hasta que le sujeto un pecho, y con el pulgar rozo el pezón erecto antes de apretarlo.

—Ay, Dios —gime ella en mi oído, y vuelvo a presionar mi polla dura contra ella, esperando que siga moviéndose, intentando obtener algún tipo de fricción—. Más, por favor.

Mi boca vuelve a la suya, saboreándola, y luego pellizco su pezón, frotándolo y ahogándome en el grito que ella suelta cuando lo hago. Sus pechos son perfectos, llenan mi mano, con pezones duros y rosados que daría cualquier cosa por chupar ahora que su cuerpo responde así a mis caricias. Empiezo a imaginar diferentes maneras de llevarla a la cama, qué hacer después, cómo...

Entonces suena mi teléfono con un mensaje de texto. Probablemente sea el coordinador, preguntando si ya hemos bajado o si ha surgido algún problema, y salgo del trance.

No deberíamos estar haciendo esto.

Tenemos sitios a los que ir, gente que cuenta con nosotros. Ambos tenemos un trabajo que hacer.

Sin embargo, en lugar de apartarme, alargo el beso; soy incapaz de darlo por terminado.

No importa si esto fue o no una buena idea, no me arrepiento de haber besado a Ava.

Ni un poco.

Mi mano agarra su trasero una última vez, aprieto esas nalgas perfectas que he estado mirando demasiadas veces para ser alguien que solo la protege, y luego la suelto, dejándola deslizarse por mi cuerpo mientras reprimo un gemido.

Cuando la miro, sus labios están hinchados, casi no le queda lápiz de labios y estoy a punto de cambiar de opinión. Estoy a punto de enviar un mensaje al coordinador para decirle que Ava tiene una intoxicación alimentaria y que no podremos asistir hoy, y pasarme el

día entero en la cama con ella. Pero, si algo sé, es que Ava es muy trabajadora y no le gusta decepcionar a nadie.

Aunque lo disfrutaría, lamentaría no haber hecho lo que vino a hacer. Así que presiono mis labios contra los suyos una vez más y murmuro:

—Así es como funciona, Ava.

Luego retrocedo y la sujeto por la cintura hasta que recupera el equilibrio, aguantando las ganas de sonreír cuando la veo tambalearse un poco. Cuando ya está de pie, vuelvo a apartarme y reprimo otro gemido al ver que el pezón rosado de su pecho asoma por encima del top. Extiendo la mano y, con suavidad, agarro la tela color crema del top y tiro de ella hasta que vuelve a estar tapada.

Ella suelta un gemido cuando lo hago, como si el simple roce de mis dedos en su piel fuera glorioso por sí mismo, y me doy cuenta de que debo salir de esta habitación antes de que todo se nos vaya de las manos.

Doy un paso atrás y la observo una última vez: su rostro sonrojado, los labios hinchados, los ojos muy abiertos, y guardo la imagen en mi memoria antes de extender la mano y pasar el pulgar por su labio inferior.

—Ve a pintarte los labios, princesa. Te espero en el pasillo.



Veinticinco

AVA

A duras penas pude concentrarme en algo durante el resto de la tarde, después de que Jaime me apretara contra la pared y me besara como si fuera suya. Tardé cinco minutos enteros en descender flotando del planeta al que ese beso me transportó, repintarme los labios y salir al pasillo. Cuando lo hice, él apoyó la mano suavemente en la parte baja de mi espalda, me guio hasta el ascensor y actuó como si nada hubiera ocurrido.

El evento de la tarde es sencillo: pasear por la bonita calle principal de Augusta, el pueblo natal de Miss Georgia, y luego asistir a una cena de recaudación de fondos con un encuentro con fans, en el que hacen más donaciones por el simple hecho de saludarme a mí y a Miss Georgia, una mujer amable llamada Vanessa, y, lamentablemente, a Anne.

Cuando entramos en el salón, todo está superbonito. Hay dos mesas altas con retratos y rotuladores, y un gran telón de fondo color crema con pequeños lazos rosas alrededor. Dos hombres

vestidos de negro, la seguridad adicional del hotel donde se celebra la cena, conversan entre sí.

—Voy a estar en esa esquina —dice Jaime cuando entramos y nos acercamos a la mesa alta donde estaré yo, señalando una esquina del salón—. No te pongas nerviosa porque no esté a tu lado; no quiero salir en tus fotos.

Me esfuerzo por no sonreír y niego con la cabeza.

—Está bien, tiarrón. Creo que esta es una excepción razonable.

—¿Para qué vino él? —pregunta Anne acercándose a nosotras, cargada de drama y mal carácter. Miro a Vanessa como diciendo «ya empezamos» y ella sonríe con los ojos muy abiertos—. ¿En qué clase de problemas podrías meterte en un encuentro como este?

Con un suspiro me giro hacia Anne, tratando de que mi voz sea lo más tranquila y amistosa posible.

—A pesar de lo que pareces creer, Jaime no está aquí solo para vigilarme e informar de cada uno de mis movimientos a Regina, sino porque hay ciertos pervertidos demasiado interesados en mí.

Anne resopla, frunce el ceño y coloca las manos en jarras.

—¿Sabes? Todas recibimos mensajes de pervertidos, Ava. No sé qué te hace tan especial como para necesitar un guardaespaldas.

Levanto las manos, tratando de calmarla.

—Mira, habla con Regina. Jamás dije que necesitara un guardaespaldas; tú estabas en la reunión en la que dije que no lo necesitaba. Solo me impusieron a este tipo —digo, señalando a Jaime aunque he sido muy feliz teniéndolo a mi lado estas tres últimas semanas.

—Solo vas a estar estrechando manos y haciéndote fotos. Hay seguridad en el hotel. Yo voy a estar en el salón principal, donde no

hay seguridad. —Alza la barbilla y se planta con las manos en la cintura. La postura y la cara le dan un aire de niña caprichosa, como si fuera a dar un pisotón o tirarse al suelo hasta conseguir lo que quiere—. Quiero que venga conmigo.

El cuerpo de Jaime se tensa junto al mío, y me invade una ola de celos y pánico, pero mantengo mi sonrisa presumida.

—¿Que vaya contigo? ¿Para qué, Anne? ¿Para protegerte de los millones de personas que votaron para que ganaras? —Vanessa suelta un pequeño resoplido, pero yo continúo—. Si te sientes tan amenazada por ellos que quieres que Jaime te acompañe, tendrás que hablar con Regina. O con él, pero buena suerte con eso.

—¿Buena suerte? ¿Qué significa eso? —pregunta.

—Significa que a él todo esto... —Agito mi mano alrededor del salón—. No le gusta.

—Bueno, quizá eres tú la que no le gusta —responde ella de una manera que me hace querer arrancarle el pelo.

Mi mente vuelve directamente al beso de esa mañana: la forma en que me abrazó, cómo me miró, el gruñido que soltó cuando me apreté contra él...

Por supuesto que le gusto.

Pero no voy a permitir que Anne lo sepa, claro está.

—Tienes toda la razón —digo abriendo mucho los ojos—. Debe de ser eso. Quizá puedas arreglarlo tú, ¿sabes? —Jaime resopla y luego tose para ocultar la carcajada mientras Anne pone los ojos en blanco y se aleja.

Cuando se va, Vanessa se apoya en mí.

—Por Dios, ¡qué insufrible! —dice—. ¿Cómo lo haces?

—¿Hacer qué?

—¿En cuántas paradas estuvo contigo Anne? ¿Y cómo no has perdido la paciencia todavía?

—Ah, eso. Demasiadas, si te soy sincera. Pero lo bueno es que me odia tanto que la mayor parte del tiempo se mantiene lejos de mí.

Vanessa suelta una carcajada y esboza una sonrisa sincera.

—¡Dios, qué envidia! Me he pasado mucho tiempo jugando a ser amable con ella, ya que estamos en la misma industria; tanto que creo que piensa que somos amigas.

—Sí, bueno, lamentablemente o, quizá, afortunadamente para mí, no creo que alcancemos nunca ese último nivel de aceptación.

—Desde luego que afortunadamente —dice Vanessa, bajando la voz—. Allí vienen la bruja malvada y su mono.

—¿Qué...? —digo, pero Regina avanza decidida hacia mí, con Anne pegada a su sombra con una sonrisa engreída, y lo entiendo.

—Señor Wilde, hoy necesito que acompañe a Anne para las firmas —dice Regina sin saludar a nadie.

—¿Qué? —pregunta él—. No, estoy asignado a Ava.

Regina se estira aún más, alzando la barbilla; algo me dice que no está acostumbrada a que la contradigan.

—Bueno, en realidad, está asignado al concurso de Miss Americana. Hasta ahora le pedimos que siguiera a Ava.

Jaime aprieta la mandíbula.

—Hemos tenido amenazas activas contra la seguridad de Ava. ¿Miss Utah ha recibido alguna amenaza?

El hecho de que a mí me llame «Ava» y se refiera a Anne por su nombre de concurso me provoca un cosquilleo en el estómago, pero no hay tiempo para recrearse porque Anne interviene de inmediato.

—Recibo mensajes raros, lo mismo que Ava. Todas los recibimos, ¿verdad, Vanessa? —Se vuelve hacia Vanessa, que levanta las manos como diciendo «a mí no me metáis», y luego Anne cruza los brazos—. Ella no es nadie especial.

Sus palabras me recuerdan a lo que Jaime dijo esa primera noche en la que lo conocí, cuando creyó que yo era una cumpleañera ebria tratando de colarme en el sector vip.

La incomodidad me dura poco, porque Jaime habla:

—Ava es increíblemente especial. —Todo mi cuerpo se tensa y veo que sus mejillas se tiñen ligeramente de rojo—. Además, su riesgo es mayor, ya que entraron en su habitación hace apenas una semana.

—Tenemos seguridad convencional en el evento; pueden vigilar a Ava durante su encuentro. Y según me explicaron, lo del hotel fueron travesuras de unos muchachos del pueblo, nada relacionado con Ava.

Jaime vuelve a apretar la mandíbula.

—¿Y por qué esa seguridad no puede acompañar a Anne, y yo quedarme en este salón con Ava y Miss Georgia?

—Anne se reunirá con sus fans en el comedor principal para romper el hielo. Aquí hay seguridad del hotel, pero en el otro salón no hay nadie. Le estoy pidiendo que haga el trabajo por el que se le ha contratado, señor Wilde. —El tono es claramente una amenaza.

—Simplemente no entiendo por qué no podemos...

—Está bien —digo sin pensar—. Tómalo prestado esta tarde.

—¿Qué? —dicen a la vez Regina y Jaime.

—Este salón es pequeño, solo dejarán pasar de cinco en cinco, más la prensa, y además hay seguridad. Sería muy difícil que aquí

pasara algo malo —digo, mirando directamente a Jaime.

—De ningún modo —dice él.

—No entiendo por qué le resulta tan difícil cumplir una simple orden. Supongo que tendré que enviar una nota a Five Star para decirles... —empieza Regina, y ya entiendo lo que intenta: poner en peligro el trabajo de Jaime.

No quiero que me deje. Solo pensarlo me crea un nudo de angustia; me doy cuenta de que su presencia se ha convertido en un manto de seguridad sobre mis hombros. Pero tampoco voy a permitir que esta discusión perjudique su carrera.

—Danos cinco minutos, ¿de acuerdo? —digo a Regina y Anne antes de arrastrar a Jaime hacia una sala vacía.

—De ningún modo —dice él, fulminándome con la mirada, los brazos cruzados como si quisiera estrangularme en cuanto cierro la puerta.

—Claro que sí.

—Ava...

—Aquí dentro hay seguridad. Es muy poco lo que podría pasar. ¿De verdad vale la pena que Regina presente una queja a tu jefe por no cumplir tu trabajo? ¿Vale la pena poner en riesgo tu jubilación?

—Tu seguridad vale eso y mucho más.

El corazón me da un vuelco, pero no puedo permitirle esto.

—Y voy a estar segura, Jaime. Pero no podré dormir si algo fastidia tus planes —digo. Cuando abre la boca para protestar, lo corto—. Eso podría implicar que te aparten de mi caso, ¿y quién va a sujetar a Melocotón mientras yo me dedico a estar guapa? —Cierra la boca y aprieta la mandíbula, pero creo que he ganado.

—¿Así que solo sirvo para sujetar a Melocotón? —pregunta en voz baja y ronca.

—Por supuesto. Para eso y nada más —digo con una sonrisa, aunque no me apetece reír. Pasamos un largo rato mirándonos en silencio.

—No me gusta esto —dice Jaime al fin.

—¿Por qué? ¿Porque estás tan enamorado de mí que no soportas no estar a mi lado cada segundo del día? —Él pone cara de fastidio.

—No, porque te conozco, y aunque no lo intentes —y siempre lo intentas, Ava—, te metes en problemas cada dos por tres.

—Voy a estar bien, Jaime. Hay otros guardias, no va a ser la ley de la selva. Es nuestra única opción, y lo sabes. —Salvo la pequeña distancia que nos separa, apoyo la mano en su pecho y lo miro: su expresión taciturna, los dientes apretados; luego deposito un beso en su mandíbula.

Suelta un suspiro y al fin asiente.

—Está bien. Pero solo si te portas bien, Ava. Lo digo en serio.

—¡Eres el mejor! ¡Gracias! —exclamo, retrocediendo y aplaudiendo—. Bueno, volvamos antes de... ¡ay! —grito al tropezar con un trozo de alfombra levantado. Estoy a punto de caer de bruces cuando él me agarra de la cintura y me atrae contra su pecho, salvándome del golpe. Mi corazón late con fuerza cuando su pulgar roza la piel desnuda entre mi top y mi falda.

—¿Ves los beneficios de tenerme cerca? —pregunta con voz ronca. Lo miro por encima del hombro y sonrío.

—Sí, veo muy bien el beneficio de tenerte cerca —susurro. No se me escapa el brillo de sus ojos, cómo mira mis labios, cómo vuelve

luego a mis ojos con deseo, las ideas que sé que le cruzan por la cabeza.

Entonces se inclina y me da un beso rápido, como si no pudiera contenerse, antes de apartarse para dejarme salir. Su mano se retira despacio, como si sus dedos no quisieran soltarme. Cuando está seguro de que no volveré a caerme, cruza los brazos sobre el pecho, asiente y señala con la cabeza la otra sala.

—Está bien, iré con Anne, pero no porque Regina quiere que lo haga. Lo hago porque tú me lo pides. Pero voy a tener una charla con los de seguridad para advertirles cómo eres.

Sonrío; ¿cómo no hacerlo?

—Gracias, tiarrón.



Veintiséis

AVA

El encuentro con los fans fue divertido durante las dos primeras horas, pero ya no soporto más ser el centro de atención.

Sonrío tanto que empieza a dolerme la mandíbula, pero cuando miro el reloj sobre la puerta, solo faltan cinco minutos para salir a cenar. Podré comer y luego escaparme en silencio al hotel para descansar.

—Soy un gran admirador tuyo, Ava —dice un hombre que se acerca cuando un grupo de adolescentes se retira entre risitas. Extiende la mano para estrechar la mía y yo la acepto con mi amable sonrisa de reina de belleza pegada en el rostro, pero el hombre utiliza el apretón de manos para tirarme hacia él, obligándome a abrazarlo. El olor a colonia barata me envuelve y, cuando me aparto, no me suelta. No tengo problema en que me abracen, en general no me molesta, especialmente si son fans jóvenes, pero estoy pensando en añadirlo a la lista de restricciones.

En este momento, cuando miro la esquina donde iba a estar Jaime, lamento no haber presionado a Regina para que le dejara quedarse.

Este hombre me hace sentir incómoda.

—Eres guapísima, eso lo sabes, por supuesto. Me encantaría sacarte a pasear esta noche para que conozcas la ciudad de Augusta de manera más íntima.

¡Ni muerta!

Esbozo una sonrisa amable pero tensa, del tipo que usamos las mujeres para quitarnos de encima a un imbécil, y niego con la cabeza.

—Lamentablemente tengo tantas cosas que hacer que no tengo tiempo. Pero gracias por la oferta —digo, como pidiendo disculpas. La puerta del salón se cierra, lo que indica que este hombre y los tres grupos detrás de él son los últimos del encuentro.

Mete la mano en el bolsillo, saca la cartera y extrae una tarjeta.

—Este es mi número, por si cambias de opinión. —Me la da guiñando un ojo, y yo la acepto con una sonrisa mínima, porque las cámaras todavía están enfocándonos. Dejo la tarjeta sobre la mesita que tengo al lado, la que usamos para los pequeños regalos o cartas que la gente me da, o para firmar cosas.

Me giro hacia el imbécil y hacia el asistente que sujeta su teléfono, y poso para la foto. Al hacerlo, su mano se desliza hacia la parte baja de mi espalda y, aunque tengo ganas de mandarle a la mierda, sonrío y lo soporto, dispuesta a hacer lo necesario para que todo esto termine. Las cámaras parpadean alrededor mientras sonrío e inclino un poco la cabeza, y es entonces cuando ocurre.

Su mano baja todavía más, se aparta y me da una palmada en el trasero.

No lo hace con fuerza, el ángulo es raro, pero aun así lo hace, así que doy un paso atrás, estupefacta. No registro nada más que la sonrisa ancha y orgullosa en sus labios.

—¿Me has dado una palmada en el culo? —pregunto, aún atónita. La puerta lateral se abre y se cierra, pero yo no me muevo y sigo mirando fijamente a este hombre.

—Ay, venga, solo ha sido una palmada cariñosa —dice riendo, con esa misma expresión de satisfacción en la cara.

—¿Una palmada cariñosa? ¿Una palmada cariñosa?

—No fue para tanto —dice, alzando las manos como hacen los imbéciles cuando creen que una mujer exagera.

¿Quiere que exagere? Le voy a dar el gusto.

Echo la mano hacia atrás y le suelto una bofetada, tambaleándome un poco, ya que los tacones me alejan de mi centro de gravedad.

—Pero qué mier... —dice, y se calla cuando alguien se acerca, lo agarra por los brazos y lo inmoviliza. No me había dado cuenta de que estaba a punto de levantar la mano para pegarme.

Y ahí está Jaime, sujetándolo.

No sé cuándo ha vuelto ni cuándo ha entrado en el salón, pero por primera vez en mucho tiempo me siento segura.

Aliviada.

Los ojos de Jaime se clavan en los míos mientras bloquea los brazos del hombre sin esfuerzo, por mucho que él se revuelva y forcejee.

—¿Qué demonios, tío? —ladra el hombre.

Y en ese instante lo veo todo. En su mirada hay remordimiento, miedo y rabia, y sé muy bien que es culpa mía por insistir en que acompañara a Anne solo para no llamar la atención. Nada de esto habría pasado si hubiera hecho caso a Jaime y le hubiera permitido negarse a ir con ella.

Pero de inmediato otro pensamiento me atraviesa, recordándome que no es culpa mía. Esto no tenía por qué pasar. No habría pasado si este imbécil entendiera lo que son los límites.

La culpa es de este imbécil.

Con ese pensamiento, alzo la mano de nuevo y le cruzo otra bofetada.

—Te gusta, ¿no? ¿Una palmadita cariñosa? —pregunto, dándole otro golpe mientras Jaime lo sujeta y la adrenalina me inunda las venas—. Ya no es tan divertido, ¿verdad? ¡Una palmada cariñosa, una mierda!

No me paro a pensar qué habría ocurrido si Jaime no estuviera y no lo hubiese agarrado cuando lo hizo. Pero miro a Jaime a los ojos mientras él aparta al hombre de mi alcance, y de algún modo me tranquilizo y vuelvo a la realidad.

—¡Ava! ¡Ava! —gritan los reporteros, mi piel todavía ardiendo, pero siento que la adrenalina disminuye mientras me doy cuenta de lo que acaba de pasar: he pegado a un hombre, y cada segundo ha quedado grabado.

Se verá en todas partes en diez minutos como mucho.

—¡Ava! ¿Qué repercusión tiene esto en la organización de Miss Americana? —pregunta un reportero de American Star al que ya he visto varias veces.

—¿Qué? —pregunto, todavía intentando tranquilizarme. Miro por encima del hombro mientras Jaime entrega al imbécil que me ha tocado el culo a los guardias del hotel.

—El concurso de Miss Americana. ¿Qué repercusión crees que puede tener, teniendo en cuenta que estás aquí en su nombre? Acabas de atacar a un hombre varias veces. —Ahora recuerdo el nombre del reportero: Preston Smith. Le encanta escribir artículos condenatorios y llenos de especulaciones sobre mí.

Estupendo.

Durante una décima de segundo me invade el pánico. ¿Con esto rompo el contrato? Recuerdo que había una cláusula sobre ser la portavoz del concurso y cómo mis actos les afectan a ellos, y sobre mi responsabilidad por daños si mis acciones erosionan su imagen.

Y luego recuerdo que me importa una mierda.

Si, según ellos, defenderme cuando alguien me ataca erosiona su imagen, pueden irse a tomar viento.

Estaría dispuesta a perder la corona y dársela a Anne con tal de defenderme.

Así que enderezo los hombros y miro fijamente a una de las cámaras.

—Le he devuelto una palmada a un hombre después de que él, un completo desconocido, me tocara el trasero sin mi permiso. —Sonrío con dulzura al reportero, poniendo mi cara de reina de belleza «pulida», la versión que me hizo ganar el voto popular y, en última instancia, el concurso—. La venganza es dulce, ¿sabes?

—Es decir, las concursantes de Miss Americana ideales son embajadoras dóciles, no alguien sedienta de venganza y violencia.

Como sabrás, hay chicas jóvenes observando cada uno de tus pasos; te has convertido en un modelo a seguir.

Mi cabeza se echa hacia atrás como si el reportero me hubiera golpeado a mí. Por el rabillo del ojo veo que Jaime también mueve la cabeza, no porque la pregunta lo haya dejado perplejo como a mí, sino porque lo sabe. Aunque no llevamos tanto tiempo trabajando juntos, ya me conoce lo suficiente como para saber que esa pregunta me va a sentar fatal.

—Tienes razón. Hay chicas que nos están mirando; nos ven a nosotras, mujeres bajo los focos, y utilizan lo que ven para decidir cómo creen que merecen ser tratadas y cómo deberían actuar en un determinado momento. Observan cómo nos defendemos, o no nos defendemos, cuando imbéciles como ese —señalo hacia donde estaba el hombre— se aprovechan de nosotras. Y espero que estén tomando nota de cómo debemos defendernos solas. Cuando yo era pequeña, gran parte de lo que veía en los medios me enseñaba que había que sonreír y aguantar, dejar que pasara, porque lo más probable era que esa mujer hubiera hecho algo para merecerlo. Que no se había vestido como debía, que había dicho algo fuera de lugar o había animado a algún hombre que se creía superior. Pero eso está muy mal. ¿Por qué tengo que vivir mi vida de forma distinta solo porque existan los hombres? —Ya me cuesta respirar, y todo el mundo a mi alrededor guarda silencio—. Así que sí. Espero que las chicas me estén viendo. Y podrás tomar lo que acabo de decir y retorcerlo como quieras, pero lo que quiero es que las chicas vean cómo nos defendemos solas las mujeres, y que tomen nota. Así es como debería ser la verdadera Miss Americana, y esa será la Miss Americana que yo voy a ser.

Finalmente me quedo sin palabras o, al menos, sin palabras y sin valentía, y estoy mirando a la pequeña multitud de fans y reporteros cuando ocurre.

Escucho un aplauso a mi izquierda, donde está Miss Georgia con una gran sonrisa en los labios. Le devuelvo la sonrisa, y se suman más aplausos de otra mujer a la que no conozco, pero que sé que es una *influencer* bastante famosa. Tiene el móvil levantado, como si hubiera grabado todo mi discurso.

¡Dios mío! Sin duda estoy echándolo todo a perder.

Se oyen más aplausos en el salón, quince o veinte personas que han sido testigos de todo, y luego vítores. Empiezo a notar cómo el pánico vuelve a apoderarse de mí, porque ¿qué se supone que debo hacer con esto? ¿Alentarlo? ¿Intentar alguna forma de minimizar los daños? No estoy muy segura.

Por supuesto, él se da cuenta. Jaime ve que el pánico me está comiendo viva.

—Muy bien, se acabó el espectáculo —dice con una voz que resuena en el salón—. Todo el mundo fuera.

—Pero todavía queda... —replica la responsable de relaciones públicas.

—No, no queda nada. Ava firmará algunos autógrafos a las personas que no han llegado, pero tenemos que presentar una denuncia y Ava necesita descansar después de todo esto. —Miro a Jaime, cuyo rostro es pétreo, algo que los reporteros sin duda captan, porque, sin discutir, empiezan a retirarse. Se lo agradezco, porque ya no tengo adrenalina en el cuerpo, solo un miedo inquieto.

—Vamos, princesa —dice Jaime unos momentos después; rodea mi cintura con el brazo y me guía hacia una silla—. Vamos a

sentarnos.

—Puedo yo sola, tiarrón —digo, apartando su brazo de mi cintura —. Puedo caminar, y no voy a salir corriendo a pegar a otro imbécil que, sin duda, lo merecería.

—Lo sé. Te aseguro que lo sé. Eres una mujer fuerte y capaz. Pero, por favor, déjame hacerlo.

No tengo fuerzas para discutir, no con Jaime, así que, agradecida, me limito a dejar que me lleve hasta la silla, me siente y se haga cargo del resto de la noche.



Veintisiete

JAIME

Hay tensión en el coche cuando regresamos al hotel después de poner la denuncia y recoger a Melocotón de la guardería de mascotas.

Solo puedo pensar en que debería haber estado presente en todo momento, sin importar lo que opinara todo el mundo, que nunca debería haber aceptado estar en el otro salón, y en qué habría pasado si hubiese tardado solo un minuto más.

—Entonces, en el próximo encuentro saldrás en todas las fotos —dice Ava, riéndose de sí misma—. Unidos por la cadera durante un tiempo, ¿de acuerdo?

La miro de reojo y veo que sujeta a la gata con fuerza contra el pecho, como si fuera una manta de seguridad.

—Si por mí fuera, no tendrías ningún otro encuentro con los fans. Lamentablemente, no depende de mí.

—¿Qué? Vamos, Jaime, es una locura. —Adivino su cara de fastidio por el tono.

—Hoy has estado a punto de que te golpearan, Ava. Alguien te atacó. Hemos tenido suerte de que no fuera peor. ¿Por qué actúas como si no fuera grave?

—Porque no lo es, Jaime.

—Tiene que ser una broma —murmuro.

—Es solo que... este tipo de situaciones de mierda siempre van a suceder. Acepté todo esto sabiendo en lo que me metía, subiéndome a este estúpido pedestal, y luego lo mismo en las redes sociales. Me metí en este... trabajo sabiendo que sería prácticamente una muñeca para que la gente me mire y critique. No tengo problema con eso. A veces, la gente cree que eso significa que yo aceptaría más, y eso es una mierda, pero para eso te tengo a ti, ¿no? —Esboza una sonrisa incómoda, pero no por aquel hombre. Es por mí y por cómo debo tener la cara. Quiero cambiar mi expresión, pero simplemente... no puedo.

—Es una mierda, Ava.

Se encoge de hombros.

—Así es la vida, Jaime —replica.

—Para ti, no —digo mientras sacudo la cabeza y entro en el aparcamiento del hotel.

—¿Qué?

Me viene a la memoria todo lo que he estado pensando durante las dos horas que he pasado lejos de ella: la posesión, la necesidad, el deseo. Y luego todo lo que sentí cuando vi al hombre abalanzarse sobre ella, cuando la vi golpearlo y después sentada en silencio, perpleja, mientras ponía la denuncia en la comisaría.

Todo se acumula en mi pecho y necesito aire.

Necesito aire, y me doy cuenta de que necesito a Ava como si ella fuera aire, y de que debemos salir de aquí antes de que haga una estupidez.

Después de aparcar la camioneta, la apago y salgo, cerrando de un portazo mientras rodeo el vehículo. Respiro hondo para intentar calmarme. Cuando llego a su puerta, la abro, desabrocho su cinturón de seguridad y luego agarro a la gata y la meto en el transportín.

Ava baja de la camioneta y yo sujeto el transportín de Melocotón en una mano mientras apoyo la otra en la parte baja de su espalda y nos dirigimos a la entrada del hotel en silencio.

—Jaime —dice ella, pero sigo caminando por el silencioso vestíbulo del hotel hasta que llegamos a los ascensores; pulso el botón de subir y entro cuando las puertas se abren—. ¿Qué ocurre? —pregunta cuando las puertas se cierran y su aroma inunda el reducido espacio, volviendo a dejarme sin aire—. Me estás asustando.

Pulso el botón del piso superior y espero a que las puertas se cierren del todo, luego me giro hacia ella.

—Que no te altere lo que ha pasado hoy me asusta mucho más a mí, Ava.

Ella pone cara de fastidio y luego retrocede y cruza los brazos sobre el pecho, levantando un poco sus pechos.

—Es solo un pervertido, no pasa nada.

Sacudo la cabeza y me acerco a ella.

—Sí que pasa. —Mi voz suena muy baja, incluso para mí.

—Es solo parte de este trabajo. Les pasa a todas las chicas. Pero tenemos recursos, como tú, Jaime, para que sea menos peligroso. —

Da un paso atrás y su espalda choca contra el metal del ascensor.

—Esta mierda no debería ocurrirte ni a ti ni a nadie, Ava.

Pone los ojos en blanco, su gesto habitual conmigo.

—Está bien. Bien está lo que bien acaba.

La miro, sacudo la cabeza y dejo que me gane la irritación. No contra ella, sino contra el mundo, contra este concurso, por hacerle sentir que simplemente tiene que aceptar esto, que es algo normal que un hombre invada su espacio personal y espere... cualquier cosa de ella.

Pero, sobre todo, rabia conmigo mismo.

Por este motivo me negué a pensar en Ava aunque me atrae desde esa primera noche en la discoteca: provoca distracciones. Esta mañana fui débil, la dejé besarme, luego la besé yo, la abracé y la acaricié, y desde entonces eso ha contaminado cada uno de mis pensamientos y acciones. Eso fue lo que pasó cuando me pidió que acompañara a Anne: solo quise verla feliz, en lugar de hacer lo que era necesario para asegurarme de que estuviera protegida.

—Lo de esta mañana nunca debió haber pasado. —Me siento fatal al decirlo, teniendo en cuenta que cada momento con ella entre mis brazos, con mis labios sobre los suyos, ha sido mejor que cualquier otra cosa que haya experimentado. No me vuelvo hacia ella cuando gira la cabeza, pero siento el fuego de su mirada de todos modos.

—¿De qué estás hablando?

—No debería haberte besado esta mañana —digo, y justo entonces las puertas del ascensor se abren y salgo, esperando a que ella haga lo mismo.

Sale del ascensor, cruza los brazos y me fulmina con la mirada.

—Fui yo quien te besó —dice, y yo suspiro hondo.

—Ava, sabes a qué me refiero. No deberíamos habernos besado esta mañana.

—¿Por qué no? Somos adultos y estuvimos de acuerdo, Jaime.

—Porque estoy aquí para protegerte, Ava, y hoy no te he protegido. En este trabajo no puedes permitirte distracciones, y tú eres la mayor distracción que puede tener un hombre. Por estar distraído ha pasado lo de esta tarde, y no voy a dejar que vuelva a ocurrir.

Ella me observa, evaluándome, y luego sacude la cabeza.

—Nunca pensé que fueras de los que se asustan con facilidad.

—He sentido terror —respondo enseguida, en el mismo tono bajo.

—¿Qué?

—He sentido terror, Ava. En toda mi vida nunca he tenido tanto miedo como cuando vi a ese hombre tocarte, y he visto cosas muy perturbadoras. Sentí terror, y fue por mi culpa. Si hubiera estado allí todo el tiempo, no habría pasado. Si no hubiera estado tan ensimismado contigo, habría usado la cabeza y sabría que tenía que estar allí para protegerte. Pero no estuve, y fue porque me preocupé más por complacerte que por tu seguridad, y mira cómo ha terminado. —Su mirada se suaviza, sus hombros se relajan mientras estira el brazo para tocarme, pero yo doy un paso atrás, fuera de su alcance.

—Jaime —dice.

—Lo digo en serio. Fue una mala idea. No quiero volver a sentir jamás lo que sentí en ese salón, y, sobre todo, no quiero volver a ver esa mirada de pánico en tus ojos. ¿Quieres odiarme porque no me dejo arrastrar por esto que hay entre nosotros? Adelante. Pero, al

menos, estarás segura —digo mientras la miro, dejándole ver todo lo que hay detrás de mis defensas.

Todo lo que siento.

Todo lo que no puedo permitirme sentir.

—Quieres decir que sí hay algo —murmura, y yo vuelvo a suspirar por lo que parece la enésima vez.

Pero antes de poder decir nada más para disuadirla, el ascensor vuelve a sonar, las puertas se abren y alguien sale, y la tensión se disipa. Entonces avanzo un paso, tomo la mano de Ava entre las mías y la llevo a nuestra habitación.

Todo este tiempo, lo único en lo que puedo pensar es «estás muy jodido».



Veintiocho

JAIME

—¿Qué diablos pasó ayer? —La voz resuena en la línea a primera hora de la mañana siguiente. Son las siete y Ava sigue durmiendo, así que intento salir al balcón sin despertarla.

—Greg... —empiezo a decir mientras deslizo la puerta y la cierro a mi espalda. Ya he hecho mi entrenamiento en un intento de calmar la mente después del caos de ayer y he bebido café, así que dos horas de paz sin tener que hablar con el imbécil de mi jefe ya es una victoria.

—¿Qué pasó, Wilde? —grita.

—Mira...

—Esto no es lo que necesitamos que ocurra justo ahora —dice, siguiendo con su perorata aplastante.

—Lo entiendo, pero...

—¿Dónde estabas?

Pierdo la paciencia.

—Si me dejaras responder, podría darte los putos detalles.

Por fin hay silencio al otro lado de la línea; cierro los ojos y respiro hondo antes de explicar.

—Ayer, antes del encuentro con los fans, Regina insistió en que acompañara a otra de las concursantes a su encuentro porque, según ella, había suficiente seguridad en el salón de baile del hotel donde estaba Ava. Hizo hincapié en que yo no trabajaba para Ava, sino para la organización de Miss Americana.

Oigo una maldición por lo bajo al otro lado, que interpreto como una buena señal de que no estoy totalmente jodido, y continúo.

—Ava quiere llamar la atención lo menos posible, así que me pidió que obedeciera. Por suerte, el otro evento terminó antes; de lo contrario, el problema podría haber sido peor: apenas había entrado en el salón cuando el hombre atacó a la señorita Bordeaux. Si no lo hubiese impedido... —mi voz se apaga al pensar en la fuerza de su brazo, y en lo dispuesto que estaba a dar ese golpe—. Te juro que creía que estaría segura. Eso fue lo que me dijeron y, además, no me dieron opción.

—Bueno, no estuvo segura —replica.

—Sí, lo entiendo, pero yo...

—Y después abrió la boca delante de la prensa —dice, y yo enderezo la espalda.

Anoche Ava me contó que Regina le envió un mensaje para pedirle que «en el futuro se abstuviera de hablar con la prensa a la ligera, para proteger la imagen de la organización de Miss Americana». Ni siquiera un «¿Estás bien?» antes de eso. Me sacó de quicio, y ese sentimiento es aún más intenso ahora que Greg escupe su mierda.

—Tu trabajo es mantener a raya a esa chica.

Aprieto la mandíbula.

—Mi trabajo es garantizar su seguridad.

—Regina y la organización de Miss Americana están hartas de sus tonterías. ¿No quiere llamar la atención? Es lo único que hace. Mantenla a raya, Jaime.

Respiro hondo, me paso una mano por la cara y asiento antes de hablar, para luego recordar que no puede verme.

—Entendido.

—Recuerda lo que está en juego —me insiste, como si pudiera olvidar sus poco sutiles amenazas. Pero por primera vez me pregunto si merece la pena, si aguantar este trato durante tres años más de absoluta angustia compensa.

—Sí, Greg. Lo entiendo. —La llamada se corta.

Hijo de puta.

Tardo un par de minutos en controlar la respiración y dominar mis impulsos, y enseguida el móvil vibra en mi mano con un nombre conocido en la pantalla.

—Sí —digo a modo de saludo.

—Ya estás despierto —dice Hank—. ¿Tiene algo que ver con lo que pasó ayer? —Se ríe mientras habla, como si fuera un chiste.

—¿Te refieres a que mi clienta fue atacada después de que la organizadora del concurso insistiera en que acompañara a otra concursante? Sí, estoy despierto por eso.

Deja de reír.

—¿Qué ocurrió? ¿Dónde estabas? —pregunta, no con el tono acusatorio de Greg, sino confundido, como si estuviera convencido de que el incidente no habría ocurrido bajo mi vigilancia.

Lo pongo al día, sin mencionar la amenaza constante del despido y la pérdida de mis beneficios. No quiero que se preocupe por eso.

—Te juro, Hank, que si lo hubiera sabido... —me falla la voz mientras pienso en todas las posibilidades.

—Confío en ti, muchacho. Me alegro de que no saliera herida.

Suspiro y me froto la cara con la mano.

—Estoy obedeciendo las normas para mantener contenta a la organización y, al mismo tiempo, proteger a Ava. Y estoy fallando. No sé cómo gestionar esto. —Nunca he tenido una clienta como Ava, y lo digo en muchos sentidos.

Una clienta tan charlatana.

Que no hace caso a nada de lo que le digo.

Que tiene inclinación a meterse en problemas.

Que es tan guapa que me distrae.

Que es tan tentadora, maldita sea.

—Hiciste exactamente lo que te enseñé que debías hacer, hijo. Garantizaste su seguridad sin asfixiarla. Estoy completamente de acuerdo con todo lo que dijo esa chica. Tengo hijas, ya lo sabes. Cuando eran pequeñas me habría encantado que admiraran a una Miss Americana como Ava, no a esas concursantes tímidas y que se dejan pisotear. No es lo que necesita el mundo ahora.

Pongo cara de fastidio, aunque estoy de acuerdo.

—Es un dolor de cabeza.

—Las mejores mujeres siempre lo son. —No respondo a su comentario, porque sé que sería como echar leña al fuego y no quiero avivarlo; puedo notarlo por el tono de Hank—. He visto fotos tuyas con esa chica, ¿sabes? —añade, y me quedo rígido.

¿Fotos?

—¿Qué?

—Tiene a los paparazzi siguiéndola como si fuera una estrella del pop en lugar de una reina de belleza que ha ganado un concurso por primera vez. Muchas fotos.

Me relajo un poco al darme cuenta de que no se refiere a imágenes comprometidas de nosotros dos. Por supuesto que tiene razón. Cada acto con la organización está plagado de reporteros; en cada parada hay más, todos tratando de conseguir un minuto con Ava para que diga algo digno de un titular. Cuando acepté el trabajo pensé que sería una misión sencilla, pero a veces parece que la tratan como a una estrella pop tipo Willa Stone.

—Sí, te lo puedo confirmar —bromeo, sin llegar a reírme.

—Solo digo que, a veces, salís los dos en las fotos y hacéis buena pareja.

Gruño.

—Hank...

—Sabes que a Janine la conocí en un trabajo. Si conocieras a alguien como ella mientras trabajas, yo nunca... —Lo interrumpo de inmediato.

—La mitad de mi trabajo es asegurarme de que ella cumpla su contrato. —Digo lo primero que me viene a la cabeza—. Y una parte del contrato dice que tiene que estar soltera hasta el final de su reinado.

Cuando leí esa cláusula en el contrato de Ava me quedé perplejo, así que investigué un poco. La mayoría de las cláusulas de la sección de moralidad, las que anularían al instante la victoria de Ava y, con ella, el premio en metálico que no cobra hasta terminar su gira de tres meses, eran bastante evidentes, y estoy casi seguro de que se

añadieron después de algún incidente con una concursante anterior. Nada de vídeos sexuales, ni acoso en redes, ni acoso físico, ni hablar mal de la organización, ese tipo de cosas.

Pero la prohibición de salir con alguien me hizo indagar en la historia del concurso en un foro de Reddit, que siempre es una mezcla interesante de verdad y especulación, pero que esta vez, para mí, tenía sentido.

La actual Miss Americana debe ser un ejemplo de los ideales básicos —y en mi opinión anticuados— de la típica mujer estadounidense, incluyendo su supuesta disposición a recibir una palmadita de «algún buen chico». Si Miss Americana está soltera, parece que cualquier hombre del país tiene una oportunidad con ella.

—Sí, pero todos sabemos que eso es imposible de aplicar —dice Hank, como si no fuera tan grave.

—Hank...

—Dime qué juez de este país pensaría que eso tiene sentido en este contexto y en esta década. —No puedo rebatirlo, por supuesto —. Lo único que digo es que, si pasara algo, yo no te daría la lata. — Hace una pausa y luego añade, en tono de broma—: O, por lo menos, no te la daría demasiado.

Pongo los ojos en blanco y hago un gesto obsceno aunque él no pueda verlo. Decido que tengo que colgar antes de que Hank me termine de destrozar la cabeza. Ayer tomé la decisión de que, a pesar de mi breve error de cálculo, tengo que mantener la profesionalidad entre Ava y yo. Nada más.

—De todos modos, el motivo de mi llamada... —dice, como si intuyera que estoy a punto de cortar.

—¿Así que no llamabas solo para tocarme las narices?

—También, pero no solo por eso. Ella ha estado recibiendo notas, ¿verdad?

—¿Notas? —Niego con la cabeza—. No, solo mensajes. Mensajes amenazantes en redes sociales, fotos horribles. Ese tipo de cosas.

—¿Así que no sabías nada de amenazas físicas?

Respiro hondo e intento contener el pánico, sabiendo que no me va a gustar lo que va a decir.

—No.

—Bueno, resulta que sé que han recibido al menos una carta. —Deja pasar un segundo y luego respondo.

—¿Una carta?

—Una carta, sí. Mandaron una carta física a las oficinas de Miss Americana. Mi nombre debía de estar en algún formulario de contacto, porque me llamó un chico de la organización.

—¿Y?

—Me dijo que trabaja en la oficina de comunicación; Ava recibió una carta amenazante. Su jefe le indicó que llamara a la empresa de seguridad. Yo le dije que se pusieran en contacto con Regina y que ella informara a Five Star. No voy a meterme en la empresa de Greg.

—¿Qué tipo de carta?

—Posiblemente no sea nada —dice, sin responder a la pregunta.

—¿Qué tipo de carta? —repito entre dientes, con la mano aferrada a la barandilla.

Oigo un suspiro profundo antes de que mi mentor responda.

—Probablemente no sea nada de lo que preocuparse.

—¿Pero? —insisto, esperando la respuesta que ha omitido.

—Es una carta en la que le dicen a Ava que renuncie al concurso o le pasará algo malo. Su nombre figura en la carta, está dirigida a ella, la enviaron a las oficinas, pero menciona un montón de detalles personales. Dónde ha estado, dónde trabajó, quiénes son sus amigas... —Permanezco en silencio, intentando encajar las piezas, y Hank vuelve a hablar—. Mira, Jaime, puede que no sea nada serio. Solo quería que lo supieras.

—¿Nada serio? En el mejor de los casos puede ser un fan obsesionado y, en el peor, un acosador. ¿Y por qué nadie me ha informado? —Mi cabeza va encadenando opciones e hipótesis de mierda.

—Mira, lo único que podemos hacer es asegurarnos de que ella esté a salvo, ¿vale? Sabemos que hay cosas que no encajan, pero no podemos hacer mucho más. Tú protege a esa chica; yo haré lo que pueda. Por desgracia, tienes las manos atadas, hijo.

—Creo que se está despertando —digo al oír la puerta del baño—. Tenemos que salir a la carretera, así que tengo que empezar a prepararme.

—De acuerdo, hijo. Cuida de esa chica, ¿sí? Veré si puedo averiguar algo, llamar a algunos amigos.

Suspiro, aliviado.

—Te debo una, Hank —digo, agradecido de tener a alguien de mi parte.

—Cuando lleguéis a California, venid a verme. Quiero conocer a esa reina de belleza que te tiene tan despistado.

—Ella no me tiene...

Entonces me doy cuenta de que la llamada se ha cortado; Hank ha colgado antes de que pudiera contestar.

Qué idiota.

Cuando vuelvo a la *suite* del hotel, veo que Ava sale del baño con el pelo revuelto y una marca en un lado de la cara; su pijama es una camiseta enorme de hombre que me provoca una especie de celos que me niego a reconocer, pensando que se la habrá regalado algún imbécil.

—Buenos días —dice, pestañeando mientras me mira. Es así por las mañanas, me he dado cuenta. No es que no sea una persona madrugadora (no está de mal humor ni se irrita cuando se despierta); es solo que no está del todo presente, como si una parte de ella siguiera acurrucada en la cama.

«Deja de imaginarla acurrucada en la cama», me digo a mí mismo cuando empiezo a imaginar cómo se vería con el pelo rubio desparramado sobre la almohada, hecha un ovillo, con esa camiseta subida.

—Hay café con hielo en la nevera —digo, señalando con la barbilla la pequeña cocina de la habitación.

—¡Eres mi salvación! —suspira, luego va a la nevera, saca el café para llevar que he comprado esta mañana y da un largo trago antes de apoyarse en la encimera.

La observo con los brazos cruzados sobre el pecho antes de hablar.

—¿Sabes defensa personal? —pregunto.

—¿Qué? —Su voz suena menos ronca, como si poco a poco regresara al mundo de los vivos, y reprimo una sonrisa.

—Defensa personal. ¿Sabes?

Alza la cabeza y una sonrisa leve y somnolienta se dibuja en sus labios.

—No, ¿por qué iba a saber?

—Eres un personaje público, Ava. Una mujer muy guapa. Estás viva. Y ayer te atacaron. ¿Cuántas razones necesitas para querer saber cómo protegerte?

Se encoge de hombros.

—No sé. Nunca me lo había planteado. Pero...

Veo la preocupación. Sé que anoche estuvo pensando en ese hombre y en cómo todo podría haber sido mucho peor. En mi cabeza repaso una docena de escenarios que podrían haber salido mal, la carta de la que me ha hablado Hank... y tomo una decisión.

—Voy a enseñarte.

—¿Qué?

—Voy a enseñarte algunos movimientos básicos de defensa personal.

—¿Tú me vas a enseñar?

—Sí. —Por lo menos me sentiré mejor si sabe defenderse, en el peor de los casos, si yo no estoy cerca—. Sí —repito, mientras la idea toma forma en mi cabeza—. Alquilaremos un sitio en la siguiente parada. —Empiezo a calcular dónde podría ser, pensando en el calendario y tomando notas mentales para buscar un local.

—Deberíamos llegar a Alabama al final del día si no hay mucho tráfico, y mañana no tenemos nada en la agenda. Buscaré un gimnasio o un estudio y lo alquilaré. Con mi propio dinero si es necesario.

—De acuerdo, tiarrón. Pero que sepas que no te lo pondré fácil —dice con una sonrisa amplia; está claro que ya está despierta del todo.

—Sí, sí. Prepara la maleta y vístete. Cuanto antes salgamos a la carretera, antes llegaremos a la siguiente parada.

Hace un saludo militar y luego se dirige a su dormitorio con el café en la mano. Cuando Melocotón se le acerca frotándose contra sus tobillos, ella se inclina para recogerla y, madre mía, la camiseta se levanta y deja al descubierto la parte inferior de su culo.

¡Qué jodido estoy!



Veintinueve

AVA

—Está bien, practicaremos cómo liberarte. Hay tres versiones principales: la liberación de muñeca, la del abrazo de oso y la del pelo —dice Jaime al día siguiente, mirándome en el espejo.

Esta mañana, al despertarme, me informó de que, para mi primera lección oficial de defensa personal, ya había encontrado un estudio de danza en alquiler a treinta kilómetros de distancia. Cuando entramos, me sentí cómoda. La familiaridad de un estudio de danza me hizo echar de menos a mis amigas, pero aparté esa sensación de inmediato.

Cuando llegamos, sin perder tiempo me enseñó primero los diferentes golpes y la forma correcta de darlos, y luego cómo mantenerme alerta en cada situación. Fue revelador y un poco aterrador darme cuenta de lo desprotegida que estoy en cualquier momento, y de lo poco preparada que estoy si me pasa algo, que Dios no lo quiera. Jamás se lo confesaré a Jaime, pero tiene un poco de razón: no valoro mi propia seguridad.

—El abrazo de oso suena divertido. Hagamos ese primero —digo con una sonrisa.

Por millonésima vez, Jaime cierra los ojos y suspira, y luego sus labios se mueven en silencio... como una especie de plegaria.

—¿Divertido?

—Los osos son bonitos y mullidos. El nombre es divertido —digo con una sonrisa.

Lo digo solo para fastidiarlo y, evidentemente, surte efecto.

—Bien —dice él, sacudiendo la cabeza. Luego se coloca detrás de mí y me mira en el reflejo del espejo—. Se acerca un hombre desde atrás y te agarra; ¿qué haces?

Me encojo de hombros con despreocupación.

—¿Dónde me agarra?

—¿Qué importancia tiene? —pregunta Jaime, confundido.

—Pues sí. Hay una diferencia enorme entre que me agarre de la mano o de las tetas.

Ante este comentario cierra los ojos y respira hondo, como si necesitara encontrar su zen interior.

Pero diría que no lo consigue.

—Bien —dice, y con sus brazos me envuelve en un gran abrazo e inmoviliza los míos—. Te agarra así. ¿Qué haces?

—Grito pidiendo ayuda.

Él niega con la cabeza.

—No, no gritas pidiendo ayuda, gritas... —empieza a decir, pero lo interrumpo.

—Ah, sí, ¡gritas que hay fuego!

Él asiente.

—Exactamente. Es más probable que venga alguien si gritas que hay fuego. Está demostrado que, si pides ayuda, la gente cree que no va a poder hacer nada o supone que otra persona lo hará. Pero supongamos que no hay nadie alrededor. ¿Qué haces?

—Mmm... ¿lo pateo? —digo, moviendo un pie hacia atrás, hacia sus rodillas.

—Eso podría servir en algunas situaciones, pero tú eres bastante pequeña, Ava.

Frunzo los labios, enfadada, aunque sé que tiene razón: en una situación de pánico, no creo tener altura suficiente para patear a un hombre a mi espalda en el punto justo para causar un impacto real.

—Idealmente, si tus manos están por debajo de las del atacante, intentas liberarte —explica. Cuando lo intento, elevando los pies y aprovechando el peso de mi cuerpo y la gravedad, consigo escapar aunque sus brazos me aprietan con fuerza.

Después Jaime me enseña cómo ralentizar los movimientos del atacante, hacerle daño y huir una vez liberada, qué hacer si mis brazos quedan atrapados por encima de sus manos y cómo escapar a un lugar seguro antes de probar otra estrategia.

A continuación, se coloca delante de mí, a un brazo de distancia, y me observa; su pecho sube y baja con el leve esfuerzo de lo que llevamos hecho. Yo, en cambio, estoy empapada en sudor. Luego su mano, callosa, áspera y enorme, rodea mi garganta.

—Un hombre te pone en esta situación, ¿qué haces?

Sonrío. No sonrío porque no lo tome en serio, sino porque, si me lo tomo demasiado en serio, va a ser excesivo para mí y entraré en una espiral de pánico de la que quizá no pueda salir. Y, además, por

supuesto, él está tan serio que me entran ganas de hacer justo lo contrario.

—¿Le digo «papi»?

Él niega con la cabeza y yo amplío la sonrisa.

—¡Por Dios, Ava, intenta tomarte las cosas en serio por una puta vez!

—¡Perdón, perdón! ¡Me has dado la oportunidad perfecta! —Me fulmina con la mirada y levanto las manos en señal de rendición—. Vale, vale, no más bromas de «estrangúlame, papi», lo prometo.

Cierra los ojos y maldice en voz baja.

Quizá no debería haber dicho «estrangúlame, papi». Ahora se me cruzan muchas, muchísimas, ideas por la cabeza.

—¿Te gustan esas cosas? —pregunta, y de inmediato se le sonrojan un poco las mejillas, como si no hubiera querido decirlo en voz alta.

—¿Llamar «papi» a un hombre? No es lo mío. ¿Lo de estrangular? No estoy segura todavía; nunca lo he probado.

Abre los ojos aún más.

—¿Pero has llamado «papi» a alguien? —Lo dice tan rápidamente que tengo que suponer que se le ha escapado.

—Una vez, pero no funcionó. Acababa riéndome, y no le sentó bien a su ego. —Aprieta la mandíbula y yo sonrío—. Bueno, está bien. Estrangúlame, Jaime.

Algo se quiebra en su mirada y el calor me inunda el vientre, pero de todos modos, sin decir una palabra, levanta la mano, vuelve a rodear mi garganta y me mira fijamente.

—Si alguien te ataca así, el objetivo es conseguir que quite los dedos lo antes posible. Primero, agarra mi muñeca con tu mano

izquierda —indica.

—¿Así? —pregunto, rodeando su muñeca con mi mano.

—Sí, cuanto más arriba, mejor. Con la otra mano, agarra mis dedos, los que están en tu garganta.

—¿Te agarro los dedos?

—Sí.

Los sujeto con mi mano libre, sintiéndome un poco tonta. Si alguien me está estrangulando, ¿no debería intentar empujarlo?

—Bien, bien. Si empujas cambias los ángulos y la distribución del peso, así que tienes que ir en contra de tu instinto —explica—. Ahora, agarra fuerte los dedos y aprieta. Le harás daño y cambiarás su fuerza. —Aprieto un poco y siento cómo se levantan sus dedos—. Sujétalos así, suéltalos y empuja. Sí, así —dice mientras aparto sus dedos de mi cuello—. Luego empuja, clávame un codazo en el lado. —Lo hago despacio, un poco confundida por las instrucciones, intentando hacerlo bien—. Y, finalmente, presiona esos dedos hacia atrás, hacia su muñeca. Lo ideal es hacerlo rápido, pero solo estamos practicando.

—Entendido.

—Entonces vas a empujar y a romperme los dedos. —Abro mucho los ojos—. No literalmente, no ahora, por lo menos. Si haces esto, con el codo hacia atrás y los dedos dañados, él se vendrá abajo. Entonces le das un rodillazo en la cara y sales corriendo, Ava. Corres y gritas.

—Entendido. Puedo hacerlo —digo.

—Muy bien, otra vez —dice, y me hace repetirlo varias veces hasta que creo que he comprendido el movimiento y todas sus variantes.

—Bien, ahora vamos a repasar algunos escenarios —dice Jaime como una hora más tarde.

—¿Qué?

Pero, en lugar de responder, lo demuestra. Me agarra de la coleta, que según él es el peinado más peligroso para una mujer, y espera a que me libere. Luchamos y uso los movimientos que me ha enseñado, pero esta vez es evidente que no está jugando ni guiándome; esta vez tengo que luchar de verdad y ejecutar las maniobras hasta que él las dé por buenas. Luego pasamos a una liberación de muñeca y, después, a un abrazo de oso. Cuando consigo zafarme del segundo abrazo de oso, estoy jadeando y sudando; entonces tropiezo y caigo al suelo sobre las manos.

A continuación se me echa encima y rodamos hasta que quedo atrapada bajo su cuerpo.

Todo esto, unido a la adrenalina del pánico por intentar escapar de este «atacante» una y otra vez, debería haberme provocado miedo y angustia.

Pero ocurre lo contrario: me llena una lujuria que no puedo evitar. Me cuesta respirar, y a Jaime, que está encima de mí, también.

Espero sus instrucciones, pero no llegan; en cambio, permanece inmóvil sobre mí, me escudriña con la mirada, y parece que detrás de esos ojos se acumulan decenas de pensamientos.

Y con cada nuevo latido, su mirada se detiene en mis labios, como si estuviera evaluando las ventajas e inconvenientes de inclinarse hacia mí. No haría falta mucho para que sus labios rozaran los míos y volver a experimentar la breve dicha que fue aquel beso de Jaime.

Dijo que fue un error, que no debimos besarnos, que le suponía una distracción..., pero no me importa. No me importa si me hace

perder la corona o arruina toda esta gira.

Deseo a Jaime de una manera que escapa a toda lógica.

—Bésame —susurro, sin pensarlo realmente.

—¿Qué?

—Que me beses —repito.

—Ava...

—Di «a la mierda con todo» y bésame, Jaime. Te deseo tanto que apenas puedo respirar, aunque sé que eres la única persona en la que no debería estar pensando.

—Ava...

—Sé que es una locura, pero sabes que entre nosotros pasa algo. ¿Por qué otra razón te has pasado todo tu día libre alquilando un estudio para enseñarme esto? Tocándome, volviéndome loca. —Sus pupilas arden de deseo, y lo veo: una confesión silenciosa—. Ese beso no fue un error y lo sabes. Admite que te gusto. —El tiempo parece eterno mientras espero su respuesta.

—Me gustas lo suficiente como para querer que no te pase nada malo. Me gustas lo suficiente como para anteponer tu seguridad no solo porque sea mi trabajo. Pero también me gustas lo suficiente como para no estropearte esta oportunidad y para saber que no podemos dar rienda suelta a la química que tenemos.

El pecho me estalla de esperanza y ansiedad.

—Sí que podríamos —murmuro, sin apartar mi mirada de la suya. Espero que se haga el tonto; en cambio, niega con la cabeza y me sostiene la mirada.

—Lo que pasó el otro día demuestra que no podemos. Eres mi clienta y tengo que estar concentrado. Y se supone que tú no puedes salir con nadie.

—Ay, mi dulce niño —digo, mientras alargo la mano y le doy una palmadita en la mejilla, y luego la dejo ahí y rozo con el pulgar su grueso labio inferior. Debería ser ilegal que un hombre tuviera unos labios así de perfectos.

—¿Qué van a hacer, quitarme la corona? Lo mejor de mí y de toda esta gira es que ni la corona ni el título me importan. Me metí en esto para ayudar a mis amigas y ahora sigo por la aventura y porque soy terca. —Dejo que el silencio se alargue... Quizá sean segundos, quizá horas, no lo sé, y murmuro—: Bésame, Jaime.

—Ava —susurra, pero no me rechaza ni se aparta.

—Dijiste que fuiste tú quien me besó una y otra vez. Así que hazlo.

Parece considerar mis palabras y luego, lentamente, tan despacio que creo estar alucinando, una mano áspera y callosa recorre la delicada piel de mi cuello hasta que me sujeta la mandíbula y se inclina hacia mí; sus labios apenas rozan los míos.

Entonces llaman a la puerta y él alza la cabeza. El momento se ha esfumado. Se pone en pie rápidamente y me ofrece una mano para ayudarme a levantarme.

—Se acabó el tiempo —dice.



Treinta

JAIME

Mi polla está dura cuando me despierto una hora antes de que suene la alarma de las cinco de la mañana.

La lección de defensa personal me dejó la cabeza hecha un lío, después de tocarla todo el día, sudar a su lado y tenerla debajo de mí de una forma que me encantaría si estuviéramos desnudos.

Eso es lo que ahora me tiene en este estado: la simple idea de tener a Ava tumbada en una cama frente a mí mientras yo me coloco encima para penetrarla.

Solo pensarlo ha sido una absoluta bendición.

Y totalmente inapropiado, incluso en un sueño.

Esta mujer me está destrozando; se me ha metido bajo la piel con sus sonrisas, su coqueteo y sus risas y bromas dulces. Y, por supuesto, no debería haber abierto el enlace que Wes me envió anoche, un vídeo en redes sociales de Ava durante la sección de trajes de baño del concurso.

No era la primera vez que lo veía, y probablemente tampoco será la última. Debo de ser masoquista, porque me encanta torturarme con lo que no puedo tener.

Porque, por mucho que ella siga diciendo lo contrario, no puedo tener a Ava Bordeaux.

Con un gruñido apenas audible, salgo de la cama y voy pesadamente hasta el enorme cuarto de baño. El lavabo está lleno de cosas de Ava de una forma que no me molesta, otro pensamiento que meto en una cámara acorazada y que jamás voy a permitirme investigar.

Debería abrir el agua fría y darle un choque de realidad a mi cuerpo; en cambio, abro el agua templada antes de agarrar su maldito gel de ducha y usarlo para que mi mano, y después mi polla, estén bien resbaladizas.

Soy un masoquista, ¿os acordáis?

El aroma llena el baño empañado de vapor y me la acaricio, imaginando el coño húmedo de Ava mientras cierro los ojos y apoyo una mano en la pared, dejando que el agua me recorra el cuerpo y su dulce aroma me envuelva.

Mi imaginación vuelve al sueño mientras sigo bombeando mi polla. Ella está desnuda, las tetas completamente expuestas, tumbada en la cama, el cabello como una catarata a su alrededor. Sus dedos juegan con sus pezones, los pellizcan y los frotan, sus labios están hinchados por mis besos. Gime cuando mis dedos se apoyan sobre su cuerpo y recorren su estómago hasta su vagina que ya está empapada. Deslizo un dedo y gruño al ver lo húmeda que está y por la forma en que ella se contrae alrededor de mí.

—Necesito más —gime ella, moviendo las caderas.

—¿Qué necesitas, princesa?

—A ti, por favor. —Con mi pene en la mano, froto la punta por su entrada húmeda y vuelve a gemir—. Sí, fóllame.

—¿Eso es lo que quieres, nena? —pregunto, frotándome por su vagina y moviendo apenas las caderas hasta que la punta de mi pene está ligeramente dentro. Su vagina late alrededor de mí, contrayéndose para intentar conseguir más.

—¡Sí, sí! Por favor. Te necesito —susurra y luego se mueve, haciéndome entrar unos centímetros más.

—Dios —gruño antes de cambiar de postura, agarrando sus piernas y apoyándolas sobre mis hombros, y lenta, muy lentamente, me deslizo dentro de ella hasta lo más profundo mientras quedo encima de ella, con una mano a cada lado de la cama junto a su cabeza.

—Estoy llena —gime, y yo sonrío antes de retirarme para luego volver a entrar, siguiendo con la lenta tortura, saboreándola.

—Dios, estás preciosa así —gimo, viendo cómo mi pene desaparece en su interior, viendo cómo me recibe—. Encajas como si hubieras nacido para esto. Naciste para ser mía, para que yo te folle. —Mis huevos chocan contra su culo mientras embisto en ella y su cuerpo se tensa alrededor de mi pene. Agarro sus caderas con los dedos, enterrándolos en la piel suave, y sus gemidos son más altos, como si disfrutara del dolor.

—¡Jaime, Dios mío! —gime con una voz suave y necesitada, más grave de lo habitual, más ronca. Sus grandes ojos azules se clavan en los míos cuando su vagina se contrae a mi alrededor mientras sus manos tocan sus pezones rosados, los pellizca y frota. Giro la cabeza hacia un lado y beso su tobillo; aún tiene puesto uno de sus zapatos

de tacón. Creo que eso es lo que más me gustaría, besar su piel suave cada vez que lo desee, en cualquier lugar que quiera.

Sigo haciéndole el amor y sus caderas se levantan para que la penetre más, y luego cambio de posición hasta quedar boca arriba, con Ava completamente encajada en mí, sentada sobre mis caderas. Mis manos se apoyan en las de ella y la guío suavemente para mostrarle lo que debe hacer.

Poco tiempo después sus caderas empiezan a moverse.

—Cabalga mi polla. Toma lo que necesites, nena.

Se toca los pezones y se inclina un poco hacia atrás, cambiando el ángulo mientras grita, sujetándose a mí.

Se ve muy hermosa de esta manera, con el cabello caído sobre la espalda, mirando hacia el techo, las manos sujetando sus pechos, llena de mí, goteando debajo de mi pene.

—Qué bien te siento... —gime ella, pellizcando mis pezones y cabalgándome, mientras su otra teta rebota con el movimiento. Es hermosa así: una diosa que toma lo que quiere, que me usa para su placer—. Vas a hacerme llegar al orgasmo. —Su mano libre baja por su vientre hasta el clítoris, lo frota y la hace gemir aún más. Aparto su mano y le doy una palmada en la cara interna del muslo, mientras su vagina se contrae alrededor de mi pene.

—Esto es mío, nena —murmuro, usando mi mano para acariciarla en el lugar donde le di la palmada, luego paso a su clítoris y lo froto, haciéndola gemir una vez más—. ¿De quién es este coño, Ava?

—Es tuyo —susurra, y mi pulso se acelera—. Es tuyo, Jaime. ¡Por favor! —Empieza a moverse más ahora, haciéndome penetrar más y más, follándome y usándome para su placer.

Estoy cerca del orgasmo y quiero que ella llegue conmigo. Con el pulgar masajeo su clítoris, lo froto en círculos pequeños mientras sus caderas se descontrolan sobre mí. Mi orgasmo se acerca, mi visión disminuye mientras ella sigue cabalgando, y empiezo a frotarle el clítoris más rápido.

—Voy a correrme —gime.

—Vamos, Ava. Córrete en mi polla y arrástrame contigo, deja que te llene. —Luego, con la mano libre, la agarro por la nuca y la acerco, y aprieto mis labios sobre los de ella mientras llegamos al clímax.

Mi mano se mueve con más fuerza sobre mi polla mientras mi Ava imaginaria arquea la espalda y grita mi nombre, y yo me corro.

Cuando termino, con una mano apoyada en la pared de la ducha, el aroma de Ava flota en el aire y, sin saber si he hecho ruido, pienso lo mismo que cada vez que hago esto.

Estoy jodido.



Treinta y uno

AVA

—Ava —dice una voz, un murmullo sordo en mi oído mientras me despierto de una noche sin sueños—. Despierta, princesa. Te dejé dormir lo máximo posible, pero tenemos que salir a la carretera.

Abro un ojo y veo el rostro de Jaime cerca del mío, pero enseguida se endereza y cruza los brazos sobre el pecho con expresión indiferente, como si no hubiese estado a centímetros de mi cara segundos antes.

—Mmm —refunfuño, vuelvo a cerrar los ojos y me doy la vuelta.

Sé que estoy cansada porque ni siquiera tengo fuerzas para burlarme de Jaime cuando se me presenta la oportunidad perfecta, pero después de estos últimos días, estoy totalmente agotada.

—No, no —dice, con voz repentinamente firme—. No, tenemos que salir. Ya vamos justos de tiempo si queremos llegar al próximo hotel antes de que anochezca.

Vuelvo a refunfuñar, pero no me muevo. Hice la maleta anoche, y lo único que me queda por hacer esta mañana para la siguiente

etapa es guardar cuatro cosas, ponerme algo encima e intentar convencer a Jaime de que me lleve a una cafetería porque necesito cafeína. Quizá también un tentempié, porque ya me acabé todas mis reservas, y esta vez el viaje será de casi seis horas.

—Ava, tenemos que irnos o nos tragará el tráfico.

Suelto un sonido inhumano; esta vez me aferro al borde de la manta y ruedo con ella, acurrucándome en la calidez de la cama.

De pronto la calidez desaparece y el aire acondicionado me golpea de lleno, obligándome a abrir los ojos.

—¿Qué...? —digo, poniéndome boca arriba y mirando alrededor, incorporándome sobre los codos. Frente a mí está Jaime, con los ojos muy abiertos, observándome; sujeta las sábanas del hotel entre las manos, completamente paralizado.

Excepto por sus grandes ojos color avellana, que recorren mi cuerpo.

Tiene suerte de que decidiera ponerme pijama para mantener un mínimo de decencia en este viaje, pero hasta yo sé que este pijama no puede considerarse decente. Unos pantalones cortos de seda y un top diminuto de la misma tela no tapan casi nada y dejan una franja enorme de mi estómago al aire. No llevo sujetador, y el frío hace que mis pezones se endurezcan, pero no me cruzo de brazos para ocultarlos. Tengo el pelo revuelto sobre los hombros y probablemente esté hecha un desastre, pero sonrío con ojos cansados.

«Finge hasta que lo logres».

—¿Te gusta lo que ves, tiarrón? —pregunto, echando los hombros hacia atrás y sacando pecho.

—Yo... yo... —tartamudea, y mi sonrisa se ensancha. Entonces me lanza las sábanas de golpe—. Tenemos que irnos. —Y sale de la habitación.

Tengo la cortesía de no soltar una carcajada hasta que la puerta se cierra detrás de él, aunque sin duda lo oye, si el gruñido que llega del pasillo significa algo.

Sin embargo, Jaime gana la siguiente ronda de «quién sorprende a quién» cuando bajamos al aparcamiento; lleva mi bolso al hombro, aunque le dije que podía cargarlo yo. Está más rígido que de costumbre, hiperalerta, como si fuera a ocurrir algo, pero son las seis de la mañana y, aunque hay algunos coches, el aparcamiento está casi vacío.

Después de abrir la puerta trasera de la camioneta negra y guardar mi bolso, Jaime se dirige a la puerta del acompañante y la abre para mí, pero vacilo antes de entrar.

Frunzo el ceño, confundida:

—¿Qué...?

Hay un vaso grande de café con hielo en el portavasos, una manta blanca y mullida en el asiento, un libro que nunca he leído y que no es mío, y mis auriculares encima. En el reposapiés hay una bolsa de la que asoma mi marca favorita de patatas fritas. A través del plástico creo distinguir los ositos de goma que me gustan..., los mismos que mencioné solo una o dos veces.

Miro a mi guardaespaldas y conductor, que tiene una mano detrás del cuello y la otra apoyada en la puerta del coche.

—¿Qué es esto, Jaime?

—No es... nada. De verdad.

—Es mucho, Jaime. ¿Eso... es una manta nueva?

—Estaba en la tienda y parecía cómoda. Necesitas estar cómoda; esta es un poco más larga.

—En la tienda. ¿En qué tienda? ¿Cuándo? ¿Cuándo has ido a la tienda? —Lo miro fijamente y cruzo los brazos. Es evidente que quiere cambiar de tema, meterse en el coche y fingir que no me he dado cuenta, pero no pienso permitírselo. Esbozo una sonrisa enorme, esperando su respuesta.

—Mierda, Ava, ¿no puedes simplemente subir a la puta camioneta?

—Cuando me digas cuándo fuiste a la tienda y por qué.

Finalmente suspira, dándose por vencido, y me mira durante un minuto. Supongo que se da cuenta de que no va a ganar.

—Me desperté pronto y entrené. Vi que seguías profundamente dormida; teniendo en cuenta lo de ayer, era lógico. Estabas agotada, hecha polvo. No estoy haciendo bien mi trabajo si te desmayas de agotamiento, así que fui a una tienda 24 horas y agarré unas cuantas cosas para que pudieras dormir en el coche. —Hace una pausa, como si lo que va a añadir fuese a perdonarle la vida—. Si estás dormida, yo tengo un poco de tranquilidad.

—¡Tonterías! —Sacudo la cabeza, pasmada.

Alza la mirada al cielo como si buscara una intervención divina que no llega.

—¿Y el libro? ¿De dónde ha salido?

—Había una chica trabajando allí. Estaba reponiendo estantes. Le mencioné algunos de los libros que te he visto leer; dijo que este acababa de salir, así que pensé que no lo habrías leído. —Hace otra

pausa; casi se muerde el labio antes de detenerse, como si se mordiera la lengua—. ¿Y? ¿Lo has leído?

¡Dios, qué nervioso está! Jaime Wilde, el guardaespaldas gigante a quien le pagan por proteger a la gente, está nervioso por no saber cómo voy a reaccionar ante este gesto de pura amabilidad. Me acerco un paso y cierro el espacio que nos separa, luego apoyo una mano en su pecho.

—No lo he leído, tiarrón. Gracias. —Hago una pausa y busco sus ojos, que por primera vez están sin defensa, como si fuera demasiado temprano o hubiese olvidado activarla—. ¿Por qué lo has hecho, Jaime? —pregunto suavemente—. No tenías por qué —le recuerdo.

Pasa un buen rato y creo que no responderá, pero entonces se mueve. Intencionadamente o no, ahora nuestros cuerpos están tan cerca que casi se tocan. Llevo una chaqueta blanca con capucha enorme y unos pantalones ciclistas, con el pelo recogido en un moño bajo porque hoy no hay apariciones públicas y quiero estar cómoda. En otras circunstancias me sentiría rara sin maquillaje, como si me faltara la armadura.

Pero a Jaime nunca parece importarle.

Suspira antes de responder, por fin:

—Yo... quería asegurarme de que estuvieras cómoda y pudieras relajarte. Estos días han sido duros. —Se encoge de hombros; parecen aún más grandes cuando está tímido y nervioso como ahora. Un ligero rubor cubre sus mejillas y evita mirarme a los ojos.

Debería limitarme a darle las gracias y meterme en el coche.

Pero es demasiado perfecto. No puedo.

Si me dedicara a esto, sería directora general de la empresa Cómo Hacer Sonrojar a Jaime Wilde.

Suena bastante bien, la verdad.

Pero como no puedo dedicarme a eso, me conformaré con que sea mi pasatiempo.

—Ah, sí que te gusto —digo con una sonrisa mientras miro el asiento que ha preparado y luego a él. Sacude la cabeza de un lado a otro y se pone aún más rojo.

Cielos, para ser tan grande y tan fuerte, se ruboriza muchísimo conmigo.

Sin ninguna duda, le gusto.

—¿Qué? No, no es cierto. Solo hago mi trabajo.

—¿Tu trabajo es levantarte temprano para preparar mi asiento porque sabes lo cansada que estaba anoche y quieres asegurarte de que me relaje? ¡Venga ya! —Me mira un momento y creo que va a decir algo más.

Pero no.

—Entra en la camioneta, Ava —dice.

Me doy la vuelta, todavía de espaldas al coche, cruzo los brazos y le sonrío.

—No hasta que lo admitas.

—Eres un puto dolor de cabeza, ¿lo sabías?

—Un dolor de cabeza que te gusta.

Él se me queda mirando, en sus ojos puedo ver que está pensando, pero yo sigo sonriendo porque, lentamente pero con seguridad, lo estoy convenciendo.

—Eres tolerable, ¿vale?

Lo acepto. Me parece una victoria colosal, teniendo en cuenta todo.

—Ahora entra en el coche, princesa —dice con voz más baja.

Obedezco, pero lo hago con la sonrisa más grande del mundo en los labios.



Treinta y dos

AVA

Jaime no ha dejado de comportarse con profesionalidad y caballerosidad.

Ha sido perfectamente atento y amable, pero no me ha tocado, ni siquiera apoyando la mano en mi espalda para guiarme, algo a lo que, sin darme cuenta, me había acostumbrado.

En algún rincón enfermo de mi mente no puedo dejar de pensar que lo único que quiso fue demostrar que tenía razón. Yo lo besé y quiso dejar claro, en su estúpido «mundo de macho alfa», que son los hombres los que dan el primer paso. Los hombres besan a las mujeres, y no al revés.

Hay algo en todo eso, en que él haya usado ese momento (que en mi imaginación tengo enmarcado en oro) para desquitarse, que me revuelve el estómago cada vez que pienso en ello.

Le di una semana. Una semana en la que reflexioné sobre las emociones que me despertó besar a Jaime, que él me besara, y las

dejé asentarse para ver adónde me llevaban, solo para sentir cada vez más decepción.

Sin embargo, por fin puedo pasar un momento a solas. Una gloriosa hora encerrada en esta habitación de hotel, con el cerrojo y la cadena de seguridad puestos, además de una especie de barra que Jaime me enseñó a colocar en la puerta para aislarme del resto del mundo mientras él sale a correr y yo me preparo para el baile benéfico al que iremos esta noche.

Una vez que me ducho a la velocidad del rayo y me siento en el baño para arreglarme, llamo enseguida a mis mejores amigas, a ver si ellas pueden ayudarme a darle algún sentido a mi vida.

—¡Hola! —dice Jules cuando acepta la llamada de FaceTime.

—No hables. Estoy esperando a Harper y no voy a contar esto más de una vez —digo antes de que Jules pueda decir nada.

—¿Qué?

—Yo...

—Hola, amiga. ¡Guau, qué morena estás! ¿Te estás poniendo algo en el pelo antes de meterte en el agua? Hasta las rubias naturales... —empieza a decir Harper cuando aparece en la pantalla, pero no puedo prestarle atención ahora mismo, aunque ver su cara me alegra muchísimo.

—Le besé —disparo.

Se hace un silencio en la llamada.

—¿Qué? —pregunta Jules con cautela.

—Que besé a Jaime. Y luego él me besó. Y hay algo más, yo...

—Un momento, un momento —interviene Harper—. Retrocede un poco. Vuelve al principio. ¿Él no te odiaba hace como una semana?

Jules niega con la cabeza.

—Ese hombre jamás la odió. Ni siquiera en la discoteca. Estaba irritado con ella, probablemente porque era la décima mujer que intentaba usar sus encantos para entrar a saludar al grupo, pero no la odiaba. Estaba fascinado.

—¿Qué? —pregunto, de pronto descolocada, ¿porque me lo dicen ahora?

—Ah, seguro —dice Harper—. No quise decir que la odiara de verdad —le dice a Jules como si yo no estuviera—. Solo digo que...

—¿Podéis dejar de analizar mi «no relación» y si le gusto o no desde el principio para más tarde, cuando yo no esté? Porque ahora mismo estoy teniendo una crisis.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque después de eso hubo un incidente de mierda con un fan pervertido, y él cree que por estar distraído me puso en peligro, así que ahora insiste en que lo nuestro sea solo «profesional», aunque fue el mejor beso de mi vida.

—¿De tu vida? —pregunta Harper, y yo asiento.

—Vale, pero... ¿por qué estás teniendo una crisis por eso? Tuviste un buen beso y ahora él está siendo un idiota. Él se lo pierde, ¿no? —dice Jules, y yo suspiro. Normalmente estaría de acuerdo con ella. Si fuera cualquiera que no fuera Jaime, lo estaría. Pero...

—Porque... —empiezo y me detengo, de pronto nerviosa por admitirlo.

Si lo digo en voz alta, se vuelve real. Si lo admito delante de mis mejores amigas del mundo mundial, ya no podré restarle importancia como si fuera un simple flechazo.

—¿Porque...? —insiste Harper.

Murmuro la respuesta y las veo intercambiar una mirada; ese instante me hace echarlas tanto de menos que me cuesta concentrarme.

—¿Qué? —pregunta Harper.

—Que me gusta —susurro.

—¿Perdona? —pregunta Jules, ya con una sonrisa asomando a los labios.

—Que me gusta —repito entre dientes.

Jules sonríe abiertamente, y ya sé lo que va a decir.

—Perdona, ¿puedes repetirlo una vez más? Creo que no oigo bien...

—Me gusta, ¿vale? Me gusta un chico —digo, dejando el rizador, que fingía estar usando, y llevándome las manos a la cabeza.

—No es un chico, Ava. Es un hombre —dice Jules. Pongo cara de fastidio y vuelvo a mirar el teléfono.

—Vale, me gusta un hombre. Pero me gusta mucho... de verdad.

Mi amiga deja escapar un silbido y se inclina hacia atrás. Por fin lo suelto todo, como un dique que revienta, después de un mes sin hablar con mis amigas.

—Es amable, aunque finja que no lo es. Me gusta que sea dulce con Melocotón y que aguante todas mis tonterías. Me gusta que me deje coquetear con él y que siempre, siempre, quiera protegerme, y no solo porque sea su trabajo. Me gusta que quiera encontrar la forma de dejarme ser como soy. Y me gusta que sepa que voy a ser alocada, salvaje y un poco vergonzosa, y que no le moleste. No sé. —Hago una pausa y miro al techo—. Simplemente me gusta.

Se hace un silencio en la llamada y, con cada segundo que pasa, se me encoge más el estómago, esperando que mis amigas me

digan que este enamoramiento es una estupidez, que use la cabeza y piense en el mundo real.

—Guau, nunca pensé que llegaría el día en que Ava Bordeaux admitiría que le gusta alguien de verdad.

—Me han gustado otras personas —digo, poniendo los ojos en blanco, exasperada.

—Quiero decir... Sí, pero no... realmente. Así no. Esto es diferente.

—¿Lo es? —pregunto con una extraña mezcla de nervios y emoción.

Quizá no sea solo cosa mía. Quizá no me lo esté inventando y no esté exagerando las cosas solo porque es un hombre guapísimo que está pegado a mí todo el día.

—Lo es —dice Harper.

—Sí —coincide Jules—. Entonces, ¿cuál es el problema? Te gusta, lo besaste, parece que fue un buen beso...

Sí que lo fue, y estoy a punto de confirmarlo cuando Harper interviene.

—Ella no puede salir con nadie —dice, y yo gruño en voz alta al recordar el estúpido puto contrato. Me está arruinando la vida, y lo digo en el sentido más melodramático posible—. Si no, podría perder la corona y la gira, y esa bruja pesada ganaría.

Por supuesto, ya había puesto al día a mis amigas más de una vez sobre Anne y sus mierdas, y a estas alturas la odian más que yo, como deben hacer todas las buenas amigas.

¿Tus amigas son amigas verdaderas si no odian con toda su alma a la persona a la que tú odias?

—O sea, ¿estoy incumpliendo el contrato si solo me pone las manos encima en mi imaginación? Porque, si es así, estoy jodida. —

Puedo oír, antes de verla, la expresión de Harper.

—No, Ava, no te van a demandar por fantasear con tirarte a tu guardaespaldas. De hecho, tampoco creo que te demandaran por tirártelo de verdad, igual que si tuvieras novio; pero, claro, arruinarías la «idea» de la Miss Americana perfecta: la mujer radiante, soltera, inalcanzable con la que todos los hombres pueden fantasear.

La idea me revuelve un poco el estómago.

—Pero, en mi opinión, serías todavía más valiente si dijeras «al diablo con todo» y dejaras de preocuparte por lo que dice ese contrato estúpido sobre cómo debes comportarte y con quién puedes o no puedes salir. Imagina la tormenta mediática que desatarías si simplemente filtrases lo que ellos esperan de ti —dice Jules.

—Ni se te ocurra. No le des ideas. Algo me dice que, si la organización de Miss Americana no tiene reparos en incluir una cláusula sobre no salir con nadie, también habrán metido algo sobre no hablar abiertamente del contrato que firmó —opina Harper.

—Podría echarle un vistazo a fondo, ver si tiene incluido algún acuerdo de confidencialidad.

—Jules, eres profesora de danza, no abogada.

—Puedo investigarlo, soy una genia con Google —replica. Niego con la cabeza al recordar por qué las llamé realmente, y que mi tiempo es limitado antes de que Jaime vuelva.

—Eso no importa —digo en voz alta para que dejen de discutir.

—¿Qué?

—Por eso os llamé. Desde que nos besamos, me ha estado ignorando.

—¿Cómo dices?

—No me ignora a mí, no exactamente. Ignora lo nuestro. Y todo lo que pasó esa mañana. —Las pongo al día de cómo, durante los últimos tres días, se ha comportado únicamente como un profesional. De cómo, antes, cuando teníamos horas libres en una habitación de hotel por la noche, se quedaba conmigo, hacíamos bromas..., coqueteaba conmigo con su estilo especial, que yo consideraba coqueteo; y cómo, ahora, todas las noches se encierra en su cuarto y no lo veo hasta la mañana siguiente.

—Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto? —pregunta Jules cuando termino.

—¿Qué?

—¿Qué vas a hacer al respecto, Ava?

—No lo sé, solo quería llamaros y quejarme. Yo...

Harper niega con la cabeza y me corta.

—Ava Bordeaux, nunca te he visto quedarte de brazos cruzados a ver qué pasa.

—Yo no...

—Siempre tienes un plan. Necesitas un plan, Ava. Algo que ponga todo esto en marcha. Algo que él no pueda ignorar —dice Jules.

—Chicas, yo... —empiezo, pero Harper se incorpora en la silla; sé que se le ha ocurrido algo.

—El vestido de plumas rosas —dice Harper.

—¿Qué?

—No, no. El largo color champán —rectifica—. Sí, ese es perfecto. La abertura es alta, no tiene espalda y tus tetas están espectaculares con ese vestido.

Jules asiente en cuanto entiende por dónde va.

—Tiene razón, es el ideal. Labios rosados, ojos bien delineados. Los tacones más altos que tengas.

Lentamente entiendo lo que quieren decir.

—De acuerdo —digo, asintiendo.

—Y sé tal y como eres. Se acabó el juego limpio. Nada de recatarte. Sé coqueta, sé sexi. Recuérdale que, si él no te quiere, no pasa nada. Habrá por lo menos una docena de tíos encantados de estar contigo.

Y mientras sigo preparándome con mis amigas al otro lado del teléfono, vuelvo a sentirme yo misma: me han recordado quién soy.



Treinta y tres

AVA

El vestido es un éxito.

Bueno, no en el sentido de que él me agarre de la mano, me arrastre a una habitación y me haga el amor hasta el agotamiento, sino en el de que, cuando salgo de mi habitación con el vestido color champán cubierto de brillos y largo hasta el suelo, la espalda abierta y un escote profundo —haciendo imposible llevar sujetador—, y además con una abertura que llega casi hasta la cadera; veo que Jaime cierra los ojos y respira hondo, como si se encomendara a algún dios invisible.

No niego que yo también recé al dios que fuera para que supervisara las elecciones de atuendo de Jaime, y le di las gracias por el traje perfecto: totalmente negro, con zapatos de vestir negros, cada centímetro de él una ensoñación.

Cuando entramos en el salón de baile, Jaime nos lleva a una mesa redonda grande donde están sentados varios conocidos. Atlas Oaks, y también Stella y Willa Stone, ocupan esa mesa, y sonrío.

No puedo evitar dirigirme a Jaime, apoyar una mano en su brazo y fingir nervios.

—¿Te parece bien si los saludo? Sé que no estoy en la lista de personas autorizadas, pero...

Él pone cara de fastidio y gruñe mientras apoya la mano en mi espalda, cálida sobre mi piel desnuda, y me empuja hacia ellos.

—¡Hola, chicos! Mirad, esta vez he pasado por seguridad sin ningún problema. —Me vuelvo hacia Jaime y luego hacia Stella—. ¿Quiere decir que lo he logrado?

—Cielo santo —murmura Jaime por lo bajo.

—Ah, me caes muy bien —dice Wes, rodeando mis hombros con un brazo y apretándome en un abrazo lateral.

—Qué bien, por lo menos a alguien le caigo bien. Jaime me detesta, así que...

—Yo no te detesto —dice Jaime, enfadado.

Lo miro con cariño antes de continuar.

—Ah, sí, se me olvidaba decirlo. Está enamorado de mí y se odia a sí mismo por ello.

—No estoy enamorado de ti —responde entre dientes, y yo asiento solemnemente, mirando a Wes.

—Está en fase de negación. Lo lleva fatal.

—Maldita sea, mujer —refunfuña Jaime.

—Lo mismo digo —murmuro por lo bajo mientras él mira al techo, rezando a otro dios en silencio.

—Pensaba que ya habíamos terminado con todas estas bobadas.

—La suerte está echada, tiarrón.

Él me mira, y quizá sea cosa mía, pero veo que reflexiona, como si empezara a entender a qué me refiero y no supiera cómo reaccionar.

Mala suerte.

—Dios mío, parece un programa de televisión —dice Stella en voz baja mientras su marido la abraza.

—Nunca pensé que llegaría el día en que él encontrara su igual —dice Reed, mirándonos a Jaime y a mí, a apenas unos centímetros de distancia: yo mirándole hacia arriba, él mirándome hacia abajo—. Y mucho menos que fuera una princesa de metro y medio. —Por fin dejo de mirar a Jaime.

—Una reina, muchas gracias.

Reed sonríe antes de hacer una reverencia.

—Lo siento mucho, su alteza.

—Disculpas aceptadas, supongo.

—Muy bien, te vas a sentar con nosotras —dice Willa Stone mientras se acerca a mí, enlaza su brazo con el mío y tira de mí hasta donde está sentada Stella—. Y tenemos que hablar de este vestido y de cómo puedo conseguir uno igual.

Y paso la siguiente hora sentada junto a la compositora Stella Greene y la estrella del pop Willa Stone hablando de vestidos, maquillaje y aventuras, y todo el tiempo me pregunto cómo demonios he llegado hasta aquí.

Y en ningún momento dejo de sentir los ojos de Jaime taladrándome.

Después de la cena empiezan la música y el baile, y durante ese rato veo cómo la gente se levanta y va a la pista, pero yo permanezco sentada, hablando a ratos con los chicos de Atlas Oaks o con Stella y Willa cuando vuelven de bailar. Este evento ha sido fabuloso porque,

por una vez, no gira en torno a mí. Es decir, solo he venido para dejarme ver, no para ser el centro de atención.

Pero cuando suena una de mis canciones favoritas y la banda toca las primeras notas, doy un pequeño grito y empiezo a moverme un poco mientras observo cómo las parejas salen a la pista de baile.

—¿Qué? —pregunta Jaime, mirando alrededor como si fuera a aparecer una amenaza en cualquier rincón.

—Es solo que... me encanta esta canción —murmuro, y luego me vuelvo hacia él con los ojos muy abiertos y un mohín—. ¿Podemos bailar, por favor?

—Por supuesto que no —responde de inmediato, y mi mohín se hace todavía más dramático.

—Vamos, Jaime. ¿Por favor? ¡Estoy aburrida! ¡Todo el mundo está bailando!

—Yo estoy sentado aquí —dice Beckett, el batería de Atlas Oaks, desde el otro lado de la mesa.

—¿Quieres bailar conmigo? —Vuelvo mi atención hacia él.

Beckett esboza una enorme sonrisa y abre la boca, pero luego se detiene. Incluso por encima de la música oigo el golpe de la silla cuando Jaime se pone en pie y me ofrece la mano.

—De acuerdo. Uno. Un solo baile.

—¡Yupi! —exclamo y tomo su mano casi saltando mientras él me conduce a la pista.

—¿Has dicho «yupi»?

—Sí, estoy entusiasmada. Deberías probarlo, esto de sentir alguna emoción de vez en cuando. —Él pone los ojos en blanco.

—Yo siento emociones —gruñe—. Sentí emoción en Georgia.

Un escalofrío recorre mi espalda, aunque no es de frío para nada. Me rompo la cabeza buscando qué decir, pero él se detiene en una zona algo despejada de la pista, toma mis manos y las deja sobre sus hombros y, con cierta torpeza, apoya sus manos grandes suavemente en mi cintura. Suelto una risita y alzo la mirada hacia él.

—Por Dios, ¿qué es esto, un baile del instituto? ¿Vamos a dejar espacio para Jesús?

—¿Qué?

—En el instituto salía con un chico que iba a un colegio católico, y eso es lo que decían en los bailes. Que teníamos que dejar medio metro de distancia entre nosotros para dejar sitio a Jesús. Era para evitar que bailáramos pegados, aunque la mitad de los tíos acababa yéndose por ahí a morrearse con sus novias, así que tampoco servía de mucho.

—Ajá. Bueno, sí. Profesionalidad, ¿recuerdas?

Pongo cara de fastidio y luego me acerco más hasta rodearle el cuello con los brazos, mirándole con una sonrisa maliciosa.

—Sí, fue muy profesional cuando me arrinconaste contra una pared, me tocaste las tetas y me besaste hasta que vi las estrellas.

—Ava... —dice, empezando a soltarme y sacudiendo la cabeza—. Esto ha sido una idea de mierda.

—No, no, venga. Seré buena —murmuro con tono sincero—. Solo un baile. Un baile de verdad, que no parezca que te estoy obligando. —Le miro con enormes ojos de cachorro triste, y apenas pasa un momento antes de que se rinda, me agarre de la cintura y me apriete con fuerza contra él.

—Es muy poco profesional.

—Si alguien te llama la atención, me encargaré de decirle a todo el mundo que ha sido idea mía y que te he obligado. Les diré que no me soportas y que solo haces el esfuerzo. —Él sacude la cabeza, con enfado en el rostro mientras su brazo alrededor de mi cintura se afloja—. ¿Qué? ¿Qué he hecho mal ahora?

—Creo que he dejado bastante claro que no te detesto, Ava. Más bien todo lo contrario.

—Bueno, siempre pareces cabreado conmigo —digo mientras bailamos al ritmo de la música; una voz ronca y los instrumentos lentos nos envuelven. Solo he bebido una copa de champán y, aun así, en este momento siento que estoy completamente borracha—. Ahora estoy acomplejada, que lo sepas.

El tiempo pasa mientras bailamos; entonces, con su mano, presiona mi espalda y pega mi cuerpo al suyo, y me clava la mirada en los ojos.

—Estoy cabreado conmigo mismo la mayor parte del tiempo. Cabreado porque he dejado que me afectes. Estoy obsesionado contigo, Ava. Ya te lo dije. Te pasas el día diciéndome que sientes que te deseo, que me gustas. Te pasas el día provocándome, coqueteando conmigo, diciéndome que estoy enamorado de ti y luego, cada vez que tengo algún gesto decente, actúas como si te sorprendiera.

—Porque solo estoy fastidiándote, Jaime. En realidad no creo...

—No me mientas, y no te mientas a ti misma, Ava. —Levanta una mano y roza los rizos largos y sueltos que caen sobre mi hombro y mi espalda; sus dedos ásperos tocan mi cuello.

No digo nada durante un buen rato mientras nos mecemos; no sé qué responder, sobre todo teniendo su cuerpo tan pegado al mío de

una forma que encaja demasiado bien.

—Estás muy callada —dice por fin.

—Mmm —respondo, sin contestar a su pregunta implícita.

—¿Vas a decirme por qué?

Suelto un suspiro largo. Todo esto sonaba divertido cuando era solo una idea en una habitación de hotel, mientras me preparaba para este baile, cuando una parte pequeña y soñadora de mí pensaba que él me miraría y haría grandes confesiones sobre lo enamorado que está de mí, sobre lo mucho que quiere mandar a la mierda cualquier profesionalidad e intentar esto que lleva ardiendo entre nosotros desde el principio.

Pero ahora que parece más de lo mismo..., la misma confusión, los mismos mensajes contradictorios..., estoy cansada. Cansada, confundida y con mucho miedo de que me rompan el corazón.

—Solo intento entender qué nos pasa.

—¿Qué? —Por fin baja la cabeza para mirarme.

—Qué nos pasa, Jaime. A ti y a mí. Un día haces todo lo posible por evitarme, y luego bailas lento conmigo y me dices que estás obsesionado conmigo. Otro día me besas como si te fuera la vida en ello, y al siguiente me sueltas que para ti solo soy un trabajo. No me molesta el coqueteo, porque yo hago lo mismo, y no me importa que quieras dejar claros los límites, porque puedo respetarlo. Pero estos mensajes contradictorios me están cansando.

—Ava, yo...

Dejo de moverme, levanto la vista y, cuando su expresión se suaviza un poco, lo entiendo. Sé que lo ve, porque se lo he dejado ver. El dolor y la confusión, ahí debajo de la máscara de seguridad que siempre llevo puesta.

Sacudo la cabeza.

—Me merezco un hombre que, cuando me mire, cuando diga que me quiere, lo diga de verdad. Que lo sepa con toda su alma. Me merezco un hombre decidido. No me merezco estos latigazos que me has estado dando. No me merezco a alguien que me besa como si me fuera a cambiar la vida y luego me ignora y me trata como a cualquier trabajo. Me merezco el mundo, y si no estás dispuesto a dármelo, necesito saberlo ya.

Él no responde, pero yo sigo mirándole. Tiene la mandíbula tensa, y es un peligro de lo guapo que es. Justo delante de mí y, de algún modo, a kilómetros de distancia.

—Entonces, ¿qué va a ser, tiarrón?

Espero una respuesta.

Sigo esperando mientras la gente baila a nuestro alrededor, y con cada momento que pasa, con cada nota de la canción romántica, se me hace un nudo más grande en el estómago.

En ese momento me doy cuenta de que me he equivocado.

Me he equivocado mucho, porque, de alguna manera, he empezado a enamorarme de este grandullón idiota.

Y para él yo solo soy un trabajo.

Con la misma brusquedad con la que me doy cuenta de esto, la canción termina y Jaime retrocede un paso, como si esa fuera la única razón por la que me estaba sujetando.

—Tengo que ir al baño —dice.

—Claro que sí —murmuro en respuesta, volviéndome hacia la mesa, donde Beckett sigue sentado, ahora con Wes, con una copa en la mano y una pierna extendida mientras nos observa fijamente,

con una pequeña sonrisa en los labios, aunque sé que en los míos no hay ni rastro de sonrisa.

Jaime me acompaña hasta la mesa con una mano firme en mi espalda, pero solo como un guardaespaldas acompaña a su clienta.

—¿Puedes vigilarla? —Jaime pregunta a su amigo y, sin detenerse, se aleja hacia la salida.

Lo observo aunque no quiera, y no se me escapa que ni siquiera se gira para mirarme.

—Entonces, ¿ya te ha confesado que está enamoradísimo de ti? —dice una voz, y vuelvo a prestar atención a Wes, que me mira sonriendo.

—¿Qué?

Su sonrisa se ensancha cuando me vuelvo hacia él. Se incorpora en la silla, apoya los antebrazos en la mesa y sacude la cabeza.

—Así que la respuesta es no. Es demasiado tozudo para admitirlo.



Treinta y cuatro

JAIME

He metido la pata al tardar tanto tiempo en responder.

Además, he mentido cuando he dicho que tenía que ir al baño, y por eso estoy paseándome por la entrada del salón de baile, respirando hondo para tratar de calmarme.

No debería haberlo hecho: agarrarla de la mano y llevarla a la pista de baile, no cuando me ha estado provocando desde que volví de correr, no cuando lleva puesto ese vestido que me ha tenido toda la noche intentando disimular la erección. Pero lo he hecho; lo ha hecho un fantasma que se ha apoderado de mi cuerpo cuando ella se ha ofrecido a bailar con Beckett.

El mismo fantasma que me obligó a levantarla, a apretarla contra la pared y besarla hace unos días. El mismo que me hizo comprarle helado cuando debería haber hecho todo lo posible por convencerla de que no me siento atraído por ella. El que me llevó a comprar

juguetes para la gata y café con hielo antes del amanecer exactamente como a ella le gusta, y libros para leer en el coche.

Estoy perdiendo la puta cabeza. Tiene razón. No puedo seguir enviándole mensajes contradictorios cuando los suyos son transparentes.

Pero la pregunta es ¿tengo las agallas para hacerla mía? Y, si no, ¿tengo estómago para soportar que decida estar con otra persona?

La respuesta es clara, y me impulsa a mover los pies con un nuevo ímpetu de vuelta a la fiesta.

Ava es mía, y ha llegado el momento de que sepa exactamente lo que significa para mí. En ese instante oigo una voz femenina conocida.

—Debes calmarte —dice la voz de la mujer.

—¡No puedo calmarme porque me está jodiendo, Regina! —responde otra mujer con un chillido—. ¡Está usando mi corona! Todos los días la gente me hace todas estas preguntas, y cada vez más artículos la llaman «la princesa del pueblo», ¡como si fuera Lady Di! ¡Se supone que esa soy yo, Regina! Si no arreglas esto, voy a tener que decirle a todo el mundo...

Se oye el ruido de una bofetada en el pasillo, seguido de un gemido que parece de Anne. ¿Regina acaba de golpearla?

—Deja de quejarte, Dios mío. Me tienes agotada. El hecho de que provoques controversias y hagas que ella quiera quedarse para demostrar que te equivocas no ayuda. Estás haciendo las cosas más difíciles, Anne. Sigue haciendo lo que haces y todo saldrá bien. Solo debes tener paciencia. —Una puerta se abre, el ruido de la fiesta invade el espacio y ahoga la conversación que intento escuchar; luego se cierra y vuelve el silencio—. Pero ahora mismo, vete al

baño, límpiate la puta cara y sigue el juego. Serás Miss Americana más pronto de lo que crees, pero no con esa pinta. —Se oyen tacones alejándose por el pasillo.

Todo esto acaba de pasar, pero yo solo puedo pensar en una cosa.

Ava.

Ava, Ava, Ava.

Tengo que ver a Ava, porque algo de todo esto está mal. Y porque necesito estar con ella, hablar con ella y arreglar el lío que he montado.

Regreso al salón de baile, mis ojos buscan nuestra mesa y la sangre se me congela. Ava está sentada sobre la mesa de mantel blanco, con la cabeza echada hacia atrás, hablando con Wes. La mano de él está apoyada sobre la mesa, junto a su cadera; el tajo profundo del vestido deja ver su piel. No la toca, pero está peligrosamente cerca. Ella balancea los pies mientras se ríe, y la cara de Wes se inclina hacia ella con una sonrisa en los labios.

Está hechizado, como le pasa a todo el mundo cuando tiene a Ava delante.

Parecen estar juntos. Parecen una pareja pasándolo bien, como si llevaran mucho tiempo así.

Cómodos.

Demasiado cómodos.

Ella mueve la mano y le da un empujón en el hombro mientras se ríe, y él la sujeta de la muñeca para evitar que se resbale del borde de la mesa. Yo no tengo ni idea de lo que está pasando.

Algo dentro de mí se rompe y avanzo, casi corriendo. La gente se aparta cuando paso a su lado sin pedir disculpas hasta que llego a

nuestra mesa, la agarro de la mano, pongo una mano en su cintura y la bajo de la mesa.

—Vamos —digo cuando sus tacones están firmes en el suelo...; esos tacones que imaginé clavados en mi espalda toda la puta noche.

—Jaime...

—Nos vamos —digo, poniendo una mano en su codo y agarrando el pequeño bolso rosa que Wes me entrega con una sonrisa engreída.

—Jaime...

—No discutas conmigo, princesa —murmuro.

—¿Qué demonios ha sido eso, Jaime? —grita ella en cuanto salimos del salón de baile. Me sigue mientras la sigo agarrando de la mano con fuerza, rumbo a los ascensores.

—¿Yo? ¿Qué demonios ha sido eso, Ava?

—¿¡El qué!?

—Tú y Wes —digo entre dientes mientras pulso el botón del ascensor.

—¡Estaba siendo amable! Dios no lo quiera, ¿verdad? Solo hablábamos del concurso y...

—A ese hombre le importan una mierda los concursos. Tenía los ojos clavados en tus tetas. Quiere echar un polvo contigo, Ava.

Ella levanta las manos al aire, irritada.

—¡Al menos hay alguien que sí quiere! —Sus palabras tensan mi cuerpo, pero Ava lo ignora y continúa—. Por lo menos alguien me desea, muestra interés por mí. Por lo menos hace algo.

—Ava —digo, y hasta en mis propios oídos mi voz suena baja y peligrosa mientras la agarro de la mano. Un escalofrío la recorre,

pero me la aparta y se acerca un paso, empujando mi pecho con una uña de punta blanca.

—No tienes derecho a besarme, a fastidiarme, a decirme cuánto me deseas una mañana y luego pasarte los días siguientes haciendo todo lo posible por no rozar siquiera tu brazo con el mío. No tienes derecho a estar celoso cuando has tenido todas las oportunidades del mundo para hacerme tuya y nunca las has aprovechado. No tienes derecho a mantenerme en espera, siempre a tu disposición para cuando decidas que quieres sacarme de la caja y jugar conmigo. —Clava su dedo en mi pecho como si quisiera hacerme daño—. Te dije ahí dentro que necesitaba que tomases una decisión sobre lo que quieres de esto, de mí, y te largaste.

—Necesitaba aire —digo.

—Y yo necesitaba una respuesta, pero como siempre, eres demasiado cobarde para hacer algo al respecto.

Suena un timbre, llega el ascensor y las puertas se abren. Ella entra y pulsa el botón para cerrarlas antes de que yo pueda hacerlo, pero meto la mano entre las puertas y entro.

Ella pone los ojos en blanco y se gira para encararme, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Estoy harta de esto, Jaime. O me quieres y estás dispuesto a mandar a la mierda todas esas reglas que tienes en la cabeza, o acordamos ser buenos amigos platónicos durante el resto de esta gira. Estoy cansada de estos juegos.

Tiene razón.

Y por eso me acerco a ella hasta arrinconarla contra la pared, con una mano en su cadera y la otra en su mandíbula, inclinando su cabeza para que me mire.

—A la mierda —digo.



Treinta y cinco

AVA

Sus labios tocan los míos y me arrebatan todo el aire de los pulmones. Lleva una mano a la parte de atrás de mi cabeza, inclinándola hacia atrás hasta donde él quiere para devorarme la boca.

De inmediato, todo mi cuerpo se enciende; la irritación que sentía momentos antes se desvanece cuando su lengua penetra en mi boca, enredándose con la mía. Me aprieta de tal manera que mi espalda desnuda choca contra el metal frío del ascensor que se mueve lentamente, y sus caderas se presionan contra mi vientre de manera que puedo sentir su miembro erecto.

Suelto un gemido entrecortado al confirmar que yo le afecto tanto como él me afecta a mí, mientras sus labios recorren mi cuello y dobla las rodillas para levantarme con una mano agarrando mi culo. La apertura de mi vestido me permite entrelazar mis piernas alrededor de sus caderas.

—Me vuelves totalmente loco, en cada momento de cada día —dice en mi cuello, besando y lamiendo mi oreja, mordiendo el lóbulo. La mano que no me sujeta se mueve para tocarme un pecho, y, sin pensarlo, arqueo la espalda hacia su mano.

—Te deseo tanto... —digo con un gemido—. Por favor.

—Me tendrás, princesa —gruñe; mis uñas arañan la parte de atrás de su cabeza y lo atraen de nuevo hacia mi boca para poder besarlo, reclamarlo y convencerme de que esto no es un sueño descabellado.

El ascensor se detiene en nuestro piso y, en lugar de bajarme, me lleva en brazos por el pasillo, mis labios presionando su mandíbula mientras llegamos hasta la puerta de nuestra habitación. La abre, entra y me empuja contra la pared, apretándome contra él mientras vuelve a cerrar con llave.

Por fin sus labios regresan a los míos, reclamándome, devorándome y saboreándome como si su vida dependiera de ello.

—No deberíamos estar haciendo esto —digo, respirando agitadamente mientras su mano se mete en el escote de mi vestido y me agarra un pecho.

—Dame una buena razón para no hacerlo —murmura contra mi cuello, rozando mi piel con su barba incipiente.

—Tu trabajo —jadeo contra su cuello, intentando recordar por qué no debemos hacerlo, y él sacude la cabeza.

—¿A quién demonios le importa? —gruñe, frotando mi pezón con los dedos y arrancándome otro gemido—. Perfecto.

—Debería —digo, incapaz siquiera de formar frases completas, mientras mi mano en su nuca lo acerca.

—Tu contrato —replica, y entiendo lo que quiere decir.

Ya no me importa nada. Si significa tener a este hombre, ¿qué importa lo demás?

—Por supuesto que vale la pena.

—Exactamente.

Camina conmigo y salimos de la pequeña entrada al área común; luego me deja apoyar los pies en el suelo. Con una mano baja una tira de mi vestido, que cae fácilmente hasta mi espalda baja. Repite el gesto en el otro lado y todo el frente del vestido se desploma hasta mi cintura, dejando mis pechos expuestos ante él.

Él gruñe, un sonido que nace profundo en su pecho, y observo cómo este hombre gigantesco cae de rodillas y rodea mi seno con una mano, llevándolo a su boca, mientras con la otra tira de la tela que rodea mi cintura. Sus labios chupan mi pezón, su lengua rodea la punta mientras tira impaciente de mi vestido.

—El cierre —digo entre gemidos, mientras mi mano se aferra a su nuca para que no se aleje de la fuente del placer intenso que estoy sintiendo—. Atrás.

Su mano se mueve tratando de encontrarlo mientras su boca mordisquea mi pezón. Por fin da con el cierre y tira de él hasta que mi vestido cae junto a mis pies.

—Incluso aquí hay pequeños lazos para esta dulce princesita, ¿eh? —dice, rozando con el dorso de la mano el diminuto lazo en la parte delantera de mi tanga. Empieza a descender, rozando mi clítoris ya hinchado a través de la tela, y llega hasta más abajo mientras mis caderas se mueven para recibir más. Luego, las puntas de sus dedos ascienden de nuevo hacia mi centro—. Dios, estás empapada, y apenas te he tocado.

Asiento con la cabeza y lo miro; de algún modo me siento completamente a su merced y totalmente en control al mismo tiempo, como una reina adorada por su súbdito más leal.

Él mantiene mi mirada mientras baja, presionando su boca sobre mi tanga, lamiendo mi clítoris, y cuando lo hace, gruñe como si el placer fuese suyo más que mío. Araño su cabeza con mis uñas, apretándolo para obtener más.

Sus manos se deslizan por los lados de mis muslos hasta que sus pulgares chocan con la cintura de mi tanga. Lo baja por mis piernas, se detiene a mitad de camino, luego separa mis piernas, tensando la tela, que corta y hace arder mi piel.

Por fin un dedo grueso se desliza ligeramente por mi sexo abierto.

—Jaime —suspiro al ver cómo su dedo rodea mi clítoris, consciente de que me mira para registrar cada una de mis reacciones.

—¿Sabes cuánto tiempo he esperado oírte decir mi nombre así? —dice en voz baja, y luego desliza un dedo en mi vagina con un gemido grave, disfrutándolo tanto como yo—. Disfruta, princesa. —El dedo sale, y la iluminación tenue del hotel refleja mi humedad antes de que vuelva a introducirlo—. ¿Sabes cuánto tiempo he deseado penetrar este coño estrecho y jugar con tus preciosas tetas? —Sus dedos se retiran y gimo por el vacío que dejan, mientras él sube las manos por mi vientre y extiende mi humedad sobre mis pezones, sujetando el peso de mis pechos entre sus manos—. ¿Cuánto tiempo he esperado para saborearte? —Se inclina de nuevo, chupando mi pezón, lamiendo mi piel. El gruñido que lo desgarra vibra en mi piel cuando abandona mi pezón, sacando cada gota antes de soltarme.

—Sí, necesito comer eso —dice, como si hablara consigo mismo. Se pone de pie, me baja el tanga hasta el suelo y me levanta desnuda, caminando unos pasos hasta el sofá con mis piernas en torno a él mientras sigue besándome en la boca. Cuando su lengua se desliza en mi boca, siento mi gusto allí, mezclado con el sabor característico de Jaime, y eso provoca una nueva ola de humedad entre mis piernas.

Me tumba en el sofá y se arrodilla frente a mí.

—Abre estas preciosas piernas —dice. Hago lo que me pide, me siento al borde del sofá, las piernas tan abiertas como puedo. Sus manos se apoyan en la cara interna de mis muslos y las abren aún más.

—Ábrelas más. —Su voz es ya un gruñido profundo—. Necesito espacio para actuar.

Entonces lo hace.

Su lengua ancha me recorre desde la entrada hasta el clítoris, chupando, obligándome a echar hacia atrás las caderas. Me mira.

—Aún mejor de lo que imaginé, Ava. Y me lo he imaginado demasiadas veces.

—¡Dios mío! —Lo miro con la boca ligeramente abierta y los ojos entrecerrados—. Necesito más. Tus dedos —gimo—. Por favor. Necesito estar llena.

No tengo que pedírselo dos veces, él gime al oír mis palabras, su mirada clavada en la mía, e introduce dos dedos. Empieza a follarme con ellos, deslizándolos dentro y fuera, curvándolos exactamente donde lo necesito, a la velocidad perfecta, mientras su boca vuelve a mi clítoris.

Me apoyo sobre mis manos y observo mi cuerpo desde arriba, mirando a este hombre arrodillado por mí, devorándome como si su único deseo fuera hacerme llegar al orgasmo con su lengua. Jamás en mi vida me había sentido tan poderosa ni tan deseada como con este hombre que gime en mi vagina mientras me consume.

El orgasmo crece en mi vientre, enorme, cálido y en aumento mientras él gruñe en mi vagina. Mis caderas se mueven y se echan hacia atrás para recibir más, para llegar más rápido, pero su mano libre se mueve, agarra mi muslo y aparta aún más mis piernas como me indicó.

—¡Voy a correrme, Jaime! —grito ante el leve dolor provocado por el estiramiento de mi cadera, y siento que me recorre todo el cuerpo ante el inminente orgasmo. Sus dedos penetran aún más y me acarician mientras acabo en su lengua y grito su nombre.

El orgasmo aumenta y se duplica cuando él gime dentro de mí y veo cómo su mano busca su polla por los pantalones desabrochados, como si el placer de besar mi vagina fuera excesivo.

Mientras lentamente vuelvo en mí, él me lame, besando mi clítoris y los lados de mis muslos antes de ponerse de pie; se quita los pantalones y la ropa interior, mientras su largo y grueso pene se menea frente a mi cara. Luego desabotona su camisa y la deja caer junto con los pantalones al suelo mientras yo observo, todavía agitada.

—Siempre hablas tanto conmigo; vamos a darle un buen uso a esa boca. Ábrela, nena.

Todo mi cuerpo se enciende ante la orden, porque es precisamente eso: una orden de abrir mi boca para que él pueda penetrarla. Cuando lo hago, acaricia su erección y la mueve arriba y

abajo una, dos veces, haciéndome gemir ante la imagen. Después enrosca mi pelo alrededor de su puño y aprovecha este agarre para guiar mi boca a su pene.

Lo miro justo cuando se desliza dentro: veo cómo abre la boca y sus ojos se ponen en blanco cuando llega al fondo de mi garganta; tira de mi pelo para hacerme retroceder y luego vuelve a embestir, dejando escapar un gemido mientras me observa.

Está follándome la boca.

Está follándome la boca, y me encanta. Mis ojos empiezan a lagrimear mientras bajo mi mano por mi cuerpo; mis piernas siguen abiertas, sentada como estoy al borde del sofá; encuentro mi vagina húmeda y rodeo mi clítoris, y un leve zumbido de lujuria me invade.

—Dios, mírate, masturbándote, lista para mí otra vez solo porque estás chupando mi polla. —Observo cómo me mira mientras acaricio mi vagina y lo chupo. Su mano en mi pelo acelera, obligándome a succionar más fuerte; él embiste mi boca, golpea el fondo de mi garganta mientras me acaricio al mismo ritmo—. Dios santo —gime, luego se retira, y yo gimo de frustración.

Una sonrisa leve aparece en sus labios y sacude la cabeza.

—La mujer perfecta. —Me levanta y nos movemos hasta el brazo del sofá mientras me besa; el sabor del líquido preseminal mezclado con mi propio sabor.

Gimo al sentir el sabor y él rompe el beso para apoyarme en el brazo del sofá, moviéndome hasta que estoy de rodillas, con las manos sobre el asiento. Su dedo se desliza por mi sexo y lo miro por encima del hombro mientras él observa cómo mi mano acaricia su polla.

—Me hice pruebas antes de empezar este trabajo y todo salió perfecto —dice—. Sé que tomas pastillas anticonceptivas. No tengo problema en ponerme un condón, pero te mentiría si dijera que no sueño con llenarte de mi semen, Ava.

Me estremezco al oírlo, y él se da cuenta de ello porque gime y desliza un dedo en mi interior.

—En mi última revisión todo salió bien. Por favor... ¡Ah, Dios mío! —gimo cuando roza la punta de su polla en mi entrada, con una mano firme en mi cadera.

—Muévete, nena —dice con voz casi dulce.

Hago lo que pide y un gemido bajo y gutural llena la habitación.

Mi gemido.

Mi gemido cuando el pene demasiado grueso de Jaime me estira y me llena al ritmo que yo establezco. Las manos de él acarician suavemente mi trasero, pero yo hago el trabajo, llenándome de Jaime. Cuando miro por encima de mi hombro, él está de pie, mirando impresionado cómo lo recibo.

—Dios, nena, deberías verte, qué hermosa estás penetrándote. Te ves increíble llena de mí.

Mis caderas retroceden hasta chocar con sus muslos, totalmente entregada, el estiramiento todavía teñido de un dolor delicioso.

Respiro hondo, temblando. Voy a estallar.

Estoy demasiado llena, es demasiado perfecto, no puedo soportarlo.

—Lo sé, nena —dice—. Lo sé. —Parece sentir la misma perfección devastadora de estar unidos así.

Con lentitud, retira su polla y vuelve a penetrarme, una mano apretada contra mi espalda para guiarme hasta que mi pecho se

pega al sofá, mis piernas extendidas, separadas para él. Mi trasero se eleva y de alguna manera lo siento aún más profundo; toca un grupo de nervios que nunca nadie antes tocó, y mi cuerpo se sacude con él. Vuelve a deslizarse hacia afuera antes de volver a arremeter, repitiendo el movimiento mientras gimo con esta exquisita sensación.

De pronto empieza, el placer se vuelve excesivo y necesito correrme. Lo necesito, o voy a explotar.

—Jaime —digo, y mi mano se desliza hasta detenerse en mi clítoris y lo frota con fuerza, tratando de aliviar el suplicio devastador entre mis piernas que él empezó y que sigue alimentando al tocar ese punto en mi interior con cada movimiento de sus caderas.

—Eso es. Frota ese precioso clítoris mientras te follo, princesa.

Echo las caderas hacia atrás, el placer se acumula mientras él me folla, penetrando hondo, con ambas manos en mis caderas para guiarme y mantenerme donde quiere. Una mano se aparta y me da una palmada en el culo. Gimo ante el ardor, ante la forma en que el placer inunda mi clítoris.

—Mierda, sabía que te gustaría, mi chica mala. —Deja de moverse, se queda dentro de mí, y yo gimo en señal de desaprobación. La otra mano se levanta antes de azotar mi piel y grito, y mi clítoris late entre mis dedos.

—Jaime, te necesito, por favor.

—Entonces muévete. Haz lo que necesitas.

Suelto un quejido, pero empiezo a moverme, echando hacia atrás mis caderas y obedeciendo; gimo cuando me penetra y luego sale. Empiezo a moverme más rápido, follándolo mientras con mis dedos

acaricio mi clítoris, con el orgasmo que pondrá fin a todos los orgasmos que crecen de nuevo en mi vientre.

— Mira cómo mi chica mala hace lo que necesita, masturbándose con mi polla.

—Estoy muy cerca, Jaime.

—Lo sé, nena, sigue así, así como vas.

—Sí... sí —jadeo. Sus dedos tensan mi trasero, abriéndome para él. Un sonido distante me llega a los oídos, luego algo húmedo cae sobre mi trasero, su mano se mueve y su pulgar frota la humedad en mi orificio anal.

Ha escupido sobre mí.

Ha escupido sobre mí, y... el pulgar de su mano izquierda empieza a moverse, apretando lentamente. Mis ojos se cierran al sentirlo entrar, al sentirme tan llena de Jaime, ante la manera en que mi mano frota mi clítoris, cómo su pene late mientras me masturbo con él.

—Córrete para mí, Ava. —Y su otra mano vuelve con una bofetada sonora, y exploto.

Demasiadas sensaciones a la vez, devastadoras e intensas como electricidad, y llego al orgasmo, gritando el nombre de Jaime mientras tiemblo. En algún lugar oigo que Jaime gruñe cuando me contraigo alrededor de él y veo las estrellas.

Él tira de mi hombro, de manera que vuelvo a estar sobre mis manos y rodillas. Es un nuevo ángulo, y él arremete con más fuerza que antes y me folla más profundamente, esta vez para sí mismo. Abro la boca, pero no sale ningún sonido mientras él me folla, mientras el fuego quema; me siento un poco mareada, pero el placer crece y crece en mi vientre una vez más.

Intento tocarme el clítoris para llegar al clímax, pero él aparta mi mano y hace una pausa, sus caderas se retiran hasta que apenas está en mi interior, deteniendo el orgasmo como a un tren de carga. Doy un gemido, echando atrás mis caderas para intentar recibir más.

Él se inclina, apretando su pecho contra mi espalda.

—Solo te corres cuando yo lo diga, Ava. Eso es lo que merecen las chicas malas —murmura en mi oído, la voz áspera—. Serás mi chica buena y aguantarás hasta que yo te lo permita.

—Jaime —gimo, tanto porque es lo más sexi que escuché jamás como porque no creo que exista un universo en el que pueda soportar mucho más—. No puedo.

—Sí puedes, y lo harás. Por mí, princesa, lo harás. —Por fin sus caderas se mueven y se desliza en arremetidas lentas y suaves, y siento un placer infinito y sordo, pero no es suficiente..., no es lo que necesito.

—Jaime, necesito...

—Sé exactamente lo que necesitas, Ava. —Su mano derecha se mueve, se envuelve en mi cabello y tira mi cabeza hacia atrás. Los pinchazos de dolor por los tirones se transmiten directamente a mi vagina cuando empieza a penetrarme con fuerza otra vez, el placer se entremezcla con el tirón de mi pelo, como gasolina para el mejor orgasmo de mi vida. Cuando sus caderas llegan a lo más profundo y me aplastan, comienza a encenderse y...

Y se detiene. Su mano suelta mi pelo. Su polla se queda quieta.

—¡Jaime! —grito, mirándolo por encima del hombro—. ¡Por favor!

—Estás tan preciosa suplicando, Ava.

—No puedo... —sollozo, y la mano en mi garganta se mueve sobre mi cuello y mi pecho hasta que agarra un pecho con suavidad.

—Sí puedes —repite, mientras su dedo rodea mi pezón y me penetra lentamente, llenándome hasta arriba antes de retirarse una vez más. La mano en mi pecho vuelve a descender para frotar mi clítoris, mientras la mano en el sofá junto a la mía sujeta su peso. Me duele el cuerpo, y eso lo obliga a penetrarme más profundamente, y grito, pero no es suficiente, son solo caricias ligeras sobre mi clítoris hipersensible.

—Jaime, Jaime. Por favor. —Apenas sé elegir las palabras en mi cerebro, y mucho menos formar oraciones, cuando en lo único que puedo pensar es en lo bien que se siente, cuánta tortura es todo esto, y ahora el latido constante en mi clítoris.

—Lo sé, nena, lo sé —dice mientras se desliza hacia adentro y hacia afuera, mueve su mano por mi cuerpo y pellizca mi pezón nuevamente—. Voy a llenarte, Ava, apenas te corras por mí. Mierda, qué bien te siento —gruñe, su cuerpo sobre el mío mientras arremete en mi interior y me folla con fuerza, y finalmente, finalmente, me penetra profundamente y se queda allí, la mano sobre mi pezón se mueve a mi clítoris y lo frota mientras estallo.

Me corro una y otra vez, todo mi cuerpo encajando contra el suyo mientras él grita mi nombre en mi cuello, llenándome con su semen. Sigue deslizándose lentamente dentro y fuera de mí, con sus dedos en mi clítoris, extrayendo un último orgasmo de mi cuerpo mientras susurra palabras sensuales en mi oído, pero la última es más lenta, más suave y, de algún modo, más dulce.

Reina el silencio en la habitación del hotel y, finalmente, aún dentro de mí y con voz engreída, Jaime dice:

—Te dije que podíamos hacer la del perrito.

Entonces, estallo en carcajadas.



Treinta y seis

AVA

Permanecemos tumbados durante largos minutos, con el cuerpo de Jaime sobre el mío en el brazo del sofá, hasta que por fin bajo de mi nube y murmuro:

—Debería ir a limpiarme.

Él asiente y se aparta.

Rápidamente voy al baño, me lavo y arreglo el maquillaje corrido. Luego me miro en el espejo y una oleada de pánico y confusión me invade.

¿Ahora qué hago?

¿Vuelvo al salón principal? ¿Voy a mi habitación? ¿Lo ignoro? ¿Vuelvo allí y lo beso? ¿Ha sido esto algo de una sola vez, para quitarnos las ganas?

Se me ocurren millones de preguntas, pero la que escucho con más claridad es: ¿Qué estoy haciendo?

No soy tímida.

No hago conjeturas. Ni siquiera me adelanto a los acontecimientos.

Pero así es como me siento en este momento. ¿Cuál es la expectativa ahora? ¿Somos…?

—Ava, trae aquí tu dulce culo —llama la voz ronca de Jaime desde su habitación, y en el espejo abro mucho los ojos.

Sin embargo, respiro hondo, asiento para mí misma una vez y regreso a la habitación que ocupa Jaime. Está sentado con la espalda apoyada en el cabecero, cubierto con una sábana hasta la cintura. Saca un brazo y con los dedos me hace una seña para que me acerque.

Mi cuerpo obedece antes de que mi cerebro lo procese. Cuando me acerco, me agarra con una mano de la cadera y con la otra de la cintura, y mueve el cuerpo para levantarme con facilidad y sentarme a horcajadas sobre su regazo, hasta que quedamos cara a cara. Una mano se aparta de mi cadera y me empuja el pelo suavemente detrás del hombro.

—¿En qué piensas?

Valoro hacer una broma, mostrar mi versión de chica guay y no dejarle ver mis miedos y mis nervios, pero sé que él se daría cuenta. Es la desventaja de Jaime Wilde...; se da cuenta de todo.

Suspiro antes de responder.

—Es solo que... no sé qué debo hacer ahora que nosotros... ya sabes. No sé dónde estamos —murmuro, mirando mi mano en lugar de mirarle a él antes de continuar—. ¿Qué es esto ahora? ¿Nos hemos acostado solo una vez? ¿Somos amigos con derecho a roce? ¿Todo vuelve a la normalidad por la mañana? —Sus labios dibujan

una sonrisa y, por un momento, me pregunto si por fin el hecho de haber tenido sexo le ha quitado el mal humor.

—¿Me estás diciendo que Ava, una mujer que no se anda con rodeos, que es supersegura de sí misma, que lleva casi dos meses diciéndome que estoy enamorado de ella, no está segura de cómo debe comportarse? ¿Mi Ava, la que coqueteó con una estrella del rock solo para enfadarme... —dice, y dejo que un delicioso escalofrío me recorra cuando me llama «su Ava»—, ... de pronto está nerviosa y no sabe cómo actuar?

Me ruborizo; siento vergüenza, ansiedad y una duda intensas. Me muerdo el labio y giro la cabeza para no mirarle, pero noto sus dedos ásperos en mi mejilla, obligándome a volver el rostro hacia él.

—Estamos en que ahora eres mía —dice sin vacilar—. Eres mía, Ava. Significa que, en cada parada a partir de ahora, una de esas camas quedará intacta porque compartiremos la otra. Significa que te cuido, duermo a tu lado y puedo hacerte el amor todas las noches y besar tus dulces labios cada vez que quiera, y eso es mucho. Aparte de eso, no cambiará gran cosa, porque ya hemos estado obedeciendo las normas durante semanas. Solo que ahora no las obedecemos.

Asimilo sus palabras, reprimo una sonrisa y el vértigo me estalla en el pecho.

Me siento realmente bien.

—¿Quiere decir que estamos saliendo juntos?

—Sí, nena —dice, y con su mano vuelve a apartarme el pelo hacia atrás; parece que le encanta hacerlo. Quizá simplemente le gusta poder tocarme sin estar infringiendo algún tipo de norma, algo con lo que me identifico totalmente.

—Entonces, ¿eres mi novio? —pregunto con voz burlona.

Él cierra los ojos un momento y suspira.

—«Novio» suena como si tuviéramos quince años y fuera a llevarte al baile de graduación. Pero si así quieres llamarme, adelante. —Mi sonrisa se ensancha—. Pero tenemos que establecer pautas claras.

Arrugo la nariz; no me gusta cómo suena eso, y él sonríe como si hubiéramos intercambiado los papeles. Nos giramos hasta que yo quedo tumbada de espaldas, con sus manos apoyadas en la cama, a cada lado de mi cuerpo.

—¿Por qué creo que esto no va a gustarme? —refunfuño.

—Porque detestas cualquier regla o limitación en lo que se refiere a proteger tu seguridad.

—Eso no es verdad... —empiezo a decir, pero él me mira intensamente y yo asiento—. De acuerdo, quizá un poco.

Respira hondo, con la mano enterrada en mi pelo para mantenerme quieta, para que no aparte la mirada.

—No podemos estar juntos en público —dice—. Cuando eres Miss Americana, soy tu guardaespaldas. Cuando eres Ava, eres mía.

—¿Entonces esto es... solo sexo? —Se me hace un nudo en el estómago al pensarlo porque, aunque actúe como si nada y lo que acaba de pasar haya sido increíble, no quiero tener solo sexo con Jaime.

—Te dije que soy un hombre decidido. Veo lo que quiero, decido que lo quiero y lo consigo, y tú eres lo que quiero. No voy a soltarte así como así. —Una mano se aparta de la cama para tomar mi barbilla, y estampa un beso suave en mis labios que me deja exaltada.

—Pero...

—Pero conservarás tu corona aunque nos cueste a los dos, porque nadie la merece más que tú. —Siento un cosquilleo en el vientre—. Y no puedes salir con nadie. Técnicamente estarías rompiendo el contrato...

—No me importa el contrato, Jaime. Y esa chorrada de no salir con nadie está muy pasada. Se les volvería en contra si intentaran aplicarla. Yo...

—Ya han amenazado con echarme —dice, interrumpiéndome, y abro mucho los ojos.

—¿A qué te refieres?

—Mi jefe me llamó después del incidente en Georgia. La organización de Miss Americana lo llamó y le dijo que te mantuviera a raya o tendrían que reemplazarme. —Abro la boca para replicar, pero él sonríe y sigue hablando—. Le respondí que puedo mantenerte a raya tanto como se puede mantener a raya a un tigre. Pero eso quiere decir que te están observando y que no están contentos. Nos quedan cinco semanas y no quiero que me quiten el trabajo.

—Quieres asegurarte de ser el único que me mira el culo, ¿eh? —Su mano se desliza por mi espalda desnuda hasta mi trasero y lo aprieta.

—Por supuesto. Pero, sobre todo, es que no confío en nadie más para que te cuide.

—Me cuidas muy bien, Jaime. —Levanto la mano para acariciar su mejilla—. Está bien —digo—. Mantendremos lo nuestro en secreto hasta que termine la gira para no perjudicar tu trabajo. Pero

después de la gira, volvemos a hablar. No quiero ser un secreto toda la vida.

Él asiente.

—Perfecto. Ahora que eso está resuelto, ¿estás preparada para que cuide un poco más de ti? —Me gira hasta que mi espalda queda apoyada en la cama y empieza a recorrer mi cuerpo.

—Pensaba que nunca me lo pedirías —digo con una sonrisa. Creo que me va a encantar esta nueva versión de nosotros.



Treinta y siete

JAIME

Han pasado tres días desde que hice mía a Ava.

Tres días increíbles en los que no tengo que fingir que no existe algo tan palpable entre nosotros que podría explotar. Tres días en los que puedo dar rienda suelta a cualquier impulso, como tirarla hacia mí y abrazarla cuando pasa a mi lado en el hotel, inclinarme en el coche para besarla o apoyar la mano sobre su pierna mientras conduzco.

Aunque todavía estoy obligado a comportarme de manera profesional en público, como si ella no existiera para mí y solo fuera mi clienta, en cuanto se cierran las puertas, es mía, y tenemos muchísimo tiempo que recuperar.

Ahora dispongo de un rato a solas y tengo que hacer una llamada. Esa conversación que oí antes de lo nuestro me ha estado dando vueltas en la cabeza. Algo me dice que las piezas que se me escapan de este rompecabezas son absolutamente fundamentales,

así que dejo a Ava y a Melocotón encerradas con llave en la habitación del hotel mientras ella se prepara para el evento de esta noche, y salgo a tomar un café.

En el camino de regreso llamo a uno de los hombres más inteligentes que conozco.

—Miles —digo cuando contesta, sin saludar y yendo directo al grano—. ¿Tienes tiempo para hablar?

Miles es un genio informático, con habilidades formidables de jaqueo e investigación. Trabajó en Five Star cuando Hank era el dueño; se encargaba de cualquier investigación necesaria sobre amenazas potenciales, pero lo despidieron cuando la empresa cambió de manos. Sé que Greg no es partidario de invertir tiempo y dinero en seguridad preventiva.

—Bueno, hola también, ¿cómo estás? Yo, bien —dice con tono quejumbroso.

—No tengo tiempo para formalidades.

—¿Esto tiene algo que ver con tu reina de belleza? —pregunta con una carcajada, y gruño. Evité llamar a Hank porque no tenía ganas de aguantar sus bromas y, mírame, aquí estoy soportándolas.

—Déjame adivinar, ¿has hablado con Hank?

—Es un bocazas, y ahora que se ha jubilado parlotea más que cualquier mujer que haya conocido —dice, riendo—. Solo estoy bromeando. ¿Qué pasa?

Me paso una mano por la cara y suspiro.

—No lo sé. Hay cosas que no me encajan y quiero ver si puedes encontrar alguna conexión que a los demás les pase desapercibida. —Si existe algún vínculo entre la irrupción en el hotel, el ataque y sea lo que fuera de lo que hablaban Regina y Anne, él es la persona

indicada para averiguarlo—. Quizá no sea nada, pero tengo un mal presentimiento.

—Nunca te he visto equivocarte con un mal presentimiento. Si tu instinto te dice que algo está mal, confiaría en él. —Se me hace un nudo en el estómago, porque tiene razón. En este negocio aprendí a confiar en mi instinto, y cuando hay señales de alarma, nunca son falsas.

—Sí, eso es lo que me temo. —Suspiro—. Pero estoy bloqueado, sobre todo porque nadie parece tomarse las cosas en serio. Sabes que Greg ahora solo quiere hacer lo mínimo imprescindible. Si te envío una lista de todo lo que ha pasado desde que empezó la gira, ¿puedes tratar de encontrar algún tipo de conexión aparte de Ava?

—Por supuesto. Dame los detalles —dice, sin rastro de humor en la voz, y me pongo a explicarle lo que he ido viendo. Solo tardo unos minutos en darle todos los datos y nombres que tengo.

—¿Puedes asegurarte de profundizar tu investigación en Anne Holmes y Regina Miller? —pregunto.

—¿Regina Miller, la organizadora del certamen de Miss Americana? —pregunta mientras teclea.

—La misma. Le tiene manía a Ava y no sé si es simplemente que le cae mal o hay algo más. Mandaron una carta amenazadora dirigida a Ava a la organización, y todavía no me han informado de nada. Regina y Anne fueron las que insistieron en que no vigilara a Ava el día que la atacaron, y ya te he contado la conversación que escuché.

—Entendido —dice, como si ya tuviera todo lo que necesita—. Tienes razón, son señales de alarma. —Oigo más tecleo—. Estoy

liado con algunos proyectos estas semanas, pero trataré de ver qué puedo hacer.

—Te lo agradezco, tío —digo mientras entro en el aparcamiento.

—De nada. ¿Así que estás enamorado de la reina de belleza? —pregunta Miles, riendo, y yo refunfuño—. Te confieso que hace unas semanas Hank me llamó y me dijo que habías encontrado tu otra mitad y que estabas coladito por una chica. Pensé que se le había ido la cabeza, hasta que vi una foto en la prensa de vosotros dos con una gatita. Entonces todo empezó a encajar.

—Vete a la mierda —digo, sintiéndome de pronto muy protector con Ava. Mierda, incluso antes de que lo nuestro se hiciera oficial, yo ya la protegía mucho más allá de mis obligaciones como guardaespaldas.

Le dije a Ava que, cuando tomaba una decisión, no dudaba, y lo decía en serio. He decidido que ella es mía, es decir, que haré todo lo posible para asegurarme de que no solo esté protegida, sino también feliz.

—¿Ya es oficial? —pregunta. Intento decidir qué responder, teniendo en cuenta que todo es tan nuevo y secreto, pero supongo que mi silencio es bastante elocuente—. Haces bien, macho. Por lo que he visto, tiene carácter, no va a aguantar tus manías.

Refunfuño y me paso una mano por el pelo.

—Me está provocando una úlcera —digo.

—Es justo lo que tiene que hacer. Necesitas a alguien que te impida convertirte en la persona más aburrida del planeta.

—Ah, vete a la mierda. No seré aburrido cuando Greg se entere de que estoy saliendo con mi clienta y me eche.

—Vaya mierda de trabajo —rezonga Miles—. Hace meses que te digo que renuncies, que montes tu propia empresa. Tus referencias son impecables, sabes exactamente lo que buscan los clientes y estás dispuesto a dar más de lo que te piden. Five Star me despidió y desde entonces tengo más trabajo del que puedo manejar.

—Suena fantástico, pero me faltan tres años para jubilarme y no quiero seguir en el trabajo de campo hasta los sesenta.

—No todo tiene que ser trabajo de campo, y esa mierda de la jubilación es negociable. A mí, en el despido, me dieron una parte de todo eso. Hank nos hizo un gran favor con ese contrato antes de irse; lo incluyó en el acuerdo de venta, así que tú recibirás lo que te has ganado, pase lo que pase. Greg te amenaza con eso porque sabe que, si te vas, pierde clientes.

Muy interesante, pienso, porque no tenía ni idea. Quizá haya llegado la hora de echarle yo mismo un vistazo a ese contrato, o de contarle por fin a Hank lo que está pasando. No quise decirle nada sobre lo mal que está todo desde que vendió la empresa porque quería que disfrutara de su merecida jubilación, pero quizá fue un error.

—Entonces, ¿qué? ¿Lo mando todo a la mierda y nos largamos? —pregunto en broma.

—Por supuesto que no —responde con voz firme—. Los dos sabemos que tienes que mantener las cosas en secreto por la seguridad de Ava. Por lo que entiendo, si haces pública vuestra relación la estarás poniendo en peligro con el concurso y les darás otro motivo para expulsarla. No conocemos sus verdaderas intenciones ahora mismo. Y, como mínimo, Five Star te va a sacar

del caso. Los dos sabemos que nadie puede sustituirte y proteger a tu chica.

Se me hace un nudo en el estómago ante la confirmación de lo que he estado pensando todo este tiempo. Por eso tardé tanto en entregarme a Ava, por ese nubarrón constante que se cierne sobre nosotros. Greg puede retirarme de esta misión en cualquier momento, y con Regina y Anne tramando quién sabe qué y Greg más preocupado por conseguir el contrato que por proteger a Ava, no voy a arriesgarme.

—Sin embargo, tengo que decirte que, cuando lo vuestro salga a la luz, va a ser muy divertido —continúa Miles con una carcajada.

—¿Qué?

—Con lo obsesionada que está la gente con cada uno de los movimientos de Ava, se lo van a pasar en grande con vosotros dos. Dios, estoy deseando verte sonreír para las cámaras. Te va a encantar todo eso.

—Vete a la mierda —digo, sacando la llave del contacto—. Tengo que irme. Mantenme al tanto de cualquier cosa que encuentres.

—Ay, venga, yo... —empieza a decir, pero pillo el café de Ava y voy con mi chica. Cuelgo antes de que pueda decir nada más.



Treinta y ocho

AVA

Mi teléfono suena con un mensaje de texto y doy un salto en el baño; estoy hablando por FaceTime con Harper y Jules, preparándome para dejar entrar a Jaime en la habitación del hotel.

—Un segundo —digo, y corro hacia la puerta, quito el pasador, el cerrojo y la cadena que él insiste en que tenga siempre puestos. Abro y veo a Jaime con una bandeja de dos cafés en una mano.

—Mierda, princesa —rezonga al entrar; cierra la puerta tras él y me arrincona contra la pared con su cuerpo, usando su mano libre para agarrarme el culo y levantarme. Después aplasta sus labios contra los míos; sabe a café negro y a todo lo que significa Jaime.

Mis piernas se enroscan alrededor de su cintura y dejo escapar un suspiro en sus labios cuando su lengua entra en mi boca. De inmediato mis caderas se inclinan, ya deseándolo otra vez.

Hicimos el amor esta mañana; tuve por lo menos tres orgasmos, aunque el último fue algo confuso, porque ni siquiera puedo señalar

dónde empezó uno y terminó el otro, así que quizá fueron más. Y aun así, lo deseo de nuevo.

Es como si mi cuerpo quisiera aprovechar cada segundo que pasamos juntos para compensar las semanas en las que fingimos que no pasaba nada. Sin embargo, finalmente él se aparta y apoya su frente en la mía.

—Tengo tu café —dice en voz baja, y sonrío.

—Las chicas están en FaceTime en el baño —murmuro, y él me baja lentamente.

—Y tienes que prepararte para salir. —Mira su reloj—. Cuarenta y cinco minutos. —Pongo cara de fastidio, sabiendo que no es necesario llegar al evento de citas rápidas hasta dentro de una hora —. Significa que no tengo tiempo para follarte ahora.

Esbozo una sonrisa, aunque me parece una auténtica lástima.

—Pero tú y tu diminuta bata, con lo que sea que lleves debajo —dice, refiriéndose a la bata de seda color crema y al conjunto de sujetador y tanga de encaje que llevo para prepararme— me lo ponéis muy muy difícil.

Le sonrío, agarro mi café y paso por debajo de su brazo, apoyado contra la pared.

—Bueno, habrá que esperar hasta después, ¿no? —digo con una carcajada mientras vuelvo al baño, donde tengo desparramados todos mis productos de maquillaje y para el pelo.

—¿Es él? —pregunta Jules mientras retoco mi flequillo por última vez con el rizador aún caliente.

—Sí, es Jaime —digo, bebiendo un sorbo de café mientras alcanzo mi base y empiezo a maquillarme.

—¡Jaime! —grita Jules desde mi teléfono. Me doy la vuelta hacia él, que está a unos tres metros, paralizado como un conejo ante los faros de un coche. Con una esponja de maquillaje en una mano y la pajita del café entre los labios, sonrío al ver su expresión perpleja y asustada—. Ven aquí.

—Jules, vas a asustar al pobre hombre —dice Harper en voz baja —. Tenemos que caerle bien cuando ella nos lo presente en persona. —Algo en ese comentario me enternece: mis amigas queriendo caerle bien al nuevo hombre de mi vida.

—Te están llamando, tiarrón —le digo a Jaime.

—Dios mío, lo llamas «tiarrón», ¡me muero!

—Ven aquí —le digo, señalando el baño con la cabeza.

—No creo que... —empieza él, pero Jules lo oye y aprovecha.

—No muerdo. Al menos no a través de la pantalla —dice.

—Vas a espantarlo de verdad, Jules, ¡para ya! —Me giro del todo hacia Jaime y me cuesta contener la risa al verlo tan rígido en la otra habitación—. De verdad, es más fácil para todos si vienes, dices hola y ya está. —Él me mira, y mi sonrisa se escapa—. Vamos, solo un segundo.

Finalmente suspira y entra en el baño bajo una ola de ovaciones mías, de Jules y de Harper.

—Dios mío, está aún más bueno por FaceTime —dice Jules por lo bajo.

—¡Jules! —la reprende Harper.

—Venga, di que me equivoco. ¡No puedes!

—Hola, Jaime, lo siento, por favor ignórala. Soy Harper, la amiga cuerda de Ava.

—Vete a la mierda —dice Jules—. Yo soy Jules, la más divertida. Es un placer conocerte. ¿Te trata bien nuestra Ava? ¿Te hace muchas mamadas?

Me doy la vuelta de golpe hacia la pantalla, con las mejillas ardiendo.

—¡Jules! ¡Qué demonios!

—Bah, no finjas que no le has hecho una mamada a ese hombre. Solo hay que mirarle.

Siento la cara en llamas. Jaime niega despacio ante este absoluto desastre de presentación y empieza a darse la vuelta.

—Dicho esto, mejor me voy —dice.

—¡No! ¡No, no te vayas! —grita Jules.

Alargo la mano, lo sujeto del brazo y miro mi pantalla. Quiero que se quede, que hable con mis amigas, que pase unos minutos más conmigo. Últimamente es todo lo que quiero: estar con él sin hacer nada más, simplemente pasar el rato, como si fuera realmente mío y no tuviéramos que cumplir este acuerdo absurdo donde las líneas entre trabajo y deseo están demasiado borrosas. Solo ansío un poco de normalidad. Probar cómo podría ser dentro de unos meses.

—Si te comportas y dejas de molestar, se queda. ¿De acuerdo? —digo, mirando de reojo a la pantalla y a Jaime reflejado en el espejo.

—¡Prometo ser buena! No diré nada raro. Es solo que echo muchísimo de menos a mi amiga, y no me cuenta los detalles jugosos. Eso probablemente significa que le gustas mucho, y quiero la primicia exclusiva. Pero dejaré de fastidiar si te quedas.

Jaime suspira. Me mira a mí, luego mira el teléfono, entra y se sienta sobre la tapa del inodoro.

—¿Qué tal va todo? —pregunta Harper—. ¿Algo interesante?

—¡Me está enseñando defensa personal! —exclamo, recordando que aún no se lo había contado—. Ayer, cuando llegamos a la habitación, Jaime decidió que era un buen momento para practicar otra vez. Pero esta vez, la lección terminó de una forma muuucho más divertida que en el estudio de danza.

—¡Bravo! —dice Jules. Luego mira hacia donde Jaime está sentado, fuera del ángulo—. Prepárate para sus tonterías, porque es insoportable en esas cosas. Yo le enseñé las rutinas de baile y fue como si me arrancaran las muelas.

Pongo los ojos en blanco y apoyo una mano en la cadera.

—¡Porque eres como un sargento instructor! ¡Estaba cansada y me dolían los pies!

—Yo solo aviso. Si va a enseñarte defensa personal, debe saber lo imposible que es enseñarte casi nada.

Jaime sonríe antes de hablar.

—Créeme, sé lo testaruda que es. —Me vuelvo hacia él y lo fulmino con la mirada—. Pero lo hiciste bien, princesa —añade, en un tono más bajo.

Suelto un pequeño grito ahogado, llevándome una mano al pecho.

—¿Eso ha sido un elogio? —le digo en tono burlón, con una sonrisa enorme.

—Bueno, sí. Tengo que mantenerte motivada para que sigas aprendiendo —responde.

Pero oigo la verdad entre líneas: «para tener más noches como la de ayer».

—Tengo suerte de tener un instructor tan paciente —digo, intentando que ponga los ojos en blanco antes de inclinarme y tocarle la nariz con mi brocha de colorete—. Perfecto.

—¿Me acabas de poner maquillaje en la nariz?

Le sonrío y le guiño un ojo, mientras él me mira muy serio.

—Puede.

Pone cara de fastidio —exactamente la reacción que buscaba—. Me encanta picarlo, aunque sea un poco.

—Por Dios, sois adorables —dice Jules con un suspiro, justo antes de que suene una alarma—. Mierda, tengo que irme.

—Yo también —dice Harper—. Tengo una llamada en diez minutos.

—Muy bien. ¡Os quiero, chicas! —digo.

—También te queremos. Nos vemos luego, Jaime. Cuida de mi amiga, ¿sí? —dice Jules.

—Es mi único trabajo —responde él con voz ronca, y yo sonrío a la pantalla. Las sonrisas de Jules y Harper son un reflejo de la mía justo antes de que la pantalla se apague.

Suspiro; ya las echo de menos.

—Parecen majas. Un poco locas, como tú, pero majas.

—Son lo mejor —digo, suspirando otra vez.

—Estoy deseando conocerlas cuando volvamos a casa —dice Jaime mientras pasa la mano por la parte inferior de mi culo.

Le sonrío, incapaz de poner en palabras lo que significa para mí que se quede en el baño todo el tiempo que tardo en prepararme, como si quisiera estar cerca de mí tanto como yo deseo tenerle cerca.



Treinta y nueve

JAIME

Al principio, cuando recibí el itinerario de paradas de Ava, pensé que asistir a una sesión de citas rápidas para promocionar a una casamentera iba a ser un dolor de cabeza, pero que probablemente podría estar de pie tranquilamente en un rincón durante unas horas mientras Ava hacía lo suyo.

Recuerdo haber pensado que era un poco extraño que pusieran a Miss Americana en citas rápidas cuando se supone que no puede salir con nadie durante su reinado, pero después me di cuenta de que era parte de la atracción: la oportunidad de tener a Miss Americana.

La posibilidad de que cualquiera pudiera salir con ella, con esta mujer perfecta. Mi error de cálculo fue obsesionarme con ella y luego, apenas una semana después de hacerla mía, tener que verla reunirse con una docena de hombres delante de mis narices.

Es mi versión personal del infierno.

Apenas llevamos veinte minutos y cuatro citas, y quizá debería preocuparme por mi salud dental. Apretar tanto la mandíbula no puede ser bueno para mis dientes.

Cuando el hombre con el que está sentada ahora acerca la mano y toca la de Ava (un gesto simple, relativamente inofensivo), meto la mano en el bolsillo, saco el móvil, escribo en la pantalla y luego miro a mi chica después de darle a «enviar».

No dejes que esos imbéciles te toquen, Ava.

Su cuerpo se mueve un poco al notar la vibración, pero no contesta el mensaje hasta que suena el timbre que indica que es hora de que los hombres cambien de mesa.

¿Estás celoso?

Envía la respuesta con una sonrisa y la mirada dirigida a mí.

Mucho.

Ella lo ve y sonríe aún más antes de escribir rápidamente una respuesta mientras un nuevo hombre, con una sonrisa demasiado blanca, se sienta frente a ella.

Bien.

Luego guarda el teléfono en el bolso pequeño. Observo esta interacción con el mismo interés con el que he observado las cuatro anteriores; la piel me hormiguea de irritación cuando ocurre.

Ella se inclina hacia delante, juntando las tetas al hacerlo, y le sonríe. Él abre aún más la sonrisa; y lo entiendo. Yo también quedo hechizado cada vez que Ava me regala una de sus sonrisas, pero la que se dibuja ahora en sus labios pintados de rosa no es para él.

Está dirigida directamente a mí.

Mis dedos vuelan sobre la pantalla del móvil.

Deja de comportarte como una mocosa, Ava.

Suena el timbre, el tiempo se ha terminado y los gilipollas cambian de sitio otra vez. Ava levanta el teléfono antes de volver a sonreír y escribir.

Te gusta cuando me comporto como una mocosa. Dijiste que te excita.

Este sería un lugar muy poco oportuno para excitarse.

Además, es muy difícil excitarse cuando estás en una cita con otra persona.

Ella pone los ojos en blanco al leer mi mensaje.

Deja de poner los ojos en blanco, o te daré motivos para hacerlo.

¿Lo prometes?

Niego con la cabeza al leer su respuesta y, a pesar de que otro hombre se sienta frente a ella y le toma la mano para estrechársela,

siento que mi polla se contrae.

¿Qué demonios me está haciendo esta mujer?

Apoya los codos en la mesa y posa la barbilla en las manos mientras el hombre habla, se explaya sobre sí mismo y ni siquiera le pregunta nada a ella. Los ojos de Ava siguen desviándose hacia mí; es un pequeño consuelo. Después echa la cabeza hacia atrás con una risa falsa y lleva la mano al pecho, atrayendo la atención hacia sus pechos en ese top de escote pronunciado que lleva.

Cielos, Ava, trata de no señalar con una flecha tus putas tetas.

Me lanza una mirada rápida con una sonrisa en los labios y yo gruño por dentro, porque sé que esa mirada nunca trae nada bueno.

Como es habitual en ella, Ava empieza a desconcertarme. En lugar de guardar el móvil en el bolso, lo deja entre sus piernas, cruza una por encima de la otra, con el teléfono atrapado donde a mí me gustaría estar en este momento.

Ava.

Es lo único que escribo, pero sé que recibe el mensaje cuando su cuerpo se estremece un poco. No lo suficiente como para que nadie lo note, pero yo, que estoy tan acostumbrado a registrar cada una de sus respiraciones, lo veo sin esfuerzo.

Ava, ¿qué haces?

Ella se muerde el labio inferior y luego me mira con ojos ardientes.

Estás siendo muy mala ahora mismo.

Pones cachondo a ese pobre tipo mientras yo te excito desde el otro lado de la sala.

Es lo que está ocurriendo, ¿verdad?

Debería sentirme idiota mandándole mensajes que ni siquiera puede leer, pero por su forma de respirar sé que cada vibración es una tortura.

Voy a castigarte esta noche por ponerme duro, princesa.

Qué chica tan mala.

Mi chica mala.

Levanta la mano y mi cuerpo se tensa; antes siquiera de que se mueva, ya sé lo que piensa hacer.

Está intentando volverme loco, ponerme celoso.

Quiere ver si estallo.

No toques a ese hombre, Ava, mierda.

Su mirada se para en mí y luego agarra la mano del hombre, la sujeta y la gira como si fuera a leerla, rozándola con los dedos.

Ella no se da cuenta, pero yo veo de inmediato la cara de lujuria del tipo, sé qué pensamientos le cruzan la cabeza, cómo querría que ella lo acariciara en otro sitio, y me rompo y tomo una decisión.

Me acerco a la persona que dirige las citas rápidas, una anciana encantadora que, según he leído, empezó en esto porque le fascina la idea de que la gente se enamore, como a mi Ava con sus novelas románticas.

—Hola, Jane, ¿verdad? —La mujer asiente, algo confundida—. Soy el guardaespaldas de Ava y necesito hablar con ella un momento. ¿Podemos hacer un descanso después de esta ronda? ¿Cinco, diez minutos?

Ella sonríe con dulzura antes de asentir.

—Sí, por supuesto. De todos modos, ahora iban a reunirse todos —dice. Suena el timbre y Jane agarra el micrófono. Anuncia al grupo que se tomarán un descanso de quince minutos y que cada uno recuerde dónde estaba sentado, pero apenas la escucho mientras me acerco a Ava.

—Ava, un momento —digo mientras la sujeto del codo, la levanto y la conduzco, tan suavemente como puedo, hacia una sala vacía.

—Jaime, ¿qué...?

Pero ella no puede hablar más cuando cierro la puerta con llave a mis espaldas, la aprieto contra una pared y empiezo a besarla.

Beso a Ava con cada pizca de celos y rabia que se ha ido acumulando en mis venas, con la frustración de que nadie sepa que no está sola, que es mía, con la irritación de que todos esos tipos crean que pueden tener algo que es mío.

La beso y la saboreo mientras ella me agarra del pelo para acercarme más; mi mano sube por su cintura hasta su pecho y froto su pezón duro a través del sujetador y del top.

—¿Qué haces? —gime ella sobre mis labios.

—Te recuerdo a quién le perteneces —digo, usando una mano para liberar su seno del top, pellizcando su pezón antes de mover mi mano hacia abajo para tirar de la falda corta y ajustada que lleva. Luego meto la mano por delante de su tanga.

Con mi frente apoyada en la suya, la miro intensamente mientras nuestros jadeos se mezclan, mi dedo rodea su clítoris antes de hundirse en su vagina para sentir lo húmeda que está.

—Dios, esto es por provocarme, ¿no? ¿Darme celos te puso así?

Asiente con su cabeza pegada a la mía.

—Sí —admite—. Me encanta enfurecerte. —Jadea y gime mientras deslizo un dedo en su vagina—. Me encanta saber que te excito.

—Lo único que haces es excitarme, Ava —digo, empezando a follarla con dos dedos—. Lo único que hago es pensar en ti, soñar contigo. Desde aquella primera noche me consumiste por completo. —Bajo la cabeza y beso el lugar de su estómago donde no se juntan el top y la falda, una franja de piel suave, y luego sigo hasta quedar de rodillas. Con la mano que me queda libre bajo su ropa interior hasta los tobillos. Ella se la quita y me guardo el tanga de encaje color crema en el bolsillo.

Ava gime, sus caderas se agitan al ritmo de mis dedos que la follan.

—Eso es —digo desde mis rodillas, mirándola—. Estás preciosa así, tomando lo que necesitas.

Me mira con ojos entrecerrados mientras pellizca sus pezones, con la falda alrededor de su cintura y el pelo cayendo hacia delante.

—Jaime, yo..., yo...

—Dime qué necesitas, Ava. Estoy aquí para servirte. Lo que quieras es tuyo. —Retuerzo un dedo dentro de ella y sus caderas se

echan hacia atrás; su humedad se desliza por mi mano.

—Quiero tu boca —dice en voz baja, y gimo.

Deslizo el pulgar para rozar su clítoris hinchado.

—¿Dónde quieres mi boca, nena? ¿Aquí? —Añado un tercer dedo a su vagina húmeda y la penetro, siento cómo su cuerpo se contrae a mi alrededor—. ¿O aquí? —Mi pulgar roza su clítoris y ella suelta un gemido.

—¡Ahí! Por favor, por favor —ruega.

Le sonrío y muevo mi pulgar despacio, mientras mis dedos se hunden.

—Silencio, Ava, o todo el mundo sabrá lo mala princesa que eres, dejando que tu guardaespaldas se coma tu dulce coño cuando hay una sala llena de gente al otro lado de esa puerta.

—¡Oh, Dios!

—Eso es lo que quieres, ¿verdad?

—Sí, sí —jadea ella, en voz baja ahora, casi aterrorizada—. Sí, haz que me corra con tu boca.

No tiene que pedírmelo dos veces. Con la mano libre le levanto una pierna y la apoyo en mi hombro, dejándola bien abierta para mí antes de alzar su pierna hasta su cintura para mantenerla estable. Luego desciendo y chupo su clítoris mientras con mis dedos le hago el amor. La mano de ella se apoya en mi cabello y me acerca aún más, montándose en mi cara y en mis dedos.

Una reina del placer, tomando lo que desea.

—Jaime, Jaime, Jaime —jadea, y sus caderas se mueven cada vez que dice mi nombre; sus uñas afiladas se clavan en mi cuero cabelludo.

Levanto la vista y ella me mira. Haría cualquier cosa por saborear su humedad en mi lengua; muevo los dedos más deprisa, más profundo, curvándolos para rozar su punto G en cada embestida.

—¡Ah! —chilla, tratando de permanecer callada mientras la sensación aumenta, su vagina contrayéndose alrededor de mis dedos—. Así... así... Dios, vas a hacer que me corra, Jaime.

Retiro la boca y ella protesta, su mano me aprieta la cabeza para atraerme de nuevo.

—¿De quién eres, Ava?

Ella no vacila.

—Soy tuya, Jaime. Soy tuya.

—Claro que sí. ¿Y de quién es la cara sobre la que te vas a correr?

—Tuya, amor, solo tuya.

Gruño en voz alta.

—Que no te quepa duda. Y después de limpiarte con mi lengua, cuando vuelvas ahí sin bragas, vas a notar lo mojada que te he dejado y recordarás a quién pertenece esto.

Doblo el dedo y ella gime.

—Sí, amor, sí. Todo es tuyo.

Le sonrío; tiene los ojos entrecerrados, la boca entreabierta, una mano pellizcando el pezón rosado antes de que yo vuelva a su clítoris y chupe con fuerza. Sus dedos se enredan en mi pelo casi con violencia, sus caderas se mueven sobre mi cara una, dos, tres veces y luego todo su cuerpo se tensa, su vagina se contrae alrededor de mis dedos y pronuncia mi nombre en silencio, como una plegaria. Sigo haciéndole el amor suavemente hasta que su vagina suelta mis dedos, y con mi lengua la limpio antes de ponerme de pie.

—¿Ahora tú? —pregunta, con los ojos apenas abiertos y el pecho aún agitándose. Niego con la cabeza mientras ajusto su pecho en el sujetador y aliso la falda. Es demasiado corta para llevarla sin ropa interior, termina apenas unos centímetros por encima de las rodillas, pero es muy ajustada, así que estará bien durante otra hora. Además, en el camino de vuelta podré jugar con su bonita vagina hasta que lleguemos al hotel.

—No, princesa —digo mientras paso un dedo por sus labios para arreglar el pintalabios—. Yo ya estoy bien.

—¿Cómo dices? —dice con una pequeña sonrisa.

—Estoy bien. Solo quería recordarte de quién eres. Me vuelves loco, ¿lo sabías?

—Sí, lo sé —responde con una sonrisa, y yo niego con la cabeza.

—Basta de tocar, Ava.

Se separa de la pared y se acerca a mí, con el rostro lleno de seducción, como si no la hubiera tenido hace nada a mi absoluta merced.

—¿Te pusiste celoso, tiarrón?

—No tienes ni la más puta idea —respondo, gimiendo cuando su pequeña mano envuelve mi polla dura y la acaricia con suavidad. Le doy un último beso antes de apartarme.

—Sal tú primero. Dile a Jane que todo está bien, porque le he dicho que necesitaba hablar contigo por una emergencia. —Ella aprieta los labios hacia dentro—. Yo saldré dentro de cinco minutos. O del tiempo que tarde en bajarme esta puta erección.

—Está bien, Jaime —dice con toda dulzura.

Entonces miro su trasero cuando abre la puerta, me guiña un ojo y deja caer su teléfono, se inclina y se queda quieta en la puerta

para agarrarlo, mostrándome su vagina hinchada y húmeda. Vuelve a pararse, tira de su falda y va caminando hacia la dulce anciana como si nada hubiera pasado.

Mi mujer va a ser mi perdición, de eso estoy seguro.



Cuarenta

AVA

Nuestra próxima parada es Utah, y mentiría si dijera que este estado no estaba en el último lugar de la lista de lugares a los que me entusiasma ir en esta gira. Y no porque Utah no sea magnífico, emocionante e interesante. Estoy segura de que lo es. Sin duda podría ser incluso el estado más interesante al que viajamos.

Pero me importa un carajo porque es el estado donde viven Regina Miller y Anne Holmes; podría pasarme la vida sin volver a verlas, y mucho más con la fanfarronada adicional de jugar en casa.

—Todo va a salir bien —dice Jaime, acariciándome la espalda mientras me pongo perfume.

Se ha acostumbrado a esto, a acompañarme en el baño mientras me maquillo, y cada vez que lo hace me da un cosquilleo en el estómago. Se sienta cerca de mí y me observa cuando hago alguna tontería que no le interesa, solo porque quiere pasar tiempo conmigo o porque sabe que eso me hace feliz.

—Lo sé. Solo creo que si nos saltáramos toda esta parada sería mucho más divertido —refunfuño mientras me inclino para aplicarme el pintalabios.

—Sí, pero la alegría que le darías a Anne por saltarte su estado te carcomería para siempre. Imagínate tener que mirarla durante el resto de la gira sabiendo que ella sabe que te afecta.

Arrugo la nariz con asco, porque eso suena peor que pasar todo un día con Anne. Sería como dejarla ganar, aunque sea un poco, y no pienso hacerlo.

—Tienes razón —gruño.

—Siempre tengo razón —dice Jaime mirándome fijamente; luego me da una palmada en el trasero y se dirige al salón—. Vamos, tenemos que irnos.

—¡Jaime! —grito entre risas. Me da muchísimo gusto ver a Jaime salir de su rígida coraza, tontear conmigo y sacarme de mis casillas. Es como si, una vez que decidió cruzar esa línea, algo en él se hubiese roto y pudiera ser completamente él mismo. Aunque resulta que su verdadero yo no es demasiado diferente de su yo de guardaespaldas: tenso, demasiado cuidadoso y, sin duda, malhumorado, pero también un poco más divertido.

—Debemos irnos o llegarás tarde, y Anne y Regina estarían encantadas de usarlo como otro motivo para odiarte.

Hago un mohín a su reflejo en el espejo.

—¡Puf, ya me había olvidado de que Regina estaría allí! ¿Por qué no puedes dejarme vivir en mi ilusión?

Aagarro mi corona y la apoyo con cuidado en la cabeza; la ajusto y giro a izquierda y derecha para comprobar que está bien sujeta

desde todos los ángulos. No la uso en todos los eventos, pero mentiría si dijera que no intento ponérmela siempre que asiste Anne.

—Porque uno de los dos tiene que estar anclado en la realidad, y desde luego esa no vas a ser tú.

Sonrío con dulzura. Tiene razón.

—Bueno, ¿cómo me veo? —pregunto al salir del baño. Jaime está mirando su teléfono, pero deja de apoyarse en la pared cuando entro en el salón. Guarda el teléfono en el bolsillo y se acerca lo suficiente como para abrazarme.

—Guapísima —murmura sobre mis labios.

—No estropees mi pintalabios.

Esboza una sonrisa. Toco su mejilla y siento un hoyuelo antes de verlo.

—Trato hecho. Lo haré después.

—Sí, por favor —susurro. Da un paso atrás de forma abrupta, aunque me sujeta con una mano para evitar que pierda el equilibrio antes de que me recupere del vértigo que me produce Jaime—. Grosero.

—Más tarde, princesa. —Extiende la mano y toca una de las gemas de mi corona—. ¿Sabes? La primera vez que te vi llevándola me enfadé muchísimo.

—Sí, lo sé, te lo aseguro. Pensabas que intentaba colarme en el sector de Atlas Oaks.

—Esa no fue la razón.

Lo miro confundida y él retrocede, se cuelga mi bolso al hombro y apoya una mano en la puerta. Me mira antes de abrirla con una leve sonrisa, y sé que lo que está a punto de decir va a sorprenderme.

—¿No?

—No, nena, no me enfadé porque intentaras meterte en ese sector. Me enfadé porque no podía pensar en otra cosa que no fuera cómo sería hacerte el amor sin nada puesto, solo con esa corona.

Un estremecimiento de calor me recorre entera, me enciende y me hormiguea hasta en los pies, pero Jaime abre la puerta, sale y la sujeta para que pase.

—Después de ti, princesa.

Cuando entramos en el gimnasio, docenas de chicas preadolescentes y adolescentes empiezan a murmurar; algunas con emoción, otras con una expresión de irritación idéntica a la de la pelirroja que preside el salón. Para la parada de Utah participaremos con Anne y otras concursantes de Miss Americana en una asamblea con las Niñas Exploradoras de Utah, una organización a la que Anne perteneció toda su infancia y de la que es actualmente portavoz.

Es extraño, teniendo en cuenta que hasta ahora siempre hemos destacado mi misión de promocionar empresas fundadas por mujeres, pero he aprendido a dejar que las cosas fluyan en lo que respecta a la organización de Miss Americana.

Una vez que respondo un par de preguntas a la docena de reporteros formados al fondo del gimnasio del instituto, me dan un micrófono y Anne y yo nos quedamos de pie en el pequeño escenario frente a la sala. Anne habla de lo importante que es esto para ella, y hago un esfuerzo por no desconectarme cuando se dirige a mí.

—¿Entonces, qué has preparado hoy para nosotras? —pregunta Anne con una sonrisa maliciosa. De pronto tengo la sensación de que estoy totalmente jodida, y no en el modo divertido de Jaime.

—Perdona, ¿cómo dices?

—Bueno, habrás preparado algo para enseñarles a las chicas, ¿verdad? Una lección de vida que quieras compartir con ellas, algo que puedas enseñarles... Ese era el único objetivo de venir aquí, después de todo. —Sonrío e intento reprimir el impulso de arrancarle los ojos—. Estaba todo en el correo que te envió Regina —dice en voz baja directamente al micrófono, mientras mira a las chicas con aire de pedir disculpas.

Es una de las miradas más falsas que he visto jamás.

—Lo lamento mucho, chicas. Solo un segundo. Parece que ha habido un problema con la... preparación. Miss Nueva Jersey no fue Niña Exploradora, así que no conoce nuestra regla número uno. —No se me escapa cómo insiste en negarse a llamarme Miss Americana.

Las niñas responden al unísono la primera regla fundamental de las Niñas Exploradoras, o lo que sea, como un escalofriante coro de pequeñas soldados.

—¡Estar siempre listas!

—Yo no he recibido ningún correo de nadie —susurro a Anne, y ella sonríe con falsa tristeza.

—Bueno, supongo que tendrás que decepcionar a estas niñas —dice, sin esforzarse por mantener el asunto entre nosotras, extendiendo con elegancia el brazo hacia la sala.

Empiezo a sentir el enfado y la ira crecer y crecer hasta acercarse a mi punto de ebullición. Recorro la sala con la mirada intentando regresar a la realidad y pensar en qué hacer. Entonces veo a Regina entre bastidores, con una sonrisa engreída, y enseguida lo entiendo.

«Lo han hecho a propósito».

El objetivo es humillarme porque no me soporta. No soporta que haya ganado su precioso concurso ni que no encaje en el estúpido molde en el que cree que todas las mujeres deben caber.

Está furiosa porque no obedecí sus advertencias y está dispuesta a ridiculizarme, y sé que esto no se quedará en este evento; cada uno de mis pasos es de interés público. Los reporteros al fondo disparan las cámaras y las chicas murmuran entre ellas.

Pero Regina Miller no me conoce tanto como cree.

Porque, si algo soy, es más terca que una mula.

Miro a mi alrededor, intentando pensar en qué hacer, cuando lo veo: la respuesta perfecta a mis problemas.

Él parece ser la solución para todo últimamente: mi felicidad, mis orgasmos, mi seguridad. Jaime está allí, con los brazos cruzados sobre el pecho, camiseta verde oliva ajustada que marca músculos y torso, y pantalones cargo negros; un GI Joe de la vida real para mi Barbie.

Por Dios, es perfecto, ¿verdad?

Va a odiarme por esto.

Dejo ese pensamiento a un lado; ya me ocuparé después. Miro a Anne con una sonrisa amplia. Mientras la suya vacila un poco y su frente perfecta se frunce mientras hablo.

—¿Sabéis? Esta es una oportunidad perfecta para compartir algo en lo que he trabajado mucho últimamente —digo entusiasmada—. Hace poco sufrí un incidente: alguien me puso las manos encima sin mi permiso. —Reviso la multitud con la mirada y veo que las chicas murmuran y asienten; el incidente tuvo mucha repercusión—. Eso realmente me abrió los ojos. Protegerse a sí misma en cualquier situación se ha convertido en una responsabilidad para las mujeres.

Tuve la enorme suerte de que no me pasara nada grave, pero no siempre ocurre así. —Escucho los disparos de las cámaras y mantengo los hombros rectos, la barbilla alzada, mi corona firme.

Se me cruza en la mente mi lema: «Endereza los hombros, saca pecho, mujer», y recuerdo por qué estoy aquí, qué me trajo hasta aquí.

¡Soy Ava Bordeaux, por Dios!

Gané un concurso nacional casi por capricho.

Puedo manejar a un par de brujas mezquinas que se creen superiores.

—Tras aquel incidente, mi guardaespaldas me enseñó técnicas de defensa personal, y ha sido de las cosas más importantes que he hecho en mi vida. Me enseñó a estar más atenta a mi entorno y me dio habilidades para sentirme un poco más segura y confiada. Si os interesa, estaría encantada de enseñaros algunos movimientos básicos para que podáis sentiros igual. —Las chicas aplauden y, poco a poco, el pánico desaparece.

Lo tengo.

Puedo con esto.

Solo necesito... un asistente.

Por último, extiendo una mano hacia los bastidores y clavo la mirada en Regina, que está con la mandíbula tensa y una mueca de ira: la confirmación perfecta de que quería que fallara, que pretendía darme alguna especie de lección.

Pero soy una chica de Jersey. Si me pones un obstáculo, lo salto. Lo haré, lo haré bien y, encima, sonreiré.

—Jaime, ¿puedes subir al escenario para ayudarme? —digo con una sonrisa. Él deja caer los brazos desde su pecho y sacude la

cabeza mientras dice «no» en voz baja. Lo miro con los ojos muy abiertos, como diciéndole: «Vamos, tiarrón, ayúdame».

Él no se mueve, y me vuelvo al público; no se me escapa la sonrisa maliciosa de Anne ante mi intento de arreglar este desastre al que me han empujado. Pongo las manos en las caderas con fingida decepción.

—Parece que mi amigo Jaime es un poco tímido —digo, esbozando una sonrisa, y las chicas me acompañan con un exagerado «¡ooooh!»—. ¿Podéis ayudarme a convencerlo para que suba a echarme una mano? Jai-me, Jai-me. —Inicio la consigna, pero no necesito mucho más para que la multitud se sume a la diversión, y pronto, todo el salón está gritando el nombre de Jaime.

Me giro hacia él, divertida al verlo mirar al suelo mientras niega con la cabeza. Estoy a punto de enfrentarme a la multitud para intentar hacer la presentación por mi cuenta, o quizá obligar a Anne a ser mi atacante (hasta podría ser preferible, teniendo en cuenta las ganas que tengo de patearle el trasero), cuando él levanta la mirada y da un paso adelante.

¿Sexi y buen compañero de equipo? ¡Por Dios! ¿Podría ser más perfecto?

En cuanto las chicas lo ven, empiezan a silbar, y a Jaime se le colorean las mejillas.

—¡Saludad a Jaime, chicas! —grito, y casi al unísono un centenar de voces responden: «¡Hola, Jaime!».

Él levanta un brazo y lo agita; pasa de estar avergonzado a adoptar un aire juguetón, sonríe y hace que me derrita.

—¿Me ayudas a enseñarles a estas chicas algunos movimientos?

—Cualquier cosa por vosotras, princesas —responde. Es un lapsus, algo que me dice en privado, pero encaja perfectamente con los papeles que estamos interpretando, y me encanta.

Cuando miro por encima de su hombro veo a Regina, irritada y con la mandíbula apretada.

Le guiño un ojo, disfrutando quizá demasiado de mi victoria.



Cuarenta y uno

AVA

Jaime y yo pasamos unos veinte minutos enseñándoles a las chicas y al público en el gimnasio los movimientos básicos que él me enseñó. Indiqué a todas las chicas que plegaran sus sillas, las apilaran y formaran parejas para probar los movimientos, mientras Jaime y yo nos paseábamos para asegurarnos de que lo hicieran bien.

El día es un éxito, lleno de risas y entusiasmo, todo en medio de una tarde por la que me siento muy bien. Esto es algo que las personas jóvenes, especialmente las chicas, deberían conocer, y este es el momento perfecto para hacerlo. Empiezo a pensar en ideas, pero me distraigo cuando un reportero ya conocido se me acerca, con la mandíbula tensa y un iPad en las manos.

—Hola, señorita Bordeaux, ¿tiene un momento? —Me vuelvo hacia Preston Smith, reportero de la revista American Star, alguien que me odia con toda su alma—. Me gustaría que dijera algunas palabras

sobre su presentación, y qué piensa sobre la defensa propia para las chicas jóvenes.

—Sí, por supuesto, me encantaría. —Ha estado en numerosos eventos de la gira, pero no estoy precisamente entusiasmada por hablar con él, ya que la mayoría de los artículos que escribe para su revista no son muy elogiosos, precisamente.

—Hoy ha enseñado a estas jóvenes de entre ocho y dieciocho años sobre defensa propia —dice.

No es una pregunta, pero respondo como si lo fuera.

—¡Así es! Ha sido fantástico enseñarles a estas chicas a protegerse, a estar atentas, y lo hemos hecho de una manera divertida para ellas. —Extiendo una mano hacia las chicas, que ríen y se divierten—. Como puede ver, se lo están pasando bien y, al mismo tiempo, aprenden una habilidad importante para la vida. Me siento muy agradecida a Regina y Anne, que me dieron la oportunidad de usar este escenario para brindarles más educación a estas chicas. —Quizá con eso logre congraciarme con ellas. O tal vez sea hurgar en la herida todavía más. De una forma u otra, yo gano.

—Pero ¿cree que es apropiado? ¿Enseñarles a chicas tan jóvenes que hay un hombre del saco del que deben defenderse?

Arrugo el ceño ante la pregunta, confundida e irritada. Sin embargo, pongo mi mejor cara de reina de belleza y respondo:

—Ojalá todas las mujeres aprendieran, aunque fuese un poco, de defensa propia. Recientemente me di cuenta de que no estaba muy atenta a mi entorno y a mi seguridad, incluso teniendo un guardaespaldas cerca. Estoy agradecida de saber protegerme; Dios no permita que ocurra algo malo. Por supuesto que espero y deseo que nada les pase a estas chicas, pero me alegra darles estas

habilidades que les aportan confianza, algo que cualquiera debería tener en su arsenal. —Algunas de las chicas del concurso asienten, aunque Anne aprieta la mandíbula con enfado.

—En lo personal, a mí me gustaría tomar algunas lecciones más —dice con una sonrisa Miss Nevada, otra de las concursantes que asistió al acto—. Después de ver lo que te sucedió en ese evento, me di cuenta de que no habría sabido qué hacer en una situación así.

—¡Yo tampoco! —dice Miss California.

Sonrío a Preston antes de dirigirme de nuevo a las chicas.

—¡Dios mío, claro que sí, sería muy divertido!

Las otras cuatro concursantes de Miss Americana que acudieron al acto asienten; todas excepto Anne, que sigue ahí, con la mandíbula apretada y el rostro casi tan colorado como su cabello.

—No es muy apropiado para las mujeres —dice Anne entre dientes—. Saber luchar.

Me esfuerzo por no poner cara de fastidio y le sonrío con dulzura.

—Solo nos aseguramos de estar preparadas ante cualquier situación. Como bien dijiste: «Estar siempre listas». —Admito que sonrío con malicia cuando ella frunce el ceño y resopla, irritada.

Cielos, es fantástico ver cómo su plan le sale mal, y aún mejor que haya salido algo tan bueno de su actitud de mierda.

—En cuanto a las lecciones, estoy segura de que podríamos organizar algo, en algún día libre o después de la gira. Podríamos hacer un evento de defensa propia de Miss Americana, en directo, por redes sociales.

—¡Me encanta la idea! Creo que la mayoría estaremos en California la semana que viene —dice Cara, Miss California—. Una

amiga mía tiene un estudio en el centro. Si no tenéis nada previsto, creo que podríamos organizarlo para uno de los días libres de Ava. Incluso podríamos publicarlo en la página oficial. —Mira por encima del hombro con una enorme sonrisa hacia Regina—. ¿No es una idea fantástica, Regina?

No sé si es una indirecta involuntaria o si Cara, de alguna manera, sabe lo mala que ha sido Regina, pero, en cualquier caso, la irritación que se dibuja en el rostro de Regina no tiene precio.

—Creo que no tenemos nada planificado para el jueves. Es un día libre en mi gira, pero con gusto sacrificaré ese tiempo por una buena causa. —Me vuelvo hacia Jaime—. ¿Te gustaría enseñar defensa propia a otras reinas de belleza?

—Cuando queráis —dice Jaime con una sonrisa leve y moralmente superior que me hace reír.

—No viene mal tener un instructor sexi, ¿sabéis? —dice Cara, dándome un caderazo, y yo esbozo una sonrisa amplia y cómica.

Pero con ese comentario, Anne se acerca y escucha la conversación. El reportero la mira, y vuelve a hablar al ver la sonrisa de ella.

—En cuanto a ese instructor... —dice el reportero. Me había olvidado de que seguía ahí mientras pensaba en ideas para el día de defensa propia—. Una de nuestras concursantes insinuó que tiene una relación personal con su guardaespaldas. Como bien sabemos, uno de los principios esenciales del concurso de Miss Americana es permanecer soltera. ¿Lo ha cumplido hasta ahora?

El estómago se me retuerce al oír sus palabras. Es claramente una pregunta sugerente, y con Anne tan sonriente a mi lado, empiezo a preguntarme si no es otra trampa.

—Una pregunta un poco fuera de lugar, ¿no le parece? Estamos aquí para hablar de las Niñas Exploradoras y de defensa propia, después de todo —digo con una sonrisa tensa.

—A mí también me interesa saberlo —interviene Anne, y hago un esfuerzo supremo por no dejar que la irritación se refleje en mi cara. En cambio, mantengo una sonrisa dulce y agradable—. Porque se supone que no debes salir con nadie mientras tengas la corona. Sería una pena que perdieras tu título por un hombre.

La miro y sonrío, conteniendo la mirada venenosa que amenaza con aparecer. ¿Qué problema tiene esta mujer?

—Es una regla anticuada, Anne, lo sabes perfectamente —dice Cara, mirándola con enfado—. ¿No presumías de tener novio prácticamente días antes de que empezara el concurso? Es una regla misógina y estúpida.

Anne abre la boca para discutir, pero decido que es momento de cortar este tema de raíz antes de que se descontrole. Me vuelvo a Preston con una sonrisa increíblemente falsa.

—Jaime y yo solo somos buenos amigos —digo con una sonrisa amable y un gesto con la mano—. Cuando pasas tantos días con una persona, es lógico que acabes haciendo amistad. A menos que no tengas habilidades sociales, ¿verdad? —Fulmino a Anne con la mirada y sonrío una última vez—. Muchas gracias por su tiempo, pero aún tengo varias entrevistas pendientes y me gustaría hablar con algunos amigos antes de irme —digo, y casi todos se marchan, excepto Anne y el reportero.

—Lo hiciste bien, princesa —dice Jaime en voz baja.

—Odio todo esto —murmuro. Odio que Jaime sea un secreto, odio no poder decir que es mío, no poder gritarlo a los cuatro vientos.

Pero, si hoy he aprendido algo, es que Anne quiere sangre.

Paso los treinta minutos siguientes haciendo planes con Cara, que llama a su amiga para asegurarse de que podamos usar su estudio cuando estemos en California, tomando fotos, despidiéndome, y luego Jaime me lleva a la camioneta y por fin puedo respirar mi primera bocanada de aire fresco desde que subí a ese escenario.

—Fue una trampa —dice Jaime una vez que salimos del aparcamiento.

—Sí —murmuro, porque sé que tiene razón. Simplemente no sé cómo o si he ganado este asalto. Viajamos en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos, y antes de darme cuenta llegamos al hotel.

—Gracias —digo mientras me ayuda a bajar de la camioneta; sujetando a Melocotón en el transportín con una mano y ofreciéndome la otra—. Por haberme ayudado hoy. De verdad.

—Siempre iré a rescatarte, princesa.



Cuarenta y dos

JAIME

La mañana después de la presentación de las Niñas Exploradoras, despierto al amanecer con su cuerpo enroscado en el mío. Salgo de la cama sigilosamente, hago ejercicio, me doy una ducha y vuelvo a la cama, vestido con pantalones deportivos y camiseta, y entonces la despierto.

—Buenos días —gruñe con voz somnolienta y sexi, mientras apoya la pierna sobre mi cadera y se acerca para darme un suave beso junto a los labios. Su puntería no es perfecta con los ojos cerrados, así que guío su cabeza con la mano y aprieto mis labios contra los suyos en un beso de buenos días como corresponde.

—Hay que levantarse, princesa. Debemos salir a la carretera —murmuro cuando el beso termina.

—Quiero quedarme en la cama —refunfuña, y se acurruca aún más.

A través de mis pantalones puedo sentir su calor, y tengo que hacer un gran esfuerzo para no aceptar su oferta.

—Hay que salir a la carretera, Ava.

—Un rapidito matutino.

—Más tarde —murmuro, y mis labios encuentran el camino hasta su cuello.

—O podríamos hacerlo ahora... —dice ella, sugerente, arrastrando las palabras.

—Ava —digo con un gruñido mientras alza las caderas para intentar obtener algo de mí, pero sé que, si no salgo de esta cama ya mismo, estamos en un lío. Además, podemos dar por perdida toda esperanza de llegar a tiempo a nuestra parada en Las Vegas. Así que me separo un poco de ella y luego la agarro, la levanto por encima de mi hombro con facilidad y doy una palmada en su culo desnudo.

—Vamos, tenemos que irnos. Te haré el amor en cuanto lleguemos a la próxima parada. —Hace un mohín cuando la dejo en el baño, y me echo a reír—. Cinco minutos, Ava, para salir por esa puerta.

Como parece ser su costumbre, Ava tarda cinco minutos más de los que disponemos para prepararse. Creo que, a estas alturas, sabe que incluyo esos cinco minutos en nuestro itinerario, así que solo la regaño lo justo como para poder molestarla, pero no tanto como para empezar una discusión. Ella trata de convencerme de que la deje llevar sus cosas, pero yo me niego, y me mira mientras cargo con su bolso pequeño, sus dos maletas y el transportín de

Melocotón. Guardo todo en la camioneta y voy a la puerta del acompañante; la abro para ella, pero no entra.

Hago un esfuerzo por no sonreír.

—¿Qué es esto? —pregunta, mirándome.

Una de las razones por las que quise levantarme a hacer ejercicio es que tenía que ir hasta la tienda abierta veinticuatro horas que vi en la carretera, donde compré café, algo para picar —porque su reserva estaba casi agotada— y un libro nuevo.

—Vamos, Ava —digo—. Adentro.

—¡Me has comprado flores! —exclama, llena de asombro, mientras levanta un mísero ramo de flores blancas envueltas en celofán arrugado que encontré en la tienda. Las vi y, por algún motivo, decidí que las necesitaba.

—Sí, rosas o algo parecido.

Aprieta los labios para reprimir una sonrisa, se pone de puntillas y apoya una mano en mi mejilla antes de apretar sus labios contra los míos.

—Son claveles, tiarrón.

Me encojo de hombros.

—Para mí son todas iguales.

—Eres tan hombre —dice, como si fuera una novedad para alguno de los dos, y luego deja las flores en el salpicadero y vuelve a observar el asiento del acompañante—. ¿Cuándo has preparado mi asiento?

Parece dudar antes de ocupar su pequeño espacio. He extendido su manta en el asiento, he puesto su café en el portavasos como a ella le gusta, todos sus dispositivos están cargados y la bolsa del coche está a sus pies. Melocotón ya dormita en su transportín en el

asiento trasero, aunque estoy seguro de que, tarde o temprano, vendrá delante.

—Ava, yo cuido lo que es mío. Ahora, por favor, entra para que pueda llevar lo que es mío a su próximo destino —digo, pensando en el tráfico que seguramente tendremos por no habernos marchado hace cinco minutos.

Bastan unos segundos más de observarla fijamente mientras ella considera la posibilidad de replicar; y me mira para decidir que sí hablo en serio y apoyar su dulce trasero en el asiento. Permite que me incline sobre ella, tire del cinturón de seguridad y lo abroche, algo sobre lo que dejó de fastidiarme desde que por fin estamos juntos.

Me gusta cuidar de Ava. Me gusta asegurarme de que esté protegida.

Pero, sobre todo, me gusta que esté dispuesta a decirme lo que piensa.

Me enderezo antes de inclinarme una vez más, esta vez para depositar un beso suave en sus labios simplemente porque no puedo evitarlo, y, cuando lo hago, ella me acaricia la mejilla con una mano suave y exhala un leve suspiro.

Podría hacer esto todo el día.

Pero no puedo, así que me echo hacia atrás, cierro la puerta, subo al asiento del conductor y arranco la camioneta. Me vuelvo hacia atrás para abrir el cierre del transportín de Melocotón, para que pueda salir a explorar cuando le apetezca, mientras Ava levanta el libro que le he comprado y empieza a hojearlo. Ya he empezado a moverme cuando ella lo ve: una página marcada, que abre mientras la camioneta rebota por calles laterales que conducen a la carretera.

—¿Qué...? —murmura por lo bajo, y sé lo que ve. Un marcador rojo que tomé prestado de su monísimo estuche rosa con una A rosada y peluda, que ella llama su estuche de anotaciones.

Hay un párrafo subrayado: una descripción detallada de una mujer teniendo sexo contra la pared; el hombre le aprieta el cuello para reducir su flujo sanguíneo. Y en el margen, una sola palabra manuscrita: esta noche.

Con el rabillo del ojo veo que su cabeza gira y me mira; y, aunque intento mostrarme indiferente y mantener la vista en la carretera, no puedo evitar sonreír con satisfacción. He estado esperando este momento.

—¿Qué...?

—Me dijiste que nunca probaste las cosas que lees porque jamás confiarías en que un hombre te estrangulara. Creo que ya te he demostrado que soy bastante de fiar.

Ella me observa y, creo que, por lo que podría ser la primera vez, he conseguido dejar perpleja a Ava Bordeaux.

Todo un logro, sin lugar a dudas.

Ava se mueve en su asiento, y dado que hace apenas media hora hicimos una parada para ir al baño, estirar las piernas y dejar que Melocotón hiciera sus cosas, sé que no es por eso.

—¿Estás bien? —pregunto, con los ojos fijos en la carretera.

—Sí, todo bien —responde con voz chillona.

Aparto los ojos de la carretera y vuelvo a mirar a Ava: veo el rubor en sus mejillas, la manera en que se le dilatan las pupilas mientras

lee las páginas de su libro y cómo se muerde el labio, cómo sube y baja su pecho...

Mierda.

Sé muy bien el tipo de libros que lee Ava. Después de investigar un poco y hojear algunos de ellos supe todo lo que necesitaba saber; es decir, que algunos de sus libros son totalmente obscenos.

Elegí este libro adrede tras una investigación exhaustiva durante una de las tantas veces que esperé a que Ava estuviera lista.

—¿Qué tal tu libro? —pregunto, reprimiendo una sonrisa y una erección al mismo tiempo. Eso me pasa con Ava. Es la única mujer que conozco que puede hacerme reír y ponerme duro en el mismo milisegundo.

—Bien —responde demasiado rápido.

Está excitada.

Su estado de ánimo se transforma en lujuria; me doy cuenta cuando cruza y descruza las piernas.

—¿Qué sucede? —pregunto, y suena brusco hasta en mis oídos.

—¿Qué? —pregunta ella, con la voz aún más chillona.

—¿Qué sucede en tu libro? —Siento sus ojos más que verlos, y percibo su vacilación; no sabe cómo responder y, de pronto, se vuelve tímida.

Tan distinta de mi Ava.

—Bueno, va de un tipo que... —empieza a decir.

—No, ¿qué está pasando en tu libro ahora?

—¿En este momento?

—Ahora, princesa —repito, con voz seria y tensa. Cuando la miro fugazmente, tiene las mejillas ruborizadas.

—Eh... mmm... eh... —Respira profundamente y se mueve un poco en el asiento antes de volver a hablar con más seguridad—. Están en una cama. Ella está desnuda y él, vestido. Él la está masturbando con los dedos.

—¿Y cómo te hace sentir? —quiero saber; mi voz suena áspera incluso para mis propios oídos.

—Excitada —murmura—. Muy excitada.

—Léemelo.

—¿Qué?

La palabra le sale como un chillido nervioso; me paso la lengua por los labios para evitar sonreír. No quiero desanimarla en absoluto, pero está tan guapa...

—Léeme el libro. Yo no puedo, estoy conduciendo. Me vendría bien algo de entretenimiento.

—Jaime, no puedo...

—Sí que puedes, y te lo recompensaré, nena. —La promesa tácita flota en el aire, y debe de ser lo que necesita para decidirse, porque respira hondo antes de levantar el libro y empezar a leer.

—«Con un gemido gutural, uno que yo nunca había oído, con la cabeza enterrada entre las sábanas y la espalda despegada de la cama, ella acaba» —lee Ava con voz entrecortada—. «Y con su orgasmo llega un chorro de líquido, que sigue porque me niego a dejar de acariciarla». —Mierda. No me di cuenta de que había chorros de orgasmo en este libro.

—¿Alguna vez lo hiciste? —le pregunto.

—¿Si hice qué?

—Chorrear. ¿Alguna vez un hombre te ha hecho chorrear?

Ella sacude la cabeza antes de responder en voz alta:

—No.

—Mmm. Tendremos que solucionar eso algún día, ¿verdad?

—Ay, Dios —dice, exhalando y moviendo las piernas.

—Abre las piernas, nena —digo en voz baja—. Sigue leyendo y abre las piernas.

—¿Qué?

—No te hagas la tonta. Eres una mujer inteligente, sé que me has oído. —Luego extiendo la mano y, con las puntas de los dedos, voy a la cintura de sus pantalones deportivos flojos; hurgo en ellos y mi mano se detiene en la suave piel de su vientre.

Entonces ella abre las piernas como le he pedido. Pero no me muevo hasta que vuelve a empezar a leer.

—«"Diablos, Zoe. Eso es, nena. Cielos, deberías mirarte", digo. "Es demasiado, ¡ay, Dios!, yo... te necesito dentro"». —Con sus palabras, mis dedos se deslizan hacia abajo, hacen un círculo suave sobre su clítoris y ella suspira, pero sigue leyendo—. «Yo obedezco, mis dedos se mueven dentro, presionando sobre su punto G, y el gemido que sale de sus labios parece de dolor. "No, no, fóllame, por favor". Sus caderas se mueven sin cesar y se elevan para recibir más a pesar de sus palabras, y sé que está a punto de llegar al clímax».

Ahora veo por qué le gusta leer estas cosas. La recompenso por su buen comportamiento deslizando los dedos hacia abajo y hundiendo uno en su vagina, follándola lentamente. Ya está húmeda, y me pregunto en qué medida será por el libro y cuánto por el hecho en sí.

—Ay, Dios —susurra, y cuando la miro, tiene la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados, y el libro empieza a resbalarse de sus manos.

—Los ojos abiertos, princesa. Sigue leyendo.

—Ay, Dios, Dios, Dios —exclama, echando las caderas hacia atrás, pero sigue leyendo, aunque creo que ha perdido la línea por la que iba.

—«"Eso es, nena, chorrea para mí otra vez", digo en voz baja, y no creo que pueda oírme; su cabeza se inclina hacia atrás, un fuerte gemido sale de sus labios y luego se detiene, como si sus pulmones no soportaran el esfuerzo, mientras su vagina chorrea otra vez, empapando mi mano y el colchón».

Yo quiero eso.

Quiero hacer que Ava chorree así. No aquí, no en el coche, sino cuando esté desparramada en la cama frente a mí, con su cabello como un halo dorado a su alrededor. Cuando pueda verla chorrear, y luego follarla con fuerza.

Dos de mis dedos se deslizan dentro de ella ahora, y empiezo a penetrarla con ellos, gruñendo al oír el sonido húmedo que hacen.

—Estás empapada por tu libro, ¿verdad? Princesa pervertida.

—Por ti —gruñe ella. Me paso la lengua por el labio y muerdo el inferior para evitar que se me escape otro gruñido. Mi polla está dura; me muero por follarla, pero sé que faltan horas para que lleguemos al hotel. Ella suspira, levantando las caderas—. Por ti, Jaime. No estoy mojada por el libro. —Doblo el dedo en recompensa por su sinceridad—. Estoy mojada por ti.

—Es verdad, Ava. Porque ¿de quién es esta vagina? —Meto el pulgar y froto su clítoris con fuerza, y ella echa las caderas hacia atrás cuando lo hago.

—Es tuya.

Dios. Mis dedos se mueven más deprisa ahora, penetrándola sin contenerme, y sus caderas siguen el mismo ritmo. Ella sujeta con fuerza las páginas del libro, pero a estas alturas ya se ha olvidado de él.

—Es verdad. Puedes leer todos los libros obscenos que quieras, Ava, pero que sepas que seré siempre yo quien te haga llegar al orgasmo. Ahora, ¿vas a ser una niña buena y vas a correrte mientras conduzco?

—Sí, sí —gime ella, mientras vuelve a levantar las caderas; una mano se le va al pecho y el libro cae al suelo cuando arquea la espalda.

—Ahora, Ava. Córrete sobre mis dedos.

Y lo hace, gimiendo mi nombre mientras su vagina se contrae alrededor de mis dedos cuando los hundo más y aprieto su clítoris. Me quedo allí, acariciando su clítoris hasta que ella se estremece una vez más, cuando todo termina y la caricia se vuelve demasiada.

Lentamente saco la mano de sus pantalones y de su ropa interior. Su pecho sube y baja mientras desciende de su clímax. Pero sé que me está mirando cuando llevo esos dedos a la boca y los limpio.



Cuarenta y tres

AVA

Cuando faltan cinco días de gira antes del evento final en California, Jaime me despierta temprano, me dice que me vista sin darme más explicaciones, cosa que me enfurece, y luego nos mete a Melocotón y a mí en la camioneta.

—¿Adónde vamos?

—Llegaremos en diez minutos, Ava. Creo que puedes esperar —dice Jaime.

—Así que no es demasiado lejos —digo mientras apoyo un dedo en mis labios, tratando de pensar. Pero no sé nada de Washington más que lo que hicimos ayer, cuando visitamos una librería de novela romántica cuya propietaria era una mujer y decidí que quería mudarme y vivir allí toda mi vida. Todo era rosa y magnífico, y estaba repleto de libros: algunos que ya había leído, otros de mi lista pendiente de lectura y otros que no había visto nunca.

Jaime extiende la mano, toma la mía y la lleva a sus labios antes de apoyarla sobre su regazo, donde acaricia el dorso con el pulgar.

—Deja de pensar tanto. Llegaremos pronto.

No puedo discutir, así que le sonrío; gira la cabeza para mirarme cuando se detiene ante un semáforo y se inclina, me atrae hacia él y deposita un suave beso en mis labios.

—¿Y eso por qué?

—Estás demasiado guapa como para no besarte.

Mis mejillas se encienden y él me sonríe antes de volver a su sitio. Su mano aprieta más la mía mientras sigue conduciendo hacia un destino desconocido.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto, mirando la bonita librería rosa en la que estuvimos ayer, y Jaime pone el coche en posición de aparcamiento.

No me responde, sale del coche y agarra a Melocotón con su arnés y correa antes de venir a mi puerta, abrirla y ayudarme a bajar.

—Vamos de compras.

—Pero...

—Ayer querías pasar una década aquí, Ava.

Tiene razón: estuvimos apenas una hora para promocionar el negocio, hacer fotos y hablar con la prensa local, pero lo único que quería yo era pasarme horas mirando los pasillos. Por supuesto que no lo hice, porque lo último que necesitaba era que algún reportero me sacara una foto comprando un libro de harén inverso o una novela omegaverso y me pintara como un modelo a seguir espantoso. Así que lo único que hice fue mirar maravillada y tomar notas mentales de los libros para comprarlos después.

—Hola, pareja —dice Rosie, la dueña de la librería, cuando abre la puerta y nos saluda. Le sonrío, todavía confundida, mientras cierra y echa el cerrojo a la puerta detrás de mí—. ¿Cómo estáis?

—Estoy... muy bien. Yo... —Hago una pausa y miro a mi alrededor otra vez, asombrada, antes de sacudir la cabeza—. Lo siento, estoy muy confundida. —Me giro hacia Jaime, que deja a Melocotón en el suelo con su correa, donde empieza a dar vueltas como una loca—. ¿Puede alguien explicarme qué está pasando?

—Ayer, tu chico me habló en privado.

El corazón me da un vuelco y me pongo pálida, ya que no le hemos dicho a nadie que somos pareja excepto a Harper y a Jules.

—Ah, pero no somos...

—Ella lo sabe, princesa, está bien. Es buena gente —dice Jaime, atrayéndome a su lado con un brazo en la cintura.

—Y me hizo firmar un contrato de confidencialidad antes de que habláramos.

Abro mucho los ojos y lo empujo por el hombro.

—¡Jaime! ¡No puedo creer que le hayas hecho firmar un contrato! Lo siento muchísimo, no soy tan dramática, pero él es muy protector —le digo a la dueña, que sonríe.

—Estamos a cinco días de que este caos termine. No voy a arriesgarme ahora —refunfuña Jaime.

—No me molestó en absoluto. Amo el amor. El romance prohibido es uno de los recursos literarios más importantes. —Trato de evitar que se me enciendan las mejillas—. Así que habló conmigo en privado y me pidió si podía abrir más tarde o cerrar unas horas para que pudieras comprar. Por supuesto, le dije que sí. Estoy muy agradecida de que vinieras ayer a promocionar mi librería. La zona

no es de las más concurridas, y dar a conocer mi nombre... significó mucho para mí. Lo que haces por las pequeñas empresas es maravilloso.

Abro la boca pero no digo nada, porque no estoy segura de qué responder. Cuando alguien me habla de esa manera me siento sumamente incómoda, como si creyeran que hago un gesto magnánimo cuando lo único que hago es vivir mi vida.

—De todos modos, me voy a la parte trasera para que tengáis privacidad para mirar y comprar.

—¿A las dos, verdad? —pregunta Jaime, y Rosie asiente.

—¡Sí! Hoy abrimos a las tres, y con la prensa de ayer quiero asegurarme de que tengáis privacidad antes de que venga gente a la tienda.

—Perfecto, gracias. —Jaime asiente y se dirige hacia el fondo.

—¿Qué...? —Miro a mi alrededor—. ¿Qué es esto?

—Te he traído de compras.

—¿Me... me has traído de compras? —Él me mira con una sonrisa amplia y asiente, cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Me has traído de compras y has hecho que cierren la tienda para que pueda comprar libros en paz?

—Exacto. Lo que quieras es tuyo, Ava. Ya llenaste una bolsa con los libros que has leído en este viaje. ¿Qué le hacen una docena más?

—Tengo dinero, Jaime. Yo puedo...

—Esto es una cita, Ava. —Las palabras flotan en el aire a nuestro alrededor, parecen titilar en esta tienda rosa llena de libros maravillosos—. Todavía no hemos tenido una cita. No sabemos cuándo vamos a tener la oportunidad, así que aprovecho esta. Y

pensé... —Un rubor le sube a las mejillas, y de pronto parece casi... tímido—. Pensé que sería una buena primera cita para recordar, que te volvieras loca en tu lugar favorito.

—Dios mío —murmuro, y de pronto él se pone en guardia.

—¿Qué? —Da un paso hacia mí, cerrando el espacio que nos separa—. ¿Pasa algo malo?

—Nada, absolutamente nada. Es solo que... estás tan enamorado de mí —murmuro, deslizando una mano por su pecho hasta llegar al hombro.

—No tienes ni idea —dice él antes de inclinarse y apretar sus labios contra los míos. Es un beso dulce, no completamente desprovisto del fuego que siempre parece consumirnos, pero esta vez es solo presión de labios contra labios. Los suyos son suaves y cálidos, la aspereza de su barbilla raspa la mía mientras mi mano sube a su cuello y la de él, a mi cintura, y me estrecha con fuerza.

Nos quedamos así, besándonos suavemente como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, y luego suelta mis labios y apoya su frente contra la mía.

—Pero no tenemos todo el día, así que no puedo quedarme besándote en una librería indefinidamente.

—Lástima —susurro, y él sonríe—. Sería una primera cita excelente.

—Quizá en la segunda —dice, colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja—. Ahora vete a comprar.

—¿Cuántos libros puedo comprar? —pregunto, rebotando con mis zapatillas sobre las puntas de los pies.

—Los que yo pueda llevar en los brazos, princesa.

—¿Es un desafío? —Miro sus brazos antes de inclinarme para tocar su bíceps, del que mi mano apenas cubre una cuarta parte—. Apuesto a que podrías cargar un montón de libros.

Él se acerca de nuevo y rodea mi cintura con un brazo para apretarme con fuerza.

—Si prometes que me leerás algunas de tus escenas favoritas en voz alta, te compro toda la puta tienda.

Una ola de calor me recorre al recordar que eso ya lo hicimos.

—Trato hecho.

Sonríe como si no tuviera la menor duda de que lo haré, y luego me da la vuelta y me da una palmada en el culo.

—Vete.

—Así que... nuestra primera cita —digo con una sonrisa mientras caminamos por un pequeño parque residencial al que Jaime nos ha traído después de la librería.

Vamos de la mano; Jaime lleva la correa de Melocotón, que persigue una mariposa. Es gracioso ver a Jaime Wilde, tan grande y fornido, sujetando una correa rosa y brillante atada a un diminuto arnés con pequeñas fresitas, paseando a una gatita que salta por todas partes. De algún modo, funciona.

Con Jaime todo parece funcionar siempre.

No sé si es porque estoy tan enamorada de él o porque los dos nacimos para estar juntos. Quizá, por ser una romántica incurable, siempre creí en el amor a primera vista, pero tal vez en la realidad sea un poco diferente. Quizá mi necesidad constante de fastidiarlo y su profundo deseo de protegerme sean solo eso: el amor a primera vista manifestándose en la realidad. Estuvo ahí desde el principio y se negó a ser ignorado.

—¿Lo he hecho bien? —Sus mejillas y su cuello se tiñen de rubor, y lo empujo con el hombro, poniendo los ojos en blanco.

—Sabes que lo has hecho fantástico. No busques halagos. Pero va a ser difícil superar esta cita.

—Mmm, bueno, con suerte nuestra próxima cita no tendrá que ser tan clandestina.

El corazón me da un vuelco al recordarlo. Dentro de cinco días la gira terminará y volveremos a casa. Aunque seguiré llevando el título de Miss Americana y tendré que asistir a varios eventos durante mi reinado, no es nada comparado con esta intensa gira de tres meses.

—Entonces, ¿te parece que vamos a tener una segunda cita? —pregunto con una sonrisa.

—Ava —dice él, un poco irritado y un poco divertido—. ¿Qué parte del último mes te hace pensar que no vamos a tener una segunda cita?

Me encojo de hombros, pero decido darle una respuesta real.

—No sé. Ya no estaremos tan juntos todo el tiempo, y probablemente tendrás una nueva misión... —digo. Mi voz se apaga y él se incomoda, pero, como de costumbre, Jaime deja de caminar y me abraza.

—Ava, me mudaría contigo mañana mismo si no fuera demasiado intenso o demasiado rápido para ti. Hemos pasado tres meses juntos, cada minuto del día. La idea de perder eso cuando volvamos me revuelve el estómago, aunque estoy dispuesto a respetar tus tiempos. Así que, sí, habrá una segunda cita. Y una tercera cita. Si me salgo con la mía, una centésima cita. Y, si tengo mucha suerte, una cita en la que te ofrezca un anillo y te pida que te cases conmigo.

—Ah —murmuro.

—¿Por qué te sorprende tanto? —pregunta, riéndose.

—No... no sé. No lo sé.

Interrumpe mis murmullos apretando sus labios contra los míos. Me besa profundamente hasta arrancarme un leve gemido. Cuando se separa, apoya su frente sobre la mía.

—Entonces te gusto —murmuro.

—Claro que sí, maldita sea —responde.



Cuarenta y cuatro

JAIME

—¿Estoy bien? —pregunta Ava. Por su voz, me doy cuenta de que está nerviosa. Se gira frente al espejo, a la izquierda, a la derecha y de frente, como si buscara alguna imperfección que pudiera arreglar antes de irnos, pero, como siempre, está fantástica. Su vestido es azul pálido, con mangas largas y un escote más alto de lo habitual, ceñido hasta terminar a media altura del muslo. Probablemente sea uno de los conjuntos más conservadores que le he visto ponerse en todo este viaje, pero es porque mi chica está muerta de miedo.

Esta noche es la última antes del evento final de mañana de la organización Miss Americana. Ya estamos oficialmente en California y vamos a cenar con Hank y su esposa.

Rodeo su cintura con mi brazo, la atraigo hacia mi cuerpo y aprieto mis labios contra los suyos. Ella eligió mi atuendo, similar al que llevé en la gala a la que fuimos: traje negro y camisa de vestir negra. «Elegante guardaespaldas», según me dijo, riéndose cuando

puse cara de fastidio. Sin embargo, no podemos negar que juntos causamos sensación.

—¡No estropees mi pintalabios, Jaime Wilde! —protesta, apoyando las manos en mi pecho e intentando empujarme, aunque no lo consigue—. Puf, eres tan fuerte que da rabia.

—Estás perfecta, Ava —le digo en voz baja y tranquilizadora, e ignoro la queja. Su cuerpo se relaja en mis brazos y sus ojos parecen ilusionados, a pesar de los nervios.

—¿De verdad?

—Para mí siempre estás perfecta, princesa. —Con eso pone los ojos en blanco, y sonrío. Alza las manos y, con la uña del dedo, presiona donde nunca supe que tenía un hoyuelo, pero a Ava le encanta señalarlo.

—Eres tan fastidioso —dice con un suspiro.

—Les vas a encantar.

Con sus dientes blancos muerde su labio inferior mientras su mano juguetea con el cuello de mi camisa.

—Pero ¿y si no es así?

—Lo será.

—Pero ¿y si...?

—Entonces no son las buenas personas que yo creía. Pero te aseguro, Ava, que lo son.

Suelta un largo suspiro.

—Estoy nerviosa —admite por fin.

—No tienes por qué —digo, inclinándome y dándole un beso suave—. Eres perfecta, Ava. Les vas a encantar.

—Esto parece... —Mira a su alrededor, como si le incomodara decir lo que está a punto de decir—. Esto parece real.

—Muy bien. Porque lo es.

Vuelve a poner cara de fastidio y esbozo otra sonrisa cuando sacude la cabeza.

—Ya sabes a qué me refiero. Parece... parece que fuéramos una pareja normal, aunque solo sea por una noche. Como si fuera una cita para conocer a las personas que prácticamente son tus padres.

Le he contado a Ava que, cuando terminé el instituto, mis padres no apoyaron mi decisión de no ir a la universidad y, en cambio, empezar a trabajar para Five Star. Apenas me fui de casa, ellos hicieron las maletas y se mudaron a Florida. En mi opinión, nunca quisieron tener hijos y fueron los típicos que tuvieron uno simplemente porque era «el siguiente paso». Cuando no encajé en sus grandes ideales de lo que un hijo debía ser, dejaron de esforzarse; y, como a mí tampoco me interesaba forzar una relación, esta se apagó.

Con el paso de los años, Hank no solo se convirtió en un mentor para mí; de algún modo, él y su esposa pasaron a ser figuras paternas. Si me sucedía algo importante, eran los primeros a los que llamaba. Aunque veo a mi familia una o dos veces al año, la relación no se parece en nada a la intimidad o la comodidad que siento con Hank y Janine. Si no estoy de misión, paso las fiestas con ellos, pero, debido a mi estilo de vida, hasta ahora el hecho de no echar raíces ha sido algo bueno.

—Lo somos —afirmo. Me muevo y me siento en el sofá, obligándola a sentarse a horcajadas sobre mí, como suelo hacer, antes de sujetar su rostro entre mis manos—. Ava. Estoy deseando que acabe esta gira para poder salir contigo y presumir de ti allá donde vayamos. Para que todos los hombres en un radio de quince

kilómetros se mueran de envidia porque seas mía. ¿Esto que tenemos, nosotros? Esto es real. Somos reales. No importa cómo salga esta noche; y, Ava, sé que va a salir bien: somos reales, y seguiremos siéndolo. ¿Lo entiendes?

Ella me mira de esa forma tan suya, leyendo mi cara en busca de mentiras que solo ella sería capaz de detectar, y luego asiente con una sonrisa.

—Está bien, Jaime. Confío en ti.

Y aunque me encanta cada vez que confía en mí para algo, esta vez parece lo más importante de todo.

—¡Ava! —exclama Janine, la esposa de Hank, extendiendo un brazo hacia ella como si fuesen viejas amigas y tirando de ella para abrazarla—. ¡He oído tantas cosas fantásticas sobre ti!

Apenas hemos aparcado en la entrada cuando Janine ha salido corriendo, me ha ignorado por completo y ha ido directa hacia Ava. Cuando se aparta, Ava tiene las mejillas encendidas y sonríe, nerviosa.

—Cielo santo, eres aún más guapa en persona. ¿A que sí, Hank? —pregunta Janine, girándose hacia su marido, que extiende la mano, me abraza y me da unas palmadas en la espalda.

—No voy a comentar lo guapa que es la chica de Jaime mientras él está delante, cariño.

—Ah, cállate —responde Janine mientras mira a su marido, enlaza su brazo con el de Ava y nos conduce hacia el interior de la casa.

—¿Le has advertido cómo es Janine? —pregunta Hank, apoyando el brazo en mi hombro mientras las seguimos.

—Probablemente debería haberlo hecho —digo en voz baja.

—Nos espera una larga noche —dice Hank, riéndose mientras seguimos a las mujeres hasta la cocina. Janine habla a ciento cincuenta por hora. Nunca me había dado cuenta, pero Janine se parece mucho a Ava, así que debería haber sabido que las dos se llevarían bien enseguida.

—Bueno, sabes que Hank y yo nos conocimos porque él era mi guardaespaldas, ¿verdad? —le dice Janine a Ava una hora después, mientras coloca un plato delante de ella.

Ava abre la boca y se vuelve hacia mí mientras me da un golpecito en el brazo.

—No, no lo sabía. De hecho, se ha pasado casi toda la primera parte de la gira diciéndome que sería muy poco profesional que estuviéramos juntos.

—Ah, no te preocupes. Hank hizo lo mismo —declara, riéndose—. Pero, cuando estos hombres se deciden, es para siempre.

Ava sonríe, divertida, y sus ojos brillan cuando se vuelve hacia mí.

—Sí, ya lo veo.

Tras una copa de vino y una «charla de chicas» (según Janine, no yo), Ava ha salido de su caparazón y ha explicado cómo pasó las seis primeras semanas de la gira tratando de «descolocarme».

Janine se ríe.

—Ah, quiero todos los detalles —dice, inclinándose hacia delante.

—No, creo que ya tenemos suficientes detalles —digo, sacudiendo la cabeza y preparado para taparle la boca a Ava.

—Eso, no necesito más detalles, ni tampoco que Janine dé ninguno.

Las dos se ríen, no es la primera vez esta noche, y Hank y yo nos miramos y soltamos un suspiro profundo.

—Entonces, ¿qué viene después? —pregunta Janine con voz amable—. ¿Cuántos días os quedan hasta terminar?

—Tres —responde Ava, nerviosa, mientras empuja la comida en el plato con su tenedor—. Y no estoy segura. Antes de todo esto... —Hace un gesto con la mano a su alrededor—. Yo era camarera. Me metí en esto para ayudar a unas amigas.

—Ah, te aseguro que lo sé —dice Janine—. Ya te dije que te investigué.

Ava se echa a reír.

—Sí, bueno, no pensé que fuera a llegar a nada, y mi mundo se puso patas arriba. Pero siempre he sido de dejarme llevar por la corriente, así que ya veremos qué pasa.

—Estoy seguro de que a Jaime le encanta eso —dice Hank con un resoplido, y le lanzo una mirada que deja muy claro lo que opino del «dejarse llevar» de Ava.

—¿Sabes? Vi lo que hiciste con esas Niñas Exploradoras, cuando les enseñaste movimientos de defensa personal, y lo de esta mañana con las chicas del concurso.

Esta mañana, Ava y yo hemos ido al estudio de la amiga de Miss California junto con otras diez concursantes, para enseñarles algunos movimientos básicos de autodefensa. Ava se divirtió como nunca, haciéndome bromas delante de las mujeres y riéndose con las chicas, pero, al final, creo que todas aprendieron habilidades realmente fundamentales en un ambiente agradable. Lo mejor para mí fue lo feliz que estaba Ava después. Parecía más estimulada y entusiasmada que en toda la gira.

—Sin duda ha sido uno de los mejores momentos de este viaje —dice Ava—. No sabía nada de defensa propia hasta que Jaime me obligó a aprender. Me hace sentir más poderosa saber que puedo protegerme, en el peor de los casos.

—¿Y has pensado en hacer algo más con eso? —pregunta Janine mientras bebe un sorbo de vino. Ava frunce el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Enseñar movimientos básicos de defensa propia, convertirlo en algo viral. Demonios, si alguien podría hacerlo de forma divertida, esa eres tú.

De pronto a Ava se le ilumina la cara y esboza una ligera sonrisa.

—¿Sabes? No, no lo había pensado. Pero me encanta la idea. En realidad, la semana pasada me contactó una empresa para que patrocinara un llavero con un espray de gas pimienta.

—Por supuesto que no —digo al mismo tiempo que Hank suelta una carcajada.

—¿Qué?

—Por supuesto que no —repito—. No vas a ir por ahí todo el día con un espray de gas pimienta, por pequeño que sea.

Ava se vuelve hacia mí, indignada.

—¿Por qué no?

—Porque eres una bomba de relojería, Ava. Con la suerte que tienes, acabarías rociándote entera cuando quisieras enseñarle a alguien cómo funciona.

Frunce los labios, como si quisiera discutir pero no pudiera, y luego sonríe.

—Puede que tengas razón. ¿Y un táser? Hacen unas monísimas en rosa.

Cierro los ojos y respiro hondo mientras cuento hasta diez, como si eso fuera a ayudarme con la pequeña amenaza de mujer que tengo delante.

No ayuda.

Y eso me hace feliz, porque la quiero, con todo su caos.

—¿Por qué no empezamos con algo más pequeño?

Sus labios se curvan en una sonrisa.

—Sí, probablemente tenga sentido. —Luego se gira hacia Janine —. Pero también me han estado mandando muchos mensajes desde Utah, preguntando si consideraría dar clases allí o en Evergreen Park. No creo que quiera estar en un estudio todo el día ni nada por el estilo, pero hoy me he dado cuenta de que podría organizar clases puntuales o algo así. —Inclina la cabeza como si de pronto estuviera elaborando un plan de negocios y sus labios se curvan en una sonrisa—. Probablemente también podría conseguir que distintas empresas patrocinasen esas clases. O incluso hacer vídeos en línea. —Entonces se gira hacia mí—. Me ayudarías, ¿verdad?

Yo suspiro y Hank se ríe.

—¿Por qué no terminamos esta gira antes de pensar en otro plan de negocios? —Ella me fulmina con la mirada y no puedo resistirme a acercar la mano para apartarle el pelo del hombro, con una leve sonrisa en los labios—. Pero sí, princesa. Haré lo que quieras.

—Gracias, Janine, ha sido una idea fantástica —dice Ava.

—Si te decides, dímelo, o haz que Jaime nos lo cuente. Conocemos a mucha gente que estaría interesada, antiguos clientes de Hank a los que les encantaría saber más sobre defensa personal. ¡Hasta podrían patrocinar esas clases algunas celebridades para darle más vida! Podrías viajar por todas partes...

—Janine —la advierte Hank.

—¿Qué?

—Vas a provocarle un infarto a Jaime. Solo míralo.

Me esfuerzo por relajar la mandíbula mientras Ava se echa a reír.

—Sí, creo que Jaime está deseando relajarse diez años cuando volvamos de esta gira. Sin duda he estado poniendo a prueba su paciencia.

—Ah, estoy segura de que le encanta —dice Janine, haciendo un gesto con la mano.

Extiendo el brazo, paso una mano por los hombros de Ava y luego me inclino para darle un beso en el cabello.

—Estoy más que dispuesto a que ponga a prueba mi paciencia todas las veces que quiera —afirmo, y hablo muy en serio. Ava se ruboriza, Janine se enternece, pero Hank se limita a mirarme pensativo antes de mover la cabeza de forma casi imperceptible.

Después de cenar, Ava y Janine se van al cuarto de manualidades de Janine para ver un proyecto en el que está trabajando. Hank se recuesta en el sofá en el que estamos sentados y cruza los brazos sobre el pecho.

—Nunca pensé que vería este día.

—Cállate, Hank.

—Solo digo que es bueno verte interesado en algo más que tu trabajo. Ya era hora.

—Supongo que sí.

—¿Y qué piensas hacer después? Supongo que tu plan de desaparecer en las montañas para vivir una vida de paz y tranquilidad queda descartado —dice.

—Sí... No creo que Ava sea muy de vida en la naturaleza —respondo con una sonrisa. No me la imagino demasiado lejos de la civilización, de las compras y de otras personas con las que socializar. Aunque quizá podría convencerla de encerrarse conmigo de vez en cuando durante unas semanas. Como un acuerdo. Llevaríamos a Melocotón, por supuesto. Melocotón, que lleva toda la tarde paseando por la casa de Janine y Hank como si fuera la dueña.

—¿Te quedarás en Five Star?

—No... no lo sé. Para empezar, no creo que quieran seguir contando conmigo cuando descubran mi relación con Ava...

—¿Así que vais a hacerla pública?

—Cuando termine la gira. Me estoy volviendo loco así, sin que nadie sepa que ella tiene dueño —confieso.

Hank asiente.

—Bien, bien. Ya sabes que incluí algunas previsiones en caso de que te despidan o decidas dimitir. Tú y cualquier empleado que trabajase más de diez años antes de la venta de la empresa estáis cubiertos. Hay una cuenta aparte para tu jubilación que nadie puede tocar.

—Sí, me lo dijo Miles. Ojalá me lo hubieras contado tú; probablemente no habría esperado tanto para oficializar lo mío con Ava.

—Tonterías. —Hank se echa a reír; lo miro antes de que se incline hacia delante—. Siempre has sido un chico prudente, desde el momento en que te conocí. Sopesabas pros y contras aunque no tuviera sentido. La única posibilidad de que hubieras renunciado antes es que ella te obligara.

—Lo intentó —refunfuño, recordando las semanas en que Ava me provocaba y me tomaba el pelo.

Una forma muy particular de tortura deliciosa.

—Ah, me lo creo. ¿Ella y Janine? Son dos gotas de agua, me di cuenta en cuanto las vi juntas. Son la misma mujer. Así que ya sabes, buena suerte con eso.

Refunfuño, ya que conozco la cantidad de dolores de cabeza que su esposa le ha dado a lo largo de los años. Pero también sé que la felicidad compensa de sobra esos dolores de cabeza.

—Te iría bien con tu propia empresa —dice al cabo de unos momentos.

—¿Qué?

—No puedes estar sobre el terreno eternamente, pero tus contactos y tus referencias son excelentes. Sabes cómo deben comportarse los hombres, y te respetan. Se te daría bien fundar tu propia compañía. Además, así podrías pasar más tiempo con tu chica.

La cabeza me da vueltas tratando de asimilar lo que dice. Claro que, en el pasado, era una idea que había cruzado fugazmente por mi mente; alguna vez pensé que podría ser un proyecto interesante, pero también que sería feliz jubilándome joven. Ahora... ya no estoy tan seguro.

Ahora creo que no me importaría explorar el mundo con Ava, especialmente si Janine le ha llenado la cabeza de ideas descabelladas que, pese a mis dudas iniciales, tienen mucho sentido para ella.

—Solo… piénsatelo. Tienes dinero ahorrado más que de sobra, y puede que incluso puedas permitirte no trabajar el resto de tu vida

sin tocar esa cuenta de jubilación.

Tiene razón; por la vida que he llevado no he tenido mucho tiempo para gastar dinero, así que he ahorrado la mayor parte de mis sueldos. No pago alquiler ni hipoteca porque la mayor parte del tiempo estoy de viaje y, cuando no, me voy a mi cabaña en las montañas.

—Pero te conozco. Al cabo de un tiempo te pondrás inquieto. Cuando eso ocurra, ven a verme. Déjame ayudarte a sopesar pros y contras.

Desde mi sitio en el sofá veo cómo Janine y Ava salen del baño; Ava echa la cabeza hacia atrás, riéndose a carcajadas.

—Gracias, Hank —digo, sin apartar los ojos de mi chica.

Él suelta una risita y luego su sillón cruje cuando se pone en pie.

—Sí, te irá bien con esa chica del brazo.

Mientras se acerca con la mirada fija en mí, y su sonrisa cada vez más amplia y cálida, no puedo evitar estar de acuerdo con él.

Nos despedimos y estamos saliendo por la puerta principal cuando ocurre: un reportero casi nos deja ciegos con el destello brillante de su cámara desde la entrada de la casa de Hank.

—Ava, ¿así que es cierto que tienes una relación con tu guardaespaldas? —grita una voz al tiempo que dispara otra foto.

Un *paparazzi*.

En la casa de Hank.

Al parecer, decidido a revelar nuestro secreto.

—Estás en una propiedad privada —ruge la voz de Hank a mi espalda—. Lárgate de aquí.

El hombre sigue gritando el nombre de Ava, el flash de la cámara no deja de dispararse y lo único en lo que puedo pensar es en protegerla.

—Vuelve a la casa, Ava —digo, furioso, sin ni siquiera mirarla por encima del hombro. En cuanto se encendió el primer flash la empujé detrás de mí, a apenas medio metro de la puerta por la que acabábamos de salir.

—Jaime, yo...

—¡Dentro de la casa! —rujo.

—Vamos, cielo —dice Janine con dulzura antes de cerrar la puerta a mi espalda, pero mi mirada está clavada en Preston Smith, el imbécil reportero de American Star.

—Estás en propiedad privada —repite Hank—. Dame la cámara.

—¡Ni de coña! ¿Sabes cuánto valen estas fotos? ¿El guardaespaldas y Miss Americana en un apasionado romance desde el principio? ¿La prueba de que Ava Bordeaux no es nada de lo que ha estado intentando vender?

Niego con la cabeza ante este idiota.

—¿Y a ti qué más te da? —pregunto, bajando del escalón y cruzando los brazos sobre el pecho. Es más bajo que yo y bastante más enclenque, pero no voy a tocarlo. Sé que no debo, que solo perjudicaría más a Ava y beneficiaría a este imbécil.

—Ella es una impostora, y el mundo debería saberlo.

Lo observo, lo asimilo, hago cuentas.

—¿Para quién trabajas? —pregunto, acercándome un paso.

Por un instante, una expresión (de pánico, de miedo) cruza su rostro, pero enseguida vuelve a adoptar esa actitud petulante.

—Para nadie, trabajo para American Star.

—Mmm, quizá sea cierto, pero hay otra conexión —digo, adelantándome de nuevo. Ahora nos separa quizá un metro y medio; él sigue con la cámara levantada, pero hay duda en su mirada—. ¿Es Regina? ¿Es ella quien te paga?

—No. ¿Por qué iba a pagarme? Solo he venido para ganar dinero con un artículo.

—¿Sabes? He estado investigándote, porque en cada puto artículo que escribes sobre Ava la destrozas sin motivo. Y estuviste en el evento donde la agredieron y en Utah, donde hiciste algunas acusaciones interesantes.

—Pero no eran acusaciones... Estás en una cita con ella, en casa de tu antiguo jefe.

—¿Y cómo sabías que íbamos a estar aquí? Estoy seguro de que no me has seguido, porque me habría dado cuenta. —Aunque no haya una amenaza, siempre estoy alerta y sé si alguien me sigue, y nadie lo ha hecho.

Sus labios se curvan en una sonrisa.

—Me lo contó un pajarito.

—No quieres meterte conmigo, Smith. Eso puedo asegurártelo.

—No eres nadie. No puedes hacer nada, y cuando esto —dice levantando la cámara— salga a la luz, ni siquiera tendrás trabajo. Five Star, ¿no? Estoy seguro de que en su código interno pone algo sobre no acostarse con las clientas.

Me esfuerzo por mantener el rostro inexpresivo antes de acercarme un paso más.

—Crees que has ganado alguna clase de juego y, francamente, no creo que seas tú quien lo juega: solo eres un pobre títere que obedece órdenes. Pero no quieres meterte conmigo, eso te lo

aseguro. Porque puedo saberlo todo sobre ti si hace falta. Puedo averiguar a qué colegio fuiste, quién firma tus nóminas y la dirección de tu mami, con la que probablemente sigues viviendo. Puedo saber quién te ha pagado, si algo de todo eso huele un poco… turbio, si alguien te ha dado dinero alguna vez por escribir un artículo positivo o por destrozar a alguien, y puedo reunir todo eso y mandárselo a tu jefe, porque tengo la sensación de que no encaja demasiado con el código deontológico de ningún periodista. —Inclino la cabeza hacia él—. Y después, puedo hacer llegar esa información a todos los medios de comunicación de Estados Unidos.

—¿Me estás amenazando?

Niego con la cabeza.

—Solo te cuento lo que puede pasar si no dejas tranquila a Ava y si no me dices quién te ha dicho que iba a estar aquí esta noche.

El imbécil sonríe y retrocede.

—Nos vemos, Jaime —dice mientras abre la puerta del coche, se mete dentro y arranca el motor.

Me quedo de pie con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando cómo se aleja ese periodista que conduce un coche que, con su sueldo, no debería poder permitirse. Luego me doy la vuelta, vuelvo a entrar en la casa y voy directo hacia Ava, que está de pie junto a Janine en el vestíbulo.

—¿Has publicado algo sobre dónde íbamos a estar esta noche? —pregunto.

—¿Qué?

Me acerco a ella, tomo su barbilla con suavidad y la obligo a mirarme.

—En redes sociales. ¿Has publicado algo sobre dónde estaríamos? ¿O has subido algo, lo que sea, desde que llegamos aquí? —Tardo un momento antes de añadir—: No voy a enfadarme, solo quiero saberlo.

—No —murmura—. No. He dejado el móvil en el hotel y me he olvidado por completo de él. Recuerdo haber pensado que era gracioso, porque normalmente lo llevo pegado, pero... —Se humedece los labios y me dirijo hacia la puerta para volver a salir—. Jaime, ¿qué pasa? Me estás asustando.

Con eso y el temblor en su voz, me giro y vuelvo hacia ella, esta vez para abrazarla.

—Todo está bien. —Apoyo la mano en su mejilla, la sostengo y la obligo a mirarme—. Todo va a salir muy bien, te lo prometo. ¿Tú y yo? Estamos bien, Ava —murmuro sobre sus labios antes de besarlos suavemente para calmarla. Cuando asiente y sus ojos parecen un poco menos preocupados, me aparto y vuelvo a dirigirme a la puerta.

Cuando salgo, oigo que Janine exclama:

—¡Dios, me alegro mucho por él! —y Ava ríe justo antes de que la puerta se cierre a mi espalda. Es un pequeño consuelo escuchar ese sonido.

—Un localizador —dice Hank con la mandíbula apretada, de pie junto a la camioneta, con un pequeño rectángulo negro en la mano.

—¿Qué?

—Había un localizador en tu coche. Parece especial, un dispositivo caro. ¿El coche es de alquiler? —Suspiro, miro mis pies y suelto una maldición en voz baja mientras niego con la cabeza—. Déjame adivinar: es tuyo.

Levanto la vista y asiento. La camioneta es mía, y sé perfectamente que antes de salir de Jersey no llevaba ningún localizador.

Entonces, ¿cuándo lo pusieron?

—Llama a Miles. Pásale toda la información que puedas sobre este cacharro, y luego la información de ese imbécil. He tomado el número de matrícula. ¿Has dicho que era periodista?

Asiento mientras busco el número de Miles en el teléfono.

—De un tabloide, pero periodista al fin. Ha estado en algunos de los eventos y, en todos los artículos que escribe, destroza a Ava.

—¿Crees que hay algo más?

—Lo sé —digo, mientras marco el número de Miles y me llevo el móvil al oído. Va a ser una noche muy larga.



Cuarenta y cinco

AVA

Cuando me despierto, la cama está vacía y mi teléfono tiene más notificaciones que cuando se anunció mi victoria en el concurso de Miss Americana. Aquella mañana me inundaron los mensajes de texto de «¡¡cielo santo, qué locura!!» y las llamadas de personas de las que no había oído hablar en años que querían conocer todos los detalles.

Esta vez los mensajes son de una docena larga de concursantes de Miss Americana con las que entablé amistad, de un montón de periodistas que quieren mis declaraciones sobre... algo, y hay al menos veinte mensajes de Harper y Jules, tanto individuales como en el chat de grupo.

Abro este último y miro la pantalla entornando los ojos.

JULES
Ignóralos.

HARPER

No. Llámanos de inmediato.

JULES
¿A quién mierda le importa que te estés tirando a tu guardaespaldas?

HARPER
¿Desde cuándo ser una persona buena y con los pies en la tierra es algo malo?

HARPER
No busques tu nombre, Ava. Prométemelo.

JULES
Ay, basta, vas a asustar a la chica.

HARPER
Solo digo que algunos de esos comentarios son brutales. Quizá sea mejor que no los leas.

JULES
Pero hay otros muy buenos. Mucha gente está de acuerdo con nosotras.

Estoy totalmente perdida. Vuelvo a los mensajes y abro los de Cara.

CARA
Por favor dime que es verdad que te estás acostando con ese bombón. Te lo ruego. También te ruego que me des más detalles.

Y otro de Miss Nueva York.

LILY
¡Querida, llámame! ¡Necesito saber qué está ocurriendo! Y, además, ¡bien por ti!

¿Qué diablos está pasando?

Así que hago lo que haría cualquier persona normal: buscar mi nombre. Casi de inmediato aparece una publicación de la revista American Star, con un titular tan inquietante como los mensajes de texto.

Miss Americana, Ava Bordeaux, deshonra su corona y su título

Bueno.

Qué... fuerte. Cuando me desplazo hacia abajo, veo algunas fotos mías, una en la ceremonia de coronación, con mi rostro estupefacto, pero por primera vez me fijo en la expresión desolada de Anne y el odio absoluto que desprende su mirada. Las demás fotos están perfectamente escogidas: yo con cara de enfado discutiendo con un reportero, una imagen en la que Jaime finge atacarme en el tutorial de defensa propia de las Niñas Exploradoras, yo abofeteando al hombre que me tocó el culo. Una foto de Jaime y de mí bailando en la gala, más efusivos de lo debido. Una foto de los dos paseando a Melocotón en el parque en nuestra primera cita me hace un nudo en el estómago y, al mismo tiempo, me dan ganas de pedirle al imbécil que la hizo que me mande una copia, porque es la foto más bonita que existe.

Y por último hay una instantánea de Jaime y de mí saliendo de casa de Hank anoche; yo estoy mirando por encima del hombro y riendo, y Jaime me mira embelesado, con la mano en mi cintura, abrazándome.

Cada foto está tomada para contar una historia y, cuando leo el artículo, me doy cuenta de que la historia es más de lo mismo.

Incluye una serie de acusaciones: que no tengo derecho a ser Miss Americana, que la industria debe imponer más restricciones para dejar fuera a la gentuza, que soy una mala influencia para todas las miradas jóvenes que tengo encima.

Todo es mentira, un artículo de mierda para arrastrarme por el barro, salvo una parte.

Hay un párrafo que me corta la respiración.

«Y también parece que la señorita Bordeaux viola su contrato de otras maneras, además de no defender los valores y la tradición de la organización. American Star puede confirmar oficialmente que mantiene un romance con su guardaespaldas, Jaime Wilde, de Five Star Security, asignado por la organización para acompañarla. Porque no solo se niega a defender los valores tradicionales, sino que es tan egoísta que cree estar en peligro por visitar a las personas que votaron por ella y le hicieron ganar la corona».

Ni siquiera pienso en el hecho de que el artículo insinúe que contratar a Jaime fue idea mía, como si yo fuera una diva con un ego descomunal convencida de que todo el mundo quiere hacerme daño. Ni siquiera me afectan demasiado las acusaciones de que no soy buena persona o de que soy una impostora.

Me da igual.

Pero sí me duele que hayan metido a Jaime en todo esto.

Se me encoge el estómago y, por un momento, contemplo seriamente la posibilidad de no salir de la cama en todo el día.

—¿Pasa algo malo? —pregunta Jaime al entrar en la habitación que compartimos, con el cuenco de comida de Melocotón en la mano.

Doy un respingo porque no le he escuchado entrar, perdida como estaba en mis pensamientos mientras leía los comentarios y hacía caso omiso a mi sentido común, que me suplicaba dejar de hacerlo. Algunos son fantásticos y muy cariñosos, pero, como aprendes enseguida cuando tienes cierta presencia en redes, también hay un buen puñado de comentarios absolutamente crueles.

—¿Has visto esto? —pregunto, echándome el pelo hacia atrás por encima del hombro e incorporándome después de haber estado encorvada sobre el teléfono.

—¿El artículo? —Asiento—. Sí, una mierda. —Tira de la camiseta y se la quita por la cabeza; parece que no solo ha vuelto, sino que también se ha duchado mientras yo estaba ausente del mundo. Dios mío, ¿cuánto tiempo he estado perdida en este agujero negro de internet?

—Sí, una mierda, pero se está haciendo viral. Ya tengo una docena de mensajes de texto, todos pidiéndome detalles.

—Sí, y también el vídeo de nosotros enseñando a las Niñas Exploradoras. —Se me hace un nudo en la garganta y, de pronto, me siento mareada—. Y el de ayer por la mañana, cuando dimos clases a las mujeres. No importa —dice mientras rebusca calcetines en una bolsa, y luego se sienta al borde de la cama para ponérselos. Se detiene y me mira—. No vas a dejar que esto te afecte, ¿verdad?

Aprieto la mandíbula, pero parece que es respuesta suficiente para Jaime.

—Estás dejando que te afecte. ¿Por qué? ¿Te preocupan las repercusiones? ¿Cómo van a afectarte? —Se acerca, deja lo que estaba haciendo, se sienta al borde de la cama y aparta mi pelo con el dorso de la mano—. Ava, no estamos haciendo nada malo. Esa norma es anticuada y, si de verdad intentan aplicarla, les va a dejar fatal. Una pesadilla para Relaciones Públicas. Además, Miles está investigando a ese imbécil para encontrar lo que sea que pueda desacreditarlo.

Niego con la cabeza, porque no lo está entendiendo.

—No estoy preocupada por mí. He recorrido el país, he vivido mi aventura y a mis amigas les va de maravilla. ¿Y qué? Pierdo la corona y se la dan a Anne. ¿A quién le importa? Ella siempre sabrá que no se la ganó, y eso es castigo suficiente.

Él me observa; sus ojos analizan, pero no terminan de comprender.

—Entonces, ¿qué pasa? —pregunta con voz suave y dulce.

—Que te han metido a ti en esto —murmuro, avergonzada de que mis problemas le salpiquen de esta manera.

—Sí, bueno. —Su respuesta no es precisamente un consuelo.

—¿Vas a tener problemas? —pregunto. Se encoge de hombros, como si no tuviera importancia—. Jaime, es muy grave.

—No lo es, Ava. De verdad que no lo es. En mi mundo, tú eres lo importante. Todo lo demás es ruido de fondo. Cuando hicimos oficial lo nuestro entre nosotros, te dije que ya no me importaba. Me importa que seas mía. Lo manteníamos en secreto porque no quería

que me apartaran del servicio como tu guardaespaldas, pero solo quedan unos días. No me preocupa demasiado.

—Pero... ¿y tu trabajo?

—No es tan importante.

—Jaime, ¿estás loco? Solo te faltan... ¿cuánto, tres años?, antes de...

Sacude la cabeza y me corta.

—Tengo un amigo al que echaron de Five Star hace un tiempo. Es un poco friki, pero buen tipo. Te caería bien. Resulta que, cuando Hank vendió la empresa, incluyó algunas cláusulas para que, aunque nos despidan o renunciemos, tengan la obligación de respetar nuestra jubilación. Es una cuenta que abrió Hank cuando empezamos a trabajar, y ni Greg ni Five Star pueden tocarla. Así que ¡al diablo! si me despiden; aun así me pagarán dentro de unos años.

Me quedo mirándolo durante lo que parece una eternidad, con la boca abierta por esta noticia.

—Habría estado bien saberlo hace semanas, Jaime.

—¿Por qué?

—¡Para no estar constantemente aterrorizada por lo que te pasaría si lo nuestro salía a la luz! He estado muerta de miedo de que apareciera un artículo como este —levanto el teléfono para señalar a qué me refiero— en el que se revelara nuestra relación y lo lamentaras toda tu vida. —Es una confesión que no pensaba hacer, pero se me escapa igualmente.

—Ava, nena —dice, acercándose a mí con ternura en el rostro.

—No quiero que mires atrás y pienses que te pasaste la vida trabajando por algo solo para tirarlo por la borda por mi culpa.

Entonces se mete en la cama, me atrae hasta su regazo y me acaricia la espalda con una mano.

—Eso no va a pasar nunca, Ava —dice, y luego acerca la mano a mi barbilla y me obliga a mirarle—. Nunca, ¿me oyes? Si has hecho algo, ha sido mostrarme que estaba desperdiciando mi vida esperando un futuro lejano que ni siquiera me entusiasmaba. Llevo tres años sin ser feliz en Five Star, y tienes razón, Ava, la vida es demasiado corta. Si me despiden por lo nuestro, será para mejor. Podría tener la oportunidad de montar algo propio también.

—¿Montar... algo tuyo?

—Tengo muy buenas referencias. No quiero seguir en el trabajo de campo eternamente, pero desde que Hank se fue de Five Star hay un vacío en el sector en lo que respecta a agencias verdaderamente fiables. Atlas Oaks no se quedará con ellos si yo me voy, así que son un buen punto de partida. Había barajado esa idea alguna vez, incluso antes de conocerte, Ava, pero Hank lo mencionó anoche y cada vez me encaja más.

Me muerdo el labio y lo observo.

—Ahora tienes que hacer la maleta y asegurarte de que Melocotón haga sus cosas. ¿Puedes hacerlo mientras llamo a mi compañero? Está investigando y no sé nada de él desde anoche.

Asiento y luego me levanto y me siento al borde de la cama. Sigo muy nerviosa; la cabeza me da vueltas con todas las revelaciones de las últimas horas.

Jaime saca su teléfono del bolsillo y empieza a marcar; luego vuelve a mirarme, hace una pausa y regresa. Se acerca y se agacha frente a mí hasta que estamos frente a frente.

—Por si no ha quedado claro, Ava. Estoy total y absolutamente enamorado de ti. Ni un artículo estúpido ni un trabajo que ni siquiera me gusta van a cambiar eso. Mi trabajo ahora mismo es cuidarte, hacerte feliz y asegurarme de que nada consiga derribarte. ¿Me entiendes?

Me quedo con la boca abierta ante la facilidad y la tranquilidad con la que suelta todo eso.

—¿Me quieres? —susurro.

—Eres una chica lista, Ava. Sabías que estaba enamorado de ti desde la primera noche.

Sonrío, dejando que la mareante emoción de que Jaime Wilde me quiera me atraviese entera.

—Sabes que yo también te quiero, ¿verdad? Quizá no desde la primera noche, no soy una psicópata; además fuiste muy gruñón, pero... —empiezo, y luego me río cuando me tumba en la cama y se coloca sobre mí—. Vale, vale. Te quiero desde que me dijiste que era una rubia con cuerpo sexi. Me encanta que los hombres sean malos conmigo. Probablemente tenga algún complejo paterno chunguísimo, ya sabes...

Me interrumpe con un beso profundo que me deja sin respiración y termina demasiado demasiado pronto; luego se incorpora y me ofrece la mano.

—Venga, princesa. Tenemos que salir a la carretera.

Tomo su mano y dejo que me levante.

—¿Podemos ir a buscar café de camino? —pregunto con una dulce sonrisa.

Él suspira.

—Vamos justos de tiempo, Ava.

—Porfa —digo, juntando las manos—. Te daría a mi primogénito si me llevaras a comprar un café con hielo, así no tengo que sentarme en una sala con cincuenta reinas de belleza gritando sin cafeína en el cuerpo.

Las comisuras de sus labios se curvan en una ligera sonrisa antes de cruzar los brazos sobre el pecho.

—Ya es mío.

Frunzo el ceño, confundida.

—¿Qué?

—Tu primogénito. Ya es mío, Ava, te compre café o no. —Alza la mano, me acaricia la barbilla y la levanta—. Y tu segundo hijo, si lo quieres.

—Ah —susurro, con los ojos muy abiertos.

—Y, como quiero tener algún día la oportunidad de darte esos hijos, que tendrán tus ojos y tu pelo y mi inmaculado sentido del humor...

—Dios mío, Jaime, ¿eso ha sido... una broma? —pregunto con falsa cara de asombro.

Él sonríe, pero sigue hablando.

—... y, porque quiero que sigas feliz y con ganas de cooperar, si sales por esa puerta en cinco minutos, me aseguraré de que nos dé tiempo a comprar el café.

—¡Eres el mejor! —digo, y salgo corriendo para terminar de prepararme más rápido que nunca, en parte porque sigo flotando.



Cuarenta y seis

AVA

Viajamos en silencio hasta el recinto del evento en el que tendrá lugar la parte final de mi gira. La cabeza me da vueltas al pensar en el artículo, preocupada por lo que dirán las demás concursantes de Miss Americana y por lo que sucederá cuando termine el acto. Pero el silencio se rompe en cuanto llegamos.

Cuando Jaime baja de la camioneta para entregar las llaves al aparcacoches, comienzan los gritos.

Nunca antes había sentido la necesidad de tener un guardaespaldas de verdad, más allá de los encuentros con fans o de los eventos en los que interactuaba con la gente. Esta es la primera vez que siento un miedo real a no poder salir sin que alguien me proteja.

Jaime abre la puerta, usando su cuerpo para cubrirme lo mejor posible, pero hay cuatro cámaras distintas, todas apuntándome, y tres reporteros que me enfocan con sus móviles.

—¡Ava! ¡Ava! —gritan los *paparazzi*, acercándose demasiado.

—¡Atrás! —grita Jaime.

—¿Es este tu novio? —grita alguien, y siento un nudo en el estómago.

—¿Vale la pena perder la corona por él?

—Sin comentarios —digo, sintiéndome idiota al decirlo, como si fuese más famosa de lo que soy. Pero parece empeorar las cosas, y siguen preguntando mientras Jaime camina a mi lado, intentando crear un escudo en un lateral, aunque las cámaras nos siguen desde todos los ángulos hasta la puerta.

—Anne nos dijo al entrar que deberían quitarte la corona de inmediato, y que el concurso piensa demandarte por violar el contrato.

—No tengo comentarios —respondo, esta vez con más firmeza. No quiero saber nada de las estupideces de Anne.

A medida que nos acercamos al edificio, ya a unos tres metros, la prensa retrocede cuando varios guardias de seguridad adicionales les impiden avanzar. Respiro hondo, centrando mi mente en la mano de Jaime sobre mi espalda, un punto seguro de paz y tranquilidad mientras caminamos, hasta detenernos en el control de seguridad. Jaime lleva mis bolsas de maquillaje y de vestuario colgadas del brazo, mientras yo busco mi documento de identidad en el bolso.

—¿Nombre? —pregunta el guardia sin levantar siquiera la vista.

—Ava Bordeaux —respondo, entregándole mi carnet con una sonrisa amable pero tensa.

—Tú no, encanto —dice el guardia, y reprimo el impulso de encogerme al oír la palabra—. Él. —Su barbilla apunta a Jaime y frunzo el ceño. Jaime nunca ha tenido que dar datos para entrar conmigo en un evento.

—Ah, él es Jaime, mi guardaespaldas. —El guardia guarda silencio, consulta el sujetapapeles y finalmente asiente, como si encajara algo, antes de llevarse la mano al *walkie-talkie* del hombro.

—Tenemos un problema —dice.

—¿Un problema? ¿Qué tipo de problema? —Otro nudo se me forma en el estómago y sé, simplemente sé, que Regina y Anne me están quitando la corona. Que me han puesto en la lista negra del evento y que ya no estoy invitada...

—Le han reasignado la seguridad para este evento. Jaime Wilde ya no está contratado por la organización Miss Americana, y se nos ha indicado que asignemos personal nuevo de seguridad para la señorita Bordeaux.

De pronto, el suelo empieza a moverse bajo mis pies y mi mundo se convierte en un absoluto caos.

—No me lo creo —murmura Jaime mientras regresa a la sala a la que nos llevaron tras la bomba del guardia.

Después de la conmoción inicial, Jaime se aseguró de que la oficina donde me habían dejado fuese segura antes de salir a averiguar qué estaba pasando, y mi cabeza ha estado dándole vueltas a todo desde entonces, intentando encajar las piezas.

Se suponía que Jaime solo debía traerme a este último evento y llevarme de vuelta a casa. No tenía que hacer mucho más. Entonces, ¿por qué iba Five Star a molestarse en reasignarme un guardaespaldas nuevo? ¿Y cuándo recibieron esa información? Enviar a un guardaespaldas nuevo y pagar todos los gastos —vuelos, hotel y extras— solo por un día parece una decisión absurda.

A menos que la organización del concurso haya sufrido un ataque de histeria y haya insistido en sustituirlo.

Pero suponiendo que fuese el concurso Miss Americana quien lo ha hecho, ¿por qué contratar a la misma empresa de seguridad cuando desde el principio estuvieron presionando a Jaime con el tema de las referencias para mantenerlo controlado?

Con una metedura de pata tan grande, lo lógico sería haber contratado otra empresa, o limitarse a que la seguridad del evento me escoltase al venir, y después al volver a la habitación, para luego meterme en un avión directo a casa.

Y, lo más importante de todo, si apartaron a Jaime porque yo violé el código de conducta, ¿por qué nadie me ha dicho nada? ¿Por qué no me han destronado aún?

Son cosas de las que debo ocuparme después. Mucho después.

Ahora tengo que calmar a Jaime y entrar en el salón verde, sonreír durante este evento final como si nada hubiera pasado, porque antes muerta que dejar que Regina y Anne ganen.

—¿Qué novedades hay? —pregunto, porque cuando llegamos aquí Jaime salió para hablar con el nuevo guardia y llamar a su jefe.

—Me han sacado del caso. Parece que Five Star ha enviado a un guardaespaldas nuevo para sustituirme —dice Jaime, y el corazón me da un vuelco al oír la confirmación de que esto es el fin de Jaime —. No es de mis preferidos, pero es competente. He hablado un poco con él: lo llamaron anoche, le dijeron que hiciera la maleta para varios días y se subiera al primer vuelo. Aterrizó hace unas tres horas.

Bueno, al menos no fue algo planeado con mucha antelación.

—Aparentemente, la organización del concurso llamó a Greg para quejarse. Querían otro guardaespaldas de inmediato. —Tampoco tiene sentido, pero no digo nada. No serviría de nada discutirlo

ahora—. Le he ayudado a ponerse al día; trabajó para Hank durante algunos años antes de que vendiese la empresa. Es de fiar, y me permitirá acompañarlo al salón para ver dónde te deja.

Un pequeño consuelo para él, estoy segura. Ha estado a mi lado sin condiciones desde Georgia, así que sé que no poder estar presente le va a doler.

Me acerco a Jaime, apoyo una mano en su mandíbula y sonrío.

—No habrías podido vigilarme durante los preparativos, grandullón. Todas las chicas se arreglan en un salón enorme, y aunque el concurso hubiera permitido que te quedaras dentro, yo no lo habría permitido. No sería apropiado tener a un desconocido ahí dentro mientras cincuenta chicas se maquillan y se visten.

—Pero podría haberme quedado en el pasillo —refunfuña.

—Sí, claro, pero lamentablemente no tenemos esa opción. Tenemos que trabajar con esta versión de la realidad.

—No me gusta —dice, mientras acerco mi mano y la apoyo en su pecho.

—A mí tampoco, pero con todo lo que están haciendo, con todo lo que intentan hacer, me niego a dejar que ganen. Así que vas a acompañarme hasta el salón y, cuando confirmes que estoy a salvo, llamarás a Miles por si tiene novedades. Después tendrás que llamar a Five Star y luego a Hank. Yo me llevaré a Melocotón porque no sabemos exactamente dónde vas a estar, ¿de acuerdo? Ah, y haz todo lo posible por destruir a ese imbécil de Preston Smith —añado al final.

Sonríe al oír mis palabras.

—¿Un baño de sangre?

—Por supuesto. Él solo es el primero en mi lista. —Me pongo de puntillas, le sujeto la cara con ambas manos y presiono mis labios contra los suyos—. Todos pagarán por meterse contigo.

—Por meterse con nosotros, Ava. También se están metiendo contigo. Lo han hecho todo este tiempo, y somos un equipo. —Sus palabras me sacan una sonrisa.

—Somos un equipo fantástico, ¿verdad? —susurro, y de algún modo, pese a todo, esboza una sonrisa amplia, algo impensable hace treinta minutos, cuando todo explotó.

—El mejor equipo —murmura sobre mis labios antes de besarme, y de pronto el mundo vuelve a encajar durante un instante.

Los tres caminamos en silencio hasta el salón verde, donde voy a vestirme. Mientras avanzo, me obligo a vaciar la mente de todo lo ocurrido en la última hora.

Mentira, de las últimas doce horas, desde que estuvimos en casa de Hank y Preston nos emboscó.

—Es aquí —dice Landon, el nuevo guardia de Five Star—. Lamento que no puedas quedarte con ella, pero yo me quedaré hasta que esté lista y luego la acompañaré a la cena.

El rostro de Jaime está tenso, y me resulta extraño volver a ver esa expresión: la que tenía en los primeros días y semanas de esta gira, que después se volvió algo mucho más dulce para mí.

—Ava, no salgas de ese salón por ningún motivo que no sea el evento. Luego te traerán conmigo y nos iremos a casa. No importa nada excepto salir de esto de una sola pieza, ¿sí?

Pongo los ojos en blanco.

—¡Voy a estar bien! No hace falta…

—Lo digo en serio, Ava. Quiero que me lo prometas.

Y entonces lo veo... los nervios, el pánico. Me acerco y asiento.

—De acuerdo, grandullón. Me portaré mejor que nunca. —Una de sus manos grandes se posa en mi nuca, se hunde en mi pelo e inclina mi cabeza hacia atrás para obligarme a mirarle.

—Te quiero, Ava.

—Y yo te quiero a ti, Jaime.

Él me mira durante un buen rato, luego asiente, presiona sus labios contra los míos y retrocede.

Sin decir nada más, me giro hacia la puerta de la que salen risas y chillidos de chicas, la abro y entro en una locura total.



Cuarenta y siete

JAIME

Vuelvo a bajar al vestíbulo del edificio, escoltado por el guardia con el que nos encontramos en la entrada, y me quedo allí plantado, esperando a que alguno de ellos me ordene salir. Pero, para mi sorpresa, me permiten quedarme en el vestíbulo a esperar, y pienso permanecer allí las seis horas hasta que Ava termine.

Mientras tanto, hago algunas llamadas.

Primero trato de comunicarme con Miles, pero no responde, así que llamo a Five Star. Cuando llamo a las oficinas de Five Star Security, no me ponen con Greg —el muy cobarde—, pero hablo con su asistente, que al menos parece disculparse. Me da varias fechas posibles para concertar una reunión con Greg en la que, supongo, me despedirá. Le respondo que volveré a llamar para concretar cuando tenga claro qué haremos la semana que viene. Cuelgo y vuelvo a intentar contactar con Miles.

Por desgracia, de nuevo responde su buzón de voz; cuelgo y llamo a Hank. Le explico todo lo ocurrido desde la última vez que lo vi.

—Lo que no entiendo —dice tras escucharme— es por qué enviaron a un hombre nuevo de la misma agencia.

—Bueno, me han despedido, así que...

—Si yo siguiera siendo el dueño, me enfadaría, y quizá pensaría en despedir al hombre, pero a falta de un solo evento no reasignaría el puesto. Es una pérdida de tiempo y de recursos.

—¿Qué quieres decir, Hank?

—Mira, no sé cómo hace negocios ese hombre. Quizá sea su estilo; tal vez trabaja de otra manera. Pero no tiene sentido mandar a un hombre al otro lado del país para un único evento, especialmente cuando Ava no está en peligro real. Si fuera yo, te dejaría terminar la misión, volverías a la oficina a dar explicaciones y, después de escucharte, decidiría si te despido o te pongo a prueba.

—¿Quieres decir que...?

—Quiero decir que, en mi opinión, la organización de Miss Americana pidió que enviaran a un hombre nuevo.

Frunzo el ceño. Estoy desconcertado, intentando encajar el puzle.

—Pero ¿por qué iban a querer seguir trabajando con la misma agencia? ¿Por qué no contratar a alguien local? O mejor aún, teniendo en cuenta que nunca estuvieron realmente preocupados por la seguridad de Ava, ¿para qué molestarse? Aquí ya tienen seguridad del evento; con eso habría bastado.

—Ahí están las preguntas, ¿no? —responde Hank, y siento un vuelco en el estómago ante estas nuevas posibilidades.

Antes de continuar, el teléfono vibra en mi mano. Me aparto un momento y veo el nombre de Miles en la pantalla. Le digo a Hank

que tengo que responder.

—Averigua si ha descubierto algo. Lo tienes investigando a Regina, ¿verdad?

Suspiro y asiento.

—Sí.

—Muy bien. Llámame cuando sepas algo.

—Lo haré —digo; cuelgo y respondo la llamada de Miles—. Hola, macho, dónde... —empiezo, pero me interrumpe.

—¿Estás con Ava? —pregunta Miles sin rodeos, con una voz tensa y cortante.

—¿Qué?

—¿Ves a tu chica, Jaime?

Siento un retortijón en el estómago ante esa pregunta.

—Yo no...

—Si no la ves, búscala. Ahora mismo.

Empiezo a notar el pulso en las venas.

—Miles, ¿de qué demonios estás hablando...?

—Tienes buen instinto, Jaime. Solo estaba mirando en el sitio equivocado. Anne Holmes... ¿La conoces?

—Sí... sí, la conozco. Es Miss Utah.

—¿Sabías que es sobrina de Regina Miller?

Un escalofrío helado me recorre la espalda.

—Miles...

—Al parecer era la candidata más firme para llevarse la corona. Todo el mundo lo sabía. Acabo de recibir información de que pretendía ser la Miss Americana más joven.

—De acuerdo... —murmuro.

—Conseguí varias direcciones IP de las cuentas que mandaron mensajes a Ava: las amenazas de muerte y los acosadores. —El corazón se me detiene un instante—. ¿Esos mensajes que recibió Ava? Proceden de la dirección IP de Anne Holmes.

El corazón vuelve a latir, esta vez con fuerza descontrolada.

—¿Qué? —pregunto, paralizado.

—Estaban cifrados, se redirigieron varias veces, pero al final pude localizar el origen: el teléfono de Anne Holmes. Tiene una docena de cuentas falsas creadas desde la misma ubicación, por lo que parece. Ahora estoy trabajando en la carta enviada a las oficinas de Miss Americana; obtuve una fotocopia de mi fuente, y por lo visto hubo otras cartas que no se denunciaron. En este momento estoy usando un *software* de análisis de escritura, pero al menos cuatro de los siete mensajes más perturbadores que recibió Ava a través de redes sociales se enviaron desde el teléfono de Anne Holmes.

—¿Y nos enteramos ahora? —pregunto, aunque sé que estoy descargando mi pánico y mi furia en la persona equivocada.

—Cálmate, maldición; la mayor parte de esta información me la he encontrado en las últimas horas, de las doce que he estado intentando resolver el puzle. No quería que salieras corriendo a comportarte como Rambo por una corazonada. Pero hace veinte minutos recibí una llamada que lo ha hecho todo aún más interesante.

Estaba caminando hacia el ascensor con el que habíamos subido a Ava al tercer piso, pero me quedo inmóvil al escuchar esa frase.

—Miles, te juro por Dios...

—El tipo que intentó atacar a Ava en Georgia llegó a un acuerdo con el fiscal y lo ha soltado todo. No pierdas la cabeza, pero afirma

que Anne le pidió que molestara a Ava, que provocara que la prensa le hiciera fotos comprometedoras, o al menos que la asustara lo suficiente como para que quisiese renunciar. Según él, debía incomodarla, tocarle el trasero, lo que fuera, pero siempre haciéndolo pasar por que ella exageraba y creaba problemas de la nada. Por desgracia, tu chica es un peligro público...

—Cierra la puta boca —espetó, sintiendo la necesidad de protegerla incluso ahora.

—Solo digo que no esperaban que respondiera como lo hizo ni que la prensa se pusiera de su lado. Parece que tu gatita muerde. —A pesar de todo, no puedo evitar sonreír unos segundos, porque tiene razón—. Voy a seguir investigando, especialmente la irrupción en el hotel y cualquier incidente extraño en cualquiera de vuestras paradas. Quizá no estén relacionados o sean coincidencias, pero no me fío de Regina Miller ni de nadie que trabaje para ella.

—Mierda —murmuro, mientras decido no esperar el ascensor y dirigirme a las escaleras—. Tengo que irme.

—Jaime... —Pero no termina la frase porque cuelgo y echo a correr hacia la puerta de emergencia.

—Señor, tiene que... —alguien intenta detenerme, pero no le presto atención.

Subo las escaleras de dos en dos, con los ojos fijos en la ubicación de Ava en mi teléfono, rezando a quien demonios quiera escucharme para no haber cometido el mayor error de mi vida al alejarme de su lado.



Cuarenta y ocho

AVA

Cuando entré en la habitación no sabía qué esperar, pues estaba segura de que todas habían leído el artículo o, al menos, habían oído hablar de él. Por un lado, esperaba un silencio absoluto y miradas mezquinas. Sin embargo, me recibieron con saludos y abrazos cálidos e incluso con algún «¡muy bien, chica!».

Muy pronto supe que estaba muy lejos de ser la primera Miss Americana en quedar expuesta por salir con alguien durante su reinado y que, hasta ahora, todo el mundo consideraba esa norma como una regla anticuada que nadie respetaba, como la prohibición de comer encurtidos en Trenton los domingos. En realidad, nadie espera que esa regla se aplique.

—¡Yo me comprometí durante el último mes de mi reinado, y Regina me felicitó! —dice Laura, la reina de hace dos años—. Y después me preguntó si quería que mi boda se televisara como una boda real.

Abro los ojos como platos y suelto una risita.

—A pesar de vuestra opinión, la reina de Miss Americana debe estar soltera o, de lo contrario, pierde su corona —dice Anne desde un rincón, donde ni siquiera había visto que estaba sentada.

Pongo los ojos en blanco y abro la boca, pero Tina se me adelanta.

—¿Sabes? Si usaras la mitad de la energía que gastas en odiar y la dedicaras a ser una persona agradable, podrías haber ganado, Anne.

Meto los labios hacia dentro para evitar reírme. La cara de Anne se pone casi tan roja como su cabello, y empieza a decir algo, pero entonces asoma una cabeza por la puerta.

—¡Cuarenta minutos, señoritas! —grita la gerente, y hago una mueca.

—¡Ah, mierda! —exclamo. Jaime y yo hemos estado casi una hora abajo intentando averiguar qué pasaba, y cuando llegué aquí pasé otros quince minutos charlando, así que ahora tengo muy poco tiempo para prepararme. Miro a mi alrededor y veo a todas las chicas en distintas fases de preparación, pero la mayoría ya están listas.

—¡Muy bien, chicas, reunión! —dice Cara—. Yo me encargo de su pelo.

—¿Esta es tu bolsa de maquillaje? —pregunta Emily, y asiento.

—¡Siéntate, siéntate! Madison, ayúdame a subirle esto y luego empiezo con la base de Ava —dice Ashleigh.

Y, por lo que parece, cuando tus amigas te respaldan, todas nos ponemos manos a la obra y hacemos lo que hay que hacer.

Treinta minutos más tarde, Regan me ayuda a subir la cremallera de mi vestido cuando la puerta se abre; probablemente sea uno de los responsables del evento para pedirnos que nos demos prisa.

—¡Estamos casi listas! —grito, riéndome mientras Cara sujeta mi corona—. La empleada nos dijo que teníamos hasta las tres y cuarto para prepararnos —digo, pero noto que se hace el silencio y que las manos de Cara en mi cabello se paralizan—. ¿Qué...?

Entonces lo veo.

Un hombre vestido de negro, con un pasamontañas en la cabeza, entra y cierra la puerta a su espalda.

—¡Dios mío! —grito, y empiezo a retroceder, mirando a derecha e izquierda por si hubiera alguien en el salón que pudiera ayudarnos, pero, por desgracia, solo es una sala llena de reinas de belleza con vestidos de gala y perfectamente maquilladas.

Dios mío, Jaime va a matarme cuando se dé cuenta de que hemos estado sin vigilancia.

Pero no me dejo intimidar más por la situación; luego entrecierro los ojos y observo al intruso, todo de negro, con el pasamontañas sobre la cara como un villano de segunda. Comparado con Jaime es bajo, medirá quizá un metro ochenta y, a su lado, resulta pequeño; tiene la cintura estrecha y los brazos enclenques. Un tatuaje asoma por su brazo, y me fijo en él antes de recordar el entrenamiento que Jaime me dio.

«Intenta neutralizar antes de atacar, pero no pierdas mucho tiempo».

Extiendo la mano y pillo lo primero que encuentro antes de decir, con tono valeroso:

—Fuera de aquí, no tienes autorización para estar aquí dentro. —Inclino la cabeza hacia un lado, hacia la puerta, que sigue abierta—. Lárgate y no te haremos nada.

—Tú. Ven conmigo y no te haré nada —dice el hombre, acercándose a mí. Por encima de su hombro veo a Miss Nueva York con un frasco grande de fijador en la mano.

Me sonríe y luego asiente.

Sonrío.

Quizá mis amigas y yo estemos un poco locas.

Por desgracia para él, nuestro intruso no parece entender lo desquiciadas que estamos y avanza un paso hacia mí. Cuando lo hace, echo los hombros hacia atrás y coloco los pies en la posición que Jaime me enseñó.

—De verdad, yo que tú no me acercaría más. Lo vas a lamentar. —El imbécil se ríe; sus ojos son verdes y me resultan conocidos, pero no tengo la capacidad ni la energía para pensar en quién es, porque necesito concentrarme en este idiota que sigue riéndose.

Se ríe.

—O si no, ¿qué?

Sonrío.

Dios, esto es como una mala película, ¿no?

—Si no, te vamos a dar una paliza —digo.

—A la mierda —dice, harto del juego. Entonces se mueve, extiende la mano como si fuera a agarrarme, y es justo cuando estalla el caos.

Agito la lata gigante de fijador para el pelo que he agarrado y se la rocío en la cara; Regan, a mi lado, hace lo mismo, y él empieza a gritar y a taparse los ojos.

—¿Es fijador con brillo? —pregunto.

—¡Es lo primero que he podido agarrar! —grita Regan en respuesta, pero entonces el hombre chilla cuando Melocotón se

lanza sobre él; es la primera vez que veo que la gata decide que alguien es una amenaza, salta y hunde sus garras en su brazo.

Por un instante temo por la vida de Melocotón, pero luego veo cómo Emily le golpea la nuca con un secador del pelo hasta que cae al suelo. Melocotón salta junto a él y le araña la cara varias veces, mientras Madison se acerca por detrás y le ata las manos con el cable de un rizador.

—¡Qué mierda! —protesta el hombre mientras ella se sienta sobre su espalda. En algún lugar cerca de sus pies, Ashleigh le ata las piernas con un par de medias y luego todas damos un paso atrás para admirar nuestra obra de arte. Él intenta incorporarse, pero Melocotón salta sobre su trasero y le clava las uñas, y yo me agacho junto a su rostro.

—Yo me quedaría tumbado si fuera tú —digo con una dulce sonrisa.

—Hija de puta...

Sujeto el fijador para el pelo y vuelvo a rociarlo, asegurándome de que le entre en los ojos.

—Yo que tú también me callaría. A decir verdad, te he advertido de que te moleríamos a palos.

El hombre abre la boca, con el pasamontañas de tela algo torcido, pero se hace el silencio en la habitación cuando se abre la puerta principal y alguien grita mi nombre.

—¡Ava!

Cuando levanto la vista veo a Jaime, aturdido y aterrorizado, de pie en la puerta, mientras yo me incorporo con una sonrisa y apoyo el pie sobre la espalda del intruso, como una pirata victoriosa.

—¡Ah, llegas justo a tiempo!

Jaime recorre la habitación con la mirada y se fija en el intruso tirado en el suelo, atado con varias herramientas de peluquería, cubierto de brillo, champú en seco y quién sabe qué más; luego cierra los ojos y suspira.



Cuarenta y nueve

JAIME

Un millón de pensamientos se me cruzan por la cabeza mientras subo trotando las escaleras y luego corro por el vestíbulo vacío hasta donde vi a Ava por última vez. El guardia de seguridad que supuestamente vigilaría la habitación no aparece por ninguna parte.

Nunca pensé que vería a Ava, tan elegante y deslumbrante, junto a un hombre atado en el suelo frente a ella.

«¡Llegas a tiempo!», dice cuando entro, como si me hubiese estado esperando, con una sonrisa traviesa en los labios.

—¿Puedo quitarle la máscara? —pregunta Ava.

—¿Qué? —Me acerco más al caos y al tipo que Ava tiene delante. Está atado con los cables de herramientas para el pelo y totalmente cubierto con solo Dios sabe qué.

—¡Quiero quitarle la máscara! ¡Quiero ver quién es!

—Por todos los cielos, Ava.

—¿¡Por favor, porfi, porfi!?

—Vosotros dos sois adorables —dice una de las concursantes (¿Miss Wyoming, quizá?) con un suave suspiro, como si un hombre enmascarado no hubiera entrado en esta habitación hace apenas unos momentos.

—Ava, no vas a tocar nada. Creo que ya has hecho suficiente. —Miro sus manos, que sujetan un frasco grande de fijador para el pelo, y ella lo esconde como si eso ayudara en algo.

—¿No contaminarías la escena del crimen o algo así? —dice Anne, acercándose adonde estamos todas y mordiéndose el labio. La observo con atención y veo el pánico pintado en su rostro.

—No creo que haya mucha escena del crimen que contaminar —opina Cara—. El hombre está literalmente cubierto de brillos y fijador para el pelo.

Suspiro, me acerco, agarro al hombre y lo levanto por las axilas antes de sentarlo en una silla. Los ojos que se ven a través de la máscara me resultan familiares, pero no consigo reconocerlos mientras retrocedo y cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿Quién eres? —pregunto, poniéndome en cuclillas delante de él.

—Vete a la mierda —responde, y una vez más su voz me suena familiar, algo chillona, pero no termino de reconocerla.

—Vamos a descubrirlo de un modo u otro cuando llegue la policía —digo.

Fiel a su estilo, Ava pierde la paciencia y se adelanta, le arranca la máscara y la tira al suelo. Me pongo en pie y me vuelvo para reñirla, pero tiene los ojos abiertos como platos.

—Tiene que ser una broma —dice Ava, plantada con las manos en las caderas. Su maquillaje es impecable, lleva uno de sus diminutos

vestidos rosas, este con lentejuelas y plumas, y no tiene ni un solo pelo fuera de lugar.

Un puto enigma.

Mi enigma.

—¿Preston? —dice, y miro al culpable, lo examino y suspiro. Atado y sentado en la silla, con los ojos rojos por algún tipo de sustancia irritante, cubierto de brillo y de polvo blanco por encima de su atuendo negro de mal gusto, está el reportero que ha estado siguiendo a Ava, el que escribió el artículo que provocó mi despido.

—¿No es el novio de Anne? —pregunta una de las chicas, y giro la cabeza hacia ella.

—¡Dios mío, sí! ¡Es él! Ella nos enseñó fotos de los dos en la playa el año pasado y presumía de él —dice Joy, Miss Montana, chasqueando los dedos.

Todas las miradas se vuelven hacia Anne, cuyo rostro ha palidecido.

—No es así como se suponía que debía salir todo —murmura.

—Tiene que ser una broma —repite Ava, ahora casi divertida.

—Escuchad, solo le estaba haciendo un favor a mi novia; esto se ha ido de las manos —se apresura a decir Preston—. Todo fue idea de Anne. No se suponía que fuese tan... descabellado. Solo... —Hace una pausa y mira a su alrededor con los ojos enrojecidos y la cara llena de brillo—. Una broma.

—A mí no me parece que un secuestro tenga gracia —digo—. ¿Y los artículos?

—Mira, esto es un poco...

En mitad de toda esta payasada me acerco a él y lo agarro del brazo para sacarlo de aquí y llevarlo a seguridad. Debe de pensar

que voy a hacerle daño, porque mueve la cabeza con brusquedad.

—¡Está bien, está bien! ¡Te lo diré todo!

Ava me mira divertida, intentando no sonreír, porque me conoce lo bastante como para saber que no iba a atacarlo.

—Escuchad, Anne estaba muy disgustada de que participases en el concurso. Me pidió que escribiera unos artículos, que investigara un poco, que encontrara algo sucio. A mis jefes les gustó el alcance que estaban teniendo mis textos, así que seguí escribiendo, pero no te estaba... acosando ni nada de eso.

—Cariño, pusiste un localizador en nuestro coche —dice Ava, aunque no tenemos ninguna prueba de que fuese él. Pero cuando se queda pálido sé que no fue quien lo colocó, aunque, por supuesto, sabía que existía.

—Escuchad, eso no es... no es lo que parece, es...

—Nos seguiste cuando tuvimos una cita en el parque, sacaste fotos horribles de vigilancia y luego nos seguiste a casa de un amigo cuando fuimos a cenar. No veo qué otra cosa podría ser que...

—¡No deberíais haber tenido una cita! —chilla Anne—. ¡Miss Americana no puede salir con nadie!

—¿Y tú no tienes un novio al que, aparentemente, has manipulado para que intentara... qué? ¿Hacer que me despidieran? ¿Intimidarme para que renunciara?

Anne mira a Ava con odio antes de cruzarse de brazos.

—Las dos cosas. —Ava asiente, como si esa respuesta hiciera encajar todas las piezas—. Ni siquiera tendrías que haber llegado al concurso final. La tía Regina me prometió que renunciarías antes, con los artículos mezquinos y los mensajes que recibías, esos que te decían que renunciaras o, de lo contrario, habría consecuencias.

En ese momento, muy oportuno, la puerta vuelve a abrirse y entran tres guardias de seguridad, uno de ellos el guardia de Five Star. Se detienen al ver el desastre que tienen delante.

Detrás de ellos aparece Regina y, en lugar de ponerse nerviosa como haría cualquier persona normal, observa la zona cero y suspira.

—¿Qué sucede aquí?

—Tu sobrina acaba de intentar que me secuestren por... no sé muy bien qué motivo.

—¡Si tú no estuvieras aquí para este evento yo ocuparía tu lugar y todo el mundo vería que soy la mejor opción! —grita Anne, y yo me quedo mirándola, negando con la cabeza, porque ¿ese era su plan? ¿Hacer que su novio secuestrara a Ava para poder llevar la corona en un evento? Sin pensar siquiera que, probablemente, el evento se habría pospuesto al desaparecer Ava.

—¿Y dónde estabas tú? —pregunta Regina, mirándome con furia y los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Cómo?

—¿Dónde estabas? Eres su guardaespaldas; ¿no deberías haber estado aquí para protegerla?

La miro, desconcertado.

—Me quitaron del caso. Me retiraron esta mañana a petición del concurso. A petición tuya.

El rostro de Regina se transforma en pura confusión.

—¿Por qué íbamos a hacer eso? No tiene sentido. —Mira a Landon, que lleva la camiseta de Five Star—. ¿Y tú quién eres?

—Soy el reemplazo que envió Five Star, señora. No estuve presente porque ella —señala a Anne— nos dijo que había una

emergencia en el recinto del evento y corrimos a comprobarlo, pero no había nada.

—Sí, pero ¿por qué estás aquí? ¿Por qué hay un reemplazo?

Landon parece todavía más perdido; de verdad me da pena el chico.

—Mi jefe me dijo que usted había insistido en que enviara a alguien para sustituir a Jaime antes de este evento, debido al artículo que se publicó sobre él y Ava.

—Es absurdo, ¿por qué iba a...? —Se interrumpe mientras algo parece encajar en su cabeza, y gira hacia Anne—. Anne. —Es solo una palabra de reproche, pero cuando miro a la pelirroja lo entiendo. Se ha quedado blanca.

—Si él estaba presente sabía que mi plan nunca iba a funcionar —dice—. Así que llamé a Five Star, fingí ser tú y les dije que, si no lo sacaban de inmediato, no firmaríamos un contrato a largo plazo. —Se encoge de hombros—. Sinceramente, es una empresa de seguridad de mierda si ni siquiera tiene un protocolo de verificación. —Nadie puede rebatir eso, la verdad. Pero, al menos, explica algunas cosas que no cuadraban.

—Perdón, ¿podemos volver al principio? Creo que me he perdido unos cuantos capítulos —dice Cara con los brazos cruzados.

—Alguien ha estado intentando intimidar a Ava durante meses, desde el evento de coronación, para que renunciara —explico—. Y parece que esa persona ha sido Anne.

—Pero no funcionó, porque no renunció: hizo trampas y me robó la corona —se queja Anne.

—¿De qué manera hice trampas? —pregunta Ava.

—¡No lo sé! Pero hiciste trampas. Nadie te habría votado... ¡Eres una fracasada! ¡No eres nadie! ¡Ni siquiera eres guapa!

—Gané porque soy una persona agradable, Anne. Gané porque le gusto a la gente, soy amable y no me comporto como si fuera superior a los demás.

—Claro que no, porque no eres superior a los demás. —Dios santo, esta chica no pilla nada—. Miss Americana no tiene que ser agradable. La gente tiene que envidiarla. Debe ser perfecta. Inalcanzable. Pero llegaste tú, hiciste trampas y ganaste. Así que convertí en mi misión conseguir que renunciaras. —Cruza los brazos con una pequeña sonrisa.

—Entonces, ¿querías que renunciara y convenciste a tu noviecito para que escribiera un montón de artículos crueles?

—Y destrozaste la habitación de Ava —añado, con una corazonada.

—Eso fue un disturbio local... —empieza a decir Regina, pero Anne la interrumpe.

—Fui yo. Pero volvisteis demasiado rápido y ni siquiera tuve tiempo de escribir una nota, así que no funcionó.

—¿Y el tipo del evento de Georgia?

—¡Ella golpeó al pobre hombre y todos la aplaudieron! ¿¡Ese es un comportamiento digno de una reina de belleza!? —Regina abre los ojos como platos y se hace evidente que no tenía ni idea de lo que estaba pasando—. Era fan mío, y le prometí que comería con él si ponía incómoda a Ava cuando su guardaespaldas no estuviera. ¡Solo quería que se sintiera insegura y no quisiera seguir con esto!

—¡Anne! —exclama Regina—. ¿Por eso te pusiste histérica y exigiste que el señor Wilde te acompañara?

Anne pone los ojos en blanco.

—¡Por supuesto! Está pegado a ella todo el tiempo. Intenté varias cosas antes, pero no funcionaron porque es tan bueno en su trabajo que me pone enferma.

—No, en serio, es un poco irritante, te lo aseguro —murmura Ava, y la miro con indignación.

—No es el momento, princesa.

—¡Dios mío, le dice «princesa»! —susurra Miss Oklahoma, y Ava sonríe.

—¿Entonces, lo de la presentación? Eso fue...

—Fue para que pasaras vergüenza —responde Anne, haciendo un mohín—. Se suponía que no estarías preparada y que harías el ridículo, y se haría viral porque serías muy sosa y tonta. Pero luego se hizo viral con tu estúpido numerito de defensa propia. ¡Y eso es horrible, porque es el comportamiento menos digno que existe en una reina de belleza! No lo entiendo. Intenté una y otra vez que todo el mundo te odiara y, por algún motivo, cada vez pasaba justo lo contrario.

—Es porque soy una persona decente, Anne. Deberías probar tú alguna vez.

—¿Qué más hiciste? —pregunto, intentando reconducir la conversación—. ¿Y las amenazas de muerte que enviaron a la oficina?

—¿Qué? —pregunta Ava, perpleja. Nunca le había mencionado esas amenazas.

—Las amenazas de muerte que ha estado recibiendo Ava en sus redes sociales, y las cartas que enviaron a las oficinas de Miss Americana.

—¿Cómo sabes lo de las cartas que llegaron a la oficina? —pregunta Regina, confundida—. No informamos a Five Star porque lo de Anne se nos estaba yendo de las manos y necesitaba mantenerlo en secreto.

—Supe de una de esas cartas porque alguien de la oficina de comunicación tuvo el suficiente sentido común como para llamar a seguridad, pero cometió el error de llamar a mi antiguo jefe, y él me lo contó. Me guardé la información y esperaba que me dijerais algo, me preguntaba si lo haríais y cuándo, pero nunca llegó ninguna explicación. ¿Así que siempre supiste de esas cartas?

—Por supuesto que sí. La idiota de mi sobrina las envió, y dije a mi personal que las ignorara y me las diera a mí directamente. —Se vuelve hacia Anne—. Porque, si no parabas, no solo ibas a deshonrar la corona de Miss Utah, sino que también ibas a arruinar cualquier posibilidad de ganar el año que viene.

—Lo siento, tía Regina —dice, abriendo mucho los ojos—. Lo siento, es solo que... ¡la odio!

—¿Y por eso envías amenazas de muerte? ¿Estás loca?

—Y luego ha intentado que me secuestren —añade Ava, como queriendo ser de ayuda—. Todavía no tengo muy claro cuál era el objetivo.

—¡No deberías haber ganado! —chilla Anne, dando un pisotón—. Yo iba a ser la Miss Americana más joven. La tía Regina y yo lo llevamos planeando años. Iba a darle un nuevo interés al evento y volvería a ganar dentro de unos años. ¡Iba a hacer historia! —Deja de lado el drama un segundo, respira hondo, levanta la mano y muestra su sonrisa amplia de concursante.

Es perturbador verla en directo, cómo pasa de un berrinche a la calma absoluta en un instante.

—Pero no importa. Todavía puedo ganar dos veces. El año que viene será el mío, luego esperaré un par de años y seré una revelación. —Se dirige a Ava—. Eso es lo que has sido tú: la revelación que nadie esperaba que ganara. Perfecto. —Sonríe como si su plan estuviera grabado a fuego, mientras todo el mundo la mira como si estuviera desequilibrada.

—Sabes que estás acabada, ¿no? —pregunta Ava, mirándola como si estuviera completamente loca, porque lo está—. No hay ninguna posibilidad de que ganes un concurso después de todas las acusaciones que pesan sobre ti.

Anne pone los ojos en blanco y agita la mano.

—La gente me adora. Y Preston asumirá las críticas, ¿verdad, cariño? —Preston abre los ojos como si fuera la primera noticia que tiene—. Después todo el mundo volverá a quererme. Escribiré una autobiografía y contaré cómo me equivoqué por amor tras estar profundamente deprimida por el robo de mi corona, y...

—Está mal de la cabeza —murmura alguien—. Sin ninguna duda.

—Totalmente delirante —susurra una tercera reina de belleza.

Pero Ava se limita a sacudir la cabeza y esbozar una ligera sonrisa.

—Ah, pero por desgracia para ti, no creo que eso vaya a pasar. Aunque puedes entretenerte escribiendo tu estúpida autobiografía en la cárcel, supongo.

—No. No tenéis ninguna prueba de que yo haya hecho nada; además, todos aquí firmasteis acuerdos de confidencialidad con tía Regina, así que no podéis decir nada malo de mí...

—Ah, qué gracioso, porque, aunque esos acuerdos funcionaran como tú crees —y lamento decirte que no funcionan así en absoluto —, resulta que hemos estado haciendo un pequeño vídeo en directo de nuestros preparativos para el evento. No lo sabías porque siempre estás en un rincón, huyes de nosotras como de la peste y te crees por encima del resto. Por suerte para todas, cuando este imbécil ha entrado, la grabación no se ha detenido. Así que ya sabes. Lo tengo todo grabado. Y... —Ava mira su teléfono y luego se encoge de hombros—. Parece que ya lo han visto 283.000 personas y la cifra sigue subiendo. Así que…

—¿Qué? —grita Anne.

Ava vuelve a mirar el teléfono.

—Parece que no te va a resultar tan fácil ganarte a la gente ahora que sabe lo mala persona que eres. Los comentarios te están destrozando. —Cuando Ava acerca el móvil para enseñármelo, veo mi propia imagen y toco la pantalla para ver la lista de comentarios.

«¡Qué psicópata! ¡Te queremos, Ava!».

«¡Yo también he estado grabando desde mi móvil! ¡Mándame un mensaje privado si necesitas el vídeo!».

«Esa bruja merece ir a la cárcel de por vida».

Y luego el tono de los comentarios cambia.

«¡¡Ay, qué sexi es ese guardaespaldas!!».

«Yo le dejaría guardar mi espalda cuando quisiera».

Doy un paso atrás, con los ojos muy abiertos y las mejillas ardiendo. Ava vuelve a mirar la pantalla.

—Ay —dice, con una sonrisa mientras lee también los comentarios y regaña a sus seguidoras—. Sed buenas con Jaime, chicas, o si no nunca más va a salir en estos vídeos. —Luego se vuelve hacia Anne,

que tiene la cara roja de furia y pánico—. Lo siento, Anne. Pero a la gente le encanta una buena historia de *true crime*, así que quizá sea mejor que escribas esa autobiografía. A lo mejor te sirve para pagar los honorarios de tu abogado.



Epílogo

AVA

Ha pasado alrededor de un año desde que me coronaron Miss Americana.

Nueve meses desde que Anne fue a prisión y la junta directiva obligó a Regina a dimitir como presidenta del concurso de Miss Americana, y seis meses desde que fundé Pretty Strong, la organización que creé para viajar por todo el país (pronto dominaré el mundo, por supuesto) y dar clases puntuales a mujeres sobre los fundamentos de la defensa personal.

Ha sido un año demencial, como mínimo.

Ahora estoy sentada frente a un tocador, arreglándome el pelo y el maquillaje para mi última tarea oficial como Miss Americana: anunciar a la ganadora de este año.

La organización me ofreció prepararme junto al resto de las concursantes, pero, teniendo en cuenta lo que sucedió la última vez, preferí hacerlo en un camerino aparte en el recinto.

Me estoy ajustando la corona antes de dar los toques finales a mi pelo cuando entra Jaime con una bolsa de ropa colgada del brazo.

—¡Ah! ¡Ya está aquí! —digo, corriendo hacia la bolsa. Abro la cremallera y saco un vestido tachonado de diamantes falsos y lentejuelas. Harper se ha esmerado como nunca con este vestido, y no veo la hora de ponérmelo.

Con delicadeza, dejo el vestido sobre el pequeño sofá de mi camerino antes de ponerme de puntillas y depositar un beso en la mandíbula de Jaime. Luego vuelvo al tocador y agarro la brocha del colorete.

Un momento después veo la mitad inferior de Jaime reflejada en el espejo, a mi espalda.

—¿Qué llevas debajo de esa bata?

—¿Qué?

—¿Qué llevas debajo de esa bata, Ava?

Lo miro en el espejo, intentando entender a qué se refiere.

—Un sujetador y bragas —respondo.

—Ponte de pie.

Podría replicar. Preguntarle qué quiere decir. En cambio, obedezco y giro hacia él mientras sus dedos deshacen el nudo de mi bata de seda; los lados se separan y, con una mano, la desliza por mi hombro hasta que cae a mis pies. Retrocede un paso para observarme.

—Dios, eres increíblemente guapa.

—Creí que dirías «sexi» —musito con voz ronca y una sonrisa en los labios.

—Sí —dice él, sonriendo, antes de acercarse más.

—Jaime, la puerta...

—Está cerrada con llave. ¿Crees que me arriesgaría a que otra persona viera así lo que es mío?

—Estás un poco posesivo. —Oigo un gruñido y no puedo evitar sonreír. Se acerca un poco más y pongo una mano entre nosotros, apoyándola en su pecho para evitar que estropee mi esfuerzo—. ¡Jaime Wilde, no! ¡Que acabo de maquillarme!

—No te preocupes, no necesito hacer nada con tu cara para lo que estoy planeando.

—¿Qué?, ¿no vas a besarme?

Él pone los ojos en blanco antes de inclinarse y depositar un beso suave en mis labios.

—Te besaré como es debido cuando hayas terminado esta noche. No voy a estropearte el maquillaje, nena. —Sus dedos se pasean por mi espalda, desabrochan mi sujetador y lo dejan caer al suelo; una mano avanza, toma mi pecho y pellizca suavemente el pezón entre sus dedos.

—Jaime, no tenemos...

—Tenemos tiempo de sobra. Tienes que estar allí a las cuatro —murmura en la curva de mi cuello. Echo la cabeza hacia atrás un poco mientras su mano áspera y callosa recorre mi espalda hasta mis caderas y baja mi ropa interior.

—¿A las cuatro? ¡Me habías dicho a las dos!

—Quería tener tiempo para hacer esto —responde.

Abro la boca para replicar; en cambio suelto un grito cuando sus manos me agarran de la cintura y me sientan con el culo desnudo sobre la superficie del tocador. Oigo caer y rodar algunas cosas, pero Jaime se pone de rodillas mientras besa mi piel en su recorrido. Mi

cuello, mi clavícula, entre mis pechos, justo por encima del ombligo, justo debajo...

—¿Qué haces? —pregunto en un susurro. Me aferro al borde del tocador cuando baja más y deposita un beso justo encima de mi clítoris.

Una de sus manos toma mi tobillo y lo coloca en el borde; mi otra pierna cuelga hasta que estoy totalmente abierta delante de él. Uno de sus dedos baja por mi vientre, traza círculos en mi clítoris pero no lo toca, luego desciende hasta mi vagina, haciendo círculos en mi entrada sin tocar nunca allí donde lo necesito.

—Jaime... —murmuro.

—Te he estado llamando princesa, pero quizá debería haberte llamado reina desde el principio. Déjame arrodillarme ante su majestad. —Luego se inclina y besa mi clítoris, levantando los ojos para mirarme.

—¡Ah, Dios! —susurro, casi sin voz, cuando su lengua recorre mi vagina y sus labios rodean mi clítoris. Mueve una mano hasta mi cadera, sujetándome cuando intento echarme hacia atrás para recibir más, y gime. Su boca desciende, su lengua se mueve hasta mi entrada y empieza a penetrarme con su lengua, mientras observa mi cuerpo, sus ojos clavados en los míos mientras lo hace.

Mi cuerpo se estremece, el placer se acumula, se expande por mis venas; su boca vuelve a mi clítoris, succiona con fuerza, lo roza con los dientes mientras desliza dos dedos dentro de mí.

—Qué bien te siento, Jaime —gimo, mientras mi mano se apoya en su cabeza y lo atraigo hacia mí mientras mis caderas se agitan un poco, cabalgando en su cara y en sus dedos. La ola de placer

aumenta mientras sus labios se tuercen como si tuviera algún plan maligno.

Cuando empiezo a acabar, gritando su nombre, él se detiene, se sienta sobre sus tobillos y para en seco el orgasmo.

—Jaime... —gimo mientras agito las caderas para que me dé algo más, cualquier cosa. Él se limita a sonreír, apoya una mano en mi vientre y desliza tres dedos en mi vagina, torciéndolos mientras me folla.

Es un placer nuevo, devastador, que empieza en los dedos de mis pies, sube por los muslos y baja por mi espalda como un fantasma imposible de atrapar.

—Vamos, Ava —gruñe, también excitado. Su rostro se tensa mientras observa sus dedos en mi vagina, entreabre los labios mientras jadea y mira cómo sus dedos se mueven dentro de mí, observando cómo me desmorono. Él está disfrutando tanto como yo, y eso me acerca más al clímax.

—Jaime —gimo mientras su mano libre se mueve a mi bajo vientre, presionando y aumentando el placer, como un dique a punto de romperse—. ¡Mierda!

—Eso es, nena. Quiero que te vuelvas loca para mí; te quiero empapada cuando te penetre.

Sacudo la cabeza; todo es excesivo, demasiado intenso.

—No puedo, voy a... —balbuceo para intentar decirle que siento que voy a mearme, cuando él se sonríe y me interrumpe.

—Vas a chorrear para mí, nena. ¿Recuerdas aquella vez en el coche, cuando me leíste tu libro?

Trato de comprender mientras sus dedos se tuercen en mi interior e intento concentrarme y entender cuando por fin recuerdo.

La escena del chorro.

—Dijiste que nunca lo habías hecho. Vamos a cambiar eso.

—Jaime, es demasiado. —Saca sus dedos y los lleva a mi clítoris, frotándolo rápido y con fuerza mientras el placer y la presión se acumulan sin parar en mi vientre. Cuando estoy a punto de derrumbarme, se detiene y vuelve a deslizar los dedos en mi interior.

—Jaime, por favor...

—Lo sé. Confía en mí. —Sus dedos entran y salen con velocidad, torciéndose y apretando algo dentro de mí que hace que mis caderas se echen hacia atrás—. Vas a sentirte tan bien, Ava. ¡Tan bien! —Palabras sin sentido caen de mis labios hasta que casi, casi, casi...

Él vuelve a mi clítoris.

—¡Ah! —grito, pero esta vez es todavía más intensa la presión que se acumula más rápidamente.

—Eso es, princesa. ¡Mierda, sí! —Un sonido mojado viene de entre mis piernas, extendidas a cada lado del tocador, mientras él se arrodilla frente a mí. Con una mano presiona mi vientre, y luego, mientras su otra mano sigue trabajando, sucede.

Suelto un gemido profundo junto a un chorro de líquido mientras grito su nombre: el orgasmo más intenso de mi vida.

—¡Jaime!

—Eso es, Ava. Dios mío, mírate, perdiéndote totalmente por mí. —Sus dedos reducen la velocidad; ahora me acaricia con la mano entera. Estoy empapada, me echo hacia atrás, con espasmos.

—¡Vaya chica mala! —dice mientras se incorpora, se desabrocha el cinturón y baja los pantalones lo justo para liberar su pene.

—Voy a... —empiezo a decir, y llevo la mano a la cabeza para quitarme la corona. No se ha movido nada porque la sujeté bien antes, pero... siento una bofetada en mi vagina mojada e hinchada. Doy un grito y luego gimo cuando me hace estremecer.

—Ni hablar —dice él—. Llevo un año soñando con follarte con la corona puesta, Ava. Ahora haré que mi reina tenga un orgasmo sobre mi polla.

Gimo fuerte al oír sus palabras, y luego cuando me penetra con facilidad.

—Perfecto —gime él cuando llega hasta el fondo—. Fuiste hecha para que yo te folle.

Asiento, porque tiene razón. Nadie me convencerá de que no nací para que Jaime me folle, para que me brinde un placer devastador, y para que le devuelva el favor.

—Fóllame, Jaime —susurro, y sus ojos se encienden de deseo, pero hace lo que le pido, me penetra y arremete, profundamente y con fuerza. Mis tetas rebotan, mi cuerpo está apoyado sobre mis codos. Muevo una mano y sujeto mi pecho, apretando el pezón.

Sus ojos observan mientras pellizco con demasiada fuerza, gimo y me contraigo alrededor de él.

—Qué bien me aprietas así, Ava. Mierda. Y toda mía.

—Tuya —gimo con voz ronca—. Soy tuya para que me folles, para que me poseas. Por favor —murmuro, rogándole que me haga acabar, que alivie el dolor en mi estómago que él aumenta cada vez más y se suma a cada movimiento de su cadera contra la mía.

Mi mano baja desde mi pecho hasta mi vientre; sus ojos arden en los míos mientras extiendo los dedos alrededor de donde él me llena, siento que su pene se desliza entre mis dedos y se contrae

cuando lo hago. La sensación es demasiado embriagante, y estoy a punto, casi lista para correrme con él dentro cuando vuelve a moverse. Sus manos están en mi trasero y me levantan, da dos pasos hasta sentarse en la silla acolchada que el hotel me dio para el tocador, y me sienta en su regazo.

—Ah, mierda —gimo más alto cuando noto cómo me penetra aún más profundamente, tocando nuevos puntos sensibles dentro de mí. Muevo las caderas y grito su nombre.

Estoy tan cerca.

Él agarra mis manos y las coloca sobre sus hombros.

—Cabalga —ordena, con las manos sobre mis caderas.

No hace falta que me lo pida dos veces. Con las espinillas apoyadas en el cojín de la silla, me alzo con un gemido.

—Dios, qué bien te siento —gruñe, guiándome hacia abajo con fuerza. Mis caderas se agitan, su pelvis roza mi clítoris hinchado.

—¡Ah!

—Eso es, Ava. Toma lo que necesites de mí. Cabalga mi polla.

Su mano sube a mi cara, obligándome a mirarlo a los ojos. Compartimos el aliento, nuestros labios apenas se rozan mientras susurra palabras de estímulo. Echo las caderas hacia atrás y el placer, más devastador que nunca, se acumula en mi vientre hasta que cierro los ojos con un gemido.

—No —digo—. Es demasiado.

—No, no es. Abre los ojos. Quiero ver tus ojos cuando mi reina acabe por mí. —Los abro, encuentro sus ojos color avellana, y cuando desciendo y estallo, gritando su nombre, una de sus manos agarra mi trasero y me sujeta mientras sus caderas suben, y me

penetra profundamente con un gruñido satisfecho al correrse dentro de mí.

Me quedo sentada en su regazo así, jadeando, tratando de despertarme de lo que acaba de suceder, sintiéndolo ablandarse dentro de mí, cuando su mano se mueve a mi cara, la acerca y me besa; su lengua se entrelaza con la mía, y se siente tan bien que casi olvido que debo terminar de prepararme y que probablemente me esté estropeando el maquillaje.

—¡Jaime! —digo apartándome—. ¡No puedo creer que hayas logrado follarme sin estropearme el maquillaje, y ahora que hemos terminado decides estropearlo!

Él se ríe, su sonrisa cálida y despreocupada mientras me ayuda a incorporarme, y se pone en pie, imponiéndose sobre mí.

Con el pulgar acaricia mi labio inferior y dice:

—Vamos, princesa. Ve a retocarte el pintalabios y a vestirte para que podamos irnos.

Me recuerda a nuestro primer beso, a cómo salió de la habitación porque, según él mismo dijo, si se hubiese quedado un segundo más me habría follado hasta dejarme sin sentido.

Entonces me doy cuenta de que siempre seremos así: impulsivos y locamente enamorados, sin poder dejar de tocarnos.

Aunque es algo previsible, es una previsibilidad en la que estoy más que feliz de caer.

Un año después

—¡Rosie! —grito al entrar en la pequeña librería rosa que visitamos hace casi dos años. Ha cambiado un poco: tiene algunas decoraciones nuevas y, evidentemente, nuevos lanzamientos, pero en su mayor parte sigue igual, algo reconfortante por extraño que parezca.

—¡Ava! ¿Cómo estás? —pregunta la dueña, acercándose a mí y abrazándome.

—Estaría mejor si abrieras una librería nueva en Nueva Jersey —digo cuando dejamos de abrazarnos—. Así no tendría que convencer al grandullón para viajar hasta la costa oeste solo para ir de compras.

No es completamente cierto, pero mentiría si dijera que no pensé en organizar una clase de Pretty Strong en Washington con la intención de hacer una visita.

Pretty Strong, mi empresa, que se dedica a organizar retiros de fin de semana para chicas de diferentes ciudades —donde pasamos el rato, charlamos, hacemos manualidades sencillas, comemos bien y, por supuesto, aprendemos defensa personal—, se ha convertido en un éxito tremendo.

Cuando terminé mi año como Miss Americana y la empresa de seguridad de Jaime, Wilde Security, empezó a funcionar sin problemas (hasta el punto de que él pudo programar un viaje mensual conmigo para ayudarme con las clases), me entusiasmé de verdad con mi proyecto y contraté a un grupo de cuatro chicas para que me ayudaran a organizar los eventos y gestionar nuestra presencia en línea, que incluye vídeos de entrenamiento semanales.

Es gracioso cuando pienso que hace dos años no sabía qué quería hacer con mi vida; me había apuntado a un concurso de belleza solo

para ayudar a mis amigas, y aceptaba, poco a poco, que para mí el amor verdadero y devastador solo existía en los libros.

Y aquí estoy: empresaria, exreina de belleza y con el guardaespaldas más guapo de la tierra como novio. ¡Y soy madre de una gata!

Melocotón entra trotando en la tienda con su correa como si fuera la dueña del lugar, y Jaime la sigue detrás. A él le gusta decir que todas las mujeres de su vida lo tratan igual, y cuando lo veo con Melocotón, no puedo más que darle la razón.

—Quizá algún día —dice con melancolía—. Hasta entonces, tendréis que seguir viniendo a verme.

—Y yo encantada —digo—. Deberíamos cenar después.

Veo un brillo en sus ojos, como si supiera algo que yo no, y responde:

—Sí, tal vez. ¿Estás buscando algo en particular?

—No, voy a investigar. Veamos cuántos puede cargar el grandullón, como siempre.

Suelta una carcajada sonora y asiente, y Jaime y yo empezamos a recorrer los pasillos. Voy agarrando libros a uno y otro lado y leo las sinopsis. Devuelvo algunos y le paso otros a Jaime para que los sujete, hasta que me detengo ante una mesa con un único libro colocado sobre un atril.

—¿Cuál es este? —pregunto, acercándome a un libro rosa con franjas oscuras y claras en la portada, y un enorme lazo rosado sobre un marco dorado que rodea el título: *Princesa pasajera*. Pequeños símbolos decoran el borde del libro y me quedo mirándolo, extrañada porque no he leído ninguna recomendación, aunque me resulta… familiar. Además, el título lo dice todo.

—¿Qué pasa? —pregunta Jaime mientras Melocotón tira de su arnés y trota detrás de él.

—Nunca he visto este libro, pero la portada es preciosa —digo, levantándolo y dándole la vuelta para leer la contraportada. Mi cuerpo se tensa al ver el nombre de la protagonista femenina: Ava. ¿Y el protagonista masculino? Jaime.

—¿Qué? —pregunta Jaime, apenas interesado, apoyándose en una estantería, con una mano en el bolsillo, mientras vigila a Melocotón, que ahora rueda por el suelo.

Hojeo el libro y veo que Ava tiene una gata naranja llamado Melocotón.

—¡Dios mío! —grito—. Jaime, parece una biografía no autorizada o algo así. Es...

Entonces lo veo. Obscenidades.

Hay una escena picante, en la que Jaime me toca en el coche.

—¡Dios mío! —murmuro, hojeando el libro y mirando a Jaime—. ¿Es un puñetero fánfic que trata sobre nosotros?

—Ni siquiera sé qué significa fánfic, Ava. —Lo miro sin reírme.

—Por supuesto que lo sabes. Sé que estuviste leyendo ese fánfic de omegaverso que te envié. —Sus mejillas se enrojecen—. ¡Sabía que te iba a gustar!

Pone los ojos en blanco y señala el libro que tengo en la mano.

—¿Quién lo ha escrito? —pregunta. Le doy la vuelta y miro, pero no aparece el nombre en la portada—. Mira al final, quizá haya una página de «Sobre el autor».

Frunzo el ceño y hojeo hasta el final del libro, y el mundo empieza a girar.

Una foto de Jaime y yo en Maine (una foto que, meses después, descubrí que era la imagen de mi contacto en su móvil).

Sobre el autor:

Jaime Wilde es el guardaespaldas de una reina de belleza y padre de Princesa Melocotón.

Su objetivo en la vida es convencer al amor de su vida, Ava Bordeaux, de que viaje por el mundo con él para siempre como su esposa. Llegó hasta el punto de encargar todo un fánfic (mintió: por supuesto que sabe lo que es un fánfic y, sí, le gustó el omegaverso que le enviaste) y traerla a Washington, donde tuvieron su primera cita, para pedirle que pase el resto de su vida con él.

—Jaime... —murmuro, aterrada, pero cuando levanto la vista ya no está.

Está en el suelo.

Hincando una rodilla, un anillo en la mano, una sonrisa nerviosa en sus labios.

—Jaime... —susurro, pero esta vez me detengo porque tengo un nudo en la garganta.

—Pensé en hacerlo en la discoteca donde te conocí, el sitio donde probablemente me enamoré de ti, siendo sinceros. Luego pensé en el paseo marítimo de Atlantic City, donde me obligaste a sentarme contigo aunque yo quería mantenerme lo más lejos posible, porque sabía, incluso entonces, que ya me tenías loco. Pensé en Maine, donde te escapaste de mí, y me di cuenta de que siempre te

perseguiría, fueras donde fueras. Luego en Georgia, donde fuiste tan valiente, como siempre. En Florida, donde me dijiste que te tomara de la mano para saltar. En Misuri, donde te besé por primera vez y luego me asusté porque no quería que acabara. En Texas, donde me gritaste y por fin acepté lo que tú siempre supiste que era real. Incluso en Utah, donde nació la idea de Pretty Strong. Pero ninguno de esos lugares parecía el adecuado.

Esboza una sonrisa amplísima en la que brota su hoyuelo; mis ojos se llenan de lágrimas y me esfuerzo para que no se derramen.

—Al final decidí hacerlo aquí. Donde tuvimos nuestra primera cita, rodeados de las historias que te encanta leer, con la nuestra entre tus manos.

—Jaime... —murmuro, mientras una lágrima cae por mi mejilla.

Él alza la mano para limpiarla y la deja ahí, mientras con la otra sigue sujetando el anillo que aún no he mirado.

—Dijiste que te encanta la idea de enamorarte. A mí no. A mí me encanta estar enamorado de ti, y me encanta la idea de que tengas tu final feliz todos los días. Me encanta pensar en pasar la eternidad asegurándome de que te traten como a una reina y de que tengas todo lo que deseas. Que siempre tendrás a alguien a tu lado que te estimule y que, a la vez, cuide de tu culo.

—Porque es un buen culo —murmuro.

—Un culo fantástico.

Sonrío y vuelvo a besarlo, esta vez más despacio, y luego él apoya su frente en la mía.

—Entonces, ¿qué dices? ¿Te casas conmigo?

—Por supuesto que sí, Jaime. Tu apellido es mucho más bonito que el mío. —Sonríe aún más y sacude la cabeza—. Además, ¿cómo

iba a decirte que no después de que hubieras encargado todo un fánfic sobre nosotros? No veo la hora de leerlo.

Él se encoge un poco.

—Contraté a alguien para que lo escribiera; fue toda una experiencia, porque explicarle a un desconocido cómo follábamos para que pudiera escribirlo fue muy extraño... Espero que te guste —susurra.

Niego con la cabeza y suspiro hondo.

—Dios mío, estás muy enamorado —susurro contra sus labios.

—Sí, de eso no hay duda —responde él.

Agradecimientos

Nuevamente ha llegado la hora: el momento de agradecer a los cuatro vientos a las increíbles, amables y maravillosas personas que me ayudaron a hacer realidad este libro, y vais a tener que quedaros sentados y permitirme hacerlo. (O cerrar el libro, pero eso es de mala educación, chicos. Dejad que os quiera).

En primerísimo lugar, gracias a Alex, el amor de mi vida, el hombre que me trae tentempiés y café, y se esfuerza hasta el cansancio para que yo pueda vivir en mis tontos mundos de ficción sin tener que preocuparme por el mundo real. Supe hace trece años que pasaría la vida contigo, y ni siquiera pestañeaste cuando te lo dije demasiado demasiado pronto en nuestra relación. Eres la razón por la que siempre creeré en el amor a primera vista y en el recurso del amor instantáneo. (Y también en el tópico «gruñón y alegre», pero esta es una página de agradecimientos, no una pulla).

Como siempre, gracias a Ryan, Owen y Ella, aunque de ningún modo tienen permitido leer estas líneas. Me siento honrada de poder criaros, y cada día me enseñáis algo nuevo (aunque sea sobre Nascar, Pokémon o La Casa de Muñecas de Gabby, me encanta aprender sobre todo eso). Os quiero muchísimo, y dudo que alguna vez entendáis lo orgullosa que estoy de ser vuestra madre.

Gracias a Regan, la mejor asistente personal del mundo, y nadie va a convencerme de lo contrario. Gracias por ser el sentido común detrás de mis absurdos desvaríos, por tomar mis pequeñas y tontas ideas y ayudarme a convertirlas en realidad, y por no hacerme sentir estúpida nunca cuando hago preguntas. Gracias por seguirme la corriente cuando cambio de velocidad completamente y por no criticarme cuando tienes que recordarme algo quince veces. No podría hacer esto sin ti, y lo digo desde lo más profundo de mi alma. Estoy muy orgullosa de todo lo que has logrado, aunque no quieras oírlo.

Gracias a Madi, mi diseñadora de cubiertas, mi persona, la mente creativa que me complementa. Parece una locura que apenas te conozca desde hace un año y medio, teniendo en cuenta que, cuando pasamos dos días sin hablar, siento que algo va mal. No podría haber llegado hasta aquí sin ti; estoy muy pero que muy agradecida por tenerte, y ha sido maravilloso ver cómo creces. Estoy deseando presenciar tu próximo logro.

Gracias a Salma, que se aseguró de que todo esto tuviera sentido y no fuera un fracaso total. Gracias por tu amabilidad y tu perspicacia, y por no odiarme cuando me olvido de responder a tus mensajes.

Gracias a mi pequeña *influencer* favorita, Emily, por mantenerme siempre al día cuando aparecen mis tendencias anticuadas.

Gracias a Ashleigh, nuestra propia princesa guapa. No puedo explicarte lo que significa para mí que me dejes quejarme y que escuches nuestras calamidades mientras haces tu trabajo de adulta responsable. Gracias por darnos siempre los mejores resúmenes de las historias más descabelladas que lees.

Gracias a Christine por ayudar a editar esta bestia, ¡nos has salvado la vida!

Gracias a mi equipo de copias anticipadas, que siempre da el máximo para promocionar a los cuatro vientos a mis bebés-libros. Sois el motivo de que este libro tenga éxito, de que mi carrera siquiera exista, y os estoy eternamente agradecida a todos vosotros.

Por último, gracias a los lectores. Lo digo siempre, pero empecé este libro como algo pequeño y gracioso, como una ayuda cuando estaba agotada, y transformó mi vida de muchas maneras. Me disteis tiempo para estar con mi familia, la oportunidad de perseguir mis sueños y me ayudasteis a conocer a algunos de mis mejores amigos. Nunca podré agradeceros lo suficiente todo lo que habéis hecho, la manera en que recibís mis historias y las leéis, las queréis y las compartís. Gracias, gracias, gracias.

Índice

Nota de Morgan
Uno. Ava
Dos. Ava
Tres. Jaime
Cuatro. Jaime
Cinco. Ava
Seis. Ava
Siete. Ava
Ocho. Ava
Nueve. Jaime
Diez. Ava
Once. Jaime
Doce. Ava
Trece. Jaime
Catorce. Jaime
Quince. Ava
Dieciséis. Ava
Diecisiete. Jaime

Dieciocho. Jaime
Diecinueve. Ava
Veinte. Ava
Veintiuno. Jaime
Veintidós. Ava
Veintitrés. Ava
Veinticuatro. Jaime
Veinticinco. Ava
Veintiséis. Ava
Veintisiete. Jaime
Veintiocho. Jaime
Veintinueve. Ava
Treinta. Jaime
Treinta y uno. Ava
Treinta y dos. Ava
Treinta y tres. Ava
Treinta y cuatro. Jaime
Treinta y cinco. Ava
Treinta y seis. Ava
Treinta y siete. Jaime
Treinta y ocho. Ava
Treinta y nueve. Jaime
Cuarenta. Ava
Cuarenta y uno. Ava
Cuarenta y dos. Jaime
Cuarenta y tres. Ava
Cuarenta y cuatro. Jaime
Cuarenta y cinco. Ava

Cuarenta y seis. Ava
Cuarenta y siete. Jaime
Cuarenta y ocho. Ava
Cuarenta y nueve. Jaime
Epílogo. Ava
Agradecimientos

Título original: *Passenger Princess*
Traducción del inglés: Elizabeth Casals
Maquetación: Estudio Olifant (@be.olifant)
Diseño de portada: Juan Pablo Cambariere
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición revisada y adaptada

Primera edición: marzo de 2026

© 2024, Morgan Elizabeth
© 2026, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

Derechos de traducción gestionados por Taryn Fagerness Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.

Todos los derechos reservados.
Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de la editorial.

ISBN: 979-13-87601-96-6

EUROPA

Seguinos

VReuropa

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Morgan Elizabeth
Portada
Dedicatoria
Nota de Morgan
Uno. Ava
Dos. Ava
Tres. Jaime
Cuatro. Jaime
Cinco. Ava
Seis. Ava
Siete. Ava
Ocho. Ava
Nueve. Jaime
Diez. Ava
Once. Jaime
Doce. Ava
Trece. Jaime
Catorce. Jaime
Quince. Ava
Dieciséis. Ava
Diecisiete. Jaime
Dieciocho. Jaime
Diecinueve. Ava
Veinte. Ava

Veintiuno. Jaime
Veintidós. Ava
Veintitrés. Ava
Veinticuatro. Jaime
Veinticinco. Ava
Veintiséis. Ava
Veintisiete. Jaime
Veintiocho. Jaime
Veintinueve. Ava
Treinta. Jaime
Treinta y uno. Ava
Treinta y dos. Ava
Treinta y tres. Ava
Treinta y cuatro. Jaime
Treinta y cinco. Ava
Treinta y seis. Ava
Treinta y siete. Jaime
Treinta y ocho. Ava
Treinta y nueve. Jaime
Cuarenta. Ava
Cuarenta y uno. Ava
Cuarenta y dos. Jaime
Cuarenta y tres. Ava
Cuarenta y cuatro. Jaime
Cuarenta y cinco. Ava
Cuarenta y seis. Ava
Cuarenta y siete. Jaime
Cuarenta y ocho. Ava
Cuarenta y nueve. Jaime
Epílogo. Ava
Agradecimientos
Índice
Créditos


Cubierta